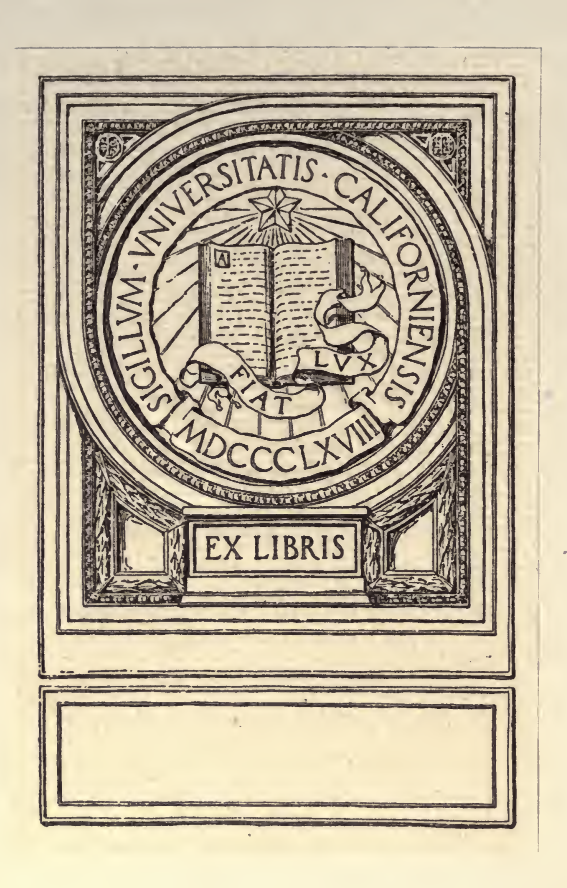



SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS


BALCELLS
Y CA.
MONEDA
801 A 843
IMPRENTA
SANTIAGO
CHILE
BARCELONA
LITOGRAFIA
ENCUADERNACION

OBRAS COMPLETAS

DE

DIEGO BARROS ARANA

TOMO XII

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS



SANTIAGO DE CHILE
Imprenta, Litografía i Encuadernacion «Barcelona»
Calle Moneda, esquina de San Antonio
1914

DON JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ DE ALDUNATE

Obispo de Santiago

1730-1811

---

§ I

DON JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ DE ALDUNATE [1]

OBISPO DE SANTIAGO

(1730-1811)

> No, nosotros no debemos conocer otro empleo, otra funcion ni tener otro interes que el de Dios. Si nosotros guardásemos esta lei de nuestro santo ministerio, no veríamos todos los dias invadidos los derechos ni la autoridad del sacerdocio, que son los de Jesucristo.
>
> BOSSUET, *Elevation sur les mystères*, § VI.

En aquel memorable cabildo abierto que tuvo lugar el 18 de setiembre de 1810, una numerosísima concurrencia esperaba, con visibles muestras de ansiedad, las propuestas que hacia don José Miguel Infante de los personajes que debieran formar la primera junta gubernativa. Ruidosos i prolongados aplausos se siguieron a las palabras del procurador de ciudad, cuando propuso para vice-presidente al obispo electo de Santiago, doctor don José Antonio Martínez de Aldunate.

1. Publicado en la *Galería Nacional de Hombres Célebres de Chile*, (Santiago, 1854). T. I, pájs. 39-44.

NOTA DEL COMPILADOR.

I no porque hubiese entrado el resorte i la cábala en su nombramiento, puesto que Aldunate estaba fuera de Chile desde siete años atras. Fueron sus talentos i virtudes, su carácter elevado i sus distinguidos antecedentes, los que le hicieron acreedor a esta honra.

El obispo Aldunate, en efecto, pertenecia a una de las familias mas encumbradas de la colonia: era chileno de nacimiento: poseia una ilustracion vastísima para la época i el pais: era doctor *in ambabus*, como entónces se decia; esto es, en derecho civil i en ciencias sagradas: habia alcanzado las dignidades mas prominentes en la carrera eclesiástica i en la enseñanza: fué dean de la catedral de Santiago i rector de la real universidad de san Felipe: se hacia notable por su espíritu liberal i avanzado, por su trato franco, por sus elevadas virtudes, por sus afables i corteses modales. Estos eran sus verdaderos méritos.

Nació don José Antonio Martínez de Aldunate en la ciudad de Santiago, por los años de 1730. Eran sus padres don José Antonio Martínez de Aldunate, i doña Josefa Garces i Molina, de noble estirpe i de fortuna considerable: entre sus deudos contábanse en aquella época un oidor de la real audiencia, un dean i un arcediano de esta iglesia catedral.

A las ventajas que le daba su nacimiento, unió en breve las de una educacion escojida. Sus estudios fueron los mas completos que se hacian en el pais, i sus adelantos precoces: cursó latin, filosofía i teolojía en el convictorio jesuítico de san Francisco Javier, con tanto aprovechamiento que siempre alcanzó el aplauso en los exámenes o actos públicos a que se sometia al estudiante.

Su familia concibió las mas lisonjeras esperanzas de su singular aplicacion, i de sus rápidos adelantos. En efecto, Aldunate era un teólogo de nota i un jurista distinguido ántes de los veinticinco años. En esa edad fué graduado de doctor en la universidad de san Felipe.

El jóven Aldunate se habia sentido con vocacion a la carrera eclesiástica desde sus primeros años. Educado en el colejio jesuítico, habia palpado de cerca las ventajas del sa-

cerdocio para el cultivo de la intelijencia, tenia por maestros a los hombres mas sabios del reino; i si no quiso abrazar la vida del claustro, se resolvió al ménos a recibir las órdenes sacerdotales. La virtud, que habia echado hondas raices en su corazon, i el amor a las ciencias lo indujeron a pronunciar sus votos.

Entónces, su saber era aplaudido por todo el clero de Santiago: en un exámen jeneral de teolojía a que asistió el obispo Aldai, Aldunate llamó su atencion i la de todos los presentes. La fortuna favorecia, pues, sus esfuerzos desde sus primeros pasos en el mundo.

Desde aquel dia su carrera fué la de sus honores i distinciones; el prestijio de su familia i su ilustracion, lo elevaron a las mas altas dignidades de la iglesia de Santiago. En 1755, un año ántes de celebrar su primera misa, obtuvo el empleo de promotor fiscal eclesiástico. Canónigo doctoral, dos años despues, asesor de la audiencia episcopal, provisor i vicario, gobernador del obispado en dos ocasiones, por ausencia de los obispos Aldai i Sobrino, comisario jeneral del santo oficio, canónigo tesorero, chantre, arcediano, i finalmente dean en 1797, habia recorrido en cuarenta i dos años los mas honrosos puestos en la carrera eclesiástica.

Tantos honores no eran el premio de una vida de cilicios i mortificaciones: al canónigo Aldunate, por el contrario, no se le miraba como miembro de la parte ríjida i austera del clero de Santiago. Su reputacion le venia de su saber, de su caridad i de su conducta sin mancha; pero era liberal en sus ideas, compuesto en el vestir, afable i cortesano en sus modales: jamas se hizo notar por fastuoso si bien gustaba de algunas comodidades: su jardin era uno de los mejores de la ciudad, i su casa era de ordinario el lugar de reunion de sus numerosos amigos. Solia distraerse con juegos inocentes que no fueron para él objeto de lucro, sino de mero entretenimiento; i su reputacion no sufrió menoscabo alguno en el concepto de los hombres que lo miraban como sacerdote moral en sus costumbres, franco en su trato, caritativo con la indijencia, erudito doctor, orgullo i lumbrera de su patria.

Los estudios, en efecto, habian hecho de Aldunate una notabilidad en derecho civil i canónico, i uno de los maestros mas distinguidos del reino. En 1755, a los veinticinco años de edad, fué nombrado examinador en sagrados cánones en la real universidad de san Felipe, por el capitan jeneral Ortiz de Rózas: al siguiente año, cuando el presidente don Manuel de Amat hizo los primeros nombramientos de los catedráticos que debian enseñar en la misma universidad, le encargó la cátedra de instituta. De documentos auténticos consta que la rejentó con jeneral aceptacion por el término de doce años.

Desempeñaba aquel cargo, cuando fué nombrado rector del cuerpo universitario, en la eleccion anual de 1764. Jóven entónces, Aldunate se veia elevado a una dignidad que no alcanzaron sus predecesores, sino despues de largos años de estudio, i en una edad próxima a la decrepitud. Con mayor empeño que aquéllos, emprendió trabajos en la reforma de estudios, i en la construccion i mejora del claustro. Con este motivo fué reelecto al siguiente año, i nombrado por tercera vez, por el gobernador Guill i Gonzaga, con desprecio de los estatutos de la corporacion.

Aldunate se sentia impulsado en su carrera literaria por cierto amor de gloria que le daba alientos para proseguir en el estudio. En 1768 hizo oposicion a la cátedra de prima de leyes, que dejaba vacante la muerte del doctor don Santiago Tordesíllas, sometiéndose gustoso a las mas apremiantes pruebas. Los doctores que componian la comision examinadora, tuvieron que admirar el alto grado a que habia llegado el saber del pretendiente: en la lectura de su discurso, fué interrumpido por los aplausos, i ántes de concluir, se le avisó que la comision se hallaba completamente satisfecha de su primera prueba. El claustro universitario admiró sus otros exámenes, i le confirió la propiedad de la cátedra.

El desempeño de ésta lo ocupó hasta el año 1782, en que fué acordada por unanimidad su jubilacion. Durante ese tiempo se manifestó empeñoso en la enseñanza, i laborioso en el estudio. La tradicion ha conservado hasta el dia el re-

cuerdo del tino superior i la paciente laboriosidad con que ilustraba al discípulo en ese sutil embolismo del sistema escolástico.

Pero no solo se distinguió en la enseñanza: en el tribunal eclesiástico habia dado pruebas de gran prudencia para resolver con sijilo i por los medios de una honesta transaccion, las escandalosas cuestiones que solian suscitarse. Paciente i tolerante con los contendientes, resolvia al fin en términos corteses i afables, amonestando con dulzura i aun con palabras chistosas, que no ofendian a las partes, ni a su propia dignidad.

Esa misma jovialidad le era característica: en él la alegría fué habitual, porque era el reflejo de su conciencia; mas nunca la llevó a los asuntos graves que tanto ocuparon su espíritu. Encargado del gobierno de la diócesis de Santiago en 1771 por el obispo Aldai, que pasaba a Lima para asistir al concilio provincial, se condujo con notorio acierto. Sus principios liberales en materia contenciosa con el poder temporal, le valieron las honrosas palabras que siguen, tomadas de un informe que aquel ilustre prelado dirijió al rei: «Regresado de Lima al cabo de dos años, hallo que ha gobernado la diócesis con celo i conservando la disciplina eclesiástica, el buen arreglo del clero, i velado sobre la conducta de los curas; con prudencia, pues, no ha tenido competencia alguna con las justicias reales, ni con las relijiones; por cuyo motivo me han aplaudido todos su gobierno i principalmente vuestro gobernador i capitan jeneral de este reino, i los ministros de esta real audiencia, quienes han podido esperimentar su talento mas inmediatamente por la asistencia que en este tiempo ha tenido a las juntas de aplicaciones, i de remate de las temporalidades de los regulares de la Compañía».

Aldunate, en efecto, formaba parte de la direccion jeneral de temporalidades de Indias, encargada de enajenar los bienes de los regulares jesuitas. Esta comision, que desempeñó con jeneral aplauso, era tanto mas desagradable para él cuanto tenia profunda simpatía por aquella órden. Entre sus miembros contaba numerosos amigos, maestros o condiscí-

pulos, a quienes protejió en su desgracia i proscripcion por cuantos medios estuvieron a su alcance: el sapientísimo padre Lacunza le da el apodo de «benefactor i amigo» en una carta que he tenido a la vista, fechada en Imola en 23 de setiembre de 1791.

En esa misma carta le anuncia el jesuita Lacunza, quedar concedida por su santidad para el reino de Chile, la festividad del corazon de Jesus, segun habia solicitado Aldunate.

Esta nueva prueba de piedad era un mérito mas ante los devotos colonos i ante las autoridades del reino, que informaron al rei de sus virtudes i saber, i solicitaron para él los puestos mas eminentes: el presidente Jáuregui lo presentó en 1778 para el obispado de Concepcion, vacante por la muerte de don Pedro Anjel Espiñeira, designándolo como un sacerdote de jenio suave, insinuante, entendido, ilustrado i predicador de renombre.

Aldunate habia sido, en realidad, uno de los oradores mas distinguidos, hasta que a causa de haber perdido los dientes, su pronunciacion se hizo difícil i confusa.

Tan empeñosas solicitudes fueron oidas al fin en la metrópoli: hicieron que fuese promovido al episcopado de Guamanga en 1803.

En esa época, Aldunate contaba 73 años. Sin ambiciones de ninguna especie, cercano al sepulcro, no celebró la promocion, que lo separaba del seno de su familia; pero resuelto a embarcarse para su destino, hizo jeneral cesion de todos sus bienes entre sus parientes i los pobres, fomentando los establecimientos de beneficencia i aliviando a los desgraciados a quienes habia socorrido hasta entónces.

Este último rasgo de su acendrada caridad le valió las bendiciones de toda la ciudad de Santiago. Su carácter insinuante le habia granjeado profundas simpatías entre sus amigos i discípulos i esta última prueba de desprendimiento, convirtió en lágrimas sus últimos adioses.

Los años no habian debilitado su espíritu en aquella edad. Alentado por el deseo de plantear mejoras en la diócesis cuyo gobierno se le confiaba, inició una reforma radical en

los estudios eclesiásticos, i construyó desde sus cimientos una casa destinada para la práctica de los ejercicios de san Ignacio, con sus propias rentas, i sin perjuicio de las considerables limosnas que repartia de ordinario.

I no fué esto todo: en un informe presentado en 1804 al ministro de Indias, por el intendente de Guamanga don Demetrio O'Higgins, cuyo principal objeto era pedir mejoras en el órden civil i relijioso contra los desmanes de los alcaldes i curas, no se halla nombrado Aldunate mas que una sola vez, para hacer presente su celoso empeño en proveer las parroquias vacantes. Aquel informe es únicamente una acusacion terrible al réjimen eclesiástico de la provincia; i el silencio que guarda sobre la conducta del obispo Aldunate, constituye su mejor elojio.

Su permanencia en Guamanga no fué de larga duracion: al salir de Santiago llevaba la persuasion de que lo dejaba para siempre; pero la muerte del obispo Maran vino a dejar vacante esta diócesis en 1807. Con este motivo todas las corporaciones de Santiago elevaron sus súplicas al monarca español, a fin de que se sirviese presentar al obispo de Guamanga para ocupar la sede vacante. Los informes que con este motivo se enviaron a la metrópoli eran altamente honrosos a los talentos i virtudes de Aldunate, i la peticion fué tan jeneral que el consejo de rejencia, instalado en Cádiz a principios de 1810, decretó el pase del obispo al gobierno de la diócesis de Santiago de Chile.

En ese mismo año esta ciudad era el teatro de una ajitacion liberal que debia desligar para siempre el reino de la monarquía española. Lo que no se habia intentado siquiera en doscientos sesenta años, lo hicieron nuestros padres en unos pocos dias: quitaron el gobierno al primer delegado de la metrópoli, formaron una nueva administracion, i posteriormente, en 18 de setiembre de 1810, crearon una junta gubernativa, representante como se dijo, del monarca cautivo, pero cuna en realidad de esa gloriosa revolucion que conmovió al pais hasta sus cimientos, para hacerlo independiente.

En la eleccion de los vocales que debieran formarla, tocó al obispo Aldunate el honroso puesto de vice-presidente.

Se hallaba todavía en el Perú cuando llegó a su noticia la eleccion que se acababa de hacer en su persona, i con mayor motivo apresuró su vuelta a Chile. Su arribo a Valparaiso, acaecido a fines de 1810, fué celebrado grandemente por los liberales, i su entrada a Santiago, que tuvo lugar a principios del siguiente año, se hizo en medio de una numerosa concurrencia, i con todo el aparato i ceremonias correspondientes a su rango.

El partido novador esperaba un apoyo eficaz en los principios liberales del ilustre prelado. Natural era que el sacerdote que supo conquistar una posicion importante por su saber i virtudes, i que siempre habia manifestado inclinaciones a cierta independencia, i por las reformas coloniales, abrazase de corazon la causa de la libertad, cuando todavía estaba en su aurora.

Pero la vida de Aldunate llegaba a su término. Contaba entónces ochenta i un años: su cabeza, debilitada por el estudio, desfallecia junto con su cuerpo, cansado por su persistencia en el cumplimiento de sus obligaciones. Su espíritu se hallaba agostado, i su físico se sentia vencido por las dolencias.

Vivia separado del mundo en una quinta de su propiedad, situada en el barrio de la Cañadilla, rodeado de sus mas inmediatos deudos, i sustraido a las borrascosas controversias de la política.

Mucho debieron influir sobre el prelado las sujestiones de sus parientes, si se atiende a la edad que tenia cuando fué colocado en las filas de los que iniciaron el movimiento revolucionario. Desempeñó su encargo como era de esperarse de sus antecedentes, reemplazando a Rodríguez que por entónces ocupaba la provisoría eclesiástica. Si Rodríguez fué un tenaz opositor a toda idea de libertad, Aldunate subrogándolo, trajo un apoyo mas a la causa de la revolucion, prestándola en la cabeza de la iglesia nacional.

Pero los achaques del prelado se agravaron rápidamente i

el 8 de abril de 1811 falleció en brazos de sus amigos. Sus últimos momentos fueron los de un santo.

Decretáronsele pomposas exéquias, como a jefe de la diócesis i como vocal de la junta ejecutiva. Sus restos mortales fueron sepultados en la Catedral, al lado derecho de la sacristía, en medio de las lágrimas de los pobres i de sus admiradores.

DON JUAN MARTINEZ DE RÓZAS

1759-1813



§ 2

DON JUAN MARTÍNEZ DE RÓZAS [1]

(1759-1813)

Pocas figuras mas interesantes que la del doctor Rózas presenta la historia de la revolucion hispano-americana. Operada en su totalidad por jóvenes audaces que supieron manifestar enerjía en el consejo i coraje en el campo de batalla, tuvo en Chile el mas firme apoyo en su primer período, i el primer defensor de sus principios en un anciano que miraba con desprecio las preocupaciones i hábitos de la sociedad en que se formara, i que, apoyado en su prestijio i en su jenio, supo dirijirla por algun tiempo.

Nació el doctor don Juan Martínez de Rózas en la ciudad de Mendoza, capital de la dilatada provincia de Cuyo, en 1759, esto es, diez i siete años ántes que fuese adjudicada al virreinato de Buenos Aires. Eran sus padres don Juan Martínez de Soto i Rózas, i doña María Prudencia Correa i Villégas, distinguidos ámbos por sus relaciones de familia. Niño

1. Publicado en la *Galería Nacional de Hombres Célebres de Chile*. (Santiago, 1854), t. I. pájs. 13-23.

NOTA DEL COMPILADOR

aun, tuvo el señor Rózas que separarse de sus padres para pasar al famoso colejio de Monserrate, de Córdoba a cursar filosofía i teolojía, i del cual no salió sino en 1780 para venir a Santiago de Chile a estudiar en la universidad de san Felipe la jurisprudencia civil i canónica. En el año siguiente se le confirió el grado de bachiller en ámbas facultades.

Distinguia a Rózas cierta ambicion de gloria i honores que le impulsaba a contraerse con mayor empeño al estudio: apénas habia obtenido el grado de bachiller, se opuso a la cátedra, pasantía como entónces se llamaba, de filosofía del colejio real de san Cárlos, i la obtuvo por unanimidad de votos. En su desempeño, que duró tres años, dictó a sus discípulos un curso completo de aquella ciencia, desechando los textos adoptados hasta entónces, i otro de física esperimental, que jamas se habia desempeñado en Chile; pero habiendo obtenido en otra oposicion la cátedra de leyes del mismo colejio, dejó aquélla por ésta, la cual ocupó hasta el año de 1787. Durante este mismo tiempo fué miembro i secretario de la academia de leyes i práctica forense, hizo dos oposiciones de mérito en las cátedras de decreto i prima de leyes en la real universidad de san Felipe, se recibió de abogado de la real audiencia en 7 de setiembre de 1784, sirvió todo el año siguiente el cargo de abogado de pobres, i en 1786 se graduó de doctor en cánones i leyes, despues de las rigorosas pruebas que se exijian para conceder esta condecoracion.

Pero Rózas no habia descuidado el estudio del derecho público, que en su juicio valia mas que la teolojía i los cánones: a fuerza de contraccion consiguió traducir regularmente el frances i leer en este idioma, desconocido en la colonia, las nuevas teorías de Rousseau i Montesquieu. Dotado de una gran penetracion, él habia podido prever las consecuencias de ciertos hechos i captarse la admiracion de cuantos le conocian. Con tales antecedentes Rózas atrajo sobre sí las miradas del capitan jeneral, don Ambrosio de Benavídes, quien halló bien pronto una favorable ocasion de ocuparle con lucimiento i provecho. Por real cédula de San Ildefonso, de 5 de agosto de 1783, se mandaba formar una inten-

dencia de cada obispado americano i suprimir el cargo de correjidor, cuyas atribuciones debian dividirse entre el intendente i un asesor letrado. Para el de Concepcion de Chile, nombró al comandante jeneral de frontera, don Ambrosio O'Higgins, i el doctor Rózas le acompañó como su asesor, cuando mas que nunca se necesitaba de jenio para la adopcion de medidas militares i arreglo de la guarnicion fronteriza.

En medio de las armas, Rózas tomó aficion por ellas. Durante el desempeño de su cargo, prestó en repetidas ocasiones servicios militares visitando i arreglando los fuertes de la frontera, delineó la villa de San Ambrosio de Lináres, i mejoró el aseo de la ciudad de Concepcion.

Estos servicios fueron premiados con el nombramiento de teniente coronel comandante del escuadron de caballería de milicias regladas de Concepcion, en 7 de abril de 1788, atendidos su valor i esperiencia militar, segun dice su despacho, i para llenar la vacante que dejaba don Agustin de Caravajal, caballero de la órden de Santiago, que pasaba a otro destino.

Llamado pocos dias despues a desempeñar el cargo de presidente, O'Higgins, elevado ya a teniente jeneral, dejó el mando de la intendencia de Concepcion, en manos del brigadier don Francisco de Mata Linares. Rózas, despues de haberlo ocupado interinamente por algunos meses, quedó con él hasta el año 1790, en que llegó a Chile, nombrado capitan jeneral don Gabriel de Aviles, quien le llamó a su lado, ofreciéndole el cargo de asesor interino.

No trepidó Rózas en admitir este puesto: su hermano mayor, el doctor don Ramon, que lo habia desempeñado durante la presidencia de O'Higgins, entónces virrei del Perú, marchaba con el último a Lima, i esto le hizo esperar prontos i rápidos ascensos.

Pero no sucedió así: la corte desatendiendo los honoríficos informes presentados sobre Rózas por el obispo de Concepcion, su intendente i la real audiencia, se contentó con ratificar su nombramiento de asesor de la intendencia, i dió la

propiedad de aquel destino a don Pedro Díaz Valdes. Rózas tuvo entónces que volverse a Concepcion, donde habia contraido matrimonio con la señora doña María de las Nieves Urrutia i Mendiburu, hija de uno de los vecinos mas acaudalados de aquella provincia, i donde poseia la rica estancia de San Javier. Segun los informes presentados al rei por algunos relijiosos durante la ocupacion del pais por el ejército realista en 1814, Rózas predicaba entónces las doctrinas de que mas tarde se hizo corifeo. «Es notorio, decia en el suyo el padre Ramon, que para la seduccion, perdicion i ruina de la ciudad de Concepcion, contribuyó mucho la doctrina impía del doctor Rózas a una partida de jóvenes de distincion de dicha ciudad, que se juntaba en su casa con el objeto de instruirse i esparcir aquella semilla entre sus amigos i compañeros». Entre esos jóvenes figuraba don Bernardo O'Higgins, teniente coronel entónces de las milicias de la Laja, i el primer campeon mas tarde de la emancipacion. Por una memoria manuscrita, atribuida a él, que tenemos a la vista, consta que desde diez años ántes de la instalacion de la primera junta gubernativa, ya ámbos pensaban en reformas importantes i hablaban de desobediencia a la metrópoli.

Rózas, sin embargo, servia a los intereses militares de la colonia como consejero de los intendentes de Concepcion: cuando la muerte del presidente Muñoz de Guzman fué a despertar las ambiciones del brigadier don Francisco Garcia Carrasco, Rózas acompañaba al coronel intendente don Luis de Alava en el reconocimiento de las aguas termales de Yumbel, que se acababan de descubrir. En esta época habia obtenido un pasaporte para pasar a Europa; pero a solicitud de Carrasco, que le llamaba con instancias, desistió de su viaje.

Rózas i Carrasco llegaron a Santiago en 22 de abril de 1808, donde los esperaba una fria recepcion, a consecuencia de los debates que mediaron entre el segundo i la real audiencia, sobre competencias para tomar el mando; mas e primero no pudo dejar de percibir en esta carencia de entusiasmo algo mas allá de lo que alcanzaba el tribunal: Carras-

co no arrastraba simpatías de ninguna especie, i él conoció que la ojeriza con que se miraba a la persona podia convertirse contra el alto destino que desempeñaba.

Por consejo de Rózas, Carrasco consintió en la agregacion de doce rejidores ausiliares del cabildo de Santiago para el mas pronto i espedito despacho, i llamados en su número algunos de los hombres mas notables por sus ideas avanzadas, aquella corporacion comenzó a tomar el carácter novador que produjo mas tarde la creacion de un gobierno nacional. Mas no contento con esto, Rózas hizo algunos cambios en el personal de los empleados i comprometió al capitan jeneral con el cuerpo universitario, queriendo sostener contra sus estatutos al rector que cesaba. La compañía de armadores terrestres para atacar los buques estranjeros que se acercasen a nuestras costas a contrabandear, con el pretesto de dar cumplimiento a una lei de Indias, fué organizada en el palacio, con el consentimiento de Rózas i con la aprobacion de Carrasco, i el pérfido apresamiento de la frataga inglesa *Scorpion*, trajo sobre ámbos el descrédito. Solo las noticias llegadas de la metrópoli de la renuncia de Cárlos IV i de la caida de Godoi, pudieron acallar la indignacion que el tal suceso produjo.

Despues de estas ocurrencias, volvióse Rózas a la provincia de Concepcion; pero comprometido en la revolucion, él volvió a trabajar con mayor franqueza. Sus propósitos se dirijieron a captarse la voluntad de la tropa fronteriza. Desde allí sostuvo una activa correspondencia epistolar con el jeneral Belgrano i otros eminentes patriotas de Buenos Aires, miéntras sus compañeros de la capital acumularon los elementos que operaron el cambio gubernativo.

Los primeros golpes del sistemado rigor de Carrasco recayeron sobre dos neófitos a quienes don Bernardo O'Higgins i Rózas habian catequizado en el sur. Eran éstos el padre frai Rosauro Acuña, prior del hospital de San Juan de Dios de Chillan, i amigo íntimo de O'Higgins, i el coronel de milicias i antiguo rejidor del cabildo don Pedro Ramon Arriagada, hijo de un dependiente administrador del suegro del

doctor Rózas, a quienes se arrestó por haber hablado en esa ciudad de la necesidad de un gobierno nacional. Nuevas prisiones en Santiago trajeron sobre Carrasco el desprestijio, i éste dió por fruto su deposicion, i mas tarde, la junta gubernativa, instalada en 18 de setiembre de 1810.

En ella cupo a Rózas, por eleccion unánime, puesto de vocal; pero ántes de salir de Concepcion para venir a ocuparlo, quiso dejar reconocido el nuevo gobierno. Esto fué causa de que no llegara hasta el 1.º de noviembre a la capital; pero informada la junta de su arribo, se le mandaron al Conventillo, donde se habia detenido, veinticinco dragones para que al siguiente dia hiciera su entrada. Fué ésta un verdadero triunfo para Rózas; jamas se habia usado de igual pompa para celebracion alguna en la vida colonial. Sus antiguos discípulos de teolojía, quienes por su saber le llamaban san Agustin, se habian empeñado en convocar jentío, i la junta gubernativa, por su parte, habia ordenado la asistencia de todas las corporaciones i tropas. Acompañado de sus colegas en el gobierno, real audiencia, cabildo i tribunales especiales, Rózas pasó por entre dos filas de soldados, al son de músicas militares, en medio de las salvas de artillería, repiques de campanas i vítores universales, a prestar el juramento de costumbre, que se celebró con iluminacion de fuegos artificiales en la noche.

Nada mejor que esta muestra de distincion, daba a entender el aprecio que se hacia de los importantes servicios de Rózas.

Era él en realidad el brazo mas firme que contaba nuestra revolucion en su cuna, la intelijencia mas elevada i el hombre que arrastraba mayor prestijio de cuantos habian abrazado su causa. Rózas venia ahora a dirijirla, luchando con los partidarios del viejo réjimen, numerosos e influyentes, que trabajaban por una reaccion, i con los mas tímidos de los novadores que no se atrevian a romper de golpe con el coloniaje: era la empresa de un triunfo completo pero aventurado para los unos, el terror para los otros.

Preparábanse ya en aquellos dias las levas de soldados pa-

ra los cuerpos de tropa que se pensaba formar. Rózas obró esta vez con la enerjía de costumbre: colocó en los puestos mas distinguidos a los que creia mas pronunciados por la revolucion, desechando las propuestas de algunos miembros del cabildo i de la junta, e hiriendo las susceptibilidades de familias enteras. Mas tarde, la adopcion de ciertas medidas de hacienda, contra el parecer del cabildo, vino a hacer mas notoria la division: de allí se orijinaron los dos partidos políticos, cuyas desavenencias se llevaron al congreso i dieron por fruto los movimientos de 1811 i 1812.

Rózas no pareció aflijirse por esto, sin embargo de que los pasquines que se esparcian en Santiago le acusaban de abrigar la ambicion de coronarse, i de ver rechazadas de vez en cuando, algunas de sus mociones en la junta i siempre en el Cabildo. Animado por ideas mas elevadas, él pedia a la Junta de Buenos Aires, una imprenta para fomentar la ilustracion en Chile i dar mas publicidad a los periódicos que hacia circular manuscritos, reclamando con toda su enerjía la libertad de comercio.

La muerte del conde de la Conquista, presidente de la junta de gobierno, acaecida en febrero de 1811, dió a Rózas la suma de poderes que se hallaba en manos de aquél.

Entónces, contando con el voto de los vocales Rosales i Márquez de la Plata, i desechando la viva oposicion del cabildo i el desagrado jeneral que motivaron sus determinaciones, ofreció i envió a la junta de Buenos Aires un refuerzo de 400 ausiliares chilenos, para ayudarla en sus escaseces de tropas, con motivo de la guerra del Alto Perú.

El dia 1.º de abril era el fijado para la eleccion de diputados por Santiago para el Congreso que debia instalarse el 15 del mismo mes. La reunion electoral tenia lugar en la Plazuela del Consulado; la mayor calma habia reinado en ella hasta el momento en que la compañía de dragones de Penco, encargada de velar por el órden, desobedeció a su capitan i se volvió al cuartel de San Pablo, donde estaban ademas una compañía de dragones de Chile i el rejimiento de húsares.

Allí llegó en breve el comandante don Tomas de Figueroa

que, poniéndose a la cabeza de toda la fuerza, marchó a la Plaza, tendió su línea en el costado norte de ella i entró a la sala de la real audiencia.

Suceso tan inesperado esparció repentinamente la consternacion en la ciudad. La junta, reunida en casa del vocal Márquez de la Plata, no hallaba qué resolver, i sin la serenidad de ánimo del doctor Rózas, quizá habria transado con el motin. Ordenó Rozas que el comandante jeneral de armas, don Juan de Dios Vial, tomase el rejimiento de granaderos de infantería, i seis piezas de artillería para imponer a Figueroa, dudando siempre que llegase el caso de disparar sus armas.

Vial pudo, gracias a su actividad, formar su línea en el costado del frente, ántes que el jefe de la sublevacion bajara de la sala de la audiencia para tomar el mando de la suya. Descubierto éste en sus planes, avanzó con sus fuerzas i mandó a sus soldados hacer fuego sobre la línea que tenian al frente, órden que casi instantáneamente dió Vial a los suyos. Una sola descarga de cada lado bastó para la completa dispersion de ámbas divisiones, despues de dejar por tierra cincuenta i cuatro hombres; i sin el arrojo de algunos oficiales de granaderos que quisieron perseguir a sus enemigos, el resultado del choque se habria considerado absolutamente indeciso.

Al ruido de las descargas, Rózas tomó el primer caballo que vió, i con una actividad de que no se hubiera creido capaz a un hombre de sus años, sacó de su cuartel la compañía veterana de dragones de la Reina, reunió una buena partida de granaderos al mando del valiente Bueras, i colocó en el centro de la plaza los seis cañones que poco ántes se llevaran allá. Seguido i vitoreado por una multitud de jente, subió a la sala de la audiencia e improperó a sus miembros como los autores de aquella asonada militar, i siguió en breve al convento de santo Domingo, donde, segun se le informaba, se hallaba el comandante Figueroa. Allí su actividad se estrelló contra las precauciones del fujitivo; el jefe del motin se habria sustraido a sus pesquisas, sin la codicia de un mu-

chacho que, halagado por las promesas de Rózas, se ofreció a llevarle a un huertecito donde se encontraba agazapado, debajo de un parron i cubierto con una estera. Figueroa fué aprehendido, i el muchacho recompensado con una rica hebilla de oro que Rózas arrancó de sus vestidos. Conducido a la prision i comenzado el juicio, Rózas redactó la sentencia de muerte que presentó a los demas vocales de la junta, quienes la firmaron con alguna repugnancia. El siguiente dia, 2 de abril, a las cuatro de la mañana, Figueroa fué fusilado en su calabozo.

Con esta victoria, la revolucion se halló comprometida del modo mas serio: Rózas creia que ya no era posible sesgar en tales circunstancias, que mas despejado el horizonte con los sucesos del 1.º de abril, era ya fácil trazar la marcha de la política.

El se habia puesto en aquellos dias al frente de las patrullas i conducídose con una actividad increible: habia despachado tropas i reducido a la obediencia a los dragones que, huyendo de la plaza, tomaron el camino de Valparaiso; pero faltábale proceder a castigar a los que creia autores de la asonada. En consecuencia, apresó en el mismo dia al ex-presidente Carrasco, que se habia retirado de la vida pública, i poco mas tarde vejó a algunos miembros de la real audiencia, i los obligó a pedir su retiro; por último, dió el golpe mortal al tribunal, obligando a los restantes a separarse de la capital.

Las elecciones interrumpidas en Santiago por el motin militar, se habian hecho tranquilamente en las provincias. La mayor parte de los diputados electos se encontraban en la capital a mediados de abril. Entre ellos se distinguian muchos amigos de Rózas, que se preparaban a sostenerle en las discusiones del Congreso. Su deudo don José María de Rózas, don Bernardo O'Higgins, don Manuel Salas, el canónigo don Juan Pablo Fretes, don Manuel Antonio Recabárren i los coroneles de milicia don Luis de la Cruz i don Francisco Calderon, eran de este número.

Estos venian en su apoyo, cuando mas que nuncanecesita-

ba de ausilios: el partido del cabildo, que encabezaban don José Miguel Infante, don Gabriel Tocornal i don José Agustin Eizaguirre, i que apoyaban en las discusiones de la junta los vocales Carrera i Reina, le combatia por cuantos medios estaban a sus alcances; i ya éstos comenzaban a estorbar a Rózas en sus manejos. Ellos veian con pesar que la direccion de la política estuviese confiada a un hombre a quien la concesion de la provincia de Mendoza al virreinato de Buenos Aires hacia arjentino, que se rodeaba tambien de arjentinos como Vera, Alvarez Jonte i Fretes; que miraba con desprecio las preocupaciones relijiosas i que dirijia los negocios públicos con una audacia que solo su ambicion podia aconsejarle. Ellos querian abatirle, miéntras el doctor Rózas, preocupado con la idea de sostenerse en el rango a que se elevara, desatendia los intereses de la revolucion por cuidar de los de su partido. Esto lo hizo recomendar al representante de Valparaiso, don Agustin Vial, que reclamase de la junta la incorporacion en sus discusiones de todos los diputados ya elejidos. Debia alegar que los pueblos así lo querian, por ser ellos sus verdaderos representantes, i no un gobierno formado en Santiago, i cuyos miembros fueron elejidos por su solo vecindario, i citar en su apoyo el ejemplo de Buenos Aires, donde se acababa de hacer otro tanto. Esta se creyó una razon poderosa: el partido radical que dirijia Rózas, en conexion inmediata con la revolucion arjentina, se habia empeñado en imitarla en todos sus pasos, i mui particularmente en aquellos de que sacaba algun provecho. Inútil fué, pues, que el cabildo se opusiera; la mocion de Vial fué aprobada, i los miembros electos del Congreso se incorporaron a la junta a mediados de mayo.

Rózas fué entónces el jefe único i absoluto de la política: perspicaz refinado, pensador profundo, proyectista sistemático, revolucionario emprendedor, él habia conseguido hacerse superior a la revolucion i dirijirla con enerjía i firmeza.

Con un dominio absoluto sobre sus pasiones, Rózas sabia amoldar su carácter a las circunstancias difíciles, sin perder nada de su tenacidad. Audaz para concebir, valiente en la

ejecucion, habia podido captarse el apoyo de una gran parte de la sociedad i encabezar un partido influente i numeroso. Sus escritos, es verdad, contribuian poderosamente a ello: él suplia la falta de imprenta con las copias manuscritas de sus opiniones en política. A los dos primeros dias de instalada la suprema junta de gobierno, habia hecho circular el *Despertador americano*, periódico destinado a la difusion de las nuevas ideas, i poco despues el *Catecismo político*, especie de curso elemental de derecho público. «Los desgraciados americanos», decia en él, «han sido tratados como esclavos; la opresion en que han vivido, la tiranía i despotismo de sus gobernadores, han borrado o han sofocado hasta las semillas del heroismo i libertad en sus corazones»; i agregaba principios liberales absolutamente nuevos en la colonia. En un lenguaje sencillo a la vez que lójico i enérjico, con un esquisito tino para adaptar a las circunstancias sus razonamientos, Rózas habia conseguido que los perezosos e indolentes criollos se interesasen en los rudimentos de la ciencia social. El habia puesto algo de utópico en su sistema, mas que por conviccion, porque habia creido que para llamar la atencion i atraerse a las masas se necesitaba mezclar la ficcion a la verdad. Ideaba una especie de confederacion de las provincias hispano-americanas, ligándolas por medio de un congreso jeneral de todas ellas, que hiciese respetable sus resoluciones i pudiese imponer a las naciones poderosas del viejo mundo. Esta idea jigantesca e irrealizable, que ocupó despues a Bolívar, tuvo su oríjen en Chile, en 1810, i fué el doctor Rózas su primer iniciador.

Su jenio le habia elevado, pero su elevacion llegó a irritar mas aun los ánimos predispuestos de sus enemigos. Estos no dormian miéntras él se ostentaba vencedor: quisieron activar la eleccion de diputados por Santiago, i se prepararon a trabajar con ahinco por el triunfo de los doce candidatos que pensaban proponer: si lo obtenian, la mayoría del congreso era suya i la caida de Rózas parecia inevitable. Esto fué lo que sucedió: sobornado el batallon de Pardos, con cuyo sufrajio contaba aquél, por los partidarios del cabildo, sus can-

didatos obtuvieron solo 105 votos contra la gruesa mayoría que dió el triunfo a sus enemigos.

Pocas esperanzas debieron de quedar a Rózas después de esta desgracia. Entre los diputados elejidos, habia algunos desafectos al nuevo réjimen, quienes, en vista de los dos bandos en que iba a dividirse el congreso, debian plegarse al mas moderado, al del cabildo, haciendo mas poderosa la coalicion contra él.

En tales circunstancias, recurrió a acusar de ilegal la eleccion de Santiago, por haber introducido en el congreso doce diputados, sin mas que un simple acuerdo de su ayuntamiento, en vez de los seis que le concedia el reglamento electoral; pero su reclamo fué desechado, a pesar de las notas que el cabildo de Concepcion presentaba en su apoyo.

Reunidos en Santiago los diputados de todos los pueblos, se aplazó la solemne apertura del congreso para el dia 4 de julio. Con ella la revolucion debia de cambiar de forma i hasta de sistema: era una numerosa corporacion compuesta de elementos heterojéneos, siempre en pugna, apoyada en la ignorancia de todo réjimen gubernativo, la que tomaba a su cargo la direccion de la política. Rózas veia con disgusto que la revolucion perderia indudablemente el carácter de unidad que habia sabido imprimirle, i no podia resignarse a dejar en manos del enemigo, a quien acusaba de flojo i tardío, la parte que en ella le tocaba. Disuelta la suprema junta por la instalacion del congreso, él como su presidente, quiso dejar el mando, justificando las causas del primer cambio gubernativo i de la marcha revolucionaria, e indicando a la corporacion que la subrogaba el sendero que debia seguir. El discurso que compuso para este objeto es una de las piezas mas notables de la revolucion hispano-americana i descifra perfectamente las verdaderas tendencias de los movimientos que tuvieron lugar en Chile en 1810. El haberlo pronunciado fué el último servicio que aquél prestara a la causa en que se empeñaba.

El veia la autoridad ejecutiva en un congreso compuesto de muchos miembros faltos de union i enerjía, dirijidos por

un presidente electoral con poder limitado, i llegó a persuadirse que una asonada le daria el fruto que pensaba obtener.

Varios planes concibió para volver otra vez a tomar el mando, i todos fracasaron igualmente. Las asonadas del dia 27 de julio i 9 de agosto, infructuosas i desgraciadas, le hicieron pensar que habia otro campo que cultivar con mejor provecho; i sus miradas se volvieron hácia Concepcion.

La sola presencia de Rózas en Concepcion importaba el pronunciamiento de aquella provincia contra el gobierno de Santiago. Predispuestos los ánimos de antemano, poco tuvo que trabajar para obtener de sus vecinos una solicitud dirijida al intendente coronel don Pedro José Benavente, para la reunion de un cabildo abierto, a fin de discutir los remedios contra una situacion que Rózas se empeñaba en pintar difícil. Esta fué contestada con el aplazamiento del 5 de setiembre para su celebracion. La discusion rodó sobre la necesidad de la instalacion de una junta provincial, para mejor convenir en las medidas que se creia necesario adoptar, i se procedió a la eleccion de las personas que debian componer el gobierno, resultando de ella nombrados presidente el mismo Benavente i el doctor Rózas uno de sus vocales.

Una vez instalada la junta provincial, notificó al congreso las causas que habian hecho necesaria su creacion i los propósitos que tenia en vista. Rózas por su parte, comunicó a sus partidarios el golpe que acababa de dar al congreso i a sus enemigos; pero en Santiago se habia efectuado tambien un movimiento contra aquella corporacion, que dió por resultado un cambio gubernativo. Los radicales se habian atraido a su filas al jóven don José Miguel Carrera, llegado de España en el navío *Standart*, i con su cooperacion operaron en la capital, el dia 4 de setiembre, un movimiento revolucionario. El directorio ejecutivo fué disuelto, arrancados del congreso seis de sus miembros mas influentes i colocado en él el presbítero Larrain, uno de los mas exaltados radicales. El gobierno, cambiando de personal, cambió tambien de principios: desde la apertura del congreso, el partido caido a que pertenecia Rózas, se encontró

ya en el gobierno; pero fraccionado en dos juntas, la de Santiago i de Concepcion.

Sin embargo, este estado de cosas no podia durar largo tiempo. Carrera, el verdadero autor del cambio gubernativo de la capital, habia podido descubrir su importancia. El poco aprecio que los radicales hicieron de sus servicios despues de la victoria, vino a enfriar su ánimo por de pronto, i a encenderlo mas tarde contra ellos. Creyóse burlado por los mismos a quienes elevara, i quiso rebajarlos i elevarse él; esta fué la causa de la revolucion de 15 de noviembre, en que, apoyado tambien en la fuerza armada, disolvió la junta de gobierno, i creó otra nueva compuesta del doctor Rózas, don Gaspar Marin i el mismo Carrera: durante la ausencia del primero, debia desempeñar el cargo don Bernardo O'Higgins.

Dos hombres igualmente ambiciosos habian tomado la direccion de la revolucion i estaban a punto de romper entre sí.

En tales circunstancias vió Rózas amenazada la existencia de su partido, i se atrevió a ofrecer al congreso el auxilio de la fuerza armada de Concepcion para desbaratar al nuevo gobierno. La nota en que tales ofertas le hacia llegó a Santiago, bajo el epígrafe de reservada, el 3 de diciembre, pero el dia anterior Carrera, con el apoyo de las milicias de la capital, habia cerrado aquella corporacion i asumido en la junta gubernativa el mando supremo.

La actitud amenazadora de Rózas vino a turbar la tranquilidad que Carrera pensaba disfrutar una vez desembarazado del congreso. En tales circunstancias creyó que con el envío de un plenipotenciario cerca de la junta provincial podria avenirse i cortar un choque que debia ser a mano armada. O'Higgins, su colega en el gobierno, pedia con empeño su retiro i en él recayó la eleccion para tan delicado encargo, atendiendo al influjo que ejercia en el ánimo del Dr. Rozas.

La penetracion de éste le hizo creer que la cuestion iba a ser armada; i en tal persuasion recurrió a aprestos militares:

las antiguas rivalidades de la provincia de Concepcion con la de Santiago engrosaban sus filas, poderosas de antemano con las tropas veteranas i con las milicias regladas del Cautin. Sabedor del arribo de O'Higgins, nombró tambien su plenipotenciario para que se entendiera con él: entre ámbos forman en Concepcion los tratados de 12 de enero de 1812 que ratifica al siguiente dia la junta provincial. Por ellos quedaba ésta vijente, se determinaba el pronto restablecimiento del congreso, i se fijaban las bases liberales de una constitucion que asegurase a Chile cierta independencia de la corona i formas gubernativas que propendiesen a su adelanto i civilizacion.

Poco debió agradar tal tratado a Carrera: en vista de su contenido se negó a firmarlo, i comenzó con mayor empeño el acuartelamiento de tropas en Talca, a que habia dado principio a los primeros amagos del peligro. Ellos acordonaban la ribera norte del rio Maule, línea divisoria de ámbos ejércitos, al mando de su padre el brigadier don Ignacio de la Carrera, hasta mediados de abril, época en que él mismo dejó la capital para hacerse cargo de las operaciones militares.

A su arribo a Talca vino a palpar de cerca la importancia del peligro que le amenazaba. Rózas, nombrado brigadier, habia tomado el mando del ejército de Concepcion compuesto de las tropas i milicias fronterizas. Las relaciones entre las provincias centrales i las del sur, se hallaban perfectamente interrumpidas: rivalidades de los pueblos, convertidas en odio profundos, se irritaban mas i mas con la division i los aprestos militares. La cuestion no podia dar otro resultado, segun el sentir jeneral, que la derrota i ruina de Rózas o de Carrera.

Pero uno i otro se temian en aquellas circunstancias, i recurrieron a comunicaciones para obtener un avenimiento pacífico. Rózas, mas audaz en esta ocasion que Carrera, cruzó repetidas veces el Maule, se internó en el campo de su enemigo, miéntras éste, temeroso de caer en un lazo, se negaba a celebrar una entrevista con la junta de Concepcion

en la villa de Linares. Defendiendo ámbos sus opiniones con igual tenacidad, no era fácil que arribaran a un resultado definitivo; los dos argumentaban con la misma enerjía, i los dos en nombre del patriotismo mas puro i sincero, segun se espresaban en sus notas. Sin embargo, éste fué el que los obligó a unirse: «Los enemigos de nuestro sistema gubernativo, decia en una de ellas Carrera a Rózas, acechan nuestra division»; i el temor de que éstos se sobrepusieran les obligó por fin a cruzar nuevamente el Maule, a tener con aquel una larga conferencia en Fuerte-Destruido, cerca del paso del Duhao. De ella resultó una transaccion por la cual se reconocian en parte los tratados de 12 de enero, se devolvian las tropas a sus cuarteles, i se dejaba para despues lo que aun quedaba por arreglarse. Tal resultado no agradaba a ámbos; las intrigas comenzaron de nuevo.

Rózas fué la víctima de aquellas intrigas. Una revolucion, puramente militar, efectuada en Concepcion en la noche del 8 de julio, a instigaciones de un emisario de Carrera, disolvió la junta gubernativa; sus miembros, con escepcion del presidente, fueron desterrados a diversos pueblos del pais. Solo a Rózas se retuvo en Concepcion. Desde allí él comunicó a su enemigo los fundados temores que abrigaba de que los partidarios del viejo réjimen, o godos, como entónces se les llamaba, se aprovecharan de sus desavenencias domésticas para obrar contra la revolucion que ya se encontraba tan avanzada.

Pero nada de esto le sirvió; remitiósele a Santiago con la sola custodia de un oficial veterano; mas al entrar a la ciudad, fué detenido por una órden de Carrera que le mandaba pasar a la hacienda de San Vicente, propiedad de uno de sus deudos, temeroso de que ocurriese alguna excitacion al presentarse Rózas en la capital. Visitado allí por sus antiguos partidarios, los recelos de una conspiracion volvieron a encenderse en el pecho de Carrera; por este motivo le dió su pasaporte para Mendoza con fecha de 10 de octubre de 1812, intimándole usase de él prontamente.

Con esta última desgracia, Rózas vió que no le era posible

sobreponerse a la ruina. Gastado su influjo en Chile, él miró con indiferencia i hasta con desprecio los honores que se le tributaban en Mendoza. Allí se le nombró en 16 de enero de 1813, presidente de la sociedad patriótica i literaria que se acababa de formar; pero Rózas estaba resuelto a pasar fuera de la vida pública sus últimos dias.

Tocaron éstos a su término en el mes de febrero, despues de una lijera indisposicion que le dió tiempo para prepararse espiritualmente i para dictar el mas modesto de los epitafios: *Hic jacet Johannes de Rózas, pulvis et cinis,* era su único contenido. Sus restos mortales fueron sepultados en las gradas de la iglesia Matriz de Mendoza [1].

---

1. Fueron repatriados a Santiago de Chile en 1892. El señor Barros Arana pronunció el 4 de setiembre de ese año, en el Cementerio Jeneral, el discusso que figura en el vol. XI de estas *Obras Completas*, páj. 73-77.

NOTA DEL COMPILADOR

DON BERNARDO O'HIGGINS
1778-1842



§ 3.

DISCURSO EN LA INHUMACION DE LOS RESTOS DEL CAPITAN JENERAL DON BERNARDO O'HIGGINS. [1]

SEÑORES:

No es el dolor lo que nos reune hoi en este lugar de tristeza i de luto. La urna que en estos momentos rodea un pueblo inmenso, no despierta en nuestras almas los amargos sentimientos que siempre inspira la pérdida de un sér querido cuyo cadáver venimos a depositar en la mansion de los muertos. En presencia de este puñado de polvo, que sirvió de ropaje mortal al espíritu del Capitan Jeneral don Bernardo O'Higgins, solo se hace sentir el eco de la gratitud nacional, que viene a rendirle el tributo de su admiracion i de su respeto. Estas cenizas venerables, proscritas por largo tiempo del suelo chileno, vuelven hoi triunfantes para recibir las bendiciones de la justiciera posteridad.

1 Pronunciado por el señor Barros Arana el 13 de enero de 1869 i publicado en la *Corona del Héroe*, (Santiago, 1872) pájs. 183-187. El señor Barros Arana desempeñaba a la sazon el cargo de decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile.

NOTA DEL COMPILADOR

La voz del patriotismo se ha alzado en todas partes para repetir el elojio del primer campeon de la lucha de nuestra indepencia. Pero O'Higgins no fué solo el mas valiente i el mas entendido de nuestros guerreros; el glorioso derrotado de Rancagua i de Talcahuano, i el vencedor heroico del Roble i de Chacabuco; el Jefe Supremo del Estado, que con una constancia nunca desmentida i con una intelijencia superior, organizó ejércitos i equipó escuadras para ir a arrojar de toda la América a sus antiguos opresores. ¡Nó! al lado de esos títulos, a la admiracion i al reconocimiento de sus conciudadanos, O'Higgins puede exhibir otros, ménos brillantes sin duda, pero que revelan que junto con el alma bien templada del soldado i del patriota, poseia la cabeza del estadista i la mirada escrutadora del hombre que, en la direccion de los negocios públicos, se adelanta siempre a las preocupaciones de sus contemporáneos.

Despues de los elocuentes elojios de aquel ilustre ciudadano que acabais de oir [2], permitidme que os recuerde solo tres actos de su vida, que conducen a probar este concepto.

En setiembre de 1817, O'Higgins se hallaba en Concepcion dirijiendo las operaciones de la guerra. «Queriendo—son sus propias palabras—desterrar para siempre las reliquias del sistema feudal que ha rejido en Chile, i que, por efecto de una rutina ciega, se conserva aun en parte contra los principios de este Gobierno, decreto la abolicion de todo título de nobleza o de dignidad hereditarias como opuestas al espíritu democrático de un pueblo republicano». La junta gubernativa que mandaba en Santiago, aunque formada de patriotas ardorosos, se resistia a publicar ese decreto. Temíase que aquella declaracion apartarse de las filas de los

2. En la ceremonia de la inhumacion de los restos del Capitan Jeneral habian hablado don Francisco Echáurren Huidobro, Ministro de Guerra i Marina, don Alvaro Covarrúbias, presidente de la Cámara de Senadores, don Francisco Vargas Fontecilla, presidente de la Cámara de Diputados, i don Manuel Blanco Encalada, vice-almirante de la Escuadra Nacional.

NOTA DEL COMPILADOR.

revolucionarios a todos, o a casi todos los señores de la antigua colonia; i sobre todo que predispusiese contra la causa de la independencia a la poderosa e influyente aristocracia del Perú, sobre cuyo pais se preparaba entónces una espedicion para destruir el último baluarte de la dominacion española en América. O'Higgins desoyó esas consideraciones; i sin consultar otro consejero que su corazon, i buscando ante todo la igualdad de las condiciones sociales como espresion del respeto que nos debemos todos los hombres, abolió para siempre en Chile los títulos de nobleza, i el uso de cualquiera distincion hereditaria. Así fué como adquirimos de hecho una de las hermosas garantías de nuestro derecho público:—*En Chile no hai clases privilejiadas.*

He aquí otro hecho.

Durante la revolucion de la independencia americana, hubo momentos en que algunos de sus mas ilustres promotores perdieron la confianza en su obra, i volvieron la vista hácia Europa para pedir uno o varios príncipes que vinieran a reinar en los nuevos Estados. Hombres distinguidos por su grande intelijencia, patriotas eminentes, creian con toda sinceridad que los americanos no podrian pasar del despotismo de la colonia a la vida de la libertad i de la República. En Buenos Aires, en donde las ideas de democracia estaban profundamente arraigadas, se pensó en elevar un trono para un hermano de Fernando VII. El mismo San Martin, republicano austero por principio, creia que la independencia de América, no seria un hecho indestructible, ni alcanzaria el reconocimiento de las potencias estranjeras, miéntras las nuevas naciones no se constituyeran en monarquías, buscando, así decia, las únicas instituciones que están en armonía con los antecedentes i con la educacion de estos pueblos.

En Chile esas ideas no obtuvieron nunca aceptacion, pero fué O'Higgins el que, haciéndose superior a los temores i a las desconfianzas de alguno de los patriotas americanos, salvó a nuestra revolucion de haberse empañado con un solo dia

de vacilaciones sobre la futura forma de Gobierno. «Si Chile, decia en un documento notable, ha de ser República como lo exijen nuestros juramentos; si nuestros sacrificios no han tenido un objeto insignificante; si los promovedores de la revolucion se propusieron hacer libre i feliz a su suelo, i esto solo se logra bajo un gobierno republicano i no por la variacion de dinastías distintas, preciso es que huyamos de aquellos frios calculadores que apetecen el monarquismo». I el ardoroso corazon de O'Higgins rechazó con firmeza incontrastable todo pensamiento que tendiese a monarquizar las antiguas colonias de la España. «Miéntras yo tenga influencia en los destinos de mi patria, repetia constantemente, arrostraré cualquier sacrificio ántes que tolerar que se busquen reyes para gobernarla».

Paso ahora a recordaros el tercer acto de la vida de Capitan Jeneral a que he hecho alusion al comenzar este discurso.

A principios de 1818, todo estaba preparado para hacer la solemne declaracion de la independencia de Chile. Los mas ilustres letrados del pais se habian reunido con el objeto de redactar el acta que debia firmar el Director Supremo. Ya podeis imajinaros el cuidado con que se elejian i se coordinaban cada uno de los pensamientos i cada una de las palabras de aquel documento importante, con que Chile se anunciaba como nacion independiente a todos los pueblos del orbe. Los consejeros de O'Higgins, siguiendo el ejemplo trazado por otros pueblos americanos, declaraban en él que Chile estaba resuelto a vivir i morir libre, defendiendo la fe católica con la esclusion de otro culto.

¿Sabeis lo que contestó el Director Supremo cuando se le presentó el manuscrito para que pusiese su venerable firma? Vais a oirlo: son las palabras salidas de su alma, sin añadirles i sin quitarles nada. «La protesta de fe que observo en el borrador cuando habla de nuestro deseo de vivir i morir libres defendiendo la fe santa en que nacimos, me parece suprimible por cuanto no hai de ella una necesidad absoluta i que acaso pueda chocar algun dia con nuestros principios

de política. Los paises cultos han proclamado abiertamente la libertad de creencias: sin salir de la América del Sur, el Brasil acaba de darnos ese notable ejemplo de liberalismo; e importaria tanto proclamar en Chile una relijion escluyente, como prohibir la emigracion hácia nosotros de multitud de talentos i brazos útiles en que abunda el otro continente. Yo, a lo ménos, no descubro el motivo que nos obligue a protestar la defensa de la fe en la declaracion de nuestra independencia».

I O'Higgins modificó el acta, i suprimió esa restrictiva protestacion de fe, dando así una prueba solemne de su respeto por todas las creencias.

En esa misma época O'Higgins encargaba al ajente de Chile en Lóndres que contratase en el estranjero inmigrantes europeos que viniesen a poblar nuestras desiertas campiñas. «En esa inmigracion, decia, serán comprendidos los ingleses i cualquier otra nacion, sin serle obstáculo su opinion relijiosa».

El medio siglo de vida independiente i republicana que llevamos recorrido nos aleja tanto de las ideas del pasado, que la intelijencia no puede comprender el estado del pais en la época en que O'Higgins pronunciaba estas palabras. Toda la voluntad del Supremo Director fué impotente para consignar aquel principio en las dos Constituciones que se dictaron bajo su Gobierno. Para que os formeis una idea aproximada de lo que pensaban sus contemporáneos en estas materias, recordad que se han necesitado mas de cuarenta años para que la lei venga a sancionar los fervientes votos que en 1818 hacia el padre de la patria.

Me parece que bastan estos hechos para daros a conocer una de las fases mas prominentes del carácter de este gran ciudadano.

O'Higgins, republicano por conviccion, adelantándose a las ideas de muchos de los mas distinguidos entre sus contemporáneos, pensaba que la lei debia proclamar la igualdad de todos los hombres, i dispensarles una proteccion idéntica,

cualquiera que fuese su nacimiento, cualesquiera que fuesen sus creencias.

Despues de referiros estos hechos, es inútil que os recuerde que O'Higgins, luchando con arraigadas preocupaciones, estableció los cementerios para desterrar la funesta costumbre de sepultar los cadáveres en las iglesias, que creó paseos públicos para dar salubridad i ornato a nuestras poblaciones, que fundó en ellas los primeros mercados, que mandó abrir la Biblioteca i el Instituto Nacional, cerrados durante la reconquista española, que dispensó a la agricultura una proteccion tan jenerosa como benéfica i que llevó la accion del Gobierno a todas partes a donde se lo permitian los escasos recursos del pais.

He aquí en rápida reseña algunos de los hechos que la posteridad recuerda cuando el pueblo se agrupa en este sitio para bendecir las cenizas del gran ciudadano, ya que no le es dado poner sobre sus sienes la corona inmarcesible a que lo hicieron acreedor su heroismo, su intelijencia i sus virtudes. Pero O'Higgins no ha muerto: vive inmortal en las pájinas justicieras de la historia, en el recuerdo de sus compatriotas i en Chile entero, que tanto amó, por el cual hizo tantos i tan grandes sacrificios, i cuya independencia proclamó con su palabra i afianzó con su espada.

EL JENERAL FREIRE

(1787-1851)



§ 4

EL JENERAL FREIRE [1]

I

DESDE EL NACIMIENTO DE FREIRE HASTA QUE SE ALISTÓ COMO CADETE EN LOS DRAGONES DE LA FRONTERA

En las grandes crísis de los pueblos es cuando, con mas frecuencia, se ven aparecer grandes hombres que en las circunstancias normales quizá habrian pasado desapercibidos.

La emancipacion de la América española ha sido una de estas grandes crísis, i en ella hai que admirar no solo el arrojo del soldado sino que tambien las heroicas virtudes de sus jefes. Los vastos talentos militares de Bolívar, el desprendimiento de San Martin, la intrepidez de O'Higgins i la jene-

---

1 Se publicó en *La Civilizacion*, periódico de Santiago, en los números correspondientes de 12 de diciembre de 1851 a 18 de enero de 1852, i en un folleto en 8.º de 122 pájs. (Santiago, 1852) por la Imprenta de Julio Belin i Cia.

NOTA DEL COMPILADOR.

rosidad de Sucre, no son las solas cualidades ni los solos hombres que ella presenta; muchos otros héroes han descollado para que puedan relegarse al olvido.

Entre estos es justo colocar al jeneral Freire.

El señor don Ramon Freire i Serrano nació en el partido de Santiago por los años de 1788 [2]. Niño aun tuvo que seguir a Concepcion a su tio materno, el coronel de milicias don Manuel Serrano, quien queria aliviar a sus padres de los gastos necesarios a su enseñanza. Allí recibió el niño Freire los primeros rudimentos de una educacion que se queria hacer mercantil, para pasar en breve a ocuparse como dependiente de una rica casa de comercio.

Era esta la casa de los Mendiburus, acaudalados negociantes de Chile que habian estendido sus relaciones comerciales al virreinato del Perú, en cuyos puertos mantenian relaciones por medio de varios navios de su propiedad. De este número era la fragata *Begoña*, en que se dió al jóven Freire el destino de sobrecargo; en su desempeño, hizo repetidos viajes al Callao i Lima. Cuando, a consecuencia de la guerra entre España e Inglaterra, abrigaban los navieros de nuestras costas serios temores de los corsarios ingleses, Freire no titubeó por un momento en seguir en su carrera haciendo alarde de un desprecio por el peligro que sus compañeros calificaban de fanfarronada, sin comprender que ese mismo jóven debia dar en breve a su patria tantos i tan hermosos dias de gloria.

En sus respectivas residencias en el Perú, Freire tuvo continuos choques motivados por el desprecio con que allí se aparentaba mirar a Chile i a todo lo que le pertenecia. En ellos desplegó una valentía i despejo poco comunes en un jóven que solo era sobrecargo de una fragata, pero mui frecuentes en la jenerosidad de las almas de su temple.

Con los primeros síntomas revolucionarios de la América española, en 1810, las transacciones mercantiles sufrieron un

2. 29 de noviembre de 1787.

Nota del Compilador.

importante menoscabo, i con la promulgacion de la libertad de comercio en las costas de Chile, en el siguiente año, las negociaciones con el vireinato del Perú quedaron suspendidas. Por estas causas, Freire se vió despojado del cargo que desempeñaba en la *Begoña,* i obligado a buscar su vida siguiendo un rumbo diverso del que habia llevado hasta entónces.

La revolucion habia, pues, cerrado a Freire el camino de la carrera mercantil porque habia entrado; ella debia bien pronto darle en recompensa una brillante posicion i abrirle el paso a los primeros puestos de la patria que lo vió nacer.

La creacion de una república libre e independiente de la capitanía jeneral de Chile, no era en 1811 un problema de difícil solucion entre los hombres de pensamiento político; esto nos esplica la causa de esa marcha activa que habian tomado ya los negocios póblicos. Por todas partes bullian ideas que si bien no eran las de la emancipacion, reclamaban, al ménos, mejoras adaptables i necesarias. Formábase el espíritu militar; organizánbanse cuerpos de tropa con qué sostener los principios que debian proclamarse en breve i se remitian poderosos ausilios a Buenos Aires.

Entónces fué cuando el jóven don Ramon Freire buscó un puesto entre los dragones de la frontera en Concepcion, i obtuvo el de cadete solamente.—Ocho años mas tarde, el mismo don Ramon Freire desempeñaba el importante destino de comandante jeneral de frontera.

Con la sola graduacion de cadete, Freire acompañó a su tio el coronel Serrano, cuando éste pasó por órden del doctor Rozas a defender el paso del Maule al Brigadier don Ignacio de la Carrera, mandado por la junta jeneral de Santiago contra la provincial de Concepcion.—La pacífica conclusion de este asunto ántes de romper la guerra civil, impidió a Freire el uso de las armas; ya veremos lo que en él hizo desde 1813.



II

SERVICIOS PRESTADOS POR FREIRE EN EL AÑO DE 1813

Nuestra revolucion habia sido puramente política hasta principios de 1813. La discusion i las mejoras adoptadas por el Gobierno que sucedió al colonial habian influido tan considerablemente en las masas, que a la noticia del desembarque del jeneral Pareja se pudo reunir sin grandes dificultades el ejército que se acababa de crear para hacer frente i arrollar las huestes realistas. Lo mas lucido de nuestra juventud se habia alistado en él, i todos, a porfía, se disputaban el desempeño de comisiones arriesgadas que pudieran darles gloria.

De este número era el alférez de dragones don Ramon Freire, arrogante jóven de 24 años en 1813, afiliado en 1811 en clase de cadete de caballería.

El desembarque del jeneral Pareja efectuado en San Vicente, en la tarde del 26 de marzo de 1813 con una division de poco mas de dos mil hombres de buena tropa, vino a sembrar la consternacion i el asombro entre los partidarios de la causa patriota que habia en Concepcion. El comandante gobernador de armas, don Pedro J. Benavente, ignoraba qué providencias tomar para presentarle alguna resistencia, i en

sus conflictos, despachó al alférez Freire, miéntras él reunia lo mas selecto del vecindario para acordar las providencias que las circunstancias parecian exijir. Todo fué inútil: la junta acordó se entregara la plaza al enemigo sin resistencia alguna, i traicionado luego Benavente por las tropas, fuéle forzoso abandonar a Concepcion con los fieles, llevándose los caudales de la tesorería.—Freire fué del número de los que lo acompañaron.

Sabedor, entre tanto, el jeneral don José Miguel Carrera de lo ocurrido en Concepcion, reunió prontamente el ejército, organizado poco ántes, i las milicias, marchó al Maule i comenzó por la sorpresa de Yerbas Buenas los ataques al ejército realista. Batido éste de varios modos, i reducido a permanecer en el estrecho recinto de la plaza de Chillan, Carrera creyó de gran utilidad la toma de Concepcion i Talcahuano, lo que efectuó en los dias 12 i 29 de mayo; pacíficamente la de la primera, con grande resistencia la del segundo. Freire, hecho teniente poco ántes, i jefe de una guerrilla de dragones, fué de los primeros en comenzar el ataque de la plaza, ataque en que se condujo con bastante valentía para hacerse acreedor a los elojios de mas de un cronista.

Esta ventaja fué seguida de otra no ménos importante. A los pocos dias de tomado el puerto, el 7 de junio, se avistó en él la fragata española *Tomas*, i como Carrera habia tenido cuidado de conservar en las fortalezas el estandarte español, entró casi sin temer el peligro que corria. Apresado luego un bote suyo con los marineros i el oficial que lo montaban, se supo que conducia ausilios para el ejército realista. Armáronse dos lanchas cañoneras, i en la misma noche salieron al apresamiento de la fragata, mandada la una por el teniente de artillería don Nicolas García, i por el teniente don Ramon Freire la otra.

La captura de esta fragata, en que tanta parte tuvo Freire, fué de suma importancia; tan solo en dinero se tomaron cincuenta mil pesos, fuera del tabaco i demas mercaderías, que se emplearon bien pronto en los gastos de la guerra.

Hasta esta época, el triunfo de las armas estaba por nues-

tro ejército. El jeneral Pareja habia muerto en Chillan, i el coronel Sánchez que le sucedió en el mando, no podia moverse de la plaza por carecer de las fuerzas necesarias para ello. Esta conviccion hizo que Carrera cometiese un error grosero diseminando sus fuerzas, i dejando solamente una corta division al mando del coronel de milicias don Luis de la Cruz, la que fué hecha prisionera al cabo de mui poco tiempo.

Preciso fué entónces sitiar a Chillan; pero a pesar de los prodijios de valor que por todas partes hicieron los soldados, oficiales i jefes del ejército patriota, fué tambien preciso desistir de tan difícil empresa. Los realistas conspiraban contra el gobierno en Concepcion, i por todas partes se veia una mina pronta a estallar. Carrera no carecia de penetracion i entre otras grandes cualidades de que estaba dotado, tenia la de herir precisamente en la dificultad. Reclamó de Santiago nuevas tropas, i las suyas las diseminó en pequeñas partidas en varios puntos. Al coronel O'Higgins le tocó estacionarse en Rere para someter, si le era posible, la plaza de Arauco, que se habia insurreccionado poco ántes. A sus órdenes tenia al teniente Freire.

Su division no bastaba para batir a un enemigo que se engrosaba de dia en dia, i que envalentonado con la ventaja de la insurreccion, tomaba ya la ofensiva. En Huilquilemu se le presentó en un número mui superior, causando una sorpresa que hubiera traido los mas tristes resultados si Freire no hubiera caido de improviso con solo seis dragones sobre los contrarios, dando muerte a un oficial i dos soldados, e introduciendo de este modo el desórden en las filas enemigas, para dar tiempo a que O'Higgins con el grueso de la division se retirara i evitase un choque que no podia serle ventajoso.—Reforzado bien pronto O'Higgins por 200 hombres, avanzó de nuevo a Huilquilemu, miéntras el enemigo que se hallaba en Gomero atacaba una partida de 50 que allí habia mandado de observacion el jefe patriota. Atacados estos se fueron retirando poco a poco hasta que el grueso de la division de O'Higgins pudo acudir en su socorro, i destrozar

completamente la fuerza enemiga que mandaba el famoso Quintanilla.

Obtenida esta victoria, O'Higgins dió de nuevo al teniente Freire la órden de estenderse con su guerrilla entre Chillan i Concepcion para impedir la comunicacion a los realistas, favorecer, cuando le fuera posible, los convoyes de municiones i atacar, siempre que pudiera hacerlo con ventaja, las partidas enemigas.—No fué el menor de los servicios prestados en esta ocasion el haber interceptado una carta, en la noche del 16 de setiembre en que se daba cuenta del movimiento del ejército de la patria.

O'Higgins, entre tanto, se habia movido con direccion al Itata, acompañado de un respetable grueso de fuerzas en que habia alguna artillería, i en la tarde del mismo 16 tomó posesion de una loma situada sobre el vado de este rio, denominado del *Roble*. Allí se hallaba Carrera con algunas otras tropas; pero como fuera seguido por el famoso guerrillero español Eleorreaga, i como éste se reuniera con Urrejola, proyectaron ámbos sorprenderlo, lo que efectuaron en la siguiente mañana al amanecer. La parte del cuerpo de la Gran Guardia que allí se hallaba fué pasada a la bayoneta: Carrera se creyó perdido i en un instante de desaliento se echó al rio dudando salvar la vida de otro modo. O'Higgins, arrogándose en tales circunstancias el mando, organizó una resistencia vigorosa: los oficiales de artillería García i Vidal hacian un fuego de cañon bien dirijido sobre el enemigo: don Nicolas Maruri los ayudaba, detras de unas peñas, con una partida de cívicos de Concepcion; se habia conseguido formar la línea, i se veia en la altura de un cerro una partida de caballería que parecia venir en su ayuda. Era esta la guerrilla de Freire; ignorando lo que pasaba en el Roble i solo por haber oido los tiros, se puso en marcha precipitada para alcanzar a batirse; pero como encontrara un conjunto de obstáculos que le impedian reunirse, se contentó con escaramucear para hacer creer al enemigo que marchaba a atacarlo.

Este se vió, por fin, perdido: vigorosamente acometido por

O'Higgins, que dió la órden de cargar a la bayoneta i abrigando serios temores de la caballería que se dejaba ver, se entregó a una fuga precipitada, abandonando en el campo mas de cien fusiles i un número considerable de municiones.





III

SERVICIOS PRESTADOS POR FREIRE EN 1814

Freire habia prestado a mediados de 1813 un número considerable de importantes servicios. En pocos meses que estaba abierta la campaña, el jóven militar habia hecho verdaderos prodijios de valor, dado pruebas de una sincera adhesion por la causa que defendia, i granjeádose el aprecio i recomendacion de sus jefes.

Con este mismo celo continuó sirviendo el resto de aquel año, mas no ya con el grado de teniente, sino con el de capitan. Separado del mando militar el jeneral Carrera, i puesto en él don Bernardo O'Higgins, Freire continuó obedeciendo a aquél a quien la Suprema Junta de Gobierno le dió a reconocer como su jefe.

A consecuencia de este suceso, la guerra tomó un rumbo mui diferente. Las tropas se replegaron a Concepcion i solo el capitan Freire quedó con cerca de cien hombres fuera de la plaza, desempeñando, como jefe de guerrillas, varias comisiones del servicio. En diciembre de aquel año tuvo que sufrir un ataque en Cuca de fuerzas superiores, a las que derrotó tomando algunos prisioneros i desertores.

Durante este tiempo las cosas seguian en un deplorable

estado: Carrera, que tenia que dejar el mando, desatendió las ocupaciones del ejército, i O'Higgins, que aun no se hacia cargo de él, no podia tomar providencia alguna. La campaña, durante este tiempo, no fué sino de guerrillas, i quizá el ejército realista habria concluido con nuestras columnas a no operarse tambien un cambio en el personal de su jefe: el jeneral Gainza acababa de desembarcar en Arauco con algunos ausilios, mandado por el virrei Abascal, i venia a sustituir al coronel Sánchez, que, desde la muerte de Pareja, mandaba las fuerzas realistas.

O'Higgins tomó, por fin, el mando el 28 de enero, i principió la campaña dividiendo las fuerzas en dos cuerpos. Con uno de éstos despachó al coronel Mackenna a ocupar la posicion del Membrillar, miéntras Gainza, que la habia comenzado con una actividad superior a todo elojio, hacia que Eleorreaga pasara el Maule i se posesionase de Talca, que acababa de dejar la Suprema Junta de Gobierno, lo que consiguió no sin alguna resistencia. En los mismos dias se habia sufrido un pequeño descalabro en Gomero, i el jeneral Gaínza se habia acercado a Mackenna, en sus posiciones del Membrillar, i parecia atacarlo en breve.

En tan aciagas circunstancias, O'Higgins reunió todas sus fuerzas i se puso en marcha para caer sobre Gainza. Nada habria bastado para detener esta division mandada por un jefe de su valor i pericia, i en que se hallaban tantos i tan valientes oficiales. Así fué que solo el 19 de marzo, a las once del dia, descubrió una columna enemiga de mas de 400 hombres, que ocupaba la ventajosa posicion de las alturas del Quilo. Esta fuerza, que se hallaba bien parapetada, habria infundido respeto a otros soldados ménos valientes que los nuestros; pero O'Higgins, sin intimidarse por un momento, despachó gran parte de su caballería únicamente, i ella sola bastó para obligarlo a abandonar sus posiciones i replegarse sobre otra partida, un poco inferior en número, que se hallaba a distancia de una legua solamente, no sin dejar algunos muertos i prisioneros en el campo.—El capitan Freire fué el primero que con su guerrilla de dragones

desalojó al enemigo, infundiendo en él un pavor estraordinario.

Con esta derrota parecia quedar desconcertado el plan de operaciones del jeneral Gainza: O'Higgins, vencedor en el Quilo, no tardaria en caer sobre él, en cuyo caso su derrota era segura.—Esto debió creer cuando en la tarde del siguiente dia, 20, dió una carga sobre el coronel Mackenna, en que fué completamente rechazado i disperso.

Ventajas tan importantes no surtieron el efecto que era de esperar: una division mandada por el coronel Blanco Ciceron fué destrozada por las tropas realistas que defendian a Talca, superiores en número i calidad, i se recurrió por O'Higgins i Gainza a formar tratados, que, por lo ménos, debian servir de treguas.—Por otra parte, Carrera, dominado por una desmesurada ambicion de mando que fué mas tarde la causa de su ruina, se posesionó del gobierno en Santiago, por medio de una asonada, i aprestó tropas con que oponerse al ejército, en caso que éste desconociera su autoridad. Trabóse con este motivo la guerra civil: O'Higgins marcha sobre la capital para deponer el gobierno que acababa de crearse, miéntras Carrera organizaba la resistencia i salia de ella para batirlo. La batalla se empeñó en las llanuras de Maipo el 26 de agosto de 1814, i aunque el triunfo de las armas parecia estar por Carrera, se habria vuelto a trabar el combate el siguiente dia a no presentarse el parlamentario don Antonio Pasquel, que mandaba el brigadier don Mariano Osorio, nombrado poco ántes jeneral del ejército realista por el virrei Abascal. Era este el portador de la intimacion del jeneral Ossorio, que quedaba en Chillan, para que, sin presentar resistencia alguna, se sometieran los pueblos de Chile al poder de la España.

Osorio era el conductor de injentes recursos con que creia concluir prontamente la guerra; pero mas que con los ejércitos contaba con la division que existia entre los jefes patriotas para tomar posesion de la capital i de todo el territorio chileno. Sin embargo, él ignoraba que entre los *insurjentes* que combatia pudiese caber una elevacion de sentimientos

como la del jeneral O'Higgins, que desistiendo de sus justas pretensiones al mando, se sometiese a obedecer las órdenes de Carrera.

El jeneral realista, entre tanto, habia salido de Chillan a fines de agosto con cerca de cinco mil hombres, miéntras Carrera organizaba un pié de ejército capaz de contener al enemigo, i cuya vanguardia de cerca de mil soldados confió al mismo O'Higgins; pero contenerlos al lado del sur rio Cachapoal se creyó absolutamente imposible, i por eso se designó el departamento de Rancagua para campo de las operaciones militares en que se iba a entrar.

Osorio pasó fácilmente i sin resistencia alguna aquel rio el 1.º de octubre, i desbaratadas las primeras resistencias que O'Higgins quiso oponerle, puso sitio i comenzó el fuego contra la ciudad de Rancagua, en que éste se situó, con un vigor estraordinario. El bravo capitan Freire, como lo denomina en estas circunstancias el cronista Ballesteros, se presentó por la punta de Cortez con alguna caballería, i aunque ausiliado por poco mas de doscientos hombres, no pudo impedir el que fuesen rechazados por las fuerzas realistas tan superiores en número. En tales circunstancias, Freire no pudo dejar de presentir el descalabro seguro de O'Higgins si no era socorrido por Carrera, i no ignoraba que éste queria dejarlo allí abandonado a su valor i a su desgracia. Con todo, ántes que ser partícipe de tal conducta, quiso ser víctima de los jenerosos sentimientos que animaban a los sitiados. Esto fué lo que sucedió: sin recibir refuerzo alguno, los soldados de O'Higgins hicieron prodijios de valor, i resistieron hasta que el enemigo estuvo en la misma plaza. Preciso fué entónces abrirse paso por entre los sitiadores, lo que consiguieron con grandes dificultades, i dejando en su tránsito una calle de cadáveres.

Ocupada Rancagua, se hizo necesario abandonar el territorio chileno, cruzar los Andes i buscar un refujio en las provincias arjentinas. Freire fué del número de los valientes soldados a quienes las pasiones de un caudillo i las desgracias que ellas trajeron, hicieron emigrar al otro lado de las cor-

dilleras. Desde sus cumbres, Freire se despidió de su amada patria abrigando en su pecho la esperanza de volver en breve a ayudar con su poderoso brazo a su gloriosa reconquista.





IV

SERVICIOS PRESTADOS POR FREIRE DURANTE LA EMIGRACION EN BUENOS AIRES

La emigracion chilena en las provincias arjentinas es el episodio mas interesante que ofrece la historia de nuestra revolucion. Separados del seno de sus familias, faltos de recursos pecuniarios, i lo que es mas, de una industria que pudiera serles fructífera en el estranjero, fuéles forzoso a lcs patriotas emigrados buscar una ocupacion con qué ganar la vida. En medio de las miserias i sufrimientos que tuvieron que pasar, se suscitaron entre ellos las divisiones en O'Higginistas i Carrerinos, i hasta a las ocurrencias políticas de Buenos Aires, en que los emigrados tomaron tan buena parte, llevaron sus rencores i pasiones, decidiendo, las mas veces, la cuestion el bando a que se plegaron los secuaces de O'Higgins, cuyas filas se habian engrosado con los recientes recuerdos de Rancagua.

El capitan Freire no participó de estos sucesos: ambicioso de la gloria militar, habia concebido la idea de ocupar en la carrera de las armas el tiempo que trascurriera ántes de la reconquista de Chile, en que ya pensaban sus compatriotas. Halagado por esta idea, habia proyectado pasar al Alto

Perú a servir a las órdenes del jeneral Rondeau; pero sabedor de los aprestos que hacia el almirante Brown, para salir en corso por las costas del Pacífico, prefirió alistarse entre los interesados a la empresa. Freire habia navegado en los primeros años de su vida, despues como militar habia dado pruebas de un valor reconocido, i estas recomendaciones le sirvieron cerca de Brown.

En 1815 salió Freire de Buenos Aires, a donde no volvió sinó al siguiente año, llevado por la noticia de los preparativos de tropas que se hacian para invadir a Chile. En su escursion, habia tocado en Juan Fernández, Coquimbo, Piura i Guayaquil; allí efectuó un desembarque Brown, i tuvo la desgracia de caer prisionero en manos de las autoridades españolas; pero Freire, que habia permanecido a bordo, prometió bombardear el puerto si no se le dejaba en libertad, i llegó a comenzar el cañoneo, ántes que le restituyeran a su lado, junto con una gran cantidad de víveres frescos de que carecia. En esta escursion habia tambien obtenido una regular fortuna, que repartió en gran parte con los otros emigrados.

En efecto, el jeneral don José de San Martin organizaba ya el ejército con que mas tarde dió la libertad a Chile al pié de los altos de Chacabuco. Sin mas base que unos setecientos hombres que recibió de Buenos Aires, habia formado un pié de ejército respetable, i a él corrian a alistarse todos los chilenos emigrados, no pocos que se atrevieron a cruzar las cordilleras para juntársele i un número considerable de arjentinos, que, deseosos de labrarse una carrera militar, corrian de todas partes a engrosar sus filas. Antes de mucho tiempo su ejército era verdaderamente formidable, merced a su celo i al entusiasmo de O'Higgins i demas jefes.

Entónces fué, tambien, cuando corrió el capitan Freire a ofrecerse para tomar el mando de una compañía en las filas del ejército que se organizaba; pero informado San Martin por O'Higgins de sus antecedentes, le confirió el grado de teniente-coronel de caballería, grado con que prestó en breve importantísimos servicios.

San Martin no conocia nuestro territorio sino por las re-

laciones que de él se le habian hecho; pero a su penetracion no se ocultaban las dificultades del paso de las cordilleras i para que éstas fuesen menores dispuso que algunas partidas que habian logrado penetrar en el interior de Chile llamaran la atencion por el centro, miéntras sus tropas las pasaban por varias partes para que no se le pudiera oponer una resistencia tenaz en un punto fijo. Con este objeto salió de su campamento el 17 de enero, i despachó varios jefes para que cruzaran las cordilleras con sus diversas partidas por los puntos que él les indicaba. Al teniente-coronel don Ramon Freire le dió la comision de pasarlas por la parte sur i tomar posesion de Talca.

Esta empresa no se presentaba con todos los visos de facilidad para su ejecucion: los indios pehuenches no parecian dispuestos a cumplir lo que habian pactado con San Martin en la junta que celebraron en las inmediaciones de Mendoza; por otra parte no era posible confiarle mucha tropa cuando ésta se necesitaba con urjencia, quizá superior, en las otras divisiones, causa por qué solo se le concedieron cuarenta granaderos a caballo i sesenta cazadores.

La conciencia de que podia encontrar obstáculos poderosos cuando solo tenia a sus órdenes cien hombres, no arredró a Freire por un momento: felizmente los indios no le opusieron resistencia i pudo llegar al partido de Talca i ocupar su capital sin dificultad de ninguna especie.

Los cálculos de San Martin se vieron, por fin realizados, del mismo modo que su aventajada intelijencia lo habia previsto. El comandante Cabot habia pasado las cordilleras por Coquimbo i ocupado en breve la Serena, el coronel Las Heras desempeñó igual comision por *Uspallata* para tomar posesion de Santa Rosa de los Andes, el mismo jeneral San Martin, con el grueso del ejército, lo hizo por los *Patos*, el comandante Lemus por el *Portillo*, miéntras Freire las pasaba sin dificultades por Talca i tomaba posesion de la ciudad. San Martin habia pues ocupado el territorio chileno sin que el enemigo que lo defendia tuviese una noticia cierta de su aproximacion. Sin sus vastos talentos, la reconquista de

Chile habria ofrecido grandes obstáculos; sin la pericia de los jefes de las diversas partidas, la ocupacion del territorio habria sido imposible.



V.

RECONQUISTA DEL PAIS I SERVICIOS DE FREIRE EN ELLA, HASTA MEDIADOS DE 1817

Los primeros pasos del ejército unido fueron señalados por la espléndida victoria de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817. El territorio chileno quedó casi completamente abandonado por las fuerzas realistas: los fujitivos de aquella jornada buscaron un asilo en los buques españoles surtos en Valparaiso, o se retiraron en completa dispersion a las provincias del sur, al mismo tiempo que otros muchos, entre ellos el presidente Marcó, caian en poder de nuestras tropas.

Pero esta dispersion no se habia estendido al lado sur del caudaloso Maule. El teniente-coronel Freire habia guarnecido solo a Talca i no tenia fuerzas suficientes para seguir a las provincias meridionales, que ocupaban de antemano algunas fuerzas realistas. El coronel Sánchez era el jefe militar i político del partido de Chillan: creyendo difícil la resistencia, se habia decidido a pasar a Concepcion, donde mandaba el coronel don José Ordóñez, quien, de acuerdo con otros jefes subalternos, determinó fortificar la plaza de Talcahuano, para sostenerse en ella miéntras le llegaban refuerzos de tropas del Perú.

Para atacarlos fué comisionado el coronel Las-Heras por el jeneral San Martin, que sospechaba la resistencia que indudablemente se organizaria, i el 19 de febrero salió de Santiago, pero hasta muchos dias despues no llegó a Talca a juntarse con Freire: allí resolvió el plan de campaña que en su juicio convenia adoptar, i en consecuencia despachó al coronel Merino, que lo acompañaba, con una partida de granaderos por el camino de la costa; a Freire por las cordilleras con los cien hombres con que habia pasado de Mendoza, i él mismo siguió por el centro al mando del batallon núm. 11 i cuatro piezas de cañon.

Sus marchas no fueron interrumpidas: Freire i Las-Heras se reunieron en breve a las orillas del Ñuble i sin detenerse siguieron a Concepcion, a cuyas inmediaciones, en Curapaligüe, acamparon en la noche del 4 de abril. Allí se les esperaba una sorpresa de Ordóñez, quien, encontrando una resistencia que no esperaba, perdió diez muertos i algunos prisioneros.

Entónces conoció el jefe español cuán crítica era su situacion: batido en Curapaligüe i temiendo que el coronel Merino con su partida, que debia hallarse en las inmediaciones, le interceptara el paso de Concepcion a Talcahuano, resolvió replegarse a esta plaza con todas sus fuerzas, al mismo tiempo que el coronel Las-Heras tomaba posesion de aquella ciudad i situaba las suyas en el cerro del Gavilan, resuelto a esperar allí los refuerzos que debian llegarle de Santiago. A la cabeza de éstos se habia puesto el mismo Director Supremo don Bernardo O'Higgins, i habia salido de la capital el 17 del propio mes de abril.

Ordóñez, entre tanto, habia alcanzado a vislumbrar que la division iba a ser reforzada i proyectaba un vigoroso ataque para impedir la reunion de las fuerzas. Efectuólo éste en la mañana del 5 de mayo, despues de haber hecho de sus tropas dos divisiones con las que cayó sobre el campo patriota confiado en la considerable superioridad numérica. No se desalentó por esto el jefe de los independientes: dividió tambien sus tropas i tomó él en persona el mando de

una de las partidas i la otra la confió al teniente-coronel don Ramon Freire. Morgado era quien mandaba la que le tocó batir a éste, i aunque Freire solo tenia a sus órdenes los cien hombres que trajo de Mendoza i dos piezas de artillería, no creyó difícil la victoria contra dos escuadrones de caballería, mas de 200 infantes i dos cañones.—Dejóse ver esta division por el camino de Penco, adonde marchó Freire a atacarla, comenzando por descargas de fusilería i retirándose paulatinamente para traerla a una emboscada que habia preparado con dos compañías. Hicieron ellas solo dos descargas sobre las filas de Morgado, al cabo de las cuales fuéles forzoso a éstas dispersarse, tanto mas cuanto que el grueso de la division de Freire caia sobre ellas, con lo que aseguró su jefe la victoria una hora ántes que Las-Heras, que combatia la otra division mandada por el mismo Ordóñez.

O'Higgins, que venia en socorro de Las Heras, habia alcanzado a oir en Curapaligüe los últimos cañonazos de la jornada del Gavilan, i no tardó mucho en juntarse i tomar el mando en jefe de todas las fuerzas. Supo entónces, cuán digna de sus antecedentes habia sido la conducta del teniente-coronel Freire, i así fué que no lo echó en olvido cuando comenzó la campaña, conforme el plan que pensaba adoptar. Consistia éste en posesionarse de los fuertes de la frontera, i para ello lo comisionó a fin de que permaneciera cerca de la plaza de Santa Juana, pronto a ausiliar al capitan Cienfuegos, miéntras éste tomaba a viva fuerza la de Nacimiento. A consecuencia de este suceso, Santa Juana i San Pedro fueron abandonados por las guarniciones realistas.

Despues de estas ventajas faltaba solo tomar el fuerte de Arauco, que por su posicion sobre el mar podia comunicarse, sin grandes dificultades, con el puerto de Talcahuano; pero esta empresa se consideraba mas arriesgada que las intentadas hasta entónces, i por eso se confió a Freire en persona. Tenia éste a sus órdenes cerca de doscientos hombres i un número igual de enemigos defendia las fortalezas de Arauco. Pero ademas de esto, habia otros obstáculos naturales que parecian insuperables: para acercarse al fuerte era preciso

cruzar el rio Carampangue que en la estacion del invierno pierde todo vado con bastante frecuencia.

Sin embargo, Freire deseaba entrar a Arauco a toda costa, i con tal designio avanzó en medio de una fuerte lluvia. En la tarde del 26 de mayo, dia en que llegó a la ribera norte del Carampangue, tuvo que sufrir fuertes descargas de cañon i de fusil, casi sin poder contestarlas, en medio de un deshecho temporal. Llegada la noche, lo cruzó él mismo, con no poco riesgo de perecer sumerjido en sus aguas, haciéndose seguir de sus oficiales i de la caballería con algunos infantes a la grupa, miéntras el resto de su infantería llamaba con sus fuegos la atencion del enemigo por el punto mismo en donde se le habia visto en la tarde. Salvadas las dificultades del paso e incorporado el resto de la infantería, avanzó al fuerte al amanecer, miéntras que su guarnicion, dudando poder resistir en él, lo abandonaba para embarcarse dejando entre otros artículos de guerra once piezas de cañon.

Ocupado Arauco por las fuerzas patriotas faltaba tan solo tomar posesion de Talcahuano para concluir la reconquista de todo el territorio chileno. Con este objeto fué llamado Freire por O'Higgins i dejando en Arauco al valiente capitan Cienfuegos, repasó el Bio-Bio i se juntó al Supremo Director en Concepcion.

No pasó muchos dias sin que los dispersos unidos a los indios de la costa inquietasen a Cienfuegos con sus ataques, i para inutilizar al enemigo dejó las fortalezas de la plaza i fué destrozado completamente. Freire volvió, entónces, a reconquistarla i despreciando las trincheras que habia formado el enemigo en la orilla sur del Carampangue, tomó de nuevo posesion del fuerte i dispersó completamente a las fuerzas que lo ocupaban.

Poco tiempo despues, cuando se organizara la *Lejion de Mérito de Chile*, se nombró oficial, por unanimidad de votos, al teniente coronel don Ramon Freire, que tantas pruebas de valor habia dado en toda aquella gloriosa campaña, i que por dos veces habia penetrado a viva fuerza en la importante plaza de Arauco.



VI

SUS SERVICIOS HASTA LA BATALLA DE MAIPO

Las operaciones de la guerra quedaron suspendidas despues de la reconquista del fuerte de Arauco. El pendon castellano no flameaba sino en el puerto de Talcahuano, donde se defendia el esforzado Ordóñez al mando de un puñado de valientes. Todos los esfuerzos que O'Higgins pudiera hacer para tomarlo parecian inútiles, vistas las buenas i bien guardadas fortificaciones i el número de tropas que le obedecian, número reducido para intentar tan arriesgada empresa. Por otra parte, los indios araucanos, azuzados i mandados por los españoles dispersos, comenzaban a cruzar el caudaloso Bio-Bio i a hacer sus correrías, lo que lo obligaba a mantener diseminadas sus tropas en toda la estension de la frontera.

Ordóñez no se atrevia, tampoco, a hacer salida alguna de la plaza si no era para buscar víveres en los alrededores. Las fuerzas de O'Higgins, temiendo el fuego de sus fortificaciones, se mantenian a distancia, de modo que solo algunas veces podian batir las partidas que despachaba aquél.—El teniente-coronel Freire era el héroe de cada uno de estos encuentros: despreciando el fuego del cañon de los castillos,

perseguia al enemigo hasta sus trincheras, desplegando siempre un valor mas que natural. En la mañana del 10 de setiembre, tan solo les hizo cincuenta muertos i mas de veinte prisioneros, todos de buena tropa de caballería, al mando de unos pocos granaderos solamente.

En tan apurada situacion, Ordóñez esperaba ansioso socorros de tropas del Perú, i aunque el virrei Pezuela parecia querer dejarlo entregado a su desgracia, él estaba resuelto a resistir hasta el último estremo al enemigo que lo sitiaba. Los víveres comenzaban a escasearle ya, i en su desesperacion concibió la idea de volver a ocupar la plaza de Arauco, para proporcionárselos allí como lo habia hecho poco ántes. Con este objeto despachó la goleta *Montezuma* con una corta partida que debia desembarcar en sus inmediaciones. Unida esta con los españoles dispersos i los indios de la costa, dieron un ataque a la plaza, en que fueron rechazados por su gobernador, el valiente capitan don Agustin López.

A la primera noticia que se tuvo de este suceso, fué de nuevo despachado el teniente-coronel Freire en socorro de la plaza, que por otra vez habia sido sitiada. Inútil fué que el enemigo intentara impedirle el paso del rio Carampangue; Freire lo cruzó el 24 de setiembre i el 27 destrozó completamente las fuerzas sitiadoras, que se habian retirado a corta distancia.

La toma de Talcahuano fué lo que llamó, despues de estas ocurrencias, todas las atenciones. Habia llegado a Chile el jeneral frances Brayer, distinguido jefe del ejército de Napoleon: O'Higgins quiso darle el mando, confiado en la fama esplendente de sus vastos talentos militares, i aun llegó a ceder a sus indicaciones, bastante erradas, sobre el plan de ataque. Habíase fijado para éste, el dia 6 de diciembre, i se habia determinado la formacion de tres divisiones, de las cuales la tercera fué confiada a don Ramon Freire, elevado ya a coronel. Debia ésta entrar a la poblacion por el rastrillo, así que se lo abriesen las tropas de la primera division, i posesionarse de la playa para impedir el embarque de los fujitivos realistas. Semejante empresa distaba mucho de

corresponder a Freire, que habria querido tomar una parte mas activa en el asalto de la plaza; pero fuéle preciso resignarse a la obediencia, i aguardar que las otras divisiones, mandadas por Las Heras i Conde, hiciesen su deber miéntras él era un mero espectador. Prodijios de valor obró cada cual de los jefes i soldados; la muerte, que hacia los mayores estragos en las filas independientes, no las intimidaba por un momento. Antes de mucho tiempo los cadáveres servian para escalar las murallas, miéntras las baterías de los buques destrozaban columnas enteras. Despues de millares de sacrificios, forzoso fué al ejército patriota desistir de su empeño.—El ataque habia sido rudo, i Freire habia visto con sentimiento que no le era posible tomar parte en él.

Este fué el último sacrificio hecho en favor de la reconquista de Talcahuano: era necesario reponerse de los perjuicios sufridos, i entre tanto llegaron del Perú poderosos ausilios a las órdenes del jeneral Osorio, el mismo que algunos años ántes habia sometido a Chile al dominio de la España.—La primera noticia que tuvo San Martin de la próxima llegada de los últimos refuerzos lo determinó a llamar a su lado al Supremo Director O'Higgins para dirimir en un solo dia i de un solo golpe la cuestion de nuestra emancipacion. En conformidad O'Higgins se replegó al norte i cruzó el Maule miéntras el coronel Freire, que habia quedado en observacion, se retiraba igualmente, sosteniendo algunos cortos tiroteos con las avanzadas de Osorio.

Reunido todo el ejército patriota en San Fernando, resolvieron los jefes independientes aproximarse a Talca i batir a Osorio, así que hubiese pasado el Maule. Ignorando éste los propósitos de San Martin, como tambien el número de tropas que tenia a sus órdenes, se atrevió a cruzarlo sin sospechar siquiera de la red que la elevada intelijencia de su enemigo le tendia. Desde entónces los dos ejércitos se encontraron casi enfrente, i separados solamente por el rio Lontué.

En esta posicion, en la mañana del 15 de marzo, se comisionó al coronel Freire para que, al mando de dos escuadrones de caballería, forzara uno de sus vados i fuera a inqui-

rir noticias del ejército realista, casi en su mismo campamento. Efectuólo así Freire con su acostumbrada valentía i a pesar de la resistencia que se le quiso oponer al paso: tan pronto como lo hubo cruzado se le presentó un grupo de fuerzas al cual atacó a pesar de la notable superioridad numérica; pero no siendo reforzado le fué preciso retirarse al campamento con alguna pérdida.—Poco despues, el 19 del propio mes, Freire coadyuvó poderosamente en una carga de caballería que se dió a la enemiga. Arrollada ésta, en los primeros momentos, se reorganizó en breve i consiguió hacer retroceder a la independiente, que con tanto arrojo la habia atacado.

La noche de ese mismo dia estaba destinada a favorecer una sorpresa dada por el ejército realista, la sorpresa de Cancha Rayada. Nuestro ejército, si bien no fué destrozado, sufrió una dispersion completa i habria sido la ruina de la naciente república a no levantarse en breve nuevas huestes que debian arrollar a Osorio i sus columnas. El 5 de abril, a los pocos dias de aquella desgraciada noche, un ejército poderoso esperaba en las llanuras de Maipo a tropas superiores en número i disciplina. El resultado de la batalla fué la ruina completa del poder español en Chile, i la confirmacion de hecho de su libertad política.—En ella mandaba el coronel Freire los Cazadores a caballo: con éstos destrozó los Lanceros del rei i Dragones de Arequipa, en lo mas recio de la refriega, i persiguió, despues de la victoria, al infatigable Rodil, que con una serenidad sobrenatural se retiraba al mando de una gruesa partida de jinetes con direccion a Talcahuano.

Estas fueron las bases de la poderosa resistencia que los fujitivos de Maipo opusieron a sus vencedores en el sur; presto veremos lo que hizo Freire para batir las tropas realistas que allí se organizaron mas tarde.





VII

SUS SERVICIOS EN EL SUR HASTA QUE FUÉ NOMBRADO INTENDENTE DE CONCEPCION

Ninguno de los hechos de armas que han tenido lugar en la América española ha traido mas grandes consecuencias a la obra de su emancipacion que la gloriosa victoria de Maipo. Libre ya la mayor parte de nuestro territorio de los ejércitos enemigos, fuéles posible a los gobernantes pensar en una espedicion sobre el Perú para destruir el poder español en aquel atrincheramiento, dando con este paso el golpe mas terrible a las pretensiones del rei Fernando sobre las Américas.

Pero aun quedaban en el sur de Chile los restos del ejército que habia sido destrozado en Maipo: desde la ribera sur del Maule, las autoridades que mandaban en cada uno de los pueblos eran realistas, i conociendo esto O'Higgins, como tambien la necesidad que habia de concluir con un enemigo que podia hacerse poderoso, comisionó al coronel Zapiola para que con 250 hombres solamente estableciese su cuartel jeneral en Talca i despachara algunas partidas a reconquistar aquellas posesiones. Zapiola llegó allí a fines de abril i desde el siguiente mes de mayo comenzó a operar con la importante ayuda del infatigable i arrojado capitan de Grana-

deros don Miguel Cajaraville. La toma del Parral i de Chillan fueron las mas importantes ventajas obtenidas por él hasta mediados de noviembre, en que sufrió un descalabro i tuvo que replegarse a Talca.

El coronel Freire fué comisionado, esta vez, para continuar la campaña, i para ello salió de Santiago al mando de una division: el 29 de noviembre se juntó en Talca con Zapiola i ámbos siguieron su marcha al sur con ánimos de volver a ocupar a Chillan. Encargó Freire este ataque al coronel don Manuel Encalada, con su rejimiento de Granaderos, el que pasó el Ñuble sin resistencia alguna i tomó posesion de la plaza el 24 de noviembre, sin hacer uso de las armas mas que para seguir al enemigo que dejaba la poblacion i se entregaba a una fuga precipitada. Freire, entre tanto, pasaba el rio despues de un corto tiroteo i entraba en la ciudad cuando acababa de ocuparla nuestro ejército.

No parecia posible avanzar a Concepcion, visto el número considerable de tropas con que contaba ya el enemigo: Freire se resolvió a esperar en Chillan la llegada del jeneral Balcarce, que debia salir en breve de Santiago al mando de una columna de poco mas de 2,000 hombres, como efectivamente lo hizo en 13 de diciembre. Reunidos allí, acordó Balcarce el plan de campaña que en su juicio convenia adoptar. Púsose él a la cabeza del grueso del ejército, i miéntras seguia el camino de la montaña i tomaba posesion de los Anjeles i otros fuertes de la frontera, Freire, con el propósito de espurgar el territorio de los enemigos que lo ocupaban, debia pasar el Itata por el Roble, seguir el camino de los llanos i costas i ocupar a Quirihue, Yumbel, Concepcion, Talcahuano i demas poblaciones de aquel lado. En esta campaña fué a Balcarce a quien le tocó batirse con el enemigo: habiéndolo hecho retroceder desde el paso del rio de la Laja, lo destrozó completamente en las márjenes del Bio-Bio el 19 de enero de 1819, sin que hubieran podido escapar muchos, con Sánchez, su jefe. Freire, por su parte, habia desempeñado fiel i puntualmente la comision que se le confiara, sin necesidad de disparar un solo tiro.

Con estos sucesos, la campaña del sur parecia, por fin, concluida. Sánchez huia apresuradamente a Valdivia con unos pocos soldados únicamente; Balcarce i Freire eran dueños de toda la provincia de Concepcion, i hasta del puerto de Talcahuano, que en 1817 habia sido el baluarte de defensa del ejercito realista; el chileno Vicente Benavides, patriota renegado en 1814, prisionero en Maipo, i ahora fiel servidor de Balcarce, se hallaba en Angol reuniendo con halagos los dispersos de Sánchez i remitiéndolos a Concepcion, donde se alistaban en el ejército independiente.

Con tales antecedentes se creyó reconquistado todo el territorio chileno de las fuerzas realistas. El jeneral Balcarce, juzgándolo así, dejó el mando del ejército para pasar en breve a Buenos Aires, su pais natal, donde murió en el mismo año: Freire, creado Intendente de Concepcion, i elevado poco despues a Mariscal, lo tomó en su lugar despues de haber recibido algunas instrucciones i de haber oido de su propia boca que lo único que quedaba que hacer en la campaña era recojer los dispersos realistas, i que esta era la obra de Benavides.

En efecto, todo habria quedado concluido si el mismo Benavides no se hubiera puesto a la cabeza de esos dispersos, i comenzado la guerra con furor tal, como hasta entónces no se habia hecho en Chile.—Hallábase, como ántes, en Angol, a principios de febrero, cuando concibió violentos celos de su esposa, Teresa Ferrer, que se hallaba en Talcamávida, ocupada ya por las fuerzas independientes: avivados éstos por algunas lijeras pruebas que él halló irrecusables, se resolvió envolver bajo el mismo anatema todo aquello que tenia relacion con sus enemigos particulares, i despues de haber armado algunos dispersos e indios, de quienes se hizo reconocer como su jefe, mandó una gruesa partida a tomar posesion de Santa Juana.

No pudo dudar Freire de los designios de Benavides: conoció que esta era una de las tantas jugadas hechas en el curso de su vida, i que sus propósitos eran los de declararse defensor de los derechos del rei en Chile, azuzado por una

pasion que tantas lágrimas i sangre costó mas tarde. Para combatirlo creyó útil convencerlo por medio de comunicaciones, presentándole su tropa para probarle que cuanto intentara seria inútil; pero Freire desconocia el número de las fuerzas del nuevo caudillo i por ello fué que para atacarlo cometió un desacierto de tanta importancia.—Dió sus órdenes al capitan don Gaspar Astete, comandante de la guarnicion de Rere, para que despachara alguna fuerza a reconquistar à Santa Juana: el comisionado fué el teniente don José Antonio Riveros, valiente oficial, que sin tomar en cuenta el peligro que podia correr, cruzó el Bio-Bio con unos pocos hombres el 21 de febrero, i tomó posesion de ella, desalojando atrevidamente al enemigo que la ocupaba: pero atacado en breve por cien soldados de buena tropa, tuvo que quedar prisionero en poder de Benavides con 27 de los suyos, con lo que se dió principio a las hostilidades.

Freire, sabedor de este suceso, despachó al teniente don Eujenio Torres para tratar el canje de prisioneros, intimado, como se hallaba, por Benavides que le decia no poder contener ya a los indios que lo seguian. La presencia sola del parlamentario bastó para que éste pusiera en libertad a Riveros, i Freire, tomando por jenerosidad lo que solo eran argucias, le remitiô a su campo a su esposa. Tan pronto como ésta se le hubo juntado, Benavides hizo morir a sablazos en una noche al parlamentario Torres i catorce soldados que no quisieron seguir sus banderas.

Miéntras sucedia esto en Santa Juana, la plaza de los Anjeles fué estrechamente sitiada por una considerable division de indios, destruida una partida de cincuenta hombres (22 de febrero), i reducida a cenizas una parte de la poblacion.

La guerra era, pues, jeneral: al mismo tiempo que una partida atacaba a Santa Juana, otra hacia igual cosa con los Anjeles i por todas partes se notaban los principios de una resistencia que debia ser tenaz. Freire, como jefe de frontera, fué quien tuvo que combatir contra los ejércitos que entónces se formaban: la historia no podria dejar de hacerle

la merecida justicia por su arrojo, pericia, constancia, i mas que todo por una hidalguía que distaba mucho de corresponder al enemigo con quien la usó.





VIII.

CAMPAÑAS CONTRA BENAVIDES

La nueva campaña se habia abierto de un modo atroz por parte de Benavides: la muerte del parlamentario Torres i el incendio de los Anjeles hacian presentir al coronel Freire que su enemigo no se detenia ante ningun crímen: pero él, léjos de querer usar de represalias, se esforzó en recomendar a sus subalternos el empleo de la jenerosidad para con un enemigo que la miraba en ménos.

Mas no por esto descuidaba las operaciones de la guerra: sabedor del estrecho sitio puesto por el enemigo a la plaza de los Anjeles i de la apurada situacion de su comandante Thompson, despachó en su ausilio al coronel don Andres del Alcázar, que estaba encargado del mando de Yumbel, con una compañía de cazadores que obligó a retirarse a las fuerzas sitiadoras, despues de haber acuchillado a una partida de indios que tardaron algo mas en dispersarse.

En vista de estos antecedentes, i de las noticias que sus espías le comunicaron sobre el ejército de Benavides, no dudó ya Freire de que sus fuerzas eran poderosas. El se veia sin recursos, i obligado a diseminar sus tropas en los

fuertes de la frontera: solo la llegada de algunos refuerzos lo impelió a desistir de sus intentos de abandonar la ciudad de Concepcion i trasladarse a la plaza de Talcahuano, donde creia mas fácil la defensa: con ellos se juzgó bastante fuerte para tomar la ofensiva, tan luego como el enemigo se atreviera a cruzar el Bio-Bio.

Esta oportunidad se le presentó el 14 de abril, en cuya noche Benavides, al mando cerca de seiscientos hombres, lo pasó por Talcamávida.—Al amanecer del siguiente dia, ya Freire se puso en marcha, miéntras el enemigo seguia a San Luis Gonzaga; avanzó allí aquél i éste pasó a Gomero: movióse de nuevo Freire i Benavides se retiró a San Cristóbal, dando a entender con estos movimientos que no pensaba sino en retirarse i en evitar a toda costa un encuentro que no podia tener otro resultado que su derrota. Por ellos conoció Freire que no podria darle alcance, i creyó mas prudente recorrer ámbas riberas del Bio-Bio, en busca de partidas enemigas que combatir. En conformidad, hizo pasar el rio por Tanaguillin al capitan don Manuel Quintana, con 80 granaderos, para seguir por la orilla sur a tomar posesion de Santa Juana, miéntras él mismo llevaba una marcha paralela por la norte hasta ocupar a Talcamávida, separada de aquella por las aguas del Bio-Bio, solamente.

Benavides, entretanto, habia seguido su marcha al norte; pero temiendo encontrarse con Freire, pasó el rio de la Laja i se acercó a los Anjeles, donde mandaba el coronel don Andres del Alcázar. Creyéndose débil para dar el ataque, recurrió al embuste de anunciar la completa derrota de Freire i de exijir rendicion: confundido por la negativa que le dió Alcázar, fuéle forzoso repasar el Bio-Bio por Negrete, sin haber obtenido en toda la campaña ventaja alguna, por pequeña que fuese.

Freire, despues de haber tomado posesion de Talcamávida, se volvió a Concepcion, miéntras que Benavides se reponia en el territorio araucano de los males sufridos en la anterior campaña. El 22 de abril asentó este último su campo en Curalí, i el 24 dió un ataque a Santa Juana, de donde fué

rechazado por las tropas que poco ántes habian tomado posesion de ella.

En una guerra como esta, en que todo era la obra esclusiva de la estratejia en los movimientos i en que el enemigo no se atrevia a presentar una batalla contra fuerzas que no fuesen mui inferiores, no podia hacerse patente aquel valor que tanto distinguia a Freire, i con que habia destrozado al enego en otras ocasiones. Por otra parte, Benavides espiaba cada uno de sus movimientos i sabia ponerse en salvo cuando en estos presentia su derrota: esto era lo que habia sucedido en el tiempo trascurrido despues de abierta la campaña; pero, léjos de desalentar a Freire esta conducta, avivaba mas su entusiasmo i lo inducia a seguir maniobrando con mayor actividad.

Como lo hemos dicho, Benavides fué rechazado en Santa Juana; pero, sin querer desistir de sus propósitos de atacarla en breve nuevamente, se retiró a su campamento de Curalí. Pocos dias despues, el 28 de abril, volvió otra vez sobre ella; pero ahora se encontraba allí el mismo Freire al mando del grueso todo de sus fuerzas, i volvió a ser rechazado. Resolvió éste, por fin, ir a buscarlo en su guarida, i salió con este objeto de Santa Juana, miéntras Benavides, desconociendo el número de tropas que acompañaban a su enemigo, permanecia en Curalí, dispuesto finalmente a presentarle batalla. En la tarde del 1.º de mayo tuvo lugar ésta, i su resultado fué el acuchillamiento completo del ejército de Benavides. Desbaratado por la impetuosidad de la carga, forzoso le fué al enemigo entregarse a una fuga precipitada, sin alcanzar a sustraer de ella mas que una corta division. Persiguiólo pocos dias despues por Colcura, Laraqueta, i mas allá del rio Carampangue en que destrozó una partida de 200 hombres, dando por concluida la campaña con tan importantes ventajas.

A su vuelta a Concepcion, solicitó Freire del Supremo Gobierno, con fecha 30 de mayo, la devolucion de todas las propiedades confiscadas a los que se hallaban comprometidos en defensa de los derechos del rei, creyendo captarse con

esta medida su voluntad i neutralizarlos, ya que no hacerlos adherirse a su causa, con tan jenerosa conducta.

Este hecho puede servir para caracterizar a Freire como militar i como político. Valiente con el enemigo, jeneroso con el vencido, tales fueron las dotes que hicieron de él uno de los jefes mas distinguidos de nuestra emancipacion.



IX

CAMPAÑAS CONTRA BENAVIDES HASTA NOVIEMBRE DE 1820

Con la victoria de Curalí i escursiones subsiguientes parecia concluida finalmente la guerra que tantas lágrimas costaba ya: Freire se dedicó entónces al mejor arreglo de la provincia, cuyo mando político se le habia confiado; pero al descuidar los aprestos militares por un momento, manifestaba desconocer al enemigo a quien tenia que batir. Las derrotas tenian mui poco influjo en el ánimo de Benavides para que acobardara despues de la de Curalí en que habia salvado alguna tropa. Pronto se le vió aparecer de nuevo, cruzar el Bio-Bio por el lado de las montañas, internarse en la Isla de la Laja, i continuar allí la guerra de depredaciones i saqueos que hacia. Batida casi siempre sus partidas por las fuerzas que mandaba en los Anjeles el mariscal Alcázar, engrosaba de nuevo sus tropas con indios i dispersos, al mismo tiempo que tomaba posesion de algunos buques que sorprendió en la costa de Arauco.

Freire vino entónces a conocer cuán grande era el error en que habia caido al creer debilitado al enemigo. Por otra parte, cada dia era mas angustiada su situacion, ya por la

falta de tropas o por los víveres que a fines del año de 1819 se hizo jeneral en la provincia toda de Concepcion.

Sin embargo, en medio de tan apurada situacion, Benavides no se atrevia a acercarse al campamento de Freire hasta mayo de 1820, en que, sabedor de que éste habia pasado a Santiago dejando el mando de las fuerzas al coronel Rivera, dió un ataque a Talcahuano favorecido por la oscuridad de una noche de invierno, tomó posesion de él, saqueó las propiedades, i embarcó a su segundo, don Juan Manuel Pico, en un bote, en que debia pasar a Arauco, burlando, por todos medios, los lazos i estratejia de Rivera.

El influjo moral de un suceso de esta especie no podia dejar de traer males considerables al ejército de Freire. Las fuerzas de éste, es verdad, eran superiores en número i disciplina a las que mandaba Benavides; pero era preciso tenerlas diseminadas en toda la estension de la frontera para impedirle el paso a la capital; reunirlas para entrar en perseguir al enemigo era una empresa bien descabellada para que Freire la intentara: por las anteriores persecuciones habia venido en conocer que darle alcance i evitar sus movimientos estratéjicos era un trabajo casi imposible. Por otra parte, en aquella misma época, se organizaba en Santiago la espedicion libertadora del Perú, i no comprendiendo cómo los fujitivos de Maipo pudieran organizar una resistencia tan tenaz como la que ya se formaba, se dejaba a Freire al mando de la provincia de Concepcion, sin tener los recursos para contener las tropas de Benavides.

Las fuerzas enemigas, entre tanto, se habian engrosado considerablemente. Don Antonio Carrero, uno de sus jefes, habia pasado a Chiloé en busca de ausilios de tropas, i los que les dió Quintanilla, junto con los que le trajo Pico del Perú, a donde pasó a buscarlos, hacian de las filas de Benavides un ejército respetable. Con él pensaba hacerse dueño de toda la provincia de Concepcion i pasar a la capital, que habia quedado sin tropas desde la salida de la espedicion libertadora del Perú (20 de agosto de 1820).

El 18 de setiembre pasó Pico el caudaloso Bio-Bio por

Monterrei, algunas leguas adelante de su confluencia con el Laja, i el siguiente dia se acercó a Yumbel, donde aprovechándose de la superioridad numérica, destrozó un escuadron de granaderos mandado por el teniente coronel don Benjamin Viel.

Juntóse éste, seguido de unos pocos dispersos, con el comandante don Cárlos M. O'Carrol en Rere, i entre ámbos picaron la retaguardia al enemigo, que habia seguido adelante i manifestaba interes en pasar el Laja, para penetrar en la isla de este nombre i apoderarse de los Anjeles, su capital, en que mandaba el mariscal Alcázar. con solo 250 hombres del batallon Coquimbo. En su marcha, engrosaron sus filas con una partida de cazadores que les remitia Freire, al mismo tiempo que el enemigo tomaba cerca de 400 hombres de las diversas montoneras que mantenia en las inmediaciones. En el vado de aquel rio. denominado del Pangal, se resolvió a hacer frente a O'Carrol, que mandaba las fuerzas de la república: pero introdújose la division entre los diferentes jefes, i al cabo de poco tiempo todo era confusion: muchos huian, miéntras O'Carrol, mas valiente que sus subalternos, preferia morir en las puntas de las lanzas de los indios de Pico, que lo tomaron con un lazo, a seguir a aquéllos en su fuga.

Despues de esta victoria aun le quedaba a Pico que tomar los Anjeles; pero como creyera que Alcázar habia sido reforzado por las tropas de Freire, se resolvió a esperar en San Cristóbal que se le juntara Benavides, lo que éste efectuó el 25 de setiembre.

Alcázar, entre tanto, sabedor de los sucesos de Yumbel i Pangal, se habia determinado a juntarse con Freire; para ello salió de los Anjeles el mismo dia que se reunieron Benavides i Pico, i queriendo sustraerse a ellos, pensó pasar el Laja por Tarpellanca, i mandó un campesino en esploracion, el que dió parte al enemigo de su marcha. Atacólo éste en la ribera opuesta del rio, i cuando Alcázar, que habia cruzado la mitad de él, pensaba hacerse fuerte en una isleta que tiene el nombre del vado, se comenzó el tiroteo que concluyó

por la rendicion de Alcázar, despues de seis horas de un fuego vivísimo.—La atroz muerte de todos los oficiales rendidos, i la del mismo Alcázar, fué el modo como cumplió Benavides los tratados de rendicion por los cuales se les aseguraba la vida i la libertad.

Las noticias del descalabro del Pangal llegaron en breve a oidos de Freire, i resolvió salir con el grueso de sus fuerzas en ausilio de los Anjeles, para lo que fijó el dia 28 de setiembre: el 27 supo por el comandante del batallon Coquimbo, coronel Thompson, el único que habia escapado en Tarpellanca, la triste suerte de Alcázar, i lo inútil que era su determinanacion.

El siguiente dia, 28, Freire, seguido de sus soldados, se trasladó a Talcahuano, donde creia mas posible sostenerse contra el enemigo i recibir ausilios por mar. Comenzóse entónces aquella gloriosa resistencia que se denomina el «sitio de Talcahuano», en que no hubo sufrimiento porque no pasara gustoso para defender aquella importante plaza del enemigo que la sitiaba. Falto de víveres i demas recursos, sin poder obtenerlos sino en mui pequeñas cantidades del Supremo Gobierno, Freire dió en aquella época los ejemplos mas elevados de una constancia mas que natural, i de un desprecio por el peligro de que se hallan pocos ejemplos. Una sola ocasion en que se habia sacado del recinto de la plaza la caballería a pacer en los campos inmediatos, fué necesario sostener un choque, en que perdió algunos de los suyos. Esta situacion era tanto mas aflictiva, cuanto que el enemigo no se dejaba ver en las inmediaciones sino cuando la tropa salia de la plaza, i esto para una sorpresa solamente, lo que impedia a Freire dar un ataque formal, en que pudiera tocar a su fin la contienda, sucumbiendo uno u otro ejército. Temia, i no sin razon, que esta inaccion, agregada a la íntima seguridad de la inferioridad numérica, introdujera el desaliento en sus soldados. Freire esperaba con ansia una oportunidad de atacar. Esta se le presentó el 25 de noviembre, en que el enemigo se dejó ver por el lado de San Vicente, en número de 600 hombres solamente. No tardó mucho Freire

en aprovecharse de ella para caer de improviso, cortándolo en todas direcciones i asegurando en pocos momentos la gloriosa victoria de las «Vegas de Talcahuano» con que la conoce la historia.

Pero esta victoria no arruinaba al enemigo; se necesitaba de algo mas todavía i esta fué la obra de la no ménos gloriosa jornada de la «Alameda de Concepcion» que tuvo lugar el 27 del propio mes, en que Freire destrozó completamente las filas de Benavides, i rescató el batallon Coquimbo, que permanecia en ellas desde la derrota de Tarpellanca.



X

CAIDA DE O'HIGGINS: FREIRE SUPREMO DIRECTOR

Con la victoria de la Alameda de Concepcion, Benavides se halló falto de hombres i demas elementos para proseguir la guerra por mas tiempo; pero léjos de desistir de sus conatos de destruccion, encomendó a don Juan Manuel Pico el incendio de todas las poblaciones situadas al lado sur del rio Ñuble, que habian quedado en un total abandono, comision que desempeñó este ántes de fines de 1820.—El siguiente año volvió a presentarse Benavides i fué de nuevo derrotado en las Vegas Saldías por el jeneral Prieto: los caudillos que sucedieron a aquél en el mando de las hordas denominadas defensores de los derechos del rei, sufrieron una suerte idéntica durante el de 1822.

Freire, empero, no habia tomado parte en estos sucesos: retirado en Santiago, no volvió a Concepcion hasta fines de este último año para presenciar i tomar en breve la direccion del movimiento reaccionario que se operaba contra el gobierno de O'Higgins. La provincia se habia pronunciado; la de Coquimbo la habia seguido, i salieron de Santiago comisiones destinadas a tranquilizar los ánimos en ámbos puntos.—Pero la reaccion era estensiva a todas las provincias:

O'Higgins, la primera espada de nuestra independencia, el héroe de cien batallas, habia querido sacrificar su merecida popularidad a trueque de hacer respetables las leyes, aun usando las medidas violentas; habia querido cimentar el órden en el caos, i esta obra, que frecuentemente arruina al que la comienza, fué la causa principal de su caida. No hubo crímen que sus enemigos no le imputaran, i aun sus mismos partidarios llegaron a creer verdad todo lo que se decia de él.

Movido por estos sentimientos, se reunió el vecindario en la sala del Consulado, el 28 de enero de 1823, i allí acordó el envío de una comision al Supremo Director que debia hacerle presente el jeneral descontento que existia contra su administracion. Conoció entónces O'Higgins la verdadera disposicion de los ánimos, i ántes de organizar una resistencia con que pudo sostenerse por algun tiempo mas en el poder, hizo dimision de él i pasó a Valparaiso, con propósitos de embarcarse para el Perú.

Freire, entre tanto, habia llegado a este puerto al mando de 300 hombres, mandados por la Asamblea provincial de Concepcion a deponer el gobierno. Sabedor de que se hallaba en Valparaiso el jeneral O'Higgins, dió la órden de su arresto, justificando esta medida, en su nota de fecha de 6 de febrero, con el «derecho que tienen los pueblos para exijir de él una justa residencia». Una medida de esta especie, si bien ejecutada con lejítimos pretestos, no pudo obtener la aprobacion jeneral ni mucho ménos la de los miembros de la Junta Gubernativa que habia sucedido a aquel gobierno. De su residencia no resultó cargo alguno que pudiera mancillar su nombre: esto esplica los términos honrosos en que está concebida la concesion de la licencia para salir de Chile, dada por Freire al jeneral O'Higgins por el solo término de dos años, en 2 de julio de 1823.

No contentas las Asambleas de Concepcion i Coquimbo con la Junta de Gobierno instalada el dia de la dimision de O'Higgins, mandaron por plenipotenciarios a don Manuel Novoa i a don Manuel Antonio González, para que, unidos

con el que debia nombrar Santiago, elijieran provisoriamente el Supremo Director miéntras se instalaba un Congreso Constituyente: fué este tercer miembro el doctor don Juan Egaña. Reunidos todos tres en 31 de marzo elijieron para aquel alto puesto al Mariscal don Ramon Freire, que se recibió del mando i prestó su juramento el 4 de abril de 1823.

Residenciados como se hallaban los miembros de la pasada administracion, no era posible siguiesen en sus destinos; por otra parte la reaccion se habia operado mas por su conducta i manejos que por la del Director O'Higgins. En consecuencia, con fecha 8 del propio mes de abril espidió los nombramientos de ministros en don Mariano Egaña de gobierno i de relaciones esteriores, en don Pedro Nolasco Mena de hacienda i en el coronel don Juan de Dios Rivera de la guerra. Uno de los primeros decretos espedidos por este último, fué la concesion de un premio a los vencedores en la jornada de la Alameda de Concepcion, el 27 de noviembre de 1820.

De aquella época data la vida política del jeneral Freire, en que despues vino a ser tan desgraciadamente célebre. Educado en la carrera militar, Freire comprendia que una nacion se podia rejir como un ejército, i aunque jamas ejerció los actos de despotismo que tan poco acordes estaban con la grandeza de su alma, parecia estrañar la ausencia del réjimen militar para sostenerse con decoro en el alto puesto en que se hallaba colocado: esta conviccion fué la que motivó sus renuncias de junio de 1824.

El primer trabajo importante de la nueva administracion fué el equipo de una escuadra i un ejército para ayudar al jeneral don Simon Bolívar en la grandiosa empresa de dar libertad al Perú. Debia la espedicion reunirse al jeneral Santa Cruz, que se hallaba en el Alto Perú; pero ántes de su arribo éste fué derrotado completamente, i a su desembarque en Arica, se halló amenazada por el jeneral español Valdés, i fué necesario darse a la vela sin haber hecho frente una sola ocasion al enemigo.

En Santiago, entretanto, se trataba de formar una consti-

tucion mas liberal que la de 1822. Para esto se habia convocado un congreso constituyente, que comenzó a ejercer sus funciones en agosto del siguiente año, i formó la que se juró en 29 de diciembre de 1823. La nueva organizacion que ella introducia no füé del agrado de Freire: restrinjidas las facultades del ejecutivo, conoció éste que en medio delvolcan revolucionario en que entónces se vivia, no era posible gobernar con las sujeciones i vallas puestas por la misma Constitucion. Hizo por repetidas veces la dimision del alto destino que ocupaba i si quedó en él fué solo por la acta del Senado conservador, de fecha de 21 de junio de 1824, por la cual se ampliaban considerablemente sus facultades gubernativas.



XI

PRIMERA ESPEDICION A CHILOÉ

Chiloé habia sido el almacen de armas i pertrechos de la guerra del sur en los últimos años. Ordóñez habia recibido de su gobernador, en 1817, durante el sitio de Talcahuano, refuerzos de tropas, que si bien reducidos en número, le eran de grande importancia. Las hordas de Benavides, Pico, Carrero i Pincheira habian encontrado en el gobernador del archipiélago, Quintanilla, la fuente de sus recursos, i era presumible que sujetándolo bajo el dominio i autoridad de la República, cesaria la lucha que ensangrentaba las provincias meridionales de nuestro territorio.

Freire necesitaba de glorias militares para mantenerse en la popularidad que lo habia elevado al primer puesto de la República, i mui particularmente despues de la desgraciada espedicion al Perú. La Constitucion del Estado, recien jurada, consideraba tambien parte integrante de la República chilena el archipiélago de Chiloé. Por otra parte, existian en Chile los mismos elementos que se emplearon en la espedicion del Perú: la escuadra estaba en nuestros puertos i la tropa, falta de campañas que emprender, parecia amenazar las autoridades en caso de una revolucion. Era,

pues, preciso intentar alguna empresa, i la conquista de Chiloé, en que todavía ondeaba el pendon castellano, se presentó con todas las apariencias de realizable.

Hechos los primeros preparativos, salió Freire de Valparaiso a principios de enero de 1824, dejando el mando supremo en manos del presidente del Senado, que lo era don Fernando Errázuriz: pocos dias despues se hallaba en la bahía de Talcahuano, concluyendo los aprestos de la espedicion.

Constaba esta de mas de 3,000 hombres, que formaban tres brillantes batallones de infantería, buena caballería, un buen tren de cañones i alguna tropa mas; esta fuerza debia embarcarse en la Quiriquina en nueve buques, cinco de los cuales eran de guerra. Freire habia destinado para sí la fragata *Lautaro*.

Confiado en la importancia de la empresa i en las probalidades de triunfo, salió Freire de la isla de la Quiriquina a fines de marzo de 1824, al mando de la espedicion conquistadora. Habíase acordado ántes del embarque el plan de campaña que convenia adoptar; por él se habia dispuesto que la escuadra entera ocupara el puerto de San Cárlos, con bandera española, sospechando que Quintanilla no podria mantener una guarnicion respetable en sus fortificaciones, en la estacion de las lluvias que ya habia comenzado.

En efecto, al cabo de pocos dias de haberse dado a la vela de la Quiriquina, siete buques de la escuadra entraban en la bahía de San Cárlos, tras de la fragata *Lautaro*, que montaba el Mariscal Freire, despreciando los fuegos de las fortalezas; pero al acercarse al castillo de Agüi, cambió aquella de rumbo i se acercó a los canales del interior. Ignorando los otros trasportes los propósitos del jeneral en jefe, lo siguieron i les fué forzoso fondear en el puerto de Niepumuñion, en donde varó la corbeta *Voltaire*, por influjo de las grandes corrientes; este incidente obligó a nuestras embarcaciones a abandonar este puerto i tomar posesion del de Chacao que defendia una lijera guarnicion, el dia 28 del propio mes de marzo.

Allí dispuso el jeneral Freire, que el coronel Beauchef,

que mandaba el batallon número 8, desembarcase al frente de éste, i del 7 i 1 que obedecian a los coroneles Rondizzoni i Thompson, por el fondeadero de Dalcahue, para posesionarse del camino de Castro a San Cárlos, lo que éste efectuó el 30 de marzo, conforme a las órdenes de su jefe.

Quintanilla, entre tanto, habia tenido noticia de la espedicion desde febrero, i habia trabajado con una actividad digna de los mayores elojios en reunir i adiestrar las milicias para presentar una resistencia vigorosa a las tropas invasoras. Con el objeto de batir al enemigo en su desembarque, encargó al coronel Ballesteros el mando de una division; los obstáculos con que éste quiso impedir tocar en tierra fueron inútiles; Beauchef desembarcó, i el siguiente dia se puso en marcha para el interior. Pero Ballesteros, al mando 290 hombres, le tenia preparada una emboscada en las inmediaciones de la laguna de Mocopulli, de modo que cuando la division de Beauchef se hallaba en el desfiladero que esta forma con un cerro, sintió las primeras descargas junto con la pérdida de cerca de 150 de los suyos. Acometido en breve por el capitan Téllez que por la parte superior del cerro se dejó ver con una compañía de granaderos veteranos, la derrota de la division conquistadora fué pronta i completa. Beauchef, aprovechándose de la oscuridad de la noche, se volvió apresuradamente en Dalcahue con los restos de su division i al dia siguiente, 2 de abril, se dió a la vela en la fragata *Ceres* i corbeta de guerra *Chacabuco*, que allí lo habian trasportado, para Chacao, en donde se juntó con el jeneral Freire. La noticia de este desgraciado suceso, i la pérdida de tan buena tropa, determinaron a éste a suspender las operaciones de la guerra, i regresar a Concepcion, como lo efectuó el 15 de abril de 1824.

Tal fué el resultado de esta empresa, mas desgraciada aun que la intentada en 1820 por el Vice-Almirante Lord Cochrane con igual designio.



XII

OCURRENCIAS POLÍTICAS EN LOS AÑOS DE 1824 I 1825

A su regreso a Santiago, despues de la desgraciada espedicion de Chiloé, en julio del propio año, halló Freire una tan notable fermentacion política, que juzgó prudente renunciar el mando supremo, que no podia sostener en sus manos con las trabas que le ponia la Constitucion del Estado. De aquí resultó el acta del Senado conservador de 21 de julio de que hemos hablado, por la cual quedaba esclusivamente encargado del mando, por solo tres meses, sujeto al código constitucional, a no ser que éste lo imposibilitase para proseguir en el gobierno, en cuyo caso debia dar cuenta al Congreso, que iba a reunirse al cabo de esos tres meses, de las medidas que tomara separándose de lo dispuesto en él.

Instalóse éste, como se esperaba, en el mes de octubre, i a él se llevaron las pasiones i odios políticos que dividian la República, a tal punto que el Gobierno acusó, en plena sesion, a dos de sus miembros por haber querido asesinar a otros dos que no eran de sus opiniones, i las supuestas víctimas reclamaron de voz en cuello su disolucion aun por medio de la fuerza armada. Algunos diputados de Concepcion

i Coquimbo afectos a la administracion, reclamaron de sus provincias el retiro de poderes de sus representantes. Poco tiempo despues, el 16 de mayo de 1825, los que entre ellos eran partidarios del órden, justificaban la disolucion del Congreso como una medida de urjente necesidad para mantenerlo, despues de las borrascosas sesiones de 12, 13, 14 i 15 de dicho mes.

La disolucion del primer Congreso Nacional arreglado a la Constitucion de 1823, fué el resultado de la solicitud elevada al Ejecutivo el 15 de mayo: esta providencia, violenta si se quiere, fué justificada, como hemos dicho, por el manifiesto del dia siguiente. «Nos consuela solamente, habian dicho los diputados cesantes en 16 de mayo de 1825, al declarar disuelto el Congreso, el apresuramiento del Gobierno para reemplazar la representacion i la esperanza de que los pueblos deben conocer, a pesar de la suerte infausta de los Congresos anteriores, que ellos son la única fuente de donde debe emanar la felicidad de la República».

Este nuevo Congreso, prometido por el Ejecutivo, abrió sus sesiones el 5 de setiembre de dicho año, despues de reuniones tumultosas, que amagaron el órden público.

Sin embargo, éste debia correr la misma suerte que el anterior: a él no concurrieron los representantes de Concepcion ni Coquimbo, i sí solo los de Santiago, cuyo número componia mui cerca de las dos terceras partes de su total; pero el Ejecutivo quiso jurarle obediencia i publicó su instalacion. Pocos dias despues, el 30 de setiembre, acaeció en Valparaiso un movimiento popular con motivo de varias providencias de hacienda, i el Ejecutivo quiso tomar algunas medidas militares sobre aquella plaza, cuya comision confió al coronel Borgoño. El Congreso se opuso vivamente a éstas; pero aquél estaba dispuesto a desobedecerle, i con este objeto se disculpó fútilmente: en tales circunstancias algunos miembros del Congreso alzaron la voz contra los que llamaban avances del Ejecutivo.

Con tan tenaz oposicion, Freire se vió imposibilitado para sofocar el movimiento de Valparaiso, a ménos de disolver el

Congreso, o mas bien la Asamblea de Santiago, como ya se le denominaba, a causa de no haber asistido los representantes de Concepcion i Coquimbo. Las tropas parecian estar dispuestas a apoyarlo, puesto que los comandantes Rondizzoni i Beauchef, jefes de los batallones 7 i 8, únicos que habia en la capital, le prestaron juramento de obediencia. Falto de todo apoyo contra una corporacion que todo lo combatia, halló cuerdo retirarse en Santiago sin ser notado. para tomar en Concepcion algunas fuerzas, atacar con ellas las que habia en la capital, i disolver el Congreso, que tantas pruebas de adhesion por el trastorno habia dado en su corta vida.

Semejante paso no podia dejar de traer el desprestijio sobre las autoridades constituidas; así fué que al siguiente dia, 7 de octubre, el Congreso reunido en sesion, confió el mando supremo al coronel don José Santiago Sánchez, que el dia anterior habia sido el mas exaltado de los acusadores de Freire.

Pero éste no dudaba volver a ocupar su puesto aun ántes de tomar las tropas de Concepcion: con este objeto se comunicó con los coroneles Rondizzoni i Beauchef, haciéndoles un llamado a sus deberes de sostenedores del órden i de las autoridades. Reuniéronse éstos, en la mañana del siguiente dia 8, al jeneral Freire en la maestranza sin ser notados, a causa de haber efectuado este movimiento ántes de amanecer, i regresaron todos juntos para proceder a la disolucion del Congreso. Pocas horas despues el señor don Mariano Egaña pasó al lugar de sus sesiones a comunicar la órden del Supremo Director, que decretaba su disolucion, como una medida aconsejada por las circunstancias i el pueblo se habia reunido en la sala de la Municipalidad, i acordaba retirar los poderes a sus diputados.

Con este desenlace Freire vió salvado el órden; la junta popular que habia retirado el poder a los representantes de Santiago, habia tambien formado una comision que debia residenciarlos, i en virtud de este poder procedióse a la prision de once de sus miembros, concluyendo de este modo el

segundo Congreso Nacional, a los pocos dias de su instalacion.

Tales fueron los sucesos que dieron motivo a la clausura de dos de los primeros cuerpos lejislativos de Chile, i ellos bastan para justificar los resultados. Gobernar en conformidad con una Constitucion inadecuada a nuestras circunstancias i exijencias era una empresa bastante difícil, i mui particularmente en 1825, cuando los derechos i las libertades se comprendian por el desenfreno, i cuando para evitar éste se hollaban las leyes fundamentales i se caia en el despotismo. Era preciso que nuestra sociedad palpara, por una dolorosa esperiencia, los daños de sus primeros ensayos constitucionales, ántes de entrar por la verdadera senda del réjimen representativo.



XIII

SEGUNDA ESPEDICION I CONQUISTA DE CHILOÉ

Entre los acuerdos del Congreso que acababa de cerrarse, habia uno por el cual se facultaba al Supremo Director del Estado para tomar todas las medidas que creyera conducentes a fin de posesionarse de Chiloé, i aun para admitir un ausilio de mil hombres que el Libertador Bolívar le ofreciera. Freire, sin embargo, no creyó decoroso para la dignidad nacional el admitir éste, i para remediar la falta que pudieran hacer, espidió el decreto de 27 de setiembre de 1825; por él mandaba aprestar los batallones número 1, 4, 6, 7 i 8, el escuadron Guias i parte de la Artilleria, aumentando sus tropas respectivas, conforme a los decretos anteriores. Tan prouto como hubo vuelto la tranquilidad a los ánimos, Freire comenzó a activar los aprestos de tropas i pertrechos de guerra, echando tambien las bases de la guardia nacional, que debia ser el sosten del órden durante la campaña, por decretos de 24 i 28 de octubre. Pocos dias despues, el 12 de noviembre, delegaba el mando supremo en una junta compuesta de los tres ministros del despacho i presidida por don José Miguel Infante.

Tomadas estas providencias, Freire pasó a Valparaiso,

donde se embarcó con parte de su ejército el dia 28 de dicho mes, con direccion a Valdivia, que era el punto de reunion de toda la escuadra espedicionaria. El 18 de diciembre se hallaba toda ésta, constante de diez embarcaciones conduciendo a su bordo 2,473 hombres solamente, en aquel puerto, de donde no salió sino el 2 de enero de 1826.

Los vientos contrarios impidieron la incorporacion de la escuadra ántes del 9, en que Freire que montaba la fragata *María Isabel*, despachó de ella al capitan Frijolé con 70 hombres, para posesionarse de la batería de la Corona, empresa en que obtuvo el triunfo sin grandes dificultades. En la tarde de ese mismo dia, la escuadra tomaba posesion de la playa de Yuste, donde se comenzó el desembarque en la siguiente mañana.

Freire pudo ya presentir el triunfo con el buen éxito de estos primeros pasos, pero no ignoraba que Quintanilla mantenia fuerzas superiores a las suyas, i que era preciso obrar con una actividad estraordinaria para desanimarlas con sus operaciones. En la tarde del dia 10 comisionó al coronel Aldunate, para que al mando de una division de 210 hombres se posesionase de la bateria Barcacura; a su retaguardia despachó el batallon número 1, que obedecia al comandante Godoi, para ayudarle en caso de necesidad. Antes que se le juntara, Aldunate pudo dar una sorpresa a la batería, en la madrugada del dia 11, hacerse dueño de ella i hacer prisioneros a su comandante i una parte de su guarnicion, sin grandes dificultades.

La toma de la batería de Barcacura fué el principio de la conquista de Chiloé, i el feliz éxito de su primer ataque el mejor augurio de un buen resultado. A las seis de la mañana de ese mismo dia se puso en marcha para aquel punto todo el grueso de la division.

El Almirante Blanco, entre tanto, que mandaba las fuerzas navales, i que desde el dia anterior se habia trasbordado de la *María Isabel* al bergantin *Aquíles*, hizo levar anclas, de acuerdo con el Jeneral Freire, para entrar en la bahía de San Cárlos, en cuyas inmediaciones debia acampar el

ejército de tierra. Dió órden que lo siguiesen la *Independencia, Chacabuco* i *Galvarino,* i consiguió ocuparlo i fondear bajo los fuegos de la batería de Barcacura, despues de un vivísimo cañoneo de las diezciocho piezas del castillo de Agüi, las que sufrieron considerable deterioro desde los primeros tiros, de seis lanchas cañoneras de a dos cañones, i de las baterías de San Antonio, Campo Santo, el Cármen i Puquilligue; en él se habian inutilizado siete hombre de la *Independencia,* i quebrado el baupres i mastelero de gabia del bergantin *Aquiles.*

Este nuevo suceso hizo creer a Freire que el enemigo no le opondria en lo sucesivo sino una débil resistencia, i halló mas cuerdo ofrecer una jenerosa capitulacion al jeneral Quintanilla; pero éste, léjos de querer admitirla, se dispuso a sostenerse hasta el último momento. En vista de esta negativa, dió órden Freire para que el batallon número 1 i el escuadron Guias quedaran custodiando la batería de Barcacura, miéntras el resto del ejército se embarcaba i se daba a la vela, como sucedió, en la tarde del 12. El dia siguiente, ántes de amanecer, ya se habia comenzado el deseembarque en la playa de Lechagua, a la derecha de Cupabulebu, sin que las partidas que habia destacado el enemigo se atrevieran a impedirlo. Allí se les juntó en breve el batallon número 1 i el escuadron Guias, que habia dejado clavados los cañones de Barcacura.

Reunido todo el ejército, se puso en marcha para San Cárlos siguiendo el camino de la playa. La vanguardia era mandada por el coronel Aldunate, la primera division por el coronel Beauchef i la segunda por Rondizzoni. La fragata *María Isabel,* por su parte tambien, se habia reunido a la escuadra despues de un vivo fuego del castillo de Agüi, del que le tocaron cinco balazos en un costado. De ella salieron, el dia 14, ántes de amanecer, catorce botes formados en dos líneas i mandados por el capitan Bell, con órden de marchar sobre el muelle i Puquilligue i abordar las cañoneras, situadas bajo los fuegos de aquella batería. La prontitud i maestría en el ataque valió la captura de tres de ellas

sin mas pérdida que la de un hombre i 10 heridos, i solo la oscura niebla que cubria el mar impidió la de las otras tres, que en la siguiente mañana se vieron dar la vuelta de Pudeto i sumerjirse en las aguas a causa de haberlas barreneado sus jefes ántes de abandonarlas.

En el propio dia i hora, el ejército se puso en marcha i tomó posesion de la playa de Yancas, que acababa de dejar el enemigo, casi en dispersion, para replegarse sobre Pudeto.

Este movimiento lo habia producido un vivo fuego de las tres cañoneras que Blanco habia quitado al enemigo, de acuerdo con la artillería de tierra i que descompuso la caballería del comandante Islas, haciéndolo abandonar sus posesiones, para ocupar la plaza de San Cárlos i sus inmediaciones. Observado este movimiento por el Brigadier Borgoño, que hacia de jefe de Estado Mayor, marchó con la columna de granaderos i la primera division a tomar las alturas del Pudeto, para maniobrar sobre el ala derecha que protejia una partida de 300 jinetes emboscados, al mismo tiempo que despachaba a los cazadores de la vanguardia a tirotear en guerrilla sobre la izquierda. La segunda division, mandada por el coronel Rondizzoni i la reserva, la siguieron en breve, pero ya aquélla habia obligado al enemigo a dejar sus ventajosas posiciones, apoyada como tenia su izquierda por un bosque impenetrable, defendido su frente por los obstáculos naturales i seis piezas de artillería, miéntras la division de Freire tenia una sola, i protejida su derecha por la caballería.

Replegadas a Bella-Vista las fuerzas de Quintanilla no pudieron presentar mas que una mui débil resistencia a la columna de cazadores i granaderos que las perseguia. La dispersion habia sido jeneral: Quintanilla i el comandante don Saturnino García se habian adelantado a Tantauco a reunir los dispersos, de modo que en la tarde cuando se plantó el tricolor en la plaza de San Cárlos, que ocuparon las fuerzas de las cañoneras, se decia que los habian vendido sus jefes.

Tal fué el fin de la dominacion española en Chiloé, su úl-

timo asilo en la República chilena, despues de la gloriosa jornada de Bella-Vista, dada en 14 de enero. Freire, que habia proyectado en 1812 la primer resistencia a las huestes realistas desembarcadas en Talcahuano, fué quien, trece años mas tarde, en 1826, dió el último golpe al poder español.

Despues de aquel suceso, toda resistencia se creyó inútil por los autoridades españolas. El 15 se entregó el castillo de Agüi i el 18 se firmaron las capitulaciones de rendicion, en las cuales Freire manifestó su jenerosidad, concediendo al enemigo cuanto pedia en cambio de reconocer como parte integrante de la República el archipiélago, como se juró solemnemente en San Cárlos el dia 22. El gobierno se concedió al coronel don José Santiago Aldunate i para martener la tranquilidad se le dejó alguna fuerza veterana.

Tomadas todas estas providencias, se embarcó el batallon núm. 6 para Concepcion, i el resto, mandado por el Supremo Director Freire, dióse a la vela el 30 de enero i llegó a Valparaiso el 6 del mes entrante, despues de una corta campaña en que habia dado fin a la grandiosa obra de la independencia de la República.



XIV

OCURRENCIAS POLÍTICAS HASTA EL DESTIERRO DE FREIRE

Vuelto Freire al foco de la fermentacion política, no pudo dejar de conocer las tristes circunstancias del pais i las dificultades que entorpecian la marcha gubernativa. La Constitucion de 1823 formada bajo sus auspicios, era mirada en ménos desde que él mismo habia sido el primero en hollarla: algunas prácticas tradicionales, mas bien que sus disposiciones, eran las que normaban la conducta del gobierno; pero estas, léjos de acallar los espíritus turbulentos, parecian darles mayores ánimos.

En tal situacion, Freire creyó mas prudente hacer dimision del mando, que aceptó el Congreso de 1826, a los cuatro dias de instalado, esto es, el 8 de julio: el nuevo nombramiento recayó en el teniente jeneral don Manuel Blanco Encalada para presidente, i en don Agustin Eyzaguirre para vice. Retiróse, entónces, a la vida privada hasta que habiendo renunciado Blanco, i habiendo estallado en Santiago el motin de 26 de enero de 1827, durante el interinato de Eyzaguirre el mismo Congreso le confió el gobierno que desempeñó hasta que fué sofocado el motin por el mayor Maruri. La renuncia del vice presidente fué la consecuencia necesaria de aquel

suceso, i el nombramiento del capitan jeneral don Ramon Freire i del bri -adier don Francisco Antonio Pinto para los mas altos destinos del pais el resultado de la renuncia de Eyzaguirre.

Por este conjunto de circunstancias, Freire se halló de nuevo en el poder, i volvió a abrigar los mas fundados temores sobre la suerte del pais. Un espíritu desordenado de reforma invadia todo i era preciso refrenarlo o apoyarse en él: para lo primero, se necesitaba enerjía, firmeza, i de estas dotes a la arbitrariedad no hai mas que un paso cuando se quiere desprestijiar a la administracion. No era tampoco posible adoptar el segundo sistema, porque seria atraerse las enemistades de los hombres que mas lo habian apoyado hasta entónces, entre los cuales descollaban Portales, Gandarillas i otros eminentes ciudadanos i sobre todo chocar con sus propias convicciones políticas, claramente manifestadas en los años de 1824 i 1825. En conformidad quiso mas bien dejar el mando en manos del jeneral Pinto, i retirarse de nuevo de la vida pública, que tantos sinsabores le costaba ya.

Una serie de conspiraciones i dos motines militares formaron el interinato del jeneral Pinto, que, como Freire, conoció la dificultad de gobernar en aquellas circunstancias. Sus reiteradas renuncias no le valieron cerca de los desorganizadores, que en las elecciones de 1829 se empañaron en darle el triunfo, hollando por todas partes el código constucional del año anterior. Recibióse por fin del mando supremo el 19 de octubre de 1829, despues de haber tachado de ilegal la eleccion por la cual se le confiaban las riendas del Estado.

Pero ya era tarde. Los hombres de integridad i pensamiento político querian suprimir una constitucion disforme e inadecuada a nuestras circunstancias, que repartia las atribuciones a los poderes públicos como el obus su metralla, que para ensanchar las atribuciones municipales, cimentaba los principios federales i atizaba la discordia entre las diversas autoridades. Ellos querian poner remedio al malestar que jeneralmente se notaba, querian hacer algo, ¿que no fuera de-

magojia de libertades, por el bien del pais. Por otra parte, las tropelías cometidas en las elecciones justificaban los reclamos, i el poco caso que de éstos se hacia, la revolucion que se principiaba ya, a falta de otros medios para obtener reparacion de las injurias inferidas a la República entera, por los hombres que se habian parapetado en el poder.

La provincia de Concepcion fué la que, como en 1823, primero alzó el grito contra el gobierno jeneral, inducidos sus habitantes por los enemigos de la administracion de la capital. Sus votos fueron públicamente espresados en la reunion del 4 de octubre: el jeneral don Joaquin Prieto, que mandaba en jefe las fuerzas de la frontera, se disponia a marchar sobre Santiago. Pinto, que se habia recibido del mando, sabiendo estas ocurrencias, que habia calificado de ilegales las elecciones de 1829 i conocia la justicia de la reaccion, no pudo ménos de renunciar el mando a los diez dias de haberlo tomado.

Púsose entónces mas en claro lo defectuoso de la eleccion. Por una disposicion constitucional debia elejirse el vice-presidente junto con el primer funcionario: Pinto habia obtenido el mayor número de sufrajios para este cargo, i la eleccion de aquel habia sido viciosa, causa porque tocó la autoridad suprema al presidente del Senado, don Francisco Ramon Vicuña. La marcha débil a la par que despótica que siguió el nuevo gobierno dió alientos i exaltacion a los revolucionarios: el primer mandatario fué depuesto por los vecinos en una reunion que tuvo lugar el 7 de octubre en las salas del Consulado, i formada en su lugar una junta de tres miembros, compuesta del capitan jeneral Freire, en quien debia residir el mando del ejército, don Francisco Ruiz Tagle i don Juan Agustin Alcalde; pero desobedecida por la fuerza que habia en la capital i que permanecia adicta a las antiguas autoridades, fuéles forzoso a sus miembros esperar la llegada de Prieto, miéntras Vicuña pasaba con el despacho a Valparaiso dejando el mando militar al jeneral de Brigada don Francisco de la Lastra. Entre ámbos ejércitos tuvo lugar la batalla de Ochagavía, en 14 de diciembre, cuyas con-

secuencias fueron las capitulaciones del 16 del propio mes.

Por ellas, Freire fué nombrado jeneral en jefe de los dos ejércitos, i constituida una junta de tres miembros, con los cuales no pudo avenirse aquél, ni aun despues de haber tomado el mando de las tropas de Lastra. Por otra parte, Prieto se habia negado a entregar las suyas con algunos pretestos, lo que hizo que Freire se creyera desairado, i buscara el apoyo de los hombres a quienes habia combatido hasta entónces. Con los fines de hacerse obedecer i aun de reducir las fuerzas que lo desobedecian, pasó a Concepcion.

En Santiago, entretanto, se reunió el Congreso Nacional el 17 de febrero de 1830, i confió el mando supremo a los señores don Francisco Ruiz Tagle como presidente, i don José Tomas Ovalle como vice: retirándose el primero cupo el mando al segundo, i éste decretó la separacion de Freire del mando de las fuerzas; pero estaba mui exaltado, i consideraba mui segura la victoria para que obedeciera. Su desengaño fué la derrota de Lircai, el 17 de abril de 1830, el mismo dia en que el gobierno legal de Santiago firmaba un decreto por el cual se castigaba su desobediencia dándosele de baja. Freire pasó sin embargo a la capital, de donde salió en breve con la pena de destierro por revolucionario.

De este modo fué Freire la víctima principal de la revolucion de 1829 i 1830, en cuyos detalles no hemos querido entrar de propósito. Mediador propuesto por los dos bandos, fué en breve el holocausto necesario del afianzamiento del órden inconsistente hasta aquella época. Las circunstancias debian arrastrar a alguno en aquella crísis, i Freire fué destinado para ello. Destino inevitable de las revoluciones!



XV

SU DESTIERRO, REGRESO I MUERTE

Freire desterrado de su patria, separado del seno de su familia, i obligado a seguir una vida errante en la República peruana, no pudo olvidar por un momento la causa de sus desgracias. La idea de volver a Chile se le ocurrió repetidas veces durante su residencia en el Callao i Lima, pero hasta el año de 1836, en que segun la Constitucion debia hacerse la nueva eleccion de Presidente en Chile, no le fué posible efectuarlo. Habiendo hecho algunos aprestos militares i puéstolos a bordo de los buques de la república del Perú, se hizo a la vela para obrar sobre las costas de Chile, persuadido, como estaba, de que iba a encontrar un importante apoyo en la jeneralidad de los chilenos.

Este fué su engaño. El gobierno constitucional, fortalecido con el triunfo de Lircai i compuesto de hombres de enerjía, habia sabido sobreponerse a las circunstancias, pulverizar millares de conspiraciones, dar respetabilidad a las leyes e impulsar a la nacion por el sendero del bienestar; así fué que la espedicion de Freire no tuvo mejor resultado que las revoluciones que sus amigos habian intentado anteriormente. El año siguiente, cuando la República chilena, rica,

unida i poderosa, declaraba la guerra a la confederacion Perú-Boliviana, se justificaba esta medida, entre otras razones, por haber intentado el protector Santa Cruz introducir la discordia civil en su seno.

Freire, condenado nuevamente a destierro, fué dejado en Otahiti, donde gobernaba la reina Pomaré. Poco tiempo despues de su arribo a aquella isla, fué llamado por la soberana para entregarle unos cañones de cierto buque chileno que allí los habia dejado: Freire se negó a tomarlos, i aun quiso enseñarles a sus soldados el uso de ellos, estrechando con este motivo sus relaciones amistosas. Durante su permanencia, sirvió tambien como plenipotenciario a la reina contra las pretensiones del almirante Du Petit Thouars, quien no pudo hacer en 1837, por la conducta de Freire, lo que otros súbditos de Francia consiguieron en 1842.

Habiendo llegado a Cobija, al cabo de algun tiempo, recibió órden del presidente Velasco para pasar al interior de la República de Bolivia, como lo efectuó. De allí no salió sino a fines de 1841, llamado a su patria por el nuevo presidente, el jeneral don Manuel Búlnes. A la exaltacion de éste, el benemérito señor don Manuel Renjifo se negaba a admitir el cargo de Ministro de Hacienda si no se daba una lei de amnistía jeneral a todos los perseguidos por delitos políticos; apoyado en sus jenerosas pretensiones por el señor don Manuel Montt llamado al Ministerio de Justicia, hicieron entre ámbos presente al jeneral Búlnes lo político de esta medida i la necesidad que habia de acallar las pasiones políticas, dando oido a los sentimientos de jenerosidad: el resultado de sus empeños fué la promulgacion de la citada lei.

Los goces de la vida privada endulzaron desde entónces sus últimos años. Retirado de la política que tantos sinsabores le habia costado, Freire halló en su familia la dicha junto con la tranquilidad: el ruido de las pasiones de partido no lo incomodó en este nuevo estado porque supo sustraerse a él. La pompa, los honores, todo, lo miró en ménos para dedicarse a cuidar de la educacion de sus cuatro hijos, objetos de sus atenciones i desvelos. Durante los diez últimos

años de su vida su nombre no aparece en la escena pública sino como miembro de la comision calificadora de servicios militares, i propuesto por el partido triunfante como elector para el colejio de 1851.

Sin embargo, en medio de la calma de la vida privada, tuvo que pasar por los sufrimientos de una horrible enfermedad que no pudieron caracterizar los facultativos. Consistia ésta en un cáncer en la lengua i quijada, que se creyó saratan, i que lo tuvo postrado con dolores terribles, insoportables para otro hombre que él. Sufriólo con resignacion tal que jamas se oyó de sus labios un quejido, esforzándose para que sus hijos i esposa no comprendiesen los dolores que lo agobiaban.

Estos sufrimientos no tocaron a su término hasta la tarde del 9 de diciembre de 1851 en que el capitan jeneral don Ramon Freire rindió el alma en medio de las lágrimas de una familia que adoraba i de sus numerosos amigos. Su edad era la de 64 años, empleados en su mayor parte en trabajar por el bien de la patria que lo vió nacer [1].

---

1. Acerca del *Destierro del Jeneral Freire* (1836) i *su regreso a la patria* (1841) véase el noticioso Apéndice que el señor Barros Arana ha puesto en *Un Decenio de la Historia de Chile* (Tomo XIV de estas *Obras Completas*, pájs. 289-300) que completa el presente estudio biográfico.

Nota del Compilador.



XVI

SU CARÁCTER

Hasta ahora nos hemos contentado con narrar la vida del jeneral Freire, con esponer los hechos clara i sencillamente, sin mas adorno que la exactitud del cronolojista: ellos, mas bien que los epítetos que pudiéramos haber empleado, son su verdadero elojio. Sin embargo, nos vamos a ocupar de lo que de ello resalta para formar idea de su sistema como militar i como político.

El arma en que sirvió Freire fué la caballería, i su actividad, valor i amor al servicio le valieron desde el principio el mando de una guerrilla. Su arrojo rayaba en temeridad, porque peleaba persuadido que a una carga valiente nada podia resistir. Sus convicciones se aumentaron desde que con seis dragones solamente, desbarató una partida enemiga en Cuca, i esta persuasion lo impulsó a dar, en el resto de su carrera, esos vigorosos ataques que tanto asombraban al enemigo. Segun su táctica, el soldado que se defendia en trincheras, dejaba detras de ellas su valor, i por eso cuando se halló sitiado en Talcahuano, dejó las fortificaciones para destrozar al enemigo. La tradicion le conserva millares de rasgos de

una valentía mas que natural. Hasta en sus últimos años su rostro conservaba las trazas marcadas por la pólvora de un cañon de la fragata *Tomas*, al tiempo de dar el abordaje, al mando de un puñado de hombres solamente. Cuando sus amigos lo acusaban de temerario, solia decir: «salvé del cañonazo de la *Tomas* i eso me prueba que no debo morir en el campo de batalla». Solo esta persuasion puede esplicarnos la causa de su arrojo.

La fortuna lo favoreció tambien con sus dones. En el año de 1815, durante el corso de Brown, el buque que montaba Freire se separó de los otros i se halló en las inmediaciones del Cabo de Hornos, estrechado entre unas rocas i combatido por las olas en medio de una furiosa tempestad. El capitan, desesperando poder salvar su embarcacion, concluyó con su vida, con ayuda de una pistola, al mismo tiempo que varios marineros ponian un término a sus dias, echándose al agua. Freire trató de disuadirlos de sus intentos, pero no siéndole posible, se dispuso a dirijir la maniobra del buque hasta que violentamente sacudido éste, cayó de él. En tal situacion llegó a creerse perdido, siéndole ya imposible sostenerse sobre las aguas; pero una de las marejadas que cruza, ban la embarcacion lo arrojó violentamente sobre ella. Freire pudo incorporarse, aferrarse con mano firme de uno de los mástiles, hasta la conclusion del temporal.—«Creo, le dijo a Brown en tono de risa, al contarle despues este suceso, que la Providencia me destina para algo.»—«Capitan Freire, le contestó el Almirante, golpeándole el hombro, usted es un valiente i será uno de los hombres mas importantes de su pais». Dos años mas tarde, el pronóstico de Brown se habia cumplido.

Su jenerosidad para con el vencido llegó a hacerse proverbial. Freire fué quien pidió al Supremo Gobierno la devolucion de las propiedades confiscadas a los realistas de la provincia de Concepcion, cuando éstos fomentaban la horrible guerra del sur.—Preguntándole uno de los jefes subalternos por qué no fusilaba un espía tomado en Rere, para imponer a Benavides que poco ántes habia hecho sablear al parla-

mentario Torres. «Si estos pícaros no valen el plomo que se necesita para fusilarlos», contestó Freire.

Si bien es cierto que Freire no poseia la perspicaz penetracion de un político consumado, si carecia de la ardiente imajinacion de un proyectista reaccionario, suplia estas faltas con las mejores intenciones, con un desinteres poco comun, con un empeño para no separarse del recto camino de la justicia i con una jenerosidad estraordinaria. En Freire no tuvieron dominio ni sus amigos ni sus consejeros sino cuando se trataba de hacer el bien. Si en su conducta política hai algunos lijeros deslices, su buena intencion es el mejor de los justificativos.

No dejaban de traslucirse estas prendas por su esterior. Su cabeza era redonda, adornada de barbas i cabellos crespos i rubios, su frente descubierta, su tez fresca, blanca i rosada, sus ojos, de un verde gris, eran chicos, pero llenos de animacion i vida, el cordon de su nariz un poco sumido, su boca proporcionada, su talla bien hecha, su estatura mas que regular: sus miembros todos indicaban la fuerza, la robustez de un cuerpo que pudo soportar toda clase de privaciones i trabajos. La dulzura de su fisonomía, la amabilidad de su conversacion, la franqueza de sus maneras, la nobleza de su porte, i su modestia característica que hacian dudar fuese el héroe de cien batallas la persona con quien se hablaba, junto con su bizarra dignidad, le captaban las simpatías de todos los que lo trataron. Cuando se le preguntaba un incidente de su vida pública, tenia presente a algunos compañeros de armas, para compartir con ellos sus hechos militares.

Tal es, en resúmen, el carácter del hombre estraordinario cuya vida acabamos de trazar. Si ella nos ha resultado mas estensa de lo que nos habíamos propuesto, no es nuestra la culpa sino de los mismos hechos que hemos narrado.

EL JENERAL
DON FRANCISCO ANTONIO PINTO
(1785-1858)



§ 5

EL JENERAL DON FRANCISCO ANTONIO PINTO [1]

(1785-1858)

El nombre que encabeza estas líneas es el de uno de los hombres que ha desempeñado un papel mas importante en el drama de la revolucion chilena. Militar i diplomático a la vez en el tiempo de la guerra de nuestra independencia, ministro de Estado en los primeros tiempos de la República, i mas tarde su primer jefe, el jeneral Pinto ha vinculado su nombre a las pájinas mas gloriosas de la historia nacional.

El jeneral Pinto nació en Santiago por el año de 1785. Eran sus padres el señor don Joaquin Pinto i la señora doña Mercedes Díaz, vecinos de los mas distinguidos i caracterizados de esta ciudad por su fortuna i por su posicion social. Hizo sus estudios en el real colejio carolino; i desde sus primeros años se distinguió por un espíritu estudioso i observa-

---

1. Se publicó en *El Correo Literario* (Santiago, 1858), núm. 2 del 24 de julio; en la *Galería de Hombres célebres de Chile.* (Santiago, 1859), t. II, pájina 189, i en la *Revista de Sud América*, (Valparaiso, 1861), t. III, páj. 212-218.

NOTA DEL COMPILADOR

dor i por un carácter suave i afable, que le granjeó el aprecio de sus maestros i camaradas. Sus condiscípulos, entre los cuales figuraron don José Miguel Carrera i don Manuel Rodríguez, tenian por él un singular cariño, que no pudieron entibiar las rivalidades que el sistema de enseñanza de aquella época creaba de ordinario en las aulas de los colejios chilenos, ni la superioridad que siempre manifestó en sus estudios.

Cuando apénas cumplia veintiun años, en 1806, el señor Pinto rindió sus últimos exámenes en la universidad de san Felipe, i obtuvo el título de abogado de la real audiencia de Chile. En ésta misma época era ya oficial del rejimiento de milicias de Santiago, denominado del Rei; i en el desempeño de las obligaciones de este cargo habia manifestado un celo verdaderamente prodijioso. Cuando a fines de 1807 se organizó en el lugar denominado las Lomas un campamento de todas las milicias chilenas para atender a la defensa de nuestras costas, que por entónces se creian amenazadas de una invasion inglesa, Pinto desplegó una singular contraccion para disciplinar a los reclutas i atender a todas las necesidades i exijencias del servicio.

Aquella simple parada militar tuvo una grande influencia en la obra de nuestra emancipacion. Los milicianos de la colonia volvieron del campamento ufanos i orgullosos con el recuerdo de aquel aparato bélico, creyéndose ya militares consumados por el solo hecho de haber soportado las fatigas consiguientes a un acantonamiento. El jeneral Pinto recordaba estos incidentes en sus últimos años, i les daba una grande importancia histórica. «Esta iniciacion de nuestra juventud en el arte de la guerra, escribia en 1853, exaltó su fantasía i comenzaron a oirse conversaciones mas o ménos atrevidas sobre independencia. I la opinion pública comenzó a pedir enérjicamente lo que hoi llamamos 18 de setiembre».

Inútil parece advertir que el hombre que escribia esas líneas fué uno de los mas decididos partidarios de la revolucion de 1810 desde sus primeros tiempos. Pinto abrazó con

calor la causa de nuestra emancipacion, i la sirvió con provecho durante las turbulentas ajitaciones de su primer año. Aunque mui jóven todavía para tomar un papel principal en la direccion de la cosa pública, estrechó, sin embargo relaciones con los hombres mas caracterizados de la época, i contrajo una amistad íntima con el padre Camilo Henríquez i con el doctor don Bernardo Vera, quienes, en su rol de escritores, figuraban entónces en primera línea.

En octubre de 1811 se abre la verdadera vida pública del jeneral Pinto. Queriendo el congreso chileno de aquella época estrechar sus relaciones con el gobierno revolucionario de Buenos Aires, representó, con fecha de 11 de este mes, a la junta que reasumia el poder ejecutivo, la necesidad de acreditar un enviado diplomático a ese pais para mantener las comunicaciones de ámbos estados, i trasmitir al gobierno chileno noticias de Europa i del Brasil. La junta aceptó la indicacion; hízose el nombramiento en la persona de Pinto; i éste partió para Buenos Aires pocos dias despues.

En aquella ciudad permaneció tres años desempeñando todas las comisiones del servicio público. En 1813 recibió órden de partir para Inglaterra, con encargo de desempeñar en Lóndres una comision idéntica. En esta capital debia ponerse de acuerdo con los americanos de las otras colonias sublevadas, inquirir noticias de España, comunicarlas al gobierno chileno i comprarle armas i municiones. Pinto partió para Europa en los primeros dias del siguiente año: el eminente patriota don José Miguel Infante pasó poco despues a reemplazarle en Buenos Aires.

Hallábase en Lóndres cuando llegó a su noticia la funesta derrota que los patriotas chilenos sufrieron en Rancagua, i la pérdida total de este pais. Privado por este accidente de su destino i de sus sueldos, Pinto se asoció al jeneral arjentino don Manuel Belgrano, que, como comisionado del gobierno de Buenos Aires, desempeñaba las mismas funciones que él. En compañía de Belgrano, frecuentó el trato de varios personajes europeos que simpatizaban con la causa de la revolucion americana i estrechó relaciones con algunos

militares i escritores mejicanos i colombianos qué pasaban a Inglaterra a buscar ausilios con qué continuar la guerra de la independencia de sus respectivos paises.

En 1817 volvió a Buenos Aires en compañía del jeneral Belgrano i de varios otros patriotas arjentinos. Apénas llegado a esta ciudad, se puso en marcha para la frontera del norte de aquella república a continuar la guerra con los ejércitos españoles del Alto Perú. Belgrano, que debia dirijir las operaciones militares por parte de los revolucionarios, le dió el mando del batallon núm. 10, i le distinguió con consideraciones de todo jénero durante la campaña.

En aquella época, los gobiernos chileno i arjentino se preparaban para emprender una gran campaña militar contra el virreinato del Perú. Belgrano, a la cabeza de los ejércitos de Buenos Aires, debia atacarlo por sus fronteras del sur, miéntras San Martin, al frente de los vencedores de Chacabuco i Maipo, operaba por el Pacífico i atacaba directamente las costas del virreinato i su misma capital. El plan era grandioso, i habia sido concebido con talento i preparado con maña i paciencia: el Perú debia quedar libre e independiente despues de una campaña de uno o dos años a lo mas.

Por desgracia, la guerra civil que por entónces estalló en las provincias arjentinas, vino a embarazar la realizacion de este hermoso proyecto. El grito de *federacion* lanzado en Santa Fe i Corrientes por los gobernadores López i Ramírez, suscitó un violento sacudimiento que vino a ser una conflagracion completa cuando el jeneral chileno don José Miguel Carrera se asoció a ellos, i comenzaron las operaciones militares. Las bandas que se llamaban federales se acercaron a las fronteras de la provincia de Buenos Aires i se disponian a marchar hasta la misma capital, cuando el gobierno, justamente alarmado a la vista de tamaño peligro, dió al jeneral Belgrano la órden de acudir con su ejército a la defensa de la capital amenazada.

Belgrano tuvo que abandonar el Alto Perú para atacar a las montoneras federales; pero cuando apénas comenzaban las operaciones militares, en la noche del 17 de enero de

1820, estando acampado su ejército en la posta de Arequito, estalló en su campo una sublevacion militar capitaneada por el coronel don Juan Bautista Bustos. El comandante Pinto fué de los últimos que rindieron sus armas a los sublevados; pero el espíritu de rebelion habia tomado tanto cuerpo, que el noble Belgrano se encontró abandonado por casi todos sus jefes i oficiales subalternos. La salud quebrantada de este jeneral comenzó a decaer de dia en dia hasta llevarle al sepulcro al cabo de pocos meses.

Pinto volvió a Chile poco tiempo despues de este suceso. El supremo director O'Higgins le encargó que pasase al Perú a ponerse a las órdenes del jeneral San Martin, que entónces hacia la campaña de la independencia de aquellos pueblos. Su papel fué secundario en los primeros tiempos de aquella guerra, pero a fines de 1822 i principios de 1823, hizo con el cargo de segundo jefe del ejército patriota, i a las órdenes del jeneral Alvarado, toda la desgraciada campaña del sur del Perú, que terminó con los desastres de Torata i Moquegua.

No podemos entrar aquí en detalles para referir la historia de la espedicion chilena que bajo las órdenes del jeneral Pinto i las del coronel Benavente, hizo la corta i desgraciada campaña de fines de 1823. La historia esplicará algun dia la causa de todas esas desgracias, i referirá todos los hechos por los cuales tenemos que pasar ahora tan de lijera.

Pinto volvió a Chile en los primeros meses de 1824 con las fuerzas chilenas que hicieron esta última espedicion. Tenia entónces el grado de brigadier de nuestro ejército, i gozaba en el ánimo del gobierno de consideraciones de todo jénero. El 12 de julio de este mismo año fué nombrado ministro de Estado en el departamento de gobierno i relaciones esteriores, destino importante que desempeñó con jeneral aceptacion durante algunos meses.

Su salida del ministerio no importó su separacion completa de la vida pública. El jeneral Pinto representaba entónces en la política chilena un papel sobrado importante para que pudiera sustraerse de figurar en los primeros puestos.

Permaneció un corto tiempo en Coquimbo en calidad de intendente de la provincia, i a principios de 1827, cuando a consecuencia de la renuncia que hizo don Agustin Eizaguirre de la presidencia de la república fué necesario hacer nueva eleccion, cupo al jeneral Freire el puesto de presidente i a Pinto el de vice-presidente.

Pero el jeneral Freire estaba cansado con la vida pública, i queria solo dejar el mando. Hizo, en efecto, su renuncia pretestando su mala salud, i el Congreso se la aceptó con fecha de 5 de mayo de ese mismo año. El jeneral Pinto, que debia reasumir el mando supremo, se negó a admitirlo; pero el Congreso no consideró bastantes sus escusas, i lo forzó a que tomase las riendas del gobierno.

La posteridad comienza ahora apénas para los hombres de aquella época, i todavía no ha pronunciado su juicio acerca del gobierno del jeneral Pinto. Fué aquella una época azarosa i turbulenta por demas, en que las revoluciones i los motines se seguian unos a otros sin descanso ni intermision, i en que se echaron a la circulacion una multitud de ideas i sistemas políticos mas o ménos avanzados, que hicieron de la república un verdadero pandemonium. El código constitucional de 1828 que representa las ideas liberales de aquella época, i que casi no tuvo vida, queda todavía como la enseña de un partido político que se avanzó quizá demasiado a su época. La historia imparcial vendrá mas tarde a hacer justicia a los hombres i a desentrañar ese caos oscuro de los sucesos que ocurrieron en aquellos años [1].

El jeneral quedó en el poder hasta la promulgacion del código constitucional. En ese tiempo sofocó dos revoluciones militares i dió a la república el primer impulso en la nueva

1. El señor don Federico Errázuriz dió a luz en 1861 una memoria histórica de sumo interes, en la que desenvuelve la historia de esa época, desentrañando ese oscuro caos i haciendo justicia a sus hombres. «Chile bajo el imperio de la constitucion de 1828», es la historia imparcial del breve pero fecundo período que comienza con la instalacion del Congreso constituyente que sancionó la constitucion liberal de 28, i termina con la abolicion de este código, so pretesto de reformarlo en el año de 1833. (Nota de LA REDACCION de la revista de *Sud-América*, en 1861).

marcha que debia seguir. Cuando se hallaba dispuesto a dejar el mando de la república vinieron las elecciones de 1829, las primeras que debian hacerse con arreglo a la nueva constitucion, i en ellas fué electo presidente del Estado. Su mando, sin embargo, fué demasiado corto; el jeneral Pinto divisó próxima una gran revolucion; sintió rujir la tempestad sin contar con elementos i recursos para refrenarla; i dejó el mando de la república para retirarse a la vida privada. Esto ocurrió en octubre de 1829; la revolucion que estalló en este año i que terminó en la llanura de Lircai el 17 de abril de 1830, le encontró alejado del poder.

Desde 1830 fué mas bien espectador que actor en la marcha política del pais.

Si en 1841 fué el candidato para la presidencia de la república del partido liberal, eso sucedió sin que tomara parte alguna en los trabajos electorales.

Durante los dos períodos de la administracion Búlnes en el consejo de estado i en el senado, contribuyó poderosamente a la mejora progresiva de la república. Dotado de una intelijencia clara, nutrida por estudios sólidos, adiestrado por una larga práctica en las dificultades del gobierno, sus consejos fueron siempre útiles.

El carácter del hombre privado tiene una grande influencia sobre las ideas i tendencias del funcionario público. Habia en el alma del jeneral Pinto un fondo inmenso de benevolencia que le hacia el mediador obligado de todos los que se acercaban al gobierno para solicitar gracias, o para pedir justicia contra poderosos adversarios.

De esa manera se asoció a todos los actos dignos, jenerosos i elevados, que durante la administracion del jeneral Búlnes se acometieron.

Aunque el jeneral Pinto desde sus primeros años siguió la carrera de las armas, tuvo en la vejez los gustos i los hábitos pacíficos del literato. Hablaba el ingles i el frances como su propio idioma. Seguia con avidez el movimiento intelectual de la Europa, i no cesaba de estimular a los jóvenes que se consagraban al estudio. La muerte le encontró en sus ocupa-

ciones habituales: el estudio de los buenos libros i la educacion de su familia. Su fallecimiento, ocurrido el 18 de julio de 1858, fué una desgracia lamentada no solo por sus hijos, sino tambien por todos aquellos que tuvieron la fortuna de tratarle i de conocer sus buenas cualidades.

Tenemos algunos motivos para pensar que dejó escritas sus memorias; i si nuestra conjetura es fundada, no será este uno de los menores servicios que haya prestado al pais, Los hechos narrados por un testigo i actor que estaba siempre preñado de moderacion i sensatez, i las apreciaciones que de ellos podia hacer una cabeza ilustrada i vigorosa, serán de grande utilidad. El jeneral Pinto escribia con una correccion i elegancia nada comunes.

Ese hombre tan apto para los negocios públicos, era tan singularmente desinteresado, tenia el dinero en tan poca estimacion, que no ha conservado siquiera los bienes que heredó de su familia, no obstante que jamas fué disipado ni ostentoso.

Hemos diseñado a grandes rasgos los hechos mas notables de la carrera ilustre del jeneral Pinto; ha sido necesario que dejara de existir para poderlo hacer. El se negó constantemente a suministrar datos para que se escribiera su biografía; pero el imperfecto bosquejo que dejamos trazado basta para revelar algo de lo que debe el pais al jeneral Pinto.

DON JOSÉ MANUEL BORGOÑO
(1792-1848)



§ 6

DON JOSE MANUEL BORGOÑO [1]

(1792-1848)

El 5 de abril de 1818 se sostenia en los llanos de Maipo una batalla que debia decidir de la suerte de Chile. El ejército patriota dividido en dos cuerpos, atacaba vigorosamente a las tropas españolas que se mantenian firmes i serenas en la altura de una loma que domina todo el campo. La victoria parecia coronar sus esfuerzos cuando, reconcentrándose en la derecha realista la mayor parte de los batallones españoles, cargaron denodadamente sobre los cuerpos patriotas que formaban el ala izquierda del ejército chileno. La defensa de esta division fué heroica; pero la sorpresa producida por aquel movimiento i el mayor número de las fuerzas españolas desorganizaron por fin a las patriotas i los obligaron a volver caras.

---

1. Publicado en la *Revista del Pacífico* (Valparaiso, 1858) tm. I, páj. 675 i en la *Galería Nacional de Hombres Célebres de Chile.* (Santiago, 1859) t. II, pájs. 195-203.

NOTA DEL COMPILADOR.

La derrota de aquellas division importaba sin duda la derrota del ejército entero. En el cuartel jeneral de los patriotas quedaban todavía algunos cuerpos de reserva que podian entrar en accion; pero, ántes de que esto se lograra, las tropas españolas iban a caer en persecucion de los derrotados i a introducir en sus filas la turbacion i el desórden. El jeneral en jefe de los chilenos, el hábil San Martin, el estratéjico por excelencia, examinaba atentamente cada uno de los movimientos del enemigo, dictaba con toda actividad i acierto sus órdenes, pero se mordia los labios de rabia i de despecho.

Los cuerpos españoles, entretanto, avanzaban rápidamente en persecucion de la division chilena, i tras de ella comenzaban a bajar de la colina que ocupaban cuando cayó sobre sus columnas una inmensa granizada de metralla que produjo la turbacion i el espanto. Vueltos de la primera sorpresa, dan algunos pasos adelante, i una nueva granizada de metralla cae de nuevo sobre sus filas. La accion se sostuvo así cerca de media hora: los cuerpos patriotas comenzaron a reorganizarse, los batallones de la reserva pudieron entrar en accion, i algunos de los que formaban la division de la derecha patriota se corrieron hácia el punto del peligro. La batalla cambió inmediatamente de faz.

Cuéntase que en esos momentos San Martin miraba desde el cuartel jeneral el rumbo que tomaba el combate e impartia sus órdenes para acelerar la marcha de las tropas, i que no pudiendo ocultar su júbilo, esclamó: «¡La victoria es nuestra! Ese mayor Borgoño sabe dirijir las balas de cañon como un buen jugador puede picar las bolas de un billar».

En efecto, sobre una altura que enfrentaba a la posicion de los españoles habia ocho piezas de artillería que mandaba un jóven de veinte i seis años de edad, de gallarda presencia, de aire marcial, de espíritu frio i sereno, que apuntaba personalmente sus cañones para no perder un solo tiro. Ese jóven se llamaba José Manuel Borgoño: llevaba apénas sobre sus hombros las charreteras de sarjento mayor, pero ya habia adquirido una alta reputacion militar, i su nombre

figuraba en los boletines oficiales de todos los combates a que habia asistido.

Nació don José Manuel Borgoño en Petorca el año de 1792. Eran sus padres don Francisco Borgoño i doña Cármen Núñez. Contaba apénas doce años de edad cuando su padre le remitió a Concepcion a que ocupase el puesto de cadete en el batallon fijo de infantería de línea, empleo que, a causa de los muchos aspirantes que lo solicitaban, se conseguia con gran dificultad. El jóven Borgoño sirvió su destino hasta 1804, época en que solicitó una licencia de dos años para venir a Santiago a estudiar matemáticas. El presidente de la colonia le concedió dicha licencia; i el jóven militar pudo adquirir en el colejio los conocimientos mas necesarios para desempeñar con acierto en lo futuro las comisiones que se le confiaran.

Vuelto al sur despues de concluir sus estudios pudo prestar en la frontera importantes servicios. Ocupósele en reparar algunos fuertes militares, en montar las piezas de artillería i en otros servicios en que podia ser útil un hombre que, como él, poseia conocimientos especiales. En el desempeño de estas comisiones pasó ocupado hasta 1812.

En este año, el gobierno nacional que se habia organizado en Santiago, le llamó a la capital, le dió el grado de teniente i le agregó al cuerpo de artillería que mandaba don Luis Carrera, i en que servian los Gameros i otros oficiales destinados a adquirir una alta reputacion militar. Pocos meses mas tarde le remitió a Valparaiso a mandar la artillería de las fortalezas que guarnecian el puerto. Allí permaneció durante todo el año do 1813, miéntras el ejército nacional se batia en el sur contra los cuerpos invasores que el virrei del Perú remitió a Chile a las órdenes del brigadier Pareja. Durante este tiempo, el teniente Borgoño recibió solo una pequeña parte de su sueldo: voluntaria i jenerosamente cedia el resto para ausiliar al Estado en los gastos de la guerra.

En noviembre de ese mismo año se organizaba en Talca una division patriota que debia entrar a campaña en ausilio del ejército chileno. El teniente Borgoño recibió el encargo

de preparar la brigada de artillería de esa division, i con ese motivo se trasladó a Talca. Sus servicios en el campamento fueron tan activos como eficaces; i cuando un mes despues marchó al sur la division bajo el mando del coronel de injenieros don Juan Mackenna, la brigada de artillería, a cuyo servicio marchó tambien Borgoño, formaba un cuerpo reducido en su número, pero lucido i capaz de infundir las mas lisonjeras esperanzas en el ánimo de los gobernantes.

Esa division fué a acantonarse a las orillas del rio Itata, en el sitio denominado el Membrillar. La historia ha referido ya minuciosamente los servicios prestados por esa division, sus sacrificios i su heroismo. El 19 de marzo de 1814 se empeñó allí la batalla que lleva el nombre de aquel lugar: la artillería se distinguió particularmente en la jornada i el nombre del teniente Borgoño obtuvo una mencion honrosa en el parte oficial que Mackenna pasó al gobierno chileno. En las jornadas subsiguientes, en los Tres Montes, paso del rio Claro i Quechereguas, Borgoño se distinguió nuevamente, i su nombre vuelve a aparecer en los boletines oficiales de la victoria. En el paso del rio Claro, sobre todo, dos cañones dirijidos personalmente pcr él, destrozaron las partidas de caballería realista que defendian las riberas del rio, i facilitaron el paso a los cuerpos patriotas. Desde ese dia se pudo ver en el jóven oficial al artillero intelijente que tan distinguido papel debia desempeñar en la historia militar de nuestra revolucion.

El primer período de la guerra de la independencia tocó a su término con el desastre de Rancagua, el 2 de octubre de 1814. Borgoño, que poco ántes habia obtenido el grado de capitan en premio de los servicios prestados en la anterior campaña, recibió el mando de seis cañones, i el cargo de marchar con ellos en la tercera division del ejército patriota, que no alcanzó a entrar en combate. Despues de la derrota, los oficiales chilenos tuvieron que buscar su salvacion al otro lado de los Andes; pero aquellos que no alcanzaron a tomar los caminos de cordillera, o que se encontraron cortados por las fuerzas realistas, se vieron en la precision de ocultarse en

los campos i de permanecer escondidos todo el tiempo que duró la dominacion de los reconquistadores de Chile. Borgoño, que fué de este número, buscó un asilo en Talca i sus inmediaciones, en donde habia contraido estrechas relaciones de amistad en la época que permaneció acampado en la ciudad. Allí quedó oculto durante un año entero, hasta que los ajentes del ejército patriota que se organizaba en Mendoza comenzaron a formar guerrillas en el territorio chileno. Entónces Borgoño corrió gustoso a prestar sus servicios en aquella grande empresa: su carácter no era el mas aparente para capitanear una banda desordenada de montoneros, ni podia exijir de éstos que observasen las reglas de táctica i disciplina que reclama el buen servicio militar; pero su talento organizador servia perfectamente para dictar órdenes superiores, preparar recursos i disponer los movimientos de los guerrilleros. En estos trabajos, le fué necesario en una ocasion presentarse al famoso Neira, el caudillo principal de los montoneros que operaban en las serranías de la provincia de Talca, i se presentó con su casaca de capitan para hacerse respetar de los guerrilleros. Neira, que poco ántes habia tenido largas entrevistas con él, finjió no conocerlo i dió la órden de fusilarlo, pretestando creer que era un oficial realista. El jefe de los montoneros queria solo robarle la casaca; i ante tan baja codicia no vacilaba en cometer un crímen horrible. Borgoño, sin embargo, supo hacerse respetar, i salvar así de este inminente peligro.

Los servicios que prestó en aquellas circunstancias hasta despues de la recuperacion de Chile por el ejército patriota, le pusieron mil veces en situacion de correr riesgos de toda naturaleza. Si él no tuvo la fortuna de hallarse en las filas de ese ejército i combatir con él en Chacabuco, pudo, al ménos, prestar su importante cooperacion para facilitar las atrevidas operaciones estratéjicas en que se vió empeñado, ya dando noticias al jeneral San Martin, ya combinando las marchas i contramarchas de los montoneros para mantener en continua alarma a los cuerpos realistas i ayudar a las divisiones patriotas que atravesaban las cordilleras.

Despues de la victoria de Chacabuco, Borgoño voló a Santiago a ofrecer sus servicios al gobierno nacional que acababa de formarse. El director supremo O'Higgins lo incorporó de nuevo en la artillería, i le dió el mando de una brigada de esta arma para que a su cabeza marchara al sur, a donde él mismo iba a dirijir la guerra contra los últimos restos del ejército español.

Durante toda la campaña de 1817, que el jeneral O'Higgins sostuvo contra los defensores de la plaza de Talcahuano, Borgoño manifestó las dotes de un oficial intelijente i celoso por el buen cumplimiento de sus deberes. En los boletines de la campaña, su nombre se encuentra recomendado a cada paso; i en las notas de O'Higgins al gobierno de Santiago, hemos hallado muchas palabras destinadas a encomiar algun servicio suyo. Fueron, sin duda, estas recomendaciones las que le valieron el grado de sarjento mayor, que se le confirió en aquel mismo año.

La campaña del sur tocó a su término en enero de 1817, época en que el jeneral O'Higgins se retiró con su ejército hácia el norte para evitar un combate con las fuerzas españolas que, bajo el mando del brigadier Osorio, venian a someter de nuevo a Chile a la dominacion realista. Borgoño tomó una parte principal en todos los trabajos consiguientes a la retirada, disponiendo el trasporte de los bagajes, i aprestando sus cañones para que no sufrieran averías en una marcha precipitada. No es este el lugar de referir la historia de esa retirada ni de las operaciones que se le siguieron hasta la desastrosa sorpresa de Cancha Rayada. En la funesta noche del 19 de marzo de 1818 en que esa sorpresa tuvo lugar, Borgoño, al frente de una brigada de artillería, servia en la tercera division del ejército patriota, sobre la cual cayeron en confusos pelotones los derrotados de la segunda division i despues los cuerpos españoles que los atacaban. En medio de la turbacion jeneral, el mayor Borgoño conservó su sangre fria: dispuso la retirada de sus cañones i marchó con ellos por el mismo camino que seguian los restos destrozados de aquellas dos divisiones del ejército. Al llegar a las orillas del

rio Lircai, el desórden i la confusion iban en aumento por la tenaz persecucion de los españoles. El paso del rio presentaba por sus barrancos i cortaduras, sérias dificultades para el trasporte de los cañones; pero Borgoño, que conservaba siempre su serenidad, mandó hacer unos grandes hoyos en las inmediaciones del rio, arrojó en ellos sus cañones i no se retiró hasta no dejarlos perfectamente cubiertos con tierra para que el enemigo no los percibiera al dia siguiente. Este arbitrio le dió los resultados que esperaba.

Los trabajos que siguieron a ese desastre para la reorganizacion del ejército forman una de las pájinas mas gloriosas de la historia de Chile. En esos trabajos, tomó Borgoño una parte principal para la formacion del cuerpo de artillería en el campamento de Maipo. Su conducta en esos dias de conflicto como en la batalla que les puso término, le mereció los mas espontáneos elojios del jeneral San Martin.

Los militares dicen que para distinguirse personalmente en el campo de batalla se necesita servir en la caballería. En las cargas que da un ejército, los jinetes pueden hacer prodijios de valor, miéntras los infantes tienen que permanecer en sus puestos haciendo fuego, o que maniobrar con menor actividad i de un modo mas simultáneo i compacto. Pero el artillero tiene que vencer aun mayores dificultades, puesto que casi nunca tiene que moverse de la posicion que ocupa, i que les es forzoso reducir sus esfuerzos a ciertas operaciones para las cuales el empuje del héroe seria perjudicial. Borgoño, con todo, sirvió siempre en la artillería, i quizá no se halló en un solo combate en que no arrancara elojios de sus jefes en los boletines oficiales. I sin embargo, Borgoño no era un militar de esos que entre los valientes de nuestros ejércitos han merecido el epíteto de bravos; pero era un oficial de honor: este sentimiento le infundia serenidad; i su intelijencía le permitia distinguirse en el lugar que estuviera. Esto esplica la causa de las recomendaciones que siempre mereció en los partes oficiales.

La batalla de Maipo, afianzó definitivamente la independencia nacional. Despues de ese glorioso hecho de armas,

O'Higgins i San Martin, el director supremo del Estado i el jeneral en jefe del ejército, no pensaron en otra cosa que en dar el golpe de muerte a la dominacion española en América llevando la guerra al virreinato del Perú. Un militar de la intelijencia de Borgoño era necesario en una campaña como esa; por esto se le confió en noviembre de 1818 el destino de comandante jeneral de la artillería chilena, i se le dió el encargo de hacer todos los aprestos necesarios para el buen servicio de aquella arma. En estos trabajos pasó ocupado Borgoño hasta agosto de 1820; el 20 de ese mes se dió a la vela para el Perú con el ejército libertador.

Durante toda la campaña, el comandante Borgoño desplegó su celo habitual, su empeño por el buen servicio i las demas prendas que hicieron de él un militar distinguido; pero esa campaña se redujo casi esclusivamente a evoluciones parciales que dirijia hábilmente el jeneral San Martin, i en las cuales la artillería desempeñaba un papel secundario. Esas evoluciones, eficazmente apoyadas por la escuadra chilena que mandaba Lord Cochrane, dieron por resultado la evacuacion de Lima por el ejército realista i un cambio altamente favorable en la faz de la guerra. En julio de 1821 el ejército independiente ocupó esa ciudad: Borgoño tuvo el honor de recibir la comision de entrar a la cabeza de las tropas chilenas i de tomar el mando político de ella. El es, pues, el primer gobernador que haya tenido la capital del Perú cuyo poder no emanase del rei de España.

Durante el corto tiempo que desempeñó aquel destino, Borgoño dictó diversas providencias para calmar la ajitacion de los espíritus consiguiente a la ocupacion de una ciudad poblada en su mayor parte por familias acaudaladas i enemigas decididas de la causa revolucionaria. Al exijir contribuciones i donativos de guerra, se condujo, no solo con una moderacion ejemplar, sino tambien con una honradez que le captó las simpatías de sus mismos enemigos. En el ejército libertador, preciso es confesarlo, habia hombres que pensaban que la opulenta capital del virreinato del Perú habia de hacerlos ricos en mui poco tiempo por medio de las contri-

buciones que se impusieron, de los empréstitos i donativos que debian exijirse. Borgoño, cuyo corazon poseia una moralidad a toda prueba, no solo no siguió sus consejos, sino que combatió las pretensiones de sus camaradas. En una ocasion los recaudadores de esos empréstitos i contribuciones llevaron a la casa de Borgoño las especies i dineros recojidos en un dia, por estar cerrada la oficina de su despacho: el gobernador de Lima se sintió herido por este hecho, i casi inmediatamente elevó su renuncia del puesto que ocupaba. Borgoño no queria que ni aun el mas insignificante incidente pudiera empañar en lo mas mínimo su reputacion, ni dar lugar a que mas tarde se le pudieran hacer reproches de cualquier jénero.

Poco tiempo despues de ocupada Lima por el ejército chileno i de jurada la independencia del Perú, el jeneral San Martin recojió de uno de los templos de aquella capital las banderas gloriosas que los españoles habian quitado a los patriotas en Rancagua, despues de la evacuacion de esta plaza por O'Higgins i sus soldados, i determinó mandarlas a Chile como un trofeo de sus mas inmarcesibles glorias militares. Borgoño recibió esta comision: en la segunda mitad de 1821 volvió a su patria trayendo esas honrosas reliquias de aquella famosa jornada para que fueran colocadas en un lugar digno de ellas. Esas banderas fueron recibidas con la pompa correspondiente a su importancia i colocadas en la iglesia matriz de Rancagua. Desgraciadamente, la jeneracion que sucedió a los padres de la patria no supo comprender la importancia de esos gloriosos trofeos: fueron arrancados del lugar en que se les habia colocado, relegados a un oscuro rincon, i, por último, sustraidos de aquel templo. Hoi no se tiene noticias exactas de su paradero.

Borgoño volvió al Perú, i siguió ocupado en el servicio hasta principios de 1823. En este tiempo desempeñó en el ejército los mas elevados puestos, hasta que ese ejército, derrotado en Torata i casi destruido en Moquegua, quedó casi completamente desorganizado. Entónces volvió a Chile, donde vino a prestar sus servicios en las oficinas militares i

en la instruccion de los cuerpos del ejército permanente. Desde entónces, su vida se alternó entre el servicio militar i el político: de los campamentos pasó a los congresos i aun al ministerio de guerra i marina. Tan pronto se le empleaba en sofocar algunos motines o sublevaciones populares, como se le encargaba la direccion de la guerra que en el sur de nuestro territorio se hacia a las bandas considerables de guerrilleros que, llamándose últimos defensores de los derechos del rei de España, asolaban aquellos campos. A fines de 1825 recibió el grado de jeneral de brigada, i el cargo de jefe de estado mayor del ejército que marchaba a reconquistar a Chiloé a las órdenes del supremo director Freire. No es éste el lugar de trazar la historia de esa campaña: los documentos i memorias de aquella época i las relaciones que se han hecho despues, manifiestan bien claro cuán importantes fueron sus servicios en toda ella, i particularmente en la jornada de Pudeto en que mandó en jefe, i dispuso personalmente todas las operaciones i movimientos del ejército. Esta victoria terminó la campaña: a ella se siguieron las capitulaciones i la incorporacion del archipiélago al territorio de la República. La historia, al referir esos sucesos, ha dicho: Borgoño fué el alma de aquella espedicion.

En octubre de 1826, Borgoño volvió a salir a campaña contra las bandas de montoneros que capitaneaba Pincheira i a cuya cabeza recorria las provincias meridionales cometiendo saqueos i depredaciones de todo jénero. Esa guerra requeria un pulso singular para maniobrar convenientemente contra las guerrillas que se movian rápidamente de un punto a otro, evitando los ataques i acometiendo a los cuerpos patriotas solo cuando podian hacerlo con ventaja. Borgoño desplegó las dotes requeridas: no solo dispersó a los montoneros en encuentros parciales, sino que por medio de una capitulacion, separó de ellos al oficial español Senosains, que habia puesto su intelijencia i su brazo al servicio de aquella causa.

Cuando aseguraba estas ventajas, fué llamado al ministerio de la guerra por el jeneral Pinto, que presidia interi-

namente la república; esto no le impidió volver de nuevo al Sur a seguir la campaña contra Pincheira, en el año siguiente. En esta vez, maniobró diestramente apoyado por algunos jefes subalternos entre los cuales se distinguió el valiente coronel Beauchef, salvó infinitos cautivos que habian quitado los guerrilleros i puso a éstos en el mas terrible aprieto. Si la campaña se hubiera seguido con el teson i el acierto con que la habia iniciado Borgoño, sin duda, Pincheira no habria podido reorganizarse; pero el Gobierno lo llamó con urjencia al ministerio, en donde su presencia era necesaria.

Volvió, en efecto, a Santiago a ocuparse en los trabajos de este ramo de la administracion pública. Durante el tiempo que estuvo en aquel puesto, tomó mil medidas de la mayor importancia para moralizar el ejército, reducir su número separando de él los miembros inútiles, i limitar el de los jenerales i jefes, que comenzaba a hacerse considerable por la profusion de grados militares; i para dar los ascensos segun el mérito de los oficiales, ordenó que las propuestas fuesen hechas por eleccion de los oficiales para impedir los abusos del favoritismo. A él se debe la formacion de la corte marcial, instituida para juzgar en segunda instancia las causas militares.

A pesar de que ocupaba un puesto de esta importancia, Borgoño no tomó nunca parte odiosa en las cuestiones políticas. Ocupaba un asiento en casi todos los congresos, i, sin embargo, siempre se manifestó digno i elevado en las rencillas de partidos. Rejístrese la prensa de aquella época, i solo se encontrarán elojios de él: consúltese el recuerdo de los contemporáneos i no se oirán mas que recomendaciones. Jamás abrazó los partidos estremos, ni se negó a transijir con las exijencias de la opinion pública para sostener sus caprichos. A la época de su separacion del Ministerio, en julio de 1829, los dos partidos que entónces se hostilizaban con gran calor, lamentaron este acontecimiento.

Separado de los negocios públicos, Borgoño fué neutral en la guerra civil que comenzó al terminar ese año. Si bien

tenia afecciones por el bando que sostenia la constitucion de 1828, que él mismo habia firmado, se mantuvo alejado de los partidos i se negó a tomar las armas. Sin embargo, cuando la revolucion triunfante exijió de todos los jenerales chilenos que se prestara reconocimiento al Gobierno que ella habia elevado, Borgoño se negó terminantemente «porque, segun decia, habiendo cesado el réjimen constitucional, habia él cesado como funcionario público». Desde entónces fué dado de baja, i se vió espuesto a las persecuciones que le acarreó su terquedad para reconocer el nuevo gobierno. En medio de su alejamiento de la vida pública, le sorprendió el nombramiento de diputado que habia hecho en su persona el pueblo de su nacimiento, Petorca. Borgoño pudo protestar en el Congreso contra muchos de los actos del gobierno revolucionario.

Alejado de los puestos públicos, retirado en una pequeña propiedad rústica en donde se ocupaba en la educacion de sus hijos, Borgoño vivió así hasta 1838, año en que el gobierno le confirió el cargo de ministro plenipotenciario de Chile cerca de la corte de España para celebrar un tratado de paz i amistad con la madre patria, cuyas relaciones habian quedado cortadas desde la revolucion. Despues de largos trabajos, Borgoño firmó el tratado en que la España reconoce nuestra independencia.

Durante su permanencia en la península, el gobierno español le ofreció la cruz de Cárlos III; pero Borgoño la renunció como un distintivo que venia mal en el pecho de un republicano. Ya ántes se habia abstenido de poner en su casaca las condecoraciones de la lejion de mérito de Chile i de la órden del sol del Perú, por igual razon. Borgoño poseia el verdadero espíritu de un buen hijo de la república.

Vuelto a Chile fué llamado en setiembre de 1846 a ocupar el ministerio de guerra i marina. El habia vivido alejado por largo tiempo de los negocios públicos, i necesitó de algunos meses para imponerse de nuevo de todas sus necesidades i exijencias. La muerte le sorprendió el 29 de marzo

de 1848 cuando comenzaba a plantear las reformas que le preocupaban.

En ese dia, perdió la república un militar intelijente e ilustrado que constituia uno de los mas gloriosos restos de aquella falanje que nos dió patria i libertad. Contaba apénas 56 años; i su corazon i su cabeza podian todavía haber prestado a Chile importantes servicios.

EL JENERAL DON JOAQUIN PRIETO

(1786-1854)



§ 7.

EL JENERAL DON JOAQUIN PRIETO [1].

(1786-1854)

El nombre que encabeza estas líneas es el de uno de los hombres que han hecho un papel mas importante en la historia chilena, en los últimos años de la guerra de la emancipacion i en los primeros tiempos de la República. Buen soldado del ejército insurjente durante la guerra de la independencia, mas tarde su jefe i presidente del Estado despues, el jeneral Prieto ha vinculado su nombre a los grandes triunfos del pabellon nacional i a los mas gloriosos pasos de la República.

Nació don Joaquin Prieto en la ciudad de Concepcion el 20 de agosto de 1786. Era su madre la señora doña Cármen Vial i su padre don Jose María Prieto, capitan entónces del rejimiento de dragones de la frontera.

Apénas hubo cumplido 19 años de edad se alistó en un re-

1 Publicado en la *Galería de Hombres Célebres de Chile* (Santiago, 1859), t. II, pájs. 111-117 i en la *Revista de Sud-América* (Valparaiso, 1862), t. III, pájs. 334-341.

NOTA DEL COMPILADOR.

jimento de milicias de caballería de aquella provincia con el grado de teniente. Un año despues, en 1806, acompañó sin sueldo ni emolumento alguno al teniente coronel don Luis de la Cruz en su viaje de esploracion por las cordilleras de los Andes en busca de un camino carretero que uniese a la ciudad de Concepcion con la capital del virreinato del Plata.

Apénas vuelto a Chile, el jóven Prieto fué ascendido al grado de capitan de milicias de Concepcion. Entónces se hacian sentir los primeros síntomas de la revolucion de 1810: Prieto se adhirió a ella desde luego, i en marzo de 1811 se alistó voluntariamente en la division de ausiliares que, bajo el mando del capitan don Andres del Alcázar, partió de Chile a apoyar a los revolucionarios de Buenos Aires. Diósele entónces el grado de capitan de dragones; i con este mismo grado entró a servir en el ejército chileno a su vuelta de aquella campaña.

La guerra de nuestra independencia dió principio en marzo de 1813. En los primeros dias de abril se comenzó a organizar el ejército insurjente en la ciudad de Talca, i en él se dió a Prieto el mando de la tercera compañía del rejimiento de la gran guardia. Con ese grado se batió en la jornada de San Cárlos, en la division de vanguardia.

Desde el siguiente dia de esa accion, tomó el mando de una guerrilla con que pasó a inspeccionar al enemigo en sus posiciones de Chillan. Al mando de esa misma guerrilla, hizo la mayor parte de la primera campaña cortando las comunicaciones al enemigo, atacando sus partidas i convoyes, inquietándolo en sus posiciones con gran peligro de su vida, apoyando con acierto al ejército insurjente en los combates, i ausiliándolo en sus necesidades con las presas que quitaba a los realistas. Su nombre figura entre los militares que hicieron rendir a Concepcion i tomaron a Talcahuano, i entre los héroes de Quirihue, Chillan, Cauquénes, el Roble, el Quilo, Quechereguas. En el Roble, particularmente, él fué nno de los jefes que apoyaron con mas valor i enerjía al denodado O'Higgins.

En la campaña de 1814 sirvió Prieto en calidad de cuar-

tel maestre, o jefe de estado mayor, de una division del ejército. Despues de los tratados de Lircai, cuando O'Higgins salió de Talca con el ejército en marcha para Santiago, quedó con el mando político i militar de aquel canton.

La invasion de Osorio en agosto de 1814 le obligó a replegarse a Santiago para juntarse con el ejército insurjente que disciplinaban Carrera y O'Higgins. Desde luego tomó el mando de un escuadron de caballería: éste formaba parte de la division que mandaba el jeneral en jefe, que no se batió en la funesta jornada de Rancagua.

Despues de esta desgracia, Prieto, como sus otros compañeros de armas, tuvo que emigrar a las provincias arjentinas para huir de la saña de los invasores. Estos venian a sofocar la revolucion chilena i a castigar a sus autores; pero, por fortuna de la buena causa, la mayor parte de los hombres que podian tomar las armas, cruzaron los Andes i volvieron despues organizados en un ejército poderoso.

Durante el tiempo de la emigracion, Prieto encontró en marzo de 1816 una ocupacion honrosa i lucrativa en los arsenales de Buenos Aires con el grado de teniente coronel i jefe de una brigada de artillería de mar; pero sabedor de que San Martin i O'Higgins organizaban un ejército en Mendoza para reconquistar a Chile, elevó su renuncia en noviembre de aquel año, i corrió a incorporarse en él. Obtuvo desde luego el mando de un cuadro de oficiales de artillería para organizar en Chile una respetable brigada. En el servicio de esta arma se batió en la gloriosa jornada de Chacabuco.

Despues de esta victoria, los restos dispersos del ejército realista se embarcaron en confuso desórden para el Perú o fueron a encerrarse detras de las fortificaciones de Talcahuano. Allí los estrecharon algunos cuerpos patriotas, hasta que el anuncio de una segunda invasion realista capitaneada por el brigadier Osorio, los obligó a replegarse al norte para unirse con los otros cuerpos del ejército chileno. Prieto se habia ocupado, entre tanto, en la instruccion i disciplina de reclutas hasta el mes de diciembre de 1817, época en que

fué nombrado comandante jeneral de armas de Santiago. Con este destino quedó en la capital cuando el ejército independiente marchó al sur a las órdenes del jeneral San Martin, para rechazar la segunda invasion de Osorio.

Fué entónces cuando sobrevino la funesta sorpresa de Cancha Rayada. En la augustiada situacion que ella produjo, Prieto prestó a la patria mas de un servicio importante; i voluntariamente se hizo cargo de instruir 400 reclutas para organizar una division de reserva. Esa division recibió órden de entrar al campo de batalla de Maipo cuando estaba empeñado el combate, y alcanzó a presenciar aquella importante victoria.

La independencia nacional quedó perfectamente asegurada desde aquel dia. Pensó entónces el gobierno en la creacion de una escuadra, i en la organizacion del ejército libertador del Perú. Empresa tan audaz, que requeria para su realizacion el apoyo de hombres audaces i previsores, encontró en don Joaquin Prieto un celoso colaborador. Poseia entónces el grado de coronel, las medallas de Chacabuco i Maipo, i la de la Lejion de mérito, i desempeñaba todavía la comandancia jeneral de armas de Santiago. Sus servicios en ese puesto no fueron puramente militares: él reunia en la maestranza de ejército los elementos heterojéneos que formaban los donativos graciosos para hacerlos servibles a la empresa en que estaba empeñada la patria. Una arma descompuesta, una vara de jénero o cualquier otro objeto insignificante para otros ojos que los suyos, eran para Prieto un valioso presente que, con dilijencia i economía, hacia servir al ejército de Chile. Sus buenos servicios fueron premiados con la medalla de la Orden del sol del Perú.

Despues de la salida de esa espedicion, Prieto quedó en Santiago. El ejército nacional estaba dividido en dos fracciones, de las cuales la una combatia contra las bandas de Benavides en el sur, miéntras la otra marchaba al Perú. Prieto fué uno de los pocos oficiales de mérito i de elevada graduacion militar que quedaron en la capital; el mantenimiento del órden público o el temor de un peligro imprevisto,

requerian la asistencia de un cuerpo de tropas; pero por desgracia, el gobierno no tenia a su disposicion mas que unos pocos jefes de valor i pericia.

Ese peligro imprevisto sobrevino en la segunda mitad del año de 1820. En setiembre de ese año, el feroz Benavides destrozó las divisiones del ejército del sur i obligó a Freire a encerrarse en las fortificaciones deTalcahuano. Un conjunto de desgracias habia abierto el camino de la capital a aquel audaz caudillo, i era preciso ponerle una barrera formidable que le detuviera en sus conquistas. Como queda dicho, el gobierno no tenia fuerza alguna de qué echar mano; i solo pudo comisionar a Prieto, entónces brigadier de la república, para que organizara un ejército en el canton del Maule, capaz de contener al caudillo del sur, sin mas bases que las esquilmadas milicias de caballería. En el desempeño de tan importante comision, falto de recursos de guerra i demas elementos para una empresa de esta especie, alcanzó varias victorias parciales, i concluyó con algunas partidas del enemigo.

A mediados del siguiente año, tomó el mando en jefe de la provincia i la direccion de su ejército. Gracias a su actividad, Prieto derrotó completamente al ejército de Benavides que por mas de tres años consecutivos habia destrozado las provincias del sur. La accion tuvo lugar en las Vegas de Saldías el 10 de octubre de 1821; desde ese dia no volvió a levantarse mas un ejército medianamente organizado que inquietase la tranquilidad pública de aquellas provincias.

Quedaron, sin embargo, algunas partidas de bandidos que robaban audazmente i huian a la vista del ejército. Entónces i despues fué Prieto uno de los mas encarnizados enemigos de esas bandas; él las batió repetidas veces i tuvo la dicha de verlas concluidas bajo sus solícitos cuidados, en el primer año de su gobierno, en 1832.

Sus victorias sobre Benavides dieron a Prieto la importancia que merecia; su ardor i su pericia militar habian concluido en un solo dia con uno de los mas formidables enemigos de la república, temible por su carácter cruel, por su audacia inaudita i por su talento superior. Desde entónces

comenzó a ser mirado como un hombre altamente útil para su pais, i a figurar en la vida política. Durante el período de nuestros primeros ensayos en el gobierno representativo, constantemente ocupó el jeneral Prieto un asiento en el Congreso, i en una eleccion obtuvo un gran número de votos para vice-presidente de la república. Fué entónces, cabalmente, cuando un partido conservador en sus tendencias comenzaba a protestar contra el órden de cosas entónces existente, i se proponia cimentar la tranquilidad pública con leyes adecuadas a la situacion del pais, dar respeto a esas leyes, introducir la moralidad en la administracion i; echar las bases de una política mas moderada i sensata que la que habian seguido los gobiernos anteriores.

El jeneral Prieto se adhirió a estos propósitos, i quiso hacerse el jefe del movimiento que proclamaba esos principios. El mismo dió principio a la revolucion con el ejército que tenia a sus órdenes.

Ese movimiento no tocó a su desenlace hasta el 17 de abril de 1830. Para esto fueron necesarias dos batallas i una multitud de encuentros parciales en que corrió la sangre de mas de una víctima. Esa revolucion, como todas las revoluciones del mundo, costó mas de un sacrificio i fué causa de mas de un estravío; pero ella fué moderada en cuanto era posible serlo; ha dado al pais frutos benéficos i ha echado las bases de la prosperidad actual de Chile.

En las campañas militares de esa revolucion, Prieto se condujo bien; con táctica i prudencia, i del mejor modo que le permitian sus circunstancias, supo llevarlas a un desenlace pronto i favorable, evitando los excesos, i reprimiendo el encarnizado furor de sus subalternos. Si se vió alguna relajacion, culpa fué de algunos de éstos, i no del jeneral en jefe, a quien siempre distinguió un corazon jeneroso i un carácter humano.

En el parte que pasó Prieto de la batalla de Lircai, pedia al gobierno su pronta separacion del mando del ejército. Fué, sin duda, este poco deseo de engrandecimiento personal lo que le mantuvo hasta cierto punto retirado de la política

despues de la victoria con que acababa de asegurar la dominacion del partido conservador. Solo despues de la muerte del presidente Ovalle, en 1831, fué elejido el jeneral Prieto para ocupar el puesto que quedaba vacante, i se recibió del mando el 18 de setiembre de ese mismo año.

Los viajeros que despues de esa época han visitado a Chile, han escrito con no poca exactitud sobre el gobierno del jeneral Prieto. De algunos de ellos son los siguientes estractos:

«El primer cuidado del jeneral Prieto, dice un marino frances que publicó un largo artículo sobre Chile en la *Presse* de Paris, fué asegurar la tranquilidad pública despachando al jeneral Búlnes contra la formidable banda de Pincheira que habia cometido abominables atrocidades. Este bandido i todos los subalternos que mandaba, cayeron en manos del jeneral chileno.

«Una vez libre de este azote, el gobierno de Prieto entró de una manera firme i atrevida en la via de las reformas.

«Los males que sus predecesores no habian podido evitar, los reparó el gobierno del jeneral Prieto, llenando poco a poco el abismo de una deuda amenazadora, fruto de veinte años de lucha i sacrificios para dar a Chile su independencia.

«Tambien a sus perseverantes esfuerzos i a su inalterable firmeza se ha debido la estincion de las pasiones políticas i si algunos descontentos interesados en la anarquía han pretendido hacerlas revivir, pudo, en su conducta hácia ellos, mostrarse tolerante sin imprevision i jeneroso sin debilidad. Sus actos administrativos prueban su seguridad i su fuerza.

«No podemos dispensarnos, en esta corta reseña sobre Chile, dice aludiendo a la guerra del Perú, de hacer mencion de un hecho que ocupará un lugar importante i honroso en su historia. Prueba a la vez de lo que es capaz un pueblo por el mantenimiento de su honor, i el apoyo que puede recibir un gobierno consagrado a sus deberes i verdaderamente nacional.

«El jeneral Prieto es el que ha echado las bases i reunido

los elementos de la situacion floreciente de Chile, segundado en este gran trabajo, sea en el gabinete, sea en las cámaras, sea en fin en todas las partes de la administracion, por los hombres mas eminentes i dotados del mas sincero patriotismo. Cuando dejó la presidencia, viendo en torno suyo la prosperidad del crédito, cimentadas fijamente las instituciones, i el órden en todo, ha debido aplaudirse de su maravillosa obra».

«El mal estado de los negocios públicos de Chile, dice un viajero norte-americano, Mr. Wilkies, que visitó a Chile en 1839, subsistió en mayor o menor escala hasta 1831, cuando subió al poder la presente administracion. Su política fué totalmente diferente de la de sus predecesores. Se adoptaron las medidas mas enérjicas para establecer el órden; se introdujo una severidad necesaria, que despertó alguna alarma en el país. El gobierno no desistió, sin embargo, de sus propósitos. Comenzó a correjir los abusos, a sofocar las revoluciones i a desterrar a sus autores; por un saludable terror refrenó a los partidos, i prosiguió vigorosamente reformando cada uno de los ramos de la administracion. Muchos, con todo, atribuian sus mejoras a iniciaciones de los otros gobiernos. En 1839 se habia estinguido ya esa viva oposicion. Todos los partidos aprobaban el modo como se habia conduducido el gobierno del jeneral Prieto en la paz i en la guerra».

«Es menester decir en alabanza de Prieto i de su primer ministro Portales, dice el capitan Lafond de Lucy, en sus *Viajes al rededor del mundo*, que a estos dos hombres debe Chile las mejoras de que goza ahora. Ellos supieron poner en órden la hacienda pública; crearon instituciones útiles, colejios i escuelas; hicieron caminos; prepararon la fundacion de ciudades, etc. etc».

«Gracias a la administracion de don Joaquin Prieto, dice Mr. Gay, el pais se vió verdaderamente constituido, cortando de raiz las cabezas de la hidra de la anarquía».

«De 1831 data la importancia que Chile ha tomado entre las naciones, dice Mr. de Mazade. Este es el punto de par-

tida de la situacion de Chile... Este período es el que puede llamarse el reinado de la política conservadora en Chile: sus adversarios están obligados a confesar hoi dia, que ella ha dado durante veinte años el órden al pais, i que ella ha protejido el mayor desarrollo de los intereses públicos».

Estas citas hablan mas alto de cuanto pudiera decirse en elojio del gobierno del jeneral Prieto.

Duró éste hasta 1841. Entónces fué elejido senador de la república, i poco despues fué nombrado intendente de Valparaiso. En este destino, en que prestó mui buenos servicios a la provincia, permaneció hasta 1846.

Desde entónces se retiró para siempre de la vida pública, con la conviccion de haber hecho a su patria todo el bien posible. Ha muerto el 22 de noviembre de 1854, ocho años despues de su separacion de los negocios públicos, i trece despues de haber dejado la presidencia. Mas feliz que muchos otros de los fundadores de la república i que un gran número de sus mas ilustres hijos, él ha podido ver ántes de cerrar los ojos para siempre libre, rica, influente i poderosa a la patria a que consagró la mayor parte de su vida, i que él conoció tiranizada, pobre, envilecida i despreciada.

NECROLOJÍA
DEL JENERAL DON RAFAEL MAROTO
(1783-1853)



§ 8

NECROLOJÍA
DEL JENERAL DON RAFAEL MAROTO [1]

(1783-1853)

Acaba de morir en el territorio chileno uno de los militares mas condecorados del ejército español.

A las cinco de la mañana del 25 del presente ha fallecido en Valparaiso el jeneral don Rafael Maroto, militar distinguido en la guerra de la independencia española, en la revolucion americana, i en los últimos sucesos de la península.

Pocos personajes de los tiempos modernos han sufrido mas de lleno los contrastes de la fortuna, i mui pocos han hecho mayores sacrificios por su patria que el jeneral Maroto. Su vida es sumamente trájica i mui recargada de grandiosos incidentes para que podamos bosquejarla en estas pocas líneas.

Nació don Rafael Maroto en la ciudad de Lorca el 18 de octubre de 1783. Su padre era militar, i lo dedicó desde su

---

1. Publicada en *El Museo*, (Santiago, 1853), núm. 12 del 27 de agosto, páj. 192.

NOTA DEL COMPILADOR,

primera edad en esta carrera, obteniendo para él, el grado de cadete en el rejimiento de infantería de Asturias, cuando solo contaba diez años. Sus primeros servicios datan de 1800 en la guerra de Portugal, en que fué condecorado con una medalla. Mas tarde, cuando la Península fué invadida por el ejército frances, Maroto sirvió con brillo en la guerra de la independencia, ya en la heroica defensa de Zaragoza, ya en Pusol i Valencia, ya en San Onofre i Murredro. Durante este tiempo supo cubrirse de glorias en los campos de batalla i escapar atrevidamente de las manos de los enemigos que lo habian tomado prisionero. A la época de la espulsion de los franceses de España, era ya coronel efectivo.

Con tal graduacion, pasó a América al mando de un rejimiento de infantería. Combatió en Chile i en el Perú en las filas realistas hasta obtener el alto grado de mariscal de campo en 1823. Si para nosotros los republicanos de América estos servicios distan mucho de constituir un mérito, ellos fueron juzgados en la corte de España, en documentos públicos, como pruebas de su *acrisolada lealtad*. En premio de ellos, Fernando VII le concedió la gran cruz de Isabel la Católica i la de San Hermenejildo con el destino de comandante jeneral de Asturias. Antes de esa época ya tenia la cruz de la defensa de Zaragoza i tres medallas por diversas funciones de guerra.

Entónces comenzó para Maroto la época mas brillante de su vida. Creyendo, como ha dicho, «que era mas conveniente para España el reinado de don Cárlos que el de una niña que tendria que pasar por una larga minoría», abrazó su causa i fué luego el jeneral en jefe de sus tropas. Espiado i calumniado por la camarilla del pretendiente, envenenado en dos ocasiones, declarado traidor a su causa porque comprendia la marcha de la guerra de diverso modo, Maroto sufrió todo con paciencia hasta que vió palpablemente que el reinado de don Cárlos no valia los sacrificios de España, esas mortíferas batallas i esa continuada relajacion. Rindió su ejército a Espartero despues de una capitulacion honrosa, i él mismo se retiró a la vida privada.

Sobre los dicterios de los partidos que han intentado infamar su memoria, existe un monumento indestructible: la cesacion de esa guerra civil en que se fusilaba a las mujeres, i la tranquilidad de España; esa es la obra de Maroto i del convenio de Vergara. Hai otro hecho que hará enmudecer a esos calumniadores: despues de aquel convenio se negó a aceptar constantemente destinos i empleos lucrativos i toda especie de honores con que en diversas ocasiones quiso premiarlo el gobierno español.

En su larga carrera militar, Maroto fué un militar valiente i entendido: sus grados los ganó en el campo de batalla con honrosas heridas i recomendaciones especiales. Su serenidad para mantener la disciplina fué excesiva, i su firmeza de carácter proverbial.

El deja una reducida familia, que tuvo por madre a una señorita chilena. Nosotros la acompañamos en su justo sentimiento.

DON SANTIAGO BALLARNA
(1790-1856)



§ 9

EL CORONEL DE INJENIEROS DON SANTIAGO BALLARNA [1]

(1790-1856)

La República acaba de perder uno de sus buenos servidores en la persona del coronel de injenieros don Santiago Ballarna. Honrado, intelijente, activo i laborioso, él ha prestado en su patria adoptiva importantísimos servicios en las campañas militares, en la enseñanza de la juventud, en la organizacion i disciplina del ejército i en su calidad de oficial del cuerpo de injenieros.

Don Santiago Ballarna nació en Coria, pueblo de Estremadura, en España, por los años de 1790. Mui jóven era todavía cuando sus padres lo mandaron a estudiar a Salamanca; i allí se distinguió tanto sobre sus camaradas, que fué colocado en un colejio real, conocido con el apodo de *Tria Lingua*, en donde cursó matemáticas, griego, sirio i hebreo, i aprendió con la mayor perfeccion los idiomas frances e ingles.

---

1 Publicado en *El Ferrocarril* (Santiago) de 5 de diciembre de 1856, i en los *Anales de la Universidad*, 1856, t. XV. páj. 31.

NOTA DEL COMPILADOR.

A la época de la invasion francesa en la península, Ballarna dejó el colejio para incorporarse en los ejércitos españoles. Sirvió en diversas ocasiones, se batió en muchos encuentros parciales i particularmente en la derrota de Medellin, el 28 de marzo de 1809, desde cuyo dia llevó por algunas semanas una vida errante para salvar de las persecusiones de los vencedores. Durante la guerra, Ballarna fué empleado tambien en calidad de profesor de matemáticas en un colejio militar que se fundó en la isla de Leon, i desempeñó este destino por algunos años consecutivos. Entre los discípulos de entónces, contó al jeneral don Baldomero Espartero, tan famoso en España por su vida posterior, i al coronel Plascencia, oficial mui distinguido en el ejército peruano, i autor de la relacion de la campaña restauradora del Perú de 1838 i 1839. Al concluirse la guerra de la independencia española, Ballarna poseia ya el grado de capitan de injenieros.

Jóven, liberal, entusiasta i ardoroso, él esperaba la libertad de España, i el término del desgobierno con la restauracion al trono español de la familia de los Borbones. Como todos los liberales que hacian la guerra a la dinastía de Bonaparte i a los ejércitos franceses, Ballarna esperaba que la vuelta de Fernando VII al trono de sus mayores importaria para la patria un cambio de política, la final disolucion del infame tribunal de los inquisidores i la sancion legal de la constitucion política promulgada en Cádiz en 1812; pero contra sus esperanzas, la vuelta de Fernando fué para la España el entronizamiento del mas duro despotismo, la muerte de las instituciones liberales que habian usado las cortes del reino durante la prision del rei en el suelo estranjero i el restablecimiento de la inquisicion con sus peligrosas ordenanzas i sus horribles tormentos.

El despotismo de Fernando encontró oposicion i resistencia en todas partes. Hubo motines militares, encuentros i ejecuciones; pero los delegados del rei no pudieron sojuzgar completamente a los hombres ni borrar de sus ánimos los principios liberales, que habian echado hondas raices en el ejército i en todas las clases de la sociedad. Los ministros de

Fernando creyeron poner un atajo a tamaño contratiempo, despachando para la América, entónces envuelta en la guerra de la independencia, a todos los cuerpos del ejército, a los jefes i oficiales cuyas ideas los hacian sospechosos de abrigar propósitos de insurreccion. Para conocer cuán torpe era la conducta del monarca español a este respecto, bastará recordar que la mayor parte de los liberales a quienes queria alejar de la península, habian escrito en sus banderas, como una de las principales bases de su programa político, sus deseos de reconocer inmediatamente la independencia de América.

Ballarna pertenecia a este número: él fué incorporado a los cuerpos espedicionarios que salieron de Cádiz en 1818, con destino a los puertos meridionales de Chile. No es éste el momento de referir la historia de aquella espedicion: basta recordar que abandonada la escuadra española por algunos buques que fueron a entregarse a Buenos Aires, i combatida i apresada en las costas de Chile, ella alcanzó únicamente a dejar alguna parte de sus tropas en la provincia de Concepcion, en donde mandaba el coronel realista don Juan Francisco Sánchez. Este jefe i estas fuerzas fueron batidas en la batalla de Santa Fe, i completamente dispersadas despues de varias escaramuzas, en enero de 1819.

De la turbacion i desaliento de los jefes realistas, se aprovechó un audaz caudillo chileno, Vicente Benavides, para organizar una banda de los dispersos, i seguir haciendo la guerra al gobierno nacional, proclamándose defensor de los derechos del rei de España. Benavides apénas tenia el título de capitan en el ejército realista, i carecia de las dotes necesarias para mandar a oficiales de educacion i de clase. Era, ante todo, ignorante i grosero, duro i cruel con los prisioneros enemigos, a quienes jamas perdonaba la vida, insolente i descomedido con los oficiales que servian a sus órdenes, aun cuando ellos fuesen de mayor graduacion que él mismo. Su ejército era compuesto de bandas mal organizadas, sin mucho órden i disciplina i bien dispuestos siempre al pillaje i al saqueo. Su mismo jefe, el atrevido Benavides, no sabia qui-

zá darse cuenta exacta acerca de las causas de la guerra que sostenia: sus tropas se daban el apodo de sostenedores de la causa de España; pero no cabe duda que aquel jefe abrigaba mui diversas intenciones. La causa de la metrópoli era para él un pretesto únicamente.

Ballarna i algunos oficiales españoles de distinguida educacion se negaron a servir a las órdenes de aquel feroz caudillo. ¿Podia éste someterse a servir a las órdenes de un jefe que no reconocia bandera, i que comenzaba la guerra asesinando infamemente a los parlamentarios que le mandaba el enemigo? ¿Podia resignarse Ballarna a obedecer los mandatos de un grosero caudillo que hacia la guerra por una causa desconocida i con la ferocidad de un jefe de bandoleros?

Don Santiago Ballarna no quiso degradarse en el servicio de tal causa i bajo las órdenes de tal jefe. Venciendo infinitas dificultades, vino a Santiago a presentarse al supremo director Don Bernardo O'Higgins, para que dispusiese de él como lo creyese conveniente. Sus servicios podian ser sumamente útiles a la república chilena, ya sea que se le dedicase a la enseñanza de las ciencias físicas i matemáticas, o que se le emplease en su calidad de injeniero. O'Higgins lo dejó a su lado, i le dió el encargo de levantar los planos del paseo de la Alameda de Santiago, de traer el agua para el riego de los árboles i de hacer todos los trabajos de nivelacion. El barrio conocido hoi con el nombre de la Cañada, era entónces el basural de la ciudad, que en años anteriores habia servido de cauce a un brazo del Mapocho: el terreno era disparejo i pedregoso i su compostura exijia un trabajo obstinado i bien dirijido. Ballarna lo hizo todo en tres años: formó los planos, dirijió personalmente el trabajo i dejó planteada su Alameda desde el tajamar hasta el mismo sitio en que hoi existe una pila.

Desde entónces su vida ha estado enteramente consagrada al servicio público. En diversas ocasiones formó ordenanzas i reglamentos para la organizacion del ejército, el arreglo de la fuerza permanente, la contabilidad de los cuerpos i los premios i retiros militares. En todos estos trabajos manifes-

tó sus conocimientos superiores i su ojo certero para introducir entre nosotros las reformas militares.

En su calidad de injeniero militar, Ballarna hizo la campaña de Chiloé a fines de 1825 i principios de 1826; sirvió perfectamente en las comisiones de su especialidad, levantó las cartas i planos de la campaña i escribió una curiosísima i circunstanciada relacion de toda ella [1].

En los años posteriores, en 1838 i 1839, hizo toda la campaña restauradora del Perú. Hallóse en la batalla de Guias i entrada de Lima en 21 de agosto del primer año, i en el combate naval de Casma el 12 de enero del segundo.

Pero los mas importantes servicios de Ballarna fueron los que prestó en calidad de profesor de ciencias exactas en los colejios de Santiago. En aquellos tiempos en que tanta escasez habia entre nosotros de profesores idóneos, Ballarna trabajó en la formacion de la segunda academia militar, i desempeñó diversas clases de matemática superior i todas las de ciencias militares, comprendiendo en éstas hasta la topografía i el dibujo. Para esto dictó a sus discípulos los testos de enseñanza i tradujo del frances, el curso de matemáticas de Puissant, el cual por la especialidad del autor, que habia sido injeniero militar de los ejércitos franceses, presentaba, segun Ballarna, miles de ventajas para la enseñanza en aquel colejio. Algunos ramos de traduccion han servido ademas para las clases preparatorias de matemáticas en el Instituto Nacional. A la época de la creacion de la tercera academia militar en 1843, Ballarna volvió de nuevo a la enseñanza, fué por algun tiempo su director, i desempeñó algunas clases. Todos estos títulos le valieron una honrosa colocacion

---

1. Debe recordarse que por decreto de 6 de marzo de 1828, el gobierno del jeneral Pinto nombró al teniente coronel de injenieros Ballarna director jeneral de Puentes i Caminos; pero aunque se le encargó que prestara atencion a este ramo, la modicidad de los recursos de que pudo disponer, no le permitió hacer mas que lijeras reparaciones; hecho que ha sido consignado en la *Historia jeneral de Chile*, t. XV, (1897) páj. 291.

Nota del Compilador.

en la facultad de ciencias físicas i matemáticas en la Universidad de Chile, cuando se creó esta corporacion.

En aquella misma época, Ballarna redactó un curso completo de matemáticas destinado a los estudiantes de ciencias militares, que quiso imprimir en Inglaterra, durante un viaje que hizo a aquel pais en 1841; pero retraido por su natural modestia, guardó sus manuscritos i los ha conservado en su escritorio sin mostrarlos a nadie. La composicion de un minucioso diccionario ingles-español en que se ocupó por algunos años, quedó inconclusa por igual causa.

En los años posteriores, Ballarna ha continuado prestando sus importantes servicios, ya como inspector jeneral del ejército, o como comandante jeneral de armas de Santiago, o como miembro de diversas comisiones en asuntos militares, o en cuestiones de su especialidad como injeniero. Entre estos últimos debe recordarse el exámen i revision de los planos del nuevo cuartel de artillería.

Durante toda su vida, Ballarna gozó del aprecio i consideracion de los gobiernos i de todos los hombres influyentes de Chile; pero una singular modestia que le era mui característica, le tuvo siempre alejado de todo aquello que podia llamar sobre él la atencion pública. Ballarna vivió siempre contraido esclusivamente al desempeño de sus obligaciones, sin pretender ascensos i sin exijir nada de los gobiernos que lo ocupaban. La juventud estudiosa debe recordar siempre su nombre como el de uno de los primeros propagadores de la instruccion científica en Chile, i sus amigos i todos los que lo tratamos i conocimos no debemos olvidar la bondad de su carácter i sus virtudes de hombre privado.

EL CORONEL DON ANTONIO MILLAN
(1775-1856)



§ 10

EL CORONEL DON ANTONIO MILLAN [1]

(1775-1856)

El militar cuyo nombre encabeza estas líneas fué uno de los mas valientes soldados del ejército de Chile. Las crónicas i memorias de nuestra revolucion, los documentos oficiales de aquella época i la tradicion han conservado de el honrosos rasgos de enerjía, coraje i patriotismo, que le han valido mas de una hermosa pájina en la historia de nuestra emancipacion.

El teniente coronel Millan era ya militar a la época de la insurreccion: abrazó con fe i decision la causa de la independencia de Chile, combatió siempre con valor, i solo dejó las armas cuando la patria no tenia nada que temer de la España. A diferencia de la mayor parte de nuestros militares, él no ha empañado jamas sus glorias mezclándose en las disensiones civiles que han ensangrentado la República, porque

1. Publicado en *El Ferrocarril* (Santiago) del 2[illegible] de junio de 1856. Se hizo de esta biografía una tirada aparte, por la misma imprenta, en un folleto de 5 pájinas, a 2 columnas.

NOTA DEL COMPILADOR.

su ánimo no abrigó ambicion de ninguna especie.—«Mi mision sobre la tierra, decia Millan con la sencillez de un honrado veterano, fué la de cañonear a los godos: contra ellos peleé muchas veces, nunca contra los chilenos».

Es necesario pagar un justo tributo a la memoria de este buen soldado. Valiente hasta el heroismo en el campo de batalla, jeneroso i desinterado en su carrera militar, el teniente coronel Millan merece mui bien que se consagren algunas pájinas a trazar su biografía. Al escribir nosotros este bosquejo, apuntamos los datos que acerca de su persona hemos recojido en el estudio de la historia nacional.

Nació don Antonio Millan en el puerto de Penco viejo, provincia de Concepcion, por los años de 1775. Era su padre don Luis Millan, alférez entónces de dragones de la frontera, i su madre la señora doña Francisca de Paula Gatica. Don Antonio recibió su primera educacion en la capital de la provincia.

A la edad de 27 años, el primero de febrero de 1802, se alistó en el cuerpo de artillería que guarnecia a Concepcion. La real ordenanza de este cuerpo daba gran importancia a todos los militares que servian en él, a tal punto que por cédula de 1709 se disponia que el título de teniente de artillería equivaliese al de coronel de ejército; pero se exijia tambien que, aun para ocupar la plaza de soldado, se rindiesen ciertos exámenes i se calificasen pruebas de nobleza. En aquella época, i por disposicion espresa de los soberanos de España, todos los empleados de esta arma en América, de capitan para arriba, debian venir de la metrópoli; i nadie, cualquiera que fuese su condicion, podia alistarse en el cuerpo en otro rango que el de soldado distinguido. Este grado obtuvo Millan, Oller, Picarte, Morla i muchos otros bravos, que despues ilustraron su nombre en defensa de la independencia de Chile, fueron entónces sus amigos i compañeros de armas.

El servicio de guarnicion no es el mas favorable para los ascensos militares. Millan, sin embargo, los obtuvo, gracias solo a su buena conducta i a su constancia en el fiel desempeño de sus deberes. En 1810, a la época de la creacion del

primer gobierno nacional, era ya sarjento segundo distinguido i servia en la seccion de la brigada de artillería que guarnecia a Santiago. Cuando los revolucionarios aumentaron la fuerza de este cuerpo Millan fué ascendido a sarjento segundo. El movimiento de 1810 le encontró, pues, en los grados mas subalternos de la milicia.

Las ocurrencias de este acto mantenian en una viva ajitacion a la juventud chilena. Millan tomaba parte en todo: en el cuartel se llamaba patriota i se manifestaba mui dispuesto a secundar decididamente los planes de los revolucionarios; pero queria mantenerse alejado de las cuestiones que éstos sostenian entre sí. Sin embargo de eso, el mayor de artillería don Luis Carrera le habló en una ocasion interesándolo en que entrase en una revolucion que debia dirijir su hermano don José Miguel i ofreciéndole el grado de subteniente si prestaba su cooperacion.—«Mayor Carrera, le contestó Millan, guardaré en secreto su propuesta, pero no quiero tomar parte alguna en la revolucion; mas si ésta se hace miéntras yo esté en el cuartel, seré el primero en apresar a Ud. i a todos los sospechosos». De este modo creia cumplir a la vez con sus deberes de militar i de amigo.

La revolucion estalló a las doce del dia 4 de setiembre de 1811. Millan, en efecto, fuera del cuartel cuando ésta se hizo, manifestó públicamente su disgusto por ella i aun creyó que debia separarse del cuerpo. La junta gubernativa que entónces subió al poder supo apreciar su lealtad militar, lo dejó en el cuerpo de artillería i le dió el grado de subteniente, que no habia querido ocupar con perjuicio de su honor de soldado.

Solo don José Miguel Carrera no apreció su comportacion en este suceso. Queria éste que todo se doblegara a sus deseos, que todos los militares lo siguiesen fiel i decididamente en cada empresa que acometiera, i la terquedad de Millan para desechar sus halagos i promesas le irritó sobre manera. Desde que aquel caudillo subió a los primeros puestos del gobierno i del ejército, este honrado militar estuvo constantemente retirado de los hombres del poder, i aun despues de

comenzada la campaña contra el ejército realista que habia ocupado las provincias del sur, quedó todavía en el servicio de guarnicion.

Millan no salió de Santiago hasta mediados de 1813, cuando la junta gubernativa reforzó el ejército que mandaba el jeneral Carrera para entrar a Chillan. En este sitio memorable se estrenó en el servicio activo, en calidad de oficial de artillería, colocado en la batería mas avanzada hácia la plaza que mandaba el coronel O'Higgins. Empleado allí en el servicio de dos cañones de a 24, Millan se mantuvo en su puesto, batiéndose con sangre fria durante los sucesos del 3 i 5 de octubre.

En la tarde de este segundo dia se empeñó un nuevo combate no ménos obstinado i reñido que los anteriores. Los realistas hicieron una salida de la ciudad, i fueron a atacar otra batería mas retirada de la plaza. O'Higgins dejó su puesto para ir a defender la batería amenazada, empeñó la accion en campo raso, i en pocos momentos la batalla fué jeneral. Los tiros de fusil i de cañon eran contestados por una i otra parte, i una bala despedida por un castillo de Chillan fué a causar los mas horribles estragos en la batería avanzada donde servia Millan. Cayó sobre el armon de uno de los cañones de a 24 e incendió la pólvora que contenia, i ésta la demas del repuesto i hasta las cartucheras de los soldados. Levantóse una columna de fuego i humo en medio de una espantosa esplosion i un terrible estruendo que atrajo las miradas de ámbos ejércitos hácia aquel punto. Los gritos de los moribundos i los movimientos desesperados de los heridos, que se creian víctimas de una traicion, vinieron en breve a aumentar la confusion jeneral en la batería, i la presencia del enemigo, que quiso aprovecharse de tan tristes circunstancias, puso en gran peligro la suerte del ejército patriota.

En aquellos momentos, todo el ejército desesperó de su salvacion. Tan inesperada desgracia i la actividad del enemigo para aprovecharse de ella, introdujeron el desaliento por todas partes; pero por fortuna habian salvado en los fo-

sos de la batería algunos artilleros, el capitan Morla i los subtenientes Millan, Laforest, Cabrera i Vásquez, que con valor estraordinario organizaron una vigorosa resistencia en medio de la confusion i del desórden que reinaban en ella. Don Antonio Millan particularmente, viéndolo todo perdido, cargó hasta la boca uno de los cañones de a 24, i descargándolo personalmente sobre la columna mas avanzada de los realistas, hizo terribles estragos i la obligó a replegarse en desórden.—«Cuando acerqué la mecha, decia Millan refiriendo este suceso, creí que iba a reventarse; pero entre morir acuchillado por los godos o inutilizando un cañon que podia serles mui útil, no vacilé un solo instante i resolví sacrificarme. Dios quiso que tan desesperado arbitrio surtiera su efecto».

Despues de este suceso, Millan siguió sirviendo en el ejército durante toda la penosa campaña de ese año. Se batió con valor en las jornadas de Quilacoya i el Roble, a las órdenes del coronel O'Higgins, i en ámbas se distinguió entre sus camaradas. En el Roble, sobre todo, hizo cuanto podia esperarse de él, i mereció muchas recomendaciones en las notas que algunos oficiales insurjentes remitian al gobierno jeneral de Chile. A pesar de todo esto, solo obtuvo el grado de teniente en marzo de 1814.

En este año hizo toda la primera campaña, que concluyó con los tratados de Lircai. Se batió en el Quilo, paso del Maule, Tres Montes, paso del rio Claro i Quechereguas. En esta última jornada los artilleros se condujeron con tanta actividad como acierto, i la conducta de Millan en toda la campaña le valió el grado de capitan, concedido por las recomendaciones del brigadier O'Higgins.

Durante todo ese tiempo Millan se mantuvo constantemente alejado de las turbulencias i discordias que ajitaban el cuartel jeneral de los insurjentes. Aun cuando tenia mil motivos de resentimiento con el jeneral Carrera, se negó decididamente a tomar parte en contra suya en las discusiones, supo esquivar todo compromiso i salvó su reputacion militar de una fea mancha.

Por eso no encontramos su nombre mezclado en ninguno de los sucesos de aquel año, anteriores a la defensa de Rancagua. Cúpole en ella el honroso puesto de jefe de tres cañones que el brigadier O'Higgins hizo colocar en la trinchera mas importante de la plaza, construida en la calle de San Francisco, que mira al sur, por donde segun todas las probabilidades debian atacar los enemigos con mayor empuje. El capitan Millan aceptó el cargo, dispuesto a pelear miéntras le fuera posible i enarboló una bandera negra en señal de que queria guerra a muerte.

Como se esperaba, una columna realista compuesta de mas de mil hombres entró al pueblo por la calle de San Francisco, i avanzó a marchas regulares con intencion de apoderarse de la trinchera. Millan tuvo la precaucion de dejarla avanzar sin descargar un solo tiro; pero así que se hubo acercado a la batería rompió un vivísimo fuego de cañon con las tres piezas, dos de las cuales habia cargado a metralla. Los estragos fueron horribles; la calle quedó sembrada de cadáveres i durante un momento la columna realista no pudo moverse del puesto que ocupaba. Poseidos de un terror pánico los soldados trataron solo de huir, pero los muertos les impidieron retroceder, i el fuego de la trinchera continuaba causando en sus filas grandes daños.

La defensa de Rancagua se sostuvo dos dias consecutivos. Durante ellos Millan permaneció en su puesto batiéndose con un coraje de que hai mui pocos ejemplos en los fastos nacionales. La batería que le estaba encomendada sufrió los mas rudos ataques; los soldados i los oficiales morian por decenas a cada instante; pero sus defensores continuaron batiéndose con gran tenacidad, sin intimidarse por los fuegos de fusil que caian sobre ellos de los tejados i ventanas inmediatos. Faltó el agua a los sitiados, comenzaron a escasear las municiones i hasta hubo un instante en que se hizo sentir el desaliento entre los defensores de la plaza, viéndose abandonados por el jeneral Carrera; pero Millan, a imitacion del jefe de los chilenos, el valeroso brigadier O'Higgins, se manifestó dispuesto a no rendirse jamas. En los últimos

momentos del sitio peleó como un leon; cargaba personalmente sus cañones i alentaba a los pocos soldados que aun estaban con vida. Todos ellos quedaron muertos o heridos, i Millan mismo recibió un balazo casi a quema ropa que le bandeó las dos piernas. Solo entónces cuando ya no quedaba parado un solo hombre en la batería, Millan i los suyos dejaron de defenderla.

En ese mismo instante O'Higgins hacia tocar llamada en la plaza del pueblo para reunir los últimos restos de los defensores de Rancagua. Millan creyó todavía que su deber lo llamaba a aquel punto, i fué a juntársele arrastrándose por sobre los cadáveres de sus soldados. Cuando llegó a la plaza, ya el jeneral O'Higgins habia cargado a la cabeza de 300 hombres sobre una columna realista, i se abria paso a filo de sable por entre un millar de enemigos. Desde entónces habia terminado la defensa de la plaza; Millan fué a buscar un asilo a la iglesia matriz del pueblo; pero los primeros soldados realistas que entraron a aquel sagrado recinto, lo tomaron prisionero, lo golpearon inhumanamente con las culatas de sus fusiles i aun quisieron obligarlo a ponerse de rodillas para fusilarlo allí mismo. Solo su enerjía para desobedecer sus mandatos salvó a Millan de morir en los primeros momentos de confusion i desórden.

Desde entónces quedó Millan en el presidio de patriotas que establecieron los realistas en Rancagua. Los enemigos lo trataron con mucha consideracion i quisieron interesarlo por todos los medios a cambiar de bandera i alistarse en el ejército español. Millan se resistió tenazmente a este cambio, pretestando mil causas para ello, i los realistas finjieron querer dejarlo en completa libertad, le abrieron las puertas de la prision i le pusieron por única condicion que llevase al gobernador de Valparaiso, un pliego mui importante, que segun le dijo el jefe político de Rancagua, no podia confiarse a un soldado.

La libertad comprada a este precio era sin duda una fortuna que convenia aprovechar. Millan aceptó las propuestas, i con gran precipitacion se puso en marcha para Valparaiso,

sin escolta ni compañía de ninguna especie. Por fortuna suya, tuvo la curiosidad de abrir el pliego de que era conductor, i con gran sorpresa vió entónces que era una órden terminante para que se le apresara en aquel puerto i se le remitiese al Perú en primera oportunidad. Sin vacilar un momento dió vuelta a su caballo, i se fué a esconder en las montañas de la provincia de Colchagua, en donde comenzaban a organizarse guerrillas sueltas para incomodar a las autoridades españolas. Por dos o tres meses consecutivos llevó allí una vida errante, comunicándose en secreto con los ajentes de San Martin, esparciendo falsas noticias para desprestijiar a los gobernantes de Chile i excitando por todas partes el espíritu de insurreccion. Como si estos servicios no fuesen bastante efectivos, Millan pasó la cordillera de los Andes por el boquete del Planchon i fué a presentarse al cuartel jeneral de Mendoza en los primeros dias de 1816. Allí San Martin le confió, desde luego, el mando de una compañía de artillería.

Con este grado hizo Millan la campaña de 1817. Al cuidado del parque de artillería i bajo las órdenes del fraile capitan don Luis Beltran, pasó a Chile por el boquete de Uspallata, i vino a batirse en las alturas de Chacabuco. Despues de esta batalla fué premiado con una medalla de plata. El año siguiente, 1818, recibió otra medalla i el grado de sarjento mayor en recompensa de su brillante conducta en la famosa jornada de Maipo. Servia en esta batalla en la artillería del ala izquierda al mando del bizarro mayor Borgoño: quien conozca las peripecias de este combate comprenderá los esfuerzos que hicieron los artilleros del ala izquierda para mantenerse en sus puestos cuando la infantería independiente habia comenzado a desorganizarse en aquel punto.

Fué esta la última vez que Millan se encontró en batalla campal. Los golpes que recibió en Rancagua, causaron graves daños en su físico i le hicieron un apostema en el hígado que lo tuvo repetidas veces a las puertas de la muerte. Un violento ataque que le acometió en 1820 le impidió hacer la campaña del Perú, i nuevas enfermedades le tuvieron

casi siempre separado del servicio activo. Solo en agosto de 1824, un poco restablecido ya, fué a recibirse de una brigada de artillería de Concepcion, por encargo del supremo director don Ramon Freire; pero entónces sus trabajos se redujeron a los del servicio pasivo de guarnicion.

Millan permaneció, sin embargo, en el servicio hasta 1829. Preparábase entónces una revolucion terrible que iba a cambiar la faz de la república i en que tomaban parte todos los militares del ejército de Chile. Los hombres pensadores divisaban ya la guerra civil: los aprestos eran mui considerables i el calor de los partidos alejaba toda esperanza de avenimiento. Los dos bandos buscaron a Millan, le pidieron reiteradamente, unos que tomase parte en la revolucion, i otros que ayudase a sofocarla, ofreciéndole ámbos honores i ascensos. Desde 1824 tenia el grado de teniente coronel efectivo, i sin duda habria alcanzado a los mas altos puestos del ejército si hubiese querido alistarse en alguno de los bandos; pero Millan se negó a oir toda proposicion.—«No quiero, dijo, mezclarme en guerras civiles: mucho he peleado en la guerra de la independencia, i no distaria de volver a empuñar las armas para combatir a los enemigos de la patria; pero no pienso disparar un tiro contra los chilenos».

Una vez en esta resolucion, el valiente artillero del sitio de Chillan i de la defensa de Rancagua, solicitó su reforma militar para separarse definitivamente del servicio. La guerra civil vino ántes que se le hubiese concedido lo que pedia; pero Millan se dió por separado del servicio i no tomó parte alguna en ella. Desde entónces hasta la época de su muerte no volvió a vestirse la casaca militar.

Desde aquellos sucesos pasó Millan algunos años sin gozar el sueldo correspondiente a su grado. El ministro Portales le concedió despues la mitad de él en calidad de agregado a plaza, i en 1843, despues de haber comprobado mas de cuarenta años de buenos servicios, se le restituyó por fin al goce de su sueldo íntegro. Durante este tiempo se mantuvo alejado de todas los cuestiones políticas, sin tomar interes por ninguno de los partidos que han dividido la sociedad chile-

na. Cuando creyéndolo herido por la suspension de su sueldo, se le propuso tomar parte en alguna de las muchas conspiraciones que se fraguaron durante la presidencia del jeneral Prieto, Millan se negó decididamente a entrar en ellas.

Aparte de su deseo de mantenerse alejado de toda revolucion, habia en su conducta algo que era producido por su natural modestia. Millan no abrigaba ambicion de ningun jénero, ni se creia llamado a figurar en mayor escala de la que ocupaba. Sus relaciones i amistades eran mui modestas de ordinario, i aun cuando contó entre sus amigos mas íntimos a muchos hombres importantes por sus talentos, posicion i fortuna, no pretendia hacerse valer por estas solas relaciones. Entre sus papeles hemos visto muchas cartas amistosas de personas mui notables, i son algunas de éstas del sabio canonista peruano don Francisco de Paula Vijil, a quien conoció en Concepcion en 1829, i del jeneral don Luis de la Cruz, i nadie quizá sabia que hubiese cultivado tan honrosas amistades.

Millan llevaba esta modestia hasta ocultar sus importantes servicios.—«En algunas memorias sobre la época de la independencia, decia hablando de su vida pasada, he encondo grandes elojios de mi conducta que disto mucho de merecer: yo solo fuí un pobre soldado».

Ese «pobre soldado» que a pesar de su modestia fué uno de los mejores defensores de la independencia de Chile, ha muerto a la edad de 81 años, dejando entre sus amigos el recuerdo de sus virtudes i una memoria imperecedera en las pájinas de la historia nacional.

DON VICTORINO GARRIDO

(1794-1858)



§ II

NECROLOJÍA DE DON VICTORINO GARRIDO [1]

(1794-1858)

La República acaba de perder a uno de sus mas importantes servidores. El señor don Victorino Garrido, superintendente de la casa de moneda, coronel de ejército, senador i nuestro encargado de negocios en el Perú hace pocos años, ha fallecido el juéves 4 del corriente.

Nació don Victorino Garrido en Segovia, por los años de 1794. Apénas salido del colejio, fué agraciado con un empleo en una oficina de hacienda, en cuyo desempeño pudo prestar mui importantes servicios durante la guerra que sostuvo la España contra los ejércitos invasores del emperador de los franceses. En el cumplimiento de sus deberes, manifestó una rara actividad, una contraccion sin igual i una honradez a toda prueba; i descubrió ciertas dotes de intelijencia que indicaban un hombre superior. A los veinte años don Victorino habia alcanzado rápidos ascensos i se habia conquistado

1. De *La Actualidad;* 9 de julio de 1858 i reproducida en *El Ferrocarril* de Santiago, de 13 de octubre de 1877,

NOTA DEL COMPILADOR.

las simpatias i el aprecio de los funcionarios de quienes dependia.

La época en que le tocó abrir los ojos a la luz del mundo, imprimió en su carácter un temple que era comun en la parte ilustrada de la juventud española. El habia visto los inmensos sacrificios que hizo la nacion para reconquistar su independencia i para volver al trono al monarca Fernando VII; pero habia aplaudido los esfuerzos de todos los hombres pensadores de la península para formar una constitucion que restrinjiera el poder absoluto de los reyes i estableciera un órden de gobierno mas liberal e ilustrado que el que habia rejido hasta entónces. Garrido pertenecia al bando de los constitucionales, compuesto de hombres moderados, en su mayor parte, que reclamaban una libertad limitada i ciertas garantías que los reyes habian arrebatado a los pueblos españoles.

Ese partido estuvo triunfante miéntras el gobierno de las rejencias, esto es hasta 1814, época de la restauracion de Fernando VII al trono de sus mayores. Este soberano, sin querer agradecer a la nacion española los sacrificios que habia hecho por él, sin guardar consideracion alguna por los hombres que mas se habian distinguido en la defensa de la independencia nacional, apresó a muchos caudillos del partido constitucional, los remitió a los presidios de Africa, anuló la constitucion de 1812 i cimentó nuevamente la monarquía absoluta tal como existia antes de 1808. Como si todo esto no bastase, Fernando alejaba del servicio público a todos los hombres que no hacian gala de absolutismo, o los embarcaba en las espediciones que remitia a América a fin de sofocar la revolucion de la independencia,

A principios de 1818 mandó que se organizase una espedicion de 2,000 hombres para ausiliar a las fuerzas españolas que hubiesen quedado en Chile despues de su derrota en Chacabuco. Para formar esa division, los ajentes de Fernando buscaron en los batallones i en las oficinas militares a todos los oficiales i empleados cuyos ideas constitucionales les inspiraban algunas sospechas. Entónces fué embarcado

don Victorino Garrido, en la fragata *María Isabel* con el empleo de oficial contador de la espedicion. Junto con él fueron enrolados en el servicio muchos jóvenes distinguidos por sus talentos i luces, i señalados entre sus camaradas por su espíritu liberal.

La espedicion salió de Cádiz en mayo de 1818 i aportó a Talcahuano en octubre de ese mismo año, despues de una penosa navegacion, en que los oficiales i soldados que la componian tuvieron que sufrir los estragos del escorbuto, la escasez de víveres i padecimientos de todo jénero. Entónces, el ejército realista de Chile, destrozado en la batalla de Maipo i mui reducido con la retirada de Osorio al Perú, no se hallaba en estado de emprender una nueva campaña ni aun contando con los ausilios que traia la espedicion de Cádiz. Los jefes de las fuerzas espedicionarias ordenaron, sin embargo, el desembarco de sus tropas para darles algun descanso, pero parecian dispuestos a seguir su viaje al Perú, al cabo de poco tiempo.

Nuevas desgracias vinieron a impedir que se realizase ese viaje. La república de Chile habia organizado una fuerza naval bastante respetable, i se habia preparado para atacar la escuadra que venia de la península. En la segunda mitad de octubre, cuando comenzaban a llegar a Talcahuano las naves españolas, se acercó a aquel puerto la escuadra chilena capitaneada por el comandante don Manuel Blanco Encalada. No es este el lugar de referir la historia de aquella campaña: baste decir que la *María Isabel* i la mayor parte de las naves que componian la espedicion de Cádiz cayeron en poder de nuestros marinos.

Los oficiales españoles que habian alcanzado a desembarcar en Talcahuano, se encontraron entónces en el mas completo aislamiento. Se ha dicho que muchos de ellos, enganchados por la fuerza i obligados a servir a un gobierno que detestaban, traian desde España el propósito de abandonar las banderas del rei para prestar sus servicios en el ejército de Chile. Algunos de ellos, en efecto, abandonaron a Concep-

cion, i vinieron a presentarse a las autoridades patriotas en Chillan i Cauquénes.

Don Victorino Garrido no fué de este número. Aunque detestaba como el que mas la política del monarca español i aunque estaba resuelto a abandonar su servicio, no pudo, sin embargo, salir de Concepcion, porque el destino que desempeñaba lo sometia a la constante vijilancia de sus jefes. El i el capitan de injenieros don Santiago Ballrana, permanecieron en el servicio, hasta despues de la retirada a Valdivia de los últimos restos del ejército español. Ambos quedaron en la banda sur del Bio-Bio despues de esta operacion, i permanecieron allí ocultos i perseguidos hasta los primeros dias de mayo de 1819. Solo entónces pudieron burlar la vijilancia de las últimas partidas realistas i presentarse a las autoridades patriotas que en aquella época dominaban en Concepcion.

Garrido i Ballarna fueron remitidos a Santiago, en donde ámbos se presentaron al supremo director O'Higgins. Dispensóles éste una favorable acojida, i les dió una colocacion correspondiente al carácter especial de cada uno de ellos. El primero entró a servir en la comisaría de marina de la República, i Ballarna en el cuerpo de injenieros.

De esta época datan los servicios de don Victorino Garrido a la república chilena. La laboriosidad que desplegó en el desempeño de aquel destino, la intelijencia superior que manifestó en las comisiones del servicio público i su acrisolada honradez, le valieron rápidos ascensos i posteriormente el nombramiento de comisario jeneral de marina i visitador de oficinas fiscales de la república. Con estos destinos, recorrió casi todas las aduanas de Chile; i a su vuelta a Santiago, pudo presentar al gobierno, luminosos informes acerca del resultado de su visita, i algunas noticias estadísticas de la mas alta importancia.

Durante este tiempo, tomó don Victorino una parte principal en los debates de la política militante i en todas las cuestiones que le eran anexas. Esos debates políticos entre dos bandos que comprendian el progreso i la felicidad de la

república por dos caminos diversos, fueron el oríjen de cuestiones que se discutieron con calor en la prensa i en los congresos i que produjeron esa serie de asonadas i revoluciones que constituyen la historia del primer decenio de la república. Garrido estaba alistado en un partido que reconocia por jefe a un hombre superior por su jenio, su actividad i su patriotismo, don Diego Portales; i alcanzó a ser uno de los hombres mas importantes de este partido i uno de los consejeros mas íntimos de su ilustre jefe. En el servicio de ese partido, don Victorino Garrido se hizo notar no solo por su entusiasmo i su actividad sino tambien por su talento i por su tino para sacar siempre provecho de las circunstancias i de los hombres. Se hizo escritor para defender a ese partido por la prensa, i militar para combatir por él en el campo de batalla. Escribió algunas poesías satíricas en el periódico titulado *El Verdadero Liberal*, en *El Hambriento* i en varias otras publicaciones de aquella época; i en 1829 se alistó en el ejército que mandaba el jeneral don Joaquin Prieto. Con ese ejército hizo toda la campaña de 1829 i de 1830 que terminó con la jornada de Lircai en que quedó definitivamente vencedor el bando a que pertenecia Garrido. Distinguióse éste particularmente en la ocupacion de Valparaiso, en noviembre de 1829, i en la última batalla de la campaña, a cuyo éxito contribuyeron poderosamente sus consejos militares.

Despues del triunfo del partido conservador, don Victorino Garrido vino a ser uno de los mas firmes i decididos sostene. dores del nuevo gobierno que entónces se organizó. Sus servicios no fueron ya ni literarios ni militares; pero no por esto fueron ménos importantes que los que habia prestado hasta aquella época. En su calidad de consejero íntimo del gobierno, don Victorino ayudó poderosamente a descubrir varios proyectos revolucionarios que entónces se tramaron i a vencer las infinitas dificultades que por todas partes encontraba el nuevo órden de gobierno que cimentaba el ministro Portales. En este servicio Garrido no escusaba compromiso de ningun jénero, i poco le importaba que se le forjasen calumnias, que se le atribuyese una parte principal en todas las

medidas represivas, i que su participacion en los negocios de gobierno le atrajese acendradas odiosidades, porque servia con honradez, obedecia a los llamados de su conciencia i no temia las consecuencias que podian producir esas enemistades.

En aquella época prestó un servicio mucho mas importante todavía a la política del ministro Portales. Sabíase en Chile que el jeneral don Andres Santa Cruz, que por aquella época habia organizado la confederacion Peru-boliviana, declarándose su protector supremo, fomentaba las disensiones civiles en la República chilena. El ministro Portales concibió un proyecto sumamente atrevido para escarmentar al protector de la confederacion Perú-boliviana, i quitarle los medios de accion. Un viajero norte americano, el capitan Wilkies, ha referido ese suceso del modo siguiente:

«El gobierno chileno despachó repentinamente i con una comision secreta a los dos buques de guerra el *Aquíles* i la *Colocolo,* únicos que poseia. Acompañábalos un ajente confidencial. Llegaron al Callao i se apoderaron de tres buques de guerra peruanos que habia en el puerto, con lo cual quitaron a un gobierno que se habia manifestado tan hostil para los chilenos el único medio de ataque. Hecho esto, fueron llevados los buques a la isla de San Lorenzo, i anclados bajo los fuegos de los buques chilenos».

Siguiéronse algunas reclamaciones diplomáticas; pero los buques peruanos vinieron a engrosar las fuerzas de la escuadra nacional.

El ajente chileno que capturó los buques peruanos, de que habla el escritor citado, era don Victorino Garrido. Hasta hoi se desconocen los motivos inmediatos que impulsaron al ministro Portales a tomar esta medida i todas las causas que pueden hacer justificable o condenable su política. La historia vendrá un dia a descubrir la parte misteriosa de este hecho; pero el testimonio de los contemporáneos manifiesta que el ajente cumplió perfectamente con el encargo que se confió a sus manos.

A la captura de estos buques se siguieron reclamaciones

diplomáticas que fueron sin resultado i que terminaron con la declaracion de guerra que hizo el gobierno chileno a la confederacion Peru-boliviana. Chile, a pesar de su situacion financiera nada halagüeña, logró tras inauditos esfuerzos formar una espedicion. Causas que seria largo i fuera de lugar el enumerar, la hicieron fracasar. Sin embargo, este reves no desalentó al gobierno chileno, i poco despues, en 1838, preparó la espedicion restauradora que hizo la campaña del Perú a las órdenes del jeneral don Manuel Búlnes.

Don Victorino Garrido, que despues de su vuelta del Perú habia prestado un servicio importante a la causa del órden público, cooperando eficazmente al sofocamiento de la revolucion de Quillota, fué nombrado ahora comisario de ejército. Con este destino hizo toda la campaña restauradora de 1838 i 39, i se hizo notar no solo por el cumplimiento de las obligaciones de su cargo, sino como consejero i amigo de los jefes chilenos, i en el desempeño de algunas comisiones diplomáticas i militares que se le encomendaron.

De vuelta a Chile, Garrido se separó del servicio público para atender de cerca sus negocios particulares. Así pasó diez años consecutivos, consagrado a la educacion de su familia, i a los trabajos que le imponia el acrecentamiento de sus intereses privados; pero sus antiguas afecciones de partido por una parte i sus relaciones políticas por otra, lo obligaron continuamente a injerirse en los asuntos de la política i a tomar una parte principal en ella desde 1848.

Mui frescos i mui recientes están aun los sucesos en que le cupo figurar desde aquel año, para necesitemos recordarlos. Hábil consejero del gobierno hasta mediados de 1851, don Victorino volvió a hacerse militar en setiembre de ese año, para tomar parte en las operaciones militares que trajeron por consecuencia la revolucion de aquel año.

Encargado de dirijir la compaña contra los revolucionarios del norte, él los derrotó en la accion de Petorca i los estrechó en la Serena. Durante el sitio de esta plaza, manifestó los talentos de un verdadero militar. Teniendo a sus órdenes fuerzas mui escasas, i en frente de una ciudad defendida con

mucha valentía i con un grande acierto, don Victorino supo sostener hábilmente sus posiciones, mantener la disciplina de su ejército i resistir a las bien concertadas i dispuestas salidas que hicieron los sitiados. Si en su campo se cometieron errores militares, no fué por cierto por culpa suya. La historia imparcial describirá algun dia este brillante episodio de nuestras guerras civiles, i hará debida justicia al talento que entónces manifestaron el jefe sitiado en la defensa de la plaza i el jefe sitiador en la defensa de sus posiciones.

Terminado el sitio de la Serena, tuvo don Victorino que partir para Copiapó, a la cabeza de algunas fuerzas por sofocar la revolucion que allí habia estallado en diciembre de 1851. Sofocóla en efecto, en la accion de Linderos, i entró en Copiapó a restablecer el órden público, i a ocupar el cargo de intendente de la provincia que le confió el gobierno.

Aparte de las dotes de intelijencia i enerjía que desplegó Garrido en todas estas operaciones, se hizo notar aun particularmente por la nobleza con que hacia la guerra i por la jenerosidad con que trataba a los prisioneros. Las persecuciones que decretó como jefe militar en la campaña, no fueron nunca encarnizadas; i el trato que dispensó a los prisioneros fué siempre franco i jeneroso, digno de hermanos separados momentáneamente i reconciliados despues del combate.

En el desempeño del cargo de intendente de Atacama, le fueron mas que nunca útiles estas dotes. Empleando la moderacion i la dulzura, él supo borrar las odiosidades que habia enjendrado la anterior revolucion i reconciliar en gran parte los ánimos de todos los habitantes de aquella provincia. Si durante el tiempo que sirvió aquella intendencia, se ejercitaron las persecuciones políticas, si el rigor de la justicia de partido se ensañó alguna voz contra varias víctimas, es preciso advertir que Garrido era casi enteramente estraño a todas esas providencias que pugnaban con los sentimientos de su corazon.

Garrido sirvió la intendencia de Atacama interinamente i solo hasta mediados de 1852. En esa época volvió a Santiago al seno de su familia, para descansar al fin de los tra-

bajos i sacrificios que le costaba su última aparicion en la vida pública; pero al fin de un año, recibió el título de encargado de negocios de Chile cerca del gobierno peruano; i a principios de 1853 se puso en marcha para Lima a desempeñar el nuevo destino que se le confiaba. Residió allí hasta principios de 1855: durante ese tiempo pudo prestar importantes servicios a los intereses de su patria adoptiva i a los chilenos, que a consecuencia de las ocurrencias políticas de 1851, permanecian desterrados en el Perú.

En Chile encontró de nuevo algunas ocupaciones del servicio público que reclamaban su persona. En esa época ya era miembro de la Cámara de Senadores; pero aquí se le nombró Superintente de la Casa de Moneda i representante del gobierno en la empresa del ferrocarril del sur. En el desempeño de estos cargos, manifestó la actividad i la intelijencia que le eran tan naturales. No nos toca a nosotros pronunciar juicio acerca de su conducta política en el último año de su vida: estamos en guerra abierta con la causa a que él servia, i si bien nos hallamos dispuestos a hacer justicia al hombre que vimos en la filas contrarias, tememos perder nuestra imparcialidad al hablar de los últimos años de su vida pública.

En este punto, queremos guardar a su memoria las consideraciones que él tuvo siempre por sus enemigos. Cuando don Victorino Garrido combatia en las filas de la oposicion o cuando atacaba a sus contrarios frente a frente, i en igual terreno, era un enemigo formidable, terrible; pero cuando lograba sobreponerse a ellos, cuando vencedor en la refriega, ocupaba un puesto mas elevado que su contendor, entónces era un amigo noble i jeneroso, dispuesto a estender la mano al vencido, a perdonarle su enemistad i a reconciliarse sinceramente. Entónces don Victorino se constituia en amigo i protector del que pocos dias ántes habia sido su contrario, intercedia por él, i si era necesario, hablaba el áspero lenguaje de la honradez i de la verdad en los salones en donde solo se habian hecho oir la adulacion i la lisonja.

Don Victorino Garrido fué ante todo justo para con sus

amigos i para con sus enemigos; estos mismos lo declaran. ¡Que la posteridad, que acaba de abrirse para él, sepa tambien ser justa para el hombre que, dando con el pié a los odios i rencores de partido, supo hacer justicia a sus enemigos en los momentos en que solo hablaba la pasion!

DON ROBERTO SOUPER
(1818-1881)



§ 12

APUNTES PARA LA BIOGRAFIA DEL TENIENTE CORONEL DON ROBERTO SOUPER [1]

(1818-1881)

Don Roberto Souper nació en 1818, en Harwich, puerto militar de Inglaterra, situado sobre el mar del Norte a unas 20 leguas de Lóndres. Su padre era un coronel ingles que, despues de haber servido en la India en la célebre guerra contra Tippoo-Saëb, i de haber hecho toda la campaña de la península ibérica i las de 1814 i 1815 en los ejércitos de Wellington, fué destinado a la guarnicion de Harwich.

El espíritu militar de este viejo soldado se trasmitió a sus herederos. Su hijo mayor, tambien coronel, e inválido, murió hace ocho o diez años en el rango de comandante de las fuerzas británicas de la isla de Mauricio. Otro hermano que estudió la medicina en Francia, se enroló en el ejército de don

---

1. Publicado en *El Heraldo* de Santiago, núm. 186, de 16 de febrero de 1881, i reproducido en la *Revista de Historia i Jeografía*, t. VII, (Santiago, 1913), pájs. 221-233.

NOTA DEL COMPILADOR.

Pedro de Portugal, i murió en uno de los combates contra e usurpador don Miguel.

En 1822 el gobierno ingles, urjido por los apuros de su situacion económica, hacia grandes reducciones en sus ejércitos, que despues de 1815 habian dejado de ser necesarios. Al coronel Souper se le dió su cédula de retiro con una pension bastante limitada. Buscando un pais en que con escasa renta le bastase para educar a su familia, se trasladó al continente i vivió hasta el resto de sus dias, primero en Saint-Omer, en el norte de Francia, i despues en Gante, en Béljica. Allí murió por los años de 1831.

Don Roberto Souper hizo sus estudios en esas dos ciudades, bajo la inspeccion inmediata de su padre, que, por lo que parece, no carecia de conocimientos clásicos. A pesar del trascurso de una vida ajitada i aventurera, don Roberto Souper recordaba hasta sus últimos años el latin, la historia, la jeometría i la cosmografía, i dibujaba con una rara facilidad cuando queria tomar una vista o hacer la caricatura de alguno de sus conocidos [2]. Preciso es tambien decir que siempre fué un lector infatigable, i que esta pasion le permitió tener conocimientos jenerales que contribuian a hacer mas agradable su trato.

Despues de la muerte de su padre, don Roberto Souper volvió a Inglaterra con su madre, para procurarse allí alguna ocupacion. En esa época, el gobierno ingles habia emprendido la colonizacion de la Australia Occidental. Lord Raglan, que habia sido camarada i amigo íntimo de su padre, lo determinó a trasladarse a aquella colonia donde podia hacer fortuna, i al efecto, le dió para las autoridades de ella, las mas valiosas recomendaciones. Souper partió para Australia en 1834, cuando apénas contaba 16 años. Allí se le dió un buen lote de tierra en las inmediaciones de la naciente ciudad de Perth, i se le suministraron los escasos recursos que se daban a los primeros colonos.

2. Algunas de las caricaturas de *El Correo Literario* (Santiago, 1858) son debidas al lápiz de Souper.

NOTA DEL COMPILADOR.

Souper trabajó con una actividad febril, i logró hacer de sus terrenos una de las propiedades mejor cultivadas de la colonia. Al mismo tiempo prestó útiles servicios a la administracion en el desempeño de mil comisiones, algunas de las cuales eran mui peligrosas, como los reconocimientos de los campos del interior, donde era preciso sostener reñidos combates con los indíjenas, salvajes mui atrasados, pero mui astutos para sorprender i atacar al invasor. Souper conservaba en su cuerpo varias heridas recibidas en esos combates. Su brazo derecho estaba atravesado por una lanza arrojadiza disparada por un indíjena en una emboscada.

El carácter de Souper no era a propósito para soportar la vida de pacífico colono. En 1841 llegó a Perth la noticia de una insurreccion en el Afganistan: todos los ingleses habian sido bárbaramente asesinados o hechos prisioneros. El gobierno de la India preparaba una espedicion contra aquel reino. Souper dejó su propiedad a un hermane menor que acababa de llegar de Inglaterra i se embarcó para Calcuta. Después de viajes penosísimos, logró reunirse al ejército e hizo como voluntario la campaña de 1842.

Desde entonces, su única aspiracion fué la de obtener un puesto de oficial en el ejército. Con este pensamiento, se trasladó a Lóndres donde esperaba hallar a su madre i alcanzar, por medio de los amigos de su padre, el empleo que ambicionaba. Una i otra esperanzas se frustraron. Su madre habia partido poco meses ántes para Australia a juntarse con sus hijos. Los amigos de su padre le demostraron que eran tanto los aspirantes a sentar plaza en el ejército, i tales las dificultades que habia para conseguirlo, que debia renunciar irrevocablemente a este pensamiento.

En esa época, don Ricardo Price, rico comerciante ingles establecido en Santiago, habia pedido a Inglaterra un agricultor intelijente que viniera a Chile a administrar una propiedad suya, la estensa hacienda de Zemita, en la montaña del departamento de San Cárlos. Souper era primo hermano

de la señora de Price. Esta relacion fué causa de que se le diera el cargo. En efecto, Souper se embarcó para Chile a mediados de 1843.

Aquí comienza la parte mas conocida de la vida de Souper. Reuniendo los recuerdos que de él conservan sus numerosos amigos, sobre todo en las provincias del sur, se podria escribir un volúmen de las mas curiosas aventuras en que resaltaria un gran carácter, el de un héroe en la mas lata estension de la palabra, i el del caballero mas leal i mas cumplido que puede concebirse. Souper vivia en Zemita, dirijiendo con tanta contraccion como intelijencia los trabajos de esa hacienda. Pero su espíritu aventurero no podia estar tranquilo en ese lugar cuando le faltaba ocupacion.

Así, pues, recorrió las cordilleras, fué a estudiar las costumbres de las tribus de indios del sur de Mendoza, a los cuales queria atraer por medio de la persuasion a la vida civilizada, i visitó todos los pueblos del sur, i en especial los de la provincia del Maule, que entónces se estendia desde el rio de este nombre hasta la línea formada por el Ñuble i el Itata. En esa época no existia mapa alguno de esa provincia. Souper aprovechó sus repetidos viajes en que siempre lo acompañaba una brújula de bolsillo; i con los datos que él mismo pudo recojer, i las noticias que le suministraban otras personas, bosquejó una carta jeográfica bastante exacta de toda la provincia, que desde luego fué mui útil al gobierno de ella, i que hace pocos años vimos guardada en una de las oficinas de Santiago.

En ese tiempo, la mayor parte de nuestras provincias carecian de médico. Souper compró en Valparaiso algunos libros enciclopédicos, un botiquin i algunos instrumentos de cirujía, i curaba a los pobres con mas acierto que los curanderos de los campos. El finado ministro don Rafael Sotomayor, que entónces era juez de letras de Cauquénes, i que fué su amigo íntimo, contaba que no «habia conocido un mejor saca-muelas que el gringo Souper».

La afabilidad de su carácter, la distincion de sus modales

i de su trato, el chiste constante que en sus labios rebeldes para hablar bien el español tenia aun mayor gracia, la perfecta honorabilidad de su conducta, la amistad franca i sincera que profesaba a todo hombre en quien creia descubrir honradez, lo habian asimilado de tal suerte a la sociedad chilena, que a los cuatro años de residencia en nuestro pais, Souper habia dejado de ser estranjero. En Talca, en donde pasaba algunas temporadas, contrajo matrimonio con una de las señoritas mas estimables de la ciudad, doña Manuela Guzman i Cruz. Antes de mucho tiempo, compró un poco al norte de esta ciudad, una pequeña propiedad de campo denominada San Rafael, i se estableció allí.

Conocido el carácter de Souper, i su asimilacion con nuestra sociedad, se comprenderá fácilmente que no podia dejar de interesarse por nuestras cuestiones políticas i que sus simpatías debian inclinarlo al partido liberal. Sin embargo, Souper no era un revolucionario incorrejible como se le ha creido. Habia sido un liberal ardoroso, pero hasta desprovisto del derecho de sufrajio, porque, aunque creyéndose tan chileno como cualquiera de sus vecinos, nunca quiso pedir carta de ciudadanía. Pero una atroz injusticia de que fué víctima vino a hacerlo tomar las armas.

El 20 de abril de 1851 estalló una revolucion militar en Santiago, que fué sofocada en pocas horas. La noticia llegó a todas las provincias acompañada de la espresion de los recelos que abrigaba el gobierno de que estallasen en otras partes movimientos análogos.

El intendente de Talca, por sí o por sujestiones del ministerio, procedió a apresar a varios vecinos influyentes de esa provincia. Souper, conocido como liberal a cara descubierta, i como hombre de empresa por su valor, por su enerjía i por su destreza para manejar las armas, fué capturado en su hacienda de San Rafael, conducido a Talca y encerrado en un cuartel como revolucionario. Allí permaneció preso cerca de cinco meses. Al fin, a mediados de setiembre estalló la revolucion en el norte i el sur de la República. El intendente

de Talca dispuso que Souper i sus compañeros fueran conducidos a Santiago con una buena escolta. Habiéndose hospedado la comitiva en una casa de los alrededores de la villa de Molina, Souper, con esa audacia prodijiosa que le era peculiar, se arroja sobre uno de los centinelas, le quita la carabina, llama en su ayuda a unos campesinos que habian ido a saludarlo en su camino, consigue desarmar a algunos de los soldados que custodiaban a los presos, ganarse a otros i quedarse en completa libertad. Allí mismo, sabiendo que a cualquiera parte que fuese seria nuevamente apresado i peor tratado que ántes, armó una montonera i se dirijió al sur. Pero las orillas del Maule estaban guardadas por tropas de Talca que tenian encargo de no dejar pasar a nadie. Souper, afrontando todo jénero de penalidades, se internó en la cordillera; i dando un largo rodeo, fué a reunirse en Chillan con el ejército que organizaba el jeneral Cruz. Allí se le dió el mando de un cuerpo de caballería a cuya cabeza se batió admirablemente en Guindos i en Loncomilla.

Restablecida la tranquilidad interior de la República, Souper volvió a su hacienda de San Rafael a las pacíficas ocupaciones de la agricultura. Su vida durante estos años, está llena de aventuras i de peligros que seria largo contar.

Un dia que se hallaba en Talca en casa de su suegra, situada en la esquina de la plaza, curándose el brazo izquierdo que tenia estropeado, se esparció en la ciudad el alarmante anuncio de que los presos de la cárcel, echándose sobre los centinelas, habian tomado los fusiles de éstos i salian a la plaza en abierta sublevacion. Souper no vaciló un instante; tomó un caballo desensillado que habia en el patio de la casa, i montando en él, corrió a contener a los presos. Los fusiles de éstos estaban cargados, a falta de balas, con pedazos de clavos que tenian preparados de antemano; i de los primeros tiros que dirijieron a Souper, uno solo lo tocó; i aun ese, dirijido al pecho con certera puntería, fué a sepultar los postones entre las vendas que envolvian su brazo enfermo causándole lijeras lesiones. La heroica entereza de Sou-

per, que no se inmutaba por el fuego que se le hacia, impuso a los malhechores. El mayor número de éstos se dejó arrear de nuevo a la prision por el mismo Souper, miéntras los soldados, repuestos de la sorpresa, llegaban a sofocar definitivamente la sublevacion.

En esa época (1856-1857), aparecieron en aquella provincia numerosas bandas de salteadores que asolaban los campos. Souper pidió al intendente de Talca, don Adrian Borgoño, el puesto de subdelegado de Pelarco, armó a sus espensas una partida de huasos animosos i resueltos, i a su cabeza comenzó la mas tenaz i la mas eficaz persecucion de los bandidos. La administracion de Souper en aquella subdelegacion se hizo luego famosa en toda la provincia. El no entendia de límites jurisdiccionales; i bastaba que un malhechor hubiese pasado por Pelarco para que Souper se creyera con derecho a él i para que fuese a buscarlo a cualquiera parte donde se hubiera ocultado. Es incalculable la astucia que desplegó en la persecucion de los salteadores, i la sagacidad que ponia en juego para arrancarles sus declaraciones ántes de entregarlos al juzgado del crímen; pero es mas almirable todavía la audacia inaudita con que despreciaba todos los peligros. Las correrías de Souper en esas ocasiones, mas que hechos reales, parecen aventuras de novela. Una noche penetró solo en un cuarto en que se hallaban cuatro bandidos en torno de una mesa. Al verlo entrar, éstos apagaron la luz i se prepararon a una resistencia a todo trance. Souper aceptó la lucha en esas condiciones, i ganando tiempo para que llegaran los hombres de su partida, apresó a los cuatro criminales. En otra ocasion hizo un viaje a Curepto en persecucion de un famoso asesino que, amparado por una familia amiga, pretendió defenderse saltando tapias, detras de las cuales disparaba su revólver contra Souper. Este, sin embargo, gracias a su ajilidad i a sus fuerzas hercúleas, lo persiguió sin descanso, lo tomó por la garganta i lo trajo amarrado a Talca. Antes de pocos meses, la subdelegacion de Pelarco i las subdelegaciones vecinas no

albergaban un solo salteador. Souper renunció entónces el cargo que habia solicitado.

En 1858 hizo un viaje a Santiago por asuntos particulares. La capital era entónces el foco de una grande ajitacion política. Souper, siempre ardoroso e inflamable, se sintió preocupado por esas cuestiones. Una prision que sufrió en octubre de ese año, seguida de un proceso criminal sin otra causa que el haber mandado limpiar un rifle que la autoridad creia destinado a una revolucion, acabó de exaltarlo. Ocurrió poco despues la clausura por la fuerza armada de un mítin que debia celebrarse el 12 de diciembre de ese año. Souper habia ido allí a pedir a sus amigos que se retiraran; pero cuando vió la tropa, se inflamó de ardor, se asoció a los suyos i con ellos fué apresado. Detenido primero en un cuartel, fué trasportado luego a la penitenciaría, i mas tarde llevado a Valparaiso i embarcado con otras doce personas en un buque, la *Olga*, que debia zarpar para Magallánes. Se conoce el desenlace de este viaje; Souper preparó i encabezó una valiente sublevacion. Apresó a la guarnicion que se habia puesto en el buque, i obligó al capitan a dirijirse al Callao, donde desembarcó con sus compañeros. Los detalles de esta sublevacion servirian para hacer un drama verdaderamente heroico.

Mas de dos años permaneció Souper en el Perú, si bien en este tiempo hizo un viaje de incógnito a Valparaiso, en una chalupa, i pasando por los mayores peligros que es posible concebir, i que produjeron las mas fatales consecuencias en su salud. Este destierro causó tambien en su pequeña fortuna los resultados mas desastrosos. Su familia tuvo que sufrir desde entónces los mayores quebrantos. Souper creyó, sin embargo, que su actividad incansable para el trabajo podria repararlo todo; i volvió a su hacienda con nuevo ardor, meditando nuevas empresas.

Desgraciadamente, sus esperanzas salieron fallidas. Souper pertenecia al número de hombres industriosos i trabajadores a quienes falta la esperiencia práctica de los negocios i cuya excesiva buena fe llega hasta el candor i los convierte

en víctimas de sus ilusiones o de la astucia de algunos de los hombres con quienes tratan. Así, pues, las empresas que acometió, si bien le produjeron buenas utilidades por algun tiempo, fueron al fin causa de su ruina. Agréguese a esto que su espíritu jeneroso e inflamable, su pasion por asuntos estraños a los negocios, le obligó a desatender éstos en los momentos en que era mas necesaria su presencia.

Esto fué lo que sucedió en 1864. Una escuadrilla española se habia apoderado de las islas Chinchas en son de reinvindicacion. Souper no fué dueño de sí mismo, i asociándose al capitan de navío don Patricio Lynch se marchó a Lima a ofrecer al gobierno del Perú sus jenerosos i desinteresados servicios. No tenemos para qué recordar los sucesos históricos de esa época. Souper i Lynch volvieron a Chile despues de cuatro meses de ausencia, convencidos de que el ataque de los españoles contra la integridad i la honra del Perú era una especulacion mercantil en que estaba interesado el gobierno peruano que esplotaba esa situacion con todo jénero de escándalos financieros.

Se sabe que esas complicaciones, en que Chile tuvo el candor de interesarse, sin comprender el negocio oculto que Souper habia creido descubrir, produjeron la guerra temerariamente injusta que nos trajo la España en 1865. Souper volvió a abandonar sus intereses i se trasladó a Chiloé para ayudar a la defensa del archipiélago, que se creia amenazado.

Miéntras tanto, su salud, debilitada por tantos trabajos, decaia visiblemente. A los sufrimientos de un cruel reumatismo, que lo atormentaba sin cesar desde 1859, habia venido a agregarse una gravísima aneurisma al corazon que desde 1863 lo tenia en una lucha constante entre la vida i la muerte.

En esta situacion lo halló la guerra a que Chile fué provocado por la perfidia i deslealtad del Perú i de Bolivia. Souper se sintió revivir ante el peligro de la patria.

Mandó a sus dos hijos. Roberto i Cárlos, a enrolarse en el ejército, al primero en la infantería i al segundo en la caba-

llería; i luego fué él mismo a ofrecer sus servicios como ayudante de cualquiera de los jefes. Por uno de esos esfuerzos de voluntad de que solo son capaces los verdaderos héroes, Souper dominó todas sus enfermedades, se creyó jóven i fué a pelear como bravo en todas batallas i a soportar contento, risueño, todas las privaciones i amarguras de las mas penosas campañas. Sirvió alternativamente en mar i en tierra; i desde el memorable combate de Angamos hasta el asalto de las baterías de Chorrillos en que le tocó caer, Souper se halló en todas partes, siempre valiente, siempre leal, siempre entendido para dirijir un movimiento, siempre pronto para cumplir una órden por peligrosa que fuera, i por mas que su estado físico pareciera que no podia acompañar a su voluntad.

En Arica, a pesar de sus años i de las inmensas dificultades del terreno, fué del número de los que escalaron el empinado Morro i llegó a tiempo para combatir como jóven i para calmar el furor de la tropa justamente excitada por las minas i demas desleales defensas de los peruanos. Souper fué allí lo que habia sido siempre, tan noble i jeneroso con los vencidos, como era audaz i arrojado en los combates.

Si no se puede decir que Souper era el mas valiente de nuestros soldados, en cuyas filas no han escaseado los héroes, se debe reconocer que jamas figuró en segunda línea. Su valor consistia en el desprecio absoluto de todo peligro, en la temeridad mas audaz puesta al servicio de una intelijencia clara i de un corazon noble i jeneroso.

Dotado por la naturaleza de una presencia arrogante i hermosa, de unas fuerzas de Hércules, de una gran maestría para manejar todas las armas o para dirijir su caballo, Souper era un niño fuera del combate; i ese hombre que parecia haber nacido para la pelea, era el ménos provocador, el mas débil a la razon, el amigo mas afectuoso, el padre mas tierno i mas sensible.

Ingles por el nacimiento, por sus gustos literarios, por sus lecturas a que consagraba algunas horas cada dia, por sus tradiciones de familia, Souper se hizo chileno por el corazon aun ántes de tener hijos chilenos, i amaba a su segunda pa-

tria con toda la efusion de su alma jenerosa. Sin embargo, como ya lo hemos dicho, nunca quiso pedir carta de ciudadanía, sin que por esto pretendiera hacer valer en ninguna ocasion sus fueros de ciudadano ingles, ni la proteccion que la Gran Bretaña dispensa a sus nacionales en cualquiera parte donde se hallen. Léjos de eso, cuando la diplomacia inglesa entabló alguna vez alarmantes reclamaciones, como con la cuestion Whitehead en 1863, o con la cuestion orijinada por la pérdida del *Tacna* en 1872, Souper condenó con toda enerjía delante de los ingleses i de los chilenos, la conducta de aquellos de sus compatriotas que creian que su carácter de estranjeros los facultaba para violar las leyes del pais que les daba hospitalidad.

Estos lijeros apuntes, escritos al correr de la pluma, i sin querer entrar en pormenores que harian conocer por completo la noble i simpática figura de don Roberto Souper, bastarán para recordar a sus numerosos amigos algunas de las eminentes cualidades que lo distinguieron.

Los restos mortales de Souper deben ser trasladados a Chile por órden del Gobierno. Aquí, sus amigos, le daremos sepultura i le levantaremos un modesto monumento en que se graben estas sencillas palabras:

ROBERTO SOUPER

(1818-1881)

Ingles por el nacimiento, chileno por el corazon.
Murió como héroe defendiendo el honor
de Chile.

La vida de Souper daria materia para un escrito mas estenso, para un libro entero, en que un escritor colorista sabria dar lugar a las aventuras mas variadas i romanescas i a las anécdotas mas interesantes.

En este artículo he querido solo apuntar los hechos principales en un órden cronolójico, para que puedan servir de punto de partida al que quiera emprender un trabajo mas minucioso i mas completo.

DON ANTONIO GARCIA REYES
(1817-1855)



§ 13

DON ANTONIO GARCIA REYES [1]

(1817-1855)

Nació don Antonio García Reyes en la ciudad de Santiago el 15 de abril de 1817. Eran sus padres don Antonio García Haro, oficial poco ántes del ejército realista de Chile, jefe distinguido despues en la guerra de la independencia del Perú i en las revoluciones posteriores de España, i su madre, la señora doña Tadea Reyes. Dos meses ántes del nacimiento de García, su padre habia emigrado al Perú a consecuencia de la reconquista de Chile en la batalla de Chacabuco. De este modo se vió introducido al mundo sin fortuna i sin prestijio, pero él supo mas tarde vencerlo todo, i elevarse al rango mas encumbrado a que puede aspirar cualquier chileno.

Las vicisitudes de la guerra de la independencia americana detuvieron a su padre en el Perú i le llevaron mas tarde a

1. Publicado en la *Revista de Santiago* (1855), t. I. páj. 748 i en la *Galería Nacional de Hombres Célebres de Chile* (Santiago, 1859) t. II pájs. 178-188.

NOTA DEL COMPILADOR.

España. La educacion de García Reyes quedó desde entónces confiada al cuidado de sus tios maternos, algunos de los cuales, si bien no poseian una fortuna abundante, no dejaron de suministrarle los recursos mas necesarios para seguir sus estudios en el Instituto nacional.

García era en efecto mui acreedor al empeño que tomaban sus deudos para educarle.

Desde los primeros años de su permanencia en el colejio, sobresalió entre sus condicípulos por un talento precoz, una imajinacion vivísima i un carácter naturalmente dulce i afable. La franqueza i su jenerosidad habituales por una parte, su despejo i cordialidad por otra, le granjeaban el aprecio i simpatías de todo el mundo.

Los ramos que entónces se cursaban en los colejios de Chile, no imponian a los alumnos la obligacion de contraerse incesantemente al estudio para cumplir con sus clases. Miéntras sus otros condiscípulos perdian su tiempo en juegos i travesuras, García Reyes concibió el proyecto de formar un *Diccionario jeográfico de Chile.* Para llevar a cabo una obra tan atrevida, tomó por base el famoso *Diccionario jeográfico de América* de Alcedo, i sacó de él todos los artículos relativos a Chile. Ampliaba éstos con las noticias que recojia empeñosamente de boca de sus camaradas acerca de la provincia o lugar de que ellos eran orijinarios, con los datos estadísticos que publicaba el periódico oficial de aquella época, *El Araucano*, i con todas las variaciones que la independencia habia introducido en la administracion pública i en la division del territorio. Agregaba despues una multitud de artículos que no se hallaban enunciados en el *Diccionario* de Alcedo, sea por la insignificancia del lugar para que figurase en aquella época, o porque fuese un sitio desconocido hasta entónces, o algun pueblo de nueva fundacion. A fuerza de contraccion i de trabajo, su autor, un muchacho entónces de diez i seis años, logró adelantar mucho en aquella difícil tarea.

Don Antonio García Reyes conservaba su obra hasta sus últimos años, i aun la mostró a algunos de sus amigos. Fácil es inferir que ella no es un trabajo científico i concien-

zudo, lleno de datos matemáticos i jeolójicos, para lo cual no estaba preparado su autor, ni se lo permitia su edad; pero su *Diccionario* contiene una infinidad de noticias importantes i curiosas, i está redactado en un lenguaje claro i lucido. Jamas pensó en publicarlo, i en cierta ocasion en que uno de sus amigos le pidió que lo diese a luz, García Reyes se escusó diciendo que tendria que modificarlo mucho ántes de entregarlo al impresor.

Desde esta época deploraba García la absoluta falta de estudios sobre la historia nacional i mui particularmente sobre la gloriosa revolucion de Chile.

Alentado de un espíritu entusiasta, concibió la idea de despertar el gusto por esos estudios, i no descansó hasta que vió fundada en el Instituto nacional una sociedad histórica de que eran miembros los mas distinguidos alumnos del colejio. Ellos se reunian periódicamente, i aglomeraban los diversos folletos que tenian alguna relacion con la historia del pais. La sociedad, como era de esperarlo, no hizo gran cosa para realizar su programa; pero todos sus miembros se sintieron impregnados del mismo espíritu que animaba a García.

La vida pública de García Reyes casi comienza en esa misma época. La introduccion a ella fué obra esclusiva de su talento. La relacion de este incidente de su vida tendrá algun interes.

A mediados de 1836 se publicaban en el periódico oficial, *El Araucano*, largos i razonados artículos sobre la necesidad de pedir al protector de la confederacion Perú-boliviana una reparacion amplia por ciertos ultrajes hechos a la nacionalidad chilena. García Reyes creyó que debia tratarse la cuestion con mas fuego i enerjía, i en este sentido comenzó a escribir un artículo, que no tenia dónde publicar. Vió por casualidad uno de sus tios un borrador, i sin que García supiese nada, lo llevó inmediatamente al ministro de la guerra, don Diego Portales. Leyólo éste con atencion, i desde luego creyó que el jóven autor del artículo era un hombre notable. El ministro le mandó llamar al ministerio, i aun cuan-

do la turbacion de García le hizo dudar que él hubiese escrito el artículo, le encargó que lo concluyese para publicarlo en *El Araucano*. García volvió a su casa, revisó su trabajo, i en la misma tarde lo puso en manos del ministro Portales. Pocos dias despues *El Araucano* publicó su artículo; el lenguaje brillante i entusiasta con que estaba escrito le dió gran boga i circulacion.

Con esto solo la carrera de García estaba comenzada. El ministro Portales llamó a García al ministerio i creó para él un destino de oficial ausiliar. Encargósele entónces la redaccion de documentos públicos de alta importancia, i entre otros, la memoria del ministerio de hacienda de 1836. Quien haya visto el trabajo de García Reyes, conocerá cuánto prometia ese jóven a la edad de diecinueve años.

En el desempeño de su destino trabajaba García con grande actividad, sin ambicionar por entónces mejor posicion. Ganaba treinta pesos por único sueldo, i daba veintiocho de éstos a su virtuosa madre, para subvenir a las necesidades de su familia, miéntras él por su parte se abstenia de todo gasto, i aun de admitir obsequios que no podia retornar. Caballeroso i digno hasta en los mas insignificantes rasgos de la vida doméstica, García era ya un modelo acabado de virtudes, un buen hijo, buen amigo i buen ciudadano. Sus superiores le colmaban de honores i distinciones; i a la edad en que todos los hombres son todavía niños frívolos, él gozaba de toda la confianza i consideracion de grandes personajes.

Pocos meses despues de la ocurrencia que queda escrita, salió de Chile una legacion estraordinaria cerca del Gobierno de la confederacion Perú-boliviana. Don Mariano Egaña marchó entónces en calidad de ministro plenipotenciario, llevando consigo tres oficiales de legacion, que debian servir la secretaría. Eran éstos don Antonio García Reyes, don Salvador Sanfuentes i don Juan Ramírez: el ministro Portales habia creido que convenia dedicar estos tres jóvenes a la carrera diplomática.

Durante su viaje, García permaneció una larga tempora-

da en el puerto del Callao sin desembarcar una sola vez. Pasó ese tiempo, ocupado en los trabajos de la secretaría de la legacion, i esplotando, como él decia, la ciencia de Egaña. Sus conversaciones rodaban frecuentemente sobre los estudios que habia dejado interrumpidos para servir a la patria, pero con mas frecuencia García le preguntaba sobre las ocurrencias i pormenores de algunos sucesos de la revolucion chilena, en que Egaña habia hecho un papel importante. Durante su residencia en el Callao, concibió el proyecto de narrar algun dia las glorias navales de la República.

A su vuelta a Chile, García quedó ocupado en el ministerio. El ministro Portales le ofreció entónces el destino de profesor de filosofía, que debia dejar don Ventura Marin a principios de 1837. García se consagró por algunos meses al estudio de esta ciencia; pero cuando se preparaba para enseñar el nuevo curso que iba a abrirse, el profesor Marin se manifestó dispuesto a seguir desempeñando aquella cátedra. Con este motivo, el gobierno confió a García la clase de retórica que por muerte de don Juan Egaña habia desempeñado el mismo Marin. Entónces le fueron de grande utilidad las relaciones que habia contraido con don Mariano Egaña.

Este señor, animado de los mejores deseos en favor del jóven profesor, no solo le indicó las obras en donde podia formarse un buen gusto literario, sino que despojó su biblioteca de algunos libros hasta entónces desconocidos en Chile, i que él habia traido de Europa, para regalárselos a García. Este los conservó siempre como un recuerdo de benevolencia i distincion del sabio Egaña.

Entónces comenzó a redactar un curso de retórica bajo un plan enteramente nuevo. Sea que no tuviese mucho empeño por concluir esta obra, o que las ocupaciones no se lo permitiesen, el comenzado curso de retórica quedó en principios.

Sus ocupaciones, sin embargo, no le impidieron consagrarse con preferencia a su estudio favorito, la historia de Chile. El supo sacar provecho de su permanencia en el ministerio, con un celo infatigable rejistraba i compulsaba los archivos

de gobierno, tomando nota de todo aquello que le ofrecia mas interes. Cada vez que sus atenciones se lo permitian, salia de la oficina en busca del edecan de servicio, o lo llevaba a la sala del ministerio, para oirle referir las campañas militares de la revolucion chilena. Por fortuna, desempeñaban entónces el destino de edecanes los coroneles don Agustin López i don Nicolas Maruri, que habian servido en toda la guerra de la independencia, i casi siempre en distintos puntos. García interrogaba incesantemente a ámbos, i recojia de sus labios todas las noticias que ellos le comunicaban. Para conservarlas mejor las escribia en un cuaderno, i empleaba largas horas en cotejar estas relaciones con los documentos históricos i con los datos que podian suministrarle algunos otros militares de aquella época. García guardaba sus apuntes como una preciosa mina que algun dia debia esplotar.

Comenzó entónces a trabajar una historia jeneral de Chile. Su plan era dividirla en cuatro partes que debian llevar estos títulos: *Conquista.—Colonia.— Revolucion. — República.* En esta obra trabajó largo tiempo, i aun escribió algunos fragmentos sobre sucesos que él juzgaba de una importancia primordial. Entre éstos habia una elegante descripcion de la batalla de San Cárlos, i un grueso cuaderno que contiene la historia completa de la República desde la dimision de O'Higgins hasta 1828. A esta última parte le faltaba aun el retoque para poder darla a luz. Nuevas i mui urjentes ocupaciones imposibilitaron a García para llevar adelante su importante trabajo. Muchas veces dijo a sus amigos que la conclusion de esa obra, emprendida en su primera juventud, seria el solaz de su vejez. Por desgracia, la muerte vino a llevarse esta rica esperanza de la literatura nacional.

En enero de 1840, García Reyes, de edad entónces de veintitres años escasos, dió sus últimos exámenes i obtuvo el título de abogado. Desde entónces pesó sobre él, el encargo de sostener a su familia; i con un teson admirable, comenzó su carrera forense. Sin prestijio, sin vastas relaciones i sin contar con otro ausilio que el de su talento, supo abrirse un sendero

brillante en mui poco tiempo. Cuatro años mas tarde, gozaba ya de una reputacion colosal i tenia a su cargo los asuntos mas graves que por entónces se ventilaban en los tribunales de justicia. Para atender a sus numerosos trabajos, García se vió reducido a estudiar sin descanso, i a sustraerse por meses enteros del trato de sus amigos i de toda distraccion o pasatiempo.

La reputacion que alcanzó García Reyes era mui justa i merecida. Si bien es cierto que él no sentia inclinacion i gusto por los estudios forenses, habia comprendido perfectamente su papel como abogado, i alcanzó a ocupar el primer puesto entre sus colegas. Antes de pocos años de profesion no necesitaba ya tomarse un largo tiempo para estudiar i comprender la causa mas difícil que se ponia en sus manos, i para sacar en su defensa todas las ventajas que ofrecia el asunto. Acostumbróse al estudio de los espositores i comentadores, i aprendió a conocer la importancia relativa de cada uno de ellos. Con un talento superior García Reyes desenvolvia en el primer momento el fondo de la cuestion, sus puntos mas importantes i el lado por el cual le convenia tomarla. Sus alegatos abundaban en doctrinas jurídicas recojidas en el estudio, pero se distinguian sobre todo por la lucida facilidad de esposicion, i los brillantes rasgos de elocuencia con que los adornaba. En sus palabras habia siempre sentimiento; pero nunca la vana i pueril declamacion con que se pretende adornar los trabajos del foro [1]. Varios informes jurídicos que dió a luz en diversas épocas son un modelo en su jénero; la gallardía i elegancia de su estilo realzan el mérito intrínseco del trabajo.

---

1. «Uno de los miembros mas distinguidos de la Suprema Corte de Justicia solia decir: «*Cuando García tiene que alegar, la asistencia al tribunal, en vez de ser un trabajo pesado i fastidioso, es para mí un verdadero placer*». Estas palabras, que fueron suprimidas en la reimpresion de 1859, figuran en el folleto de 12 grandes pájinas que en 1855 con el rubro de *Hombres ilustres de Chile*, i con el retrato de García Reyes, circuló en Santiago en un corto número de ejemplares, con la firma del señor Barros Arana.

Nota del Compilador.

Llevaba apénas un año de profesion cuando conoció la falta que habia en Chile de un periódico en que se publicasen las sentencias de los tribunales de justicia, i comenzó a trabajar por la creacion de una gaceta oficial que llenase esta necesidad. A su juicio, las resoluciones de los tribunales eran exactas interpretaciones de la lei que debian quedar recopiladas en un cuerpo para servir de guía a los abogados. Con esta idea, García trabajó empeñosamente por la creacion de este periódico, i alcanzó a ser uno de los fundadores de la *Gaceta de los Tribunales*, cuyo primer número se publicó el 6 de noviembre de 1841. En este periódico escribió muchos artículos sobre varios puntos de jurisprudencia.

La abogacía, sin embargo, no separó enteramente a García Reyes del cultivo de las letras. En 1842 fué él uno de los mas tenaces promovedores de la publicacion del primer periódico literario que ha tenido Chile, *El Semanario*. Asociado a otros jóvenes distinguidos por sus talentos i luces, vió realizados sus proyectos despues de mil dilijencias i empeños. García es el autor de una multitud de artículos insertos en ese periódico, i entre otros, de una brillante necrolojía del jeneral O'Higgins, publicada inmediatamente despues de haber llegado a Santiago la noticia de su muerte.

Los trabajos literarios de García Reyes son mas numerosos de lo que jeneralmente se cree. En sus ratos de ocio, comenzó una multitud de trabajos históricos i literarios, escribió muchas biografías sueltas i varias descripciones de las batallas mas notables de nuestra revolucion. La historia militar de Chile le debió mucha contraccion; a su estudio dedicaba largas horas de exámen i de trabajo, i sus apuntes i borradores tienen grande importancia para el esclarecimiento de ciertos sucesos mal conocidos hasta hoi. Muchas producciones publicadas con diversos nombres fueron obras esclusivas de su fecunda pluma.

Es el caso de recordar aquí un servicio importante que en su calidad de hombre privado prestó García Reyes a la literatura nacional, con toda la modestia que le caracterizaba. A su lado se formaron algunos distinguidos jurisconsultos, i

mas de uno de nuestros escritores le debió sabias i amistosas lecciones para seguir con juicio i acierto la carrera de las letras. García Reyes fomentaba en ellos el amor al estudio, revisaba escrupulosamente sus primeros ensayos i dirijia por buen camino sus inclinaciones; i todo esto bajo la condicion de que no se le dedicase ningun trabajo, ni se hiciese mencion de él en las notas ni en los prólogos de los libros.

A la época de la creacion de la universidad de Chile, en 1843, García Reyes fué nombrado miembro de la facultad de filosofía i humanidades. En ese puesto trabajó con decision i constancia en favor del programa de la corporacion. Sin evitar esfuerzos ni sacrificios, García Reyes no se escusó jamas para desempeñar las comisiones que se le confiaban, ni para hacerse cargo de los informes que se le pedian. En 1846 le cupo el cargo de presentar la memoria anual sobre algun hecho de la historia de Chile, i, dando de mano por un corto tiempo a todos sus trabajos, formó su interesante *Memoria sobre la primera escuadra nacional*. García Reyes empleó mes i medio para estudiar los documentos i demas fuentes históricas, solo quince dias para redactar la memoria i una sola noche para hacer la introduccion. ¡Tan prodijiosa era su facilidad para escribir!

La *Memoria* de García Reves es bajo muchos aspectos una obra maestra. La elegancia i brillantez de su lenguaje, el fuego i colorido con que adorna la descripcion de los combates navales, la precisa claridad de su narracion i el interes que sabe darle, son las dotes de estilo mas prominentes de su obra; pero hai en el fondo tanta animacion i tanto tino para presentar los sucesos sin muchos detalles, que basta leerla para conocer exactamente las campañas de la primera escuadra, sus prohombres i la época en que les tocó figurar.

En el estudio de los documentos, García Reyes concibió una idea, cuya realizacion habria sido altamente útil para la historia nacional, i mui honrosa para Chile i para su propio nombre. Pensaba García hacer una publicacion de todos los libros impresos i manuscritos sobre la historia del pais, recopilando en ella las crónicas i memorias importantes, los dia-

rios de ciertos militares i todos los documentos interesantes que pudiesen ilustrar a los futuros historiadores. Esta grande obra debia ir acompañada de noticias biográficas, i de notas i comentarios esplicativos. Para llevarla a cabo interesó en ella a la facultad de filosofía i humanidades de la universidad, buscó algunos colaboradores para tan colosal trabajo, i comenzó a dar a luz dos diversos volúmenes a la vez. Era uno de estos la *Historia Jeneral de Chile* de Pérez García, i el otro estaba destinado a comprender todos los fragmentos relativos a Chile que contienen las historias antiguas del Perú, i las jenerales de toda la América. Habia ya publicado algunos capítulos de Pérez García i los fragmentos de Gomara, Garcilaso i Zárate, cuando los sucesos políticos de 1851, en que representó un papel principal, vinieron a llamar su atencion hácia otro punto.

En 1853 García Reyes fué elejido miembro de la facultad de leyes i ciencias políticas de la universidad, en reemplazo de don Francisco Bello. El discurso de recepcion que con este motivo pronunció para incorporarse, es sin disputa la mejor de las piezas académicas que rejistran los *Anales* de la corporacion. Trazaba en él García Reyes el panejírico del amigo con quien dividió las vijilias i afanes del estudio i señalaba con un tino superior los inconvenientes i defectos que hacen dejenerar a la abogacía en Chile casi en un oficio mecánico, reducido a disputar sobre hechos, i a sostener estériles i enojosas chicanas en que no se debaten los puntos de la ciencia.

Mui jóven aun, García se vió llamado a servir la secretaría de una sociedad de agricultura que acababa de fundarse en Santiago. Sin práctica alguna en esta industria, pero animado del deseo de hacer algo en favor de tan útil institucion, se incorporó gustoso a la sociedad, i trabajó incesantemente por la realizacion de ciertas ideas. En *El Agricultor*, periódico que daba a luz la sociedad, García escribió muchos artículos sobre varias cuestiones jurídicas o industriales que tenian alguna relacion con el programa de aquel cuerpo.

En 1843, cuando apénas cumplia veintiseis años, García

Reyes ocupó un asiento en la cámara de diputados, como representante del departamento de Chillan. Contrájose con particular empeño al estudio de las cuestiones mas importantes de que se trataba, i tomó parte en algunas cuestiones de interes. Desde luego se distinguió por sus ideas moderadas i progresistas, por el talento superior i por la elocuencia lucida i brillante con que las sostenia. Sus discursos siempre fueron buenos, i algunos de ellos magníficos. Su gallarda presencia, su pronunciacion dulce i sonora i su admirable facilidad de locucion, eran sus menores dotes oratorias.

La lei de la conveniencia i del interes no tenia vijencia alguna para él: su conducta no tenia mas guia que los dictados de su conciencia. Cuando se trataba de decir la verdad, ni tenia los odios que podia acarrearse, ni el influjo de los poderosos: sus discursos eran entónces mas brillantes i sus palabras mas espresivas i elocuentes que nunca. Abrigando en su corazon tan jenerosos sentimientos, García Reyes tomó una parte principal en el debate de muchos asuntos de importancia. Los ilustró con luminosos discursos, i despertó por ellos todo el interes que siempre tomaban las cuestiones en sus manos [1].

En diversas épocas presentó a la consideracion de la cámara algunos proyectos de lei de alta importancia. Uno sobre procedimientos judiciales i otro sobre instruccion pública, que no han sido aprobados en todas sus partes, sirvieron de punto de partida para otros proyectos. La lei que reglamenta la desvinculacion de mayorazgos le debe a él su primer oríjen.

---

1. «Sus virulentos ataques a la lei de imprenta de 1846, sus discursos en contra de un proyecto sobre abolicion de mayorazgos en 1850, la defensa del intendente de Aconcagua pronunciada ante el Senado en ese mismo año, i la de un proyecto de lei que habia presentado a la Cámara de Diputados sobre la reaccion de un nuevo recurso de nulidad por injusticia notoria, son piezas oratorias que se recordarán siempre en Chile».

(Palabras que figuraban en el folleto del señor Barros Arana, ántes citado, i que se suprimieron en la reimpresion de la *Galería Nacional de Hombres Célebres de Chile*).

NOTA DEL COMPILADOR.

Los principios políticos de García Reyes fueron como queda dicho, moderados i progresistas. Ni gustaba del impetuoso e intempestivo espíritu de reforma de los unos ni de la calmosa inaccion de los otros: su partido ocupaba un término medio entre las opuestas exajeraciones de los bandos políticos, i en su defensa no perdonó nunca sacrificio de ninguna especie. En este sentido las controversias de la política le encontraron siempre con las armas en la mano. En 1849 fué elejido diputado por la Ligua, a despecho del ministerio de aquella época, que habia combatido i seguido combatiendo con tenacidad i audacia [2].

A la caida del ministerio Vial, García fué llamado a formar parte del nuevo gabinete, en el puesto de ministro de hacienda. Sin conocimientos teóricos ni prácticos en la materia, pero sí animado de los mejores deseos de ser útil al pais en aquel destino, García hizo grandes sacrificios pecuniarios; cerró su bufete, que le producia una buena renta, i se presentó al ministerio dispuesto a estudiar todas las cuestiones como un principiante. Por fortuna, su capacidad superior no necesiba de mucho tiempo para hacerse cargo de todas las dificultades que tenia que vencer [3]. García Reyes permane-

2. «Fué él uno de los fundadores de *La Tribuna*, periódico sensato en sus principios, i que abrió una ancha brecha en las filas de sus enemigos, García escribió en ese periódico bellísimos artículos llenos de fuego, i de patriotismo. Al recorrer los dos primeros meses de esa publicacion, durante los cuales García tuvo en ella una parte directiva, es preciso confesar que es lo mejor en su jénero que se ha publicado en Chile. La oposicion de que era órgano *La Tribuna* concluyó con la caida del ministerio Vial.» (Palabras del citado folleto).

3. «Las circunstancias en que García Reyes subió al poder eran sumamente difíciles. El ministerio caido contaba con las Cámaras i las municipalidades; i existia en toda la administracion tal enlace de elementos contrarios al nuevo ministerio, que era casi imposible gobernar el Estado en aquellos momentos. Solo habia seis diputados que lo apoyasen en el principio en las ruidosas cuestiones que se promovieron en la Cámara, miéntras que la mayoría contaba con algunos oradores tan elocuentes como decididos que lo hostilizaban sin cesar. El ministerio de García Reyes fué solo de transicion: en aquella época de ajitacion i turbulencias, su papel estaba casi reducido a sostener el debate de las Cámaras, a contestar a cada paso las interpelaciones de toda especie, i a mantener en las discusiones la dig-

ció en el ministerio de hacienda diez meses escasos. En ese corto tiempo intentó mejoras de la mas alta importancia, i alcanzó a realizar algunos de sus pensamientos, sin arredrarse jamas por las grandes dificultades i tropiezos que a cada paso encontraba por todas partes. El fomentó con tino i acierto la casa de moneda, que entónces daba anualmente un déficit crecido, la puso en pié de producir una pingüe renta, i pidió a Europa la magnífica maquinaria que ahora posee. A él se le deben una recopilacion de todas las disposiciones vijentes sobre aduana, de que se sirvió su sucesor para formar la actual ordenanza, los primeros pasos para un cambio radical en la moneda, el incremento de la quinta normal de agricultura, un juicioso arreglo para el pago de la deuda interior, el fomento de la colonizacion en la provincia de Valdivia, el ensanche del comercio de cabotaje con el permiso dado a las embarcaciones estranjeras para hacerlo libremente, i mil otras medidas de alta importancia que seria largo enumerar. A pesar de los trabajos que cuesta la planteacion de cualquiera mejora en el ramo de hacienda, García Reyes hizo todo esto solo en el espacio de diez meses.

A su salida del ministerio, García se redujo de nuevo al rol de campeon del partido que gobernaba. Sus servicios fueron siempre importantes i eficaces, tanto en la cámara de diputados como en los demas trabajos que se necesitaron para el triunfo del candidato conservador. Franco i caballeroso por carácter, García Reyes no se cansaba de aconsejar

---

nidad del gobierno, i por cierto que don Antonio García Reyes supo conducirse como convenia. Hizo oir su voz en todas las cuestiones, combatió con tanto talento como valentía, i desde la tribuna prestó a su partido i al pais mas de un señalado servicio,

«Sobre los obstáculos que la malevolencia de las cámaras oponia a la marcha del ministerio de junio, García Reyes, encontraba en el seno mismo de la administracion vacilaciones i resistencias capaces de resfriar al espíritu mas alentado. Conocida es de todos la posicion ambigua que en los primeros meses de su existencia ocupó el ministerio de junio al lado del Presidente de la República».

(Palabras del folleto citado).

Nota del Compilador.

la jenerosidad e hidalguía aun en los momentos en que la lucha de partidos era mas tenaz i encarnizada. Si él reprobaba la conducta de los que promovian la revolucion armada, i se hallaba dispuesto a servir por todos medios a la causa del órden, no por eso pedia golpes violentos ni medidas atentatorias. El pensaba que asumiendo el gobierno una actitud enérjica i decidida, cumplia perfectamente con su deber.

Con estas convicciones, i cediendo a los principios de órden tan arraigados en su corazon, se prestó gustoso a acompañar en calidad de secretario de ejército al jeneral Búlnes, cuando éste salió de Santiago a sofocar la insurreccion que habia estallado en las provincias del sur en setiembre de 1851. El rol de García Reyes en aquellas circunstancias era el de consejero i hasta el de mediador si se ofrecia una oportunidad para tratar con el enemigo. Con este carácter sirvió en el campamento, marchaba siempre con el ejército i participaba de todas las angustias i privaciones de una campaña fatigosa. En las marchas i contramarchas del ejército, García Reyes no cuidaba mucho de colocarse en el punto de menor peligro, ni en el paso de los torrentosos rios de las provincias meridionales separaba de sus ocupaciones a ningun soldado para que le ayudase a atravesarlos. Su vida fué en todo la de un militar; en el desempeño i comisiones del servicio cruzó sin escolta alguna, mas de cien leguas del territorio, ocupado en su mayor parte por guerrillas enemigas.

Despues de la batalla de Loncomilla, García Reyes admitió la comision de acercarse al jefe enemigo para entrar en capitulaciones. El ejército de éste se habia puesto en marcha hácia el sur, i ocupaba los campos de Purapel cuando García Reyes se apersonó en su campamento. Despues de largas conferencias con el jeneral Cruz, que mandaba las tropas enemigas, estendió i firmó los tratados con que se concluyó esa desastrosa campaña.

Durante los tres meses que duró la guerra civil, García Reyes llevó un prolijo diario de todas las ocurrencias de la

campaña del sur, i guardó cuidadosamente todos los documentos que tienen alguna relacion con ella, o por los cuales se puede descubrir algun incidente de mediano interes. La historia completa de la campaña i de las negociaciones con que terminó, está guardada, pues, en su cartera de papeles i apuntes. El informe que pasó al gobierno el jeneral Búlnes, que fué redactado por García Reyes, es un lucido compendio de toda ella. Los que han leido algunas fojas de su curiosísimo diario han podido imponerse mas ampliamente de la verdad, i justificarlo de los injustos cargos que algunos exaltados partidarios hicieron a García Reyes, con motivo de la capitulacion de Purapel i del completo olvido que en ella ofrecia a nombre del gobierno a los militares revolucionarios.

Despues de la pacificacion de las provincias del sur, García Reyes volvió a Santiago dispuesto a ocuparse esclusivamente en su bufete. Ofrecíale éste una brillante espectativa, i en efecto le dió grandes ganancias en los primeros meses de 1852. El gobierno, que proyectaba la formacion de los códigos nacionales, le encargó entónces la redaccion del código penal, trabajo que emprendió García Reyes con entusiasmo i placer. Inmediatamente se contrajo con gran teson a estudiar a fondo la materia i dedicándole todo el tiempo que le quedaba desocupado de sus otros afanes, logró echar las bases sobre las cuales debia dar principio a los trabajos de redaccion, i compuso los cincuenta artículos primeros de su proyecto. El gobierno le asignó un sueldo de cuatro mil pesos anuales por esta obra; pero García Reyes, por un rasgo de la mas honrosa jenerosidad, se negó constantemente a admitirlo. A pesar de sus trabajos, tomó una parte principal en los debates de la comision codificadora cuando se discutia el nuevo código civil: a su talento i a su ciencia se debe el ver convertida en lei mas de una bella idea.

Hácia esta misma época, García Reyes acabó un interesante trabajo sobre lejislacion de aguas i regadíos. Estudiando incesantemente las leyes de Francia, Inglaterra i Holanda sobre este punto, i meditando con calma i detencion acerca de los medios de reformar el pésimo sistema que ha rejido en

Chile, escribió un excelente tratadito, i redactó un buen proyecto, que sometió a la consideracion de la sociedad de agricultura en 1852. De él se ha servido don Andrés Bello para fijar algunas disposiciones que sobre este particular contiene su código civil.

García Reyes continuó ocupado en los trabajos del foro, hasta pocos meses ántes de su muerte. A pesar de los sufrimientos que le ocasionaba una grave aneurisma, vivió consagrado al estudio i dilucidacion de dos causas de la mas alta importancia, que le estaban encomendadas. En esas mismas circunstancias dictó una elegante biografía del jeneral Zenteno, publicada en la *Galería Nacional de hombres célebres*.

Por desgracia, se habia debilitado de dia en dia, sin que los recursos de la ciencia bastasen a impedirlo. Los médicos le aconsejaron que saliese de Chile; i estaba resuelto a pasar al Perú cuando el gobierno le confirió el cargo de ministro plenipotenciario de la República en Estados Unidos. Halagadó por las mas lisonjeras esperanzas de ser útil a su patria en aquel importante destino, García Reyes lo aceptó gustoso, i formuló un estenso programa para sus trabajos. Proponíase estudiar la agricultura i la lejislacion de aquel pais para trasplantar a Chile todo lo bueno que allí encontrase; i pensaba pasar a Europa a continuar sus estudios en Inglaterra i Francia, i a compulsar en España los archivos de Indias para reunir todos los documentos históricos, jeográficos i estadísticos que faltan en Chile, a fin de aclarar infinitos puntos de nuestra historia que hoi permanecen ignorados. Sus deseos eran emplear en Europa i en los Estados Unidos todo el tiempo que le dejasen libre las ocupaciones de su cargo en estudios prácticos de aplicacion que hubiesen sido de grande utilidad para Chile. Habia tenido ántes de su partida un especial cuidado en recojer todos los trabajos de interes literario, científico i administrativo, publicados en Chile; i era su propósito reimprimir algunos de ellos en los Estados Unidos i en Europa, para presentar el pais a los ojos de las naciones cultas en su verdadero punto de vista.

García Reyes, sin embargo, no tuvo la fortuna de realizar

su programa. Alcanzó apénas a llegar al Perú, i durante un mes que vivió en Lima, el mal estado de su salud no le permitió salir del hotel que habitaba. El mismo conocia ya que se acercaba su fin, i que la ciencia médica no podia nada para cortar su enfermedad. Su único deseo era entónces volver a Chile para morir en medio de sus amigos. «Quisiera seguir mi viaje a los Estados Unidos, escribia a uno de éstos poco ántes de su muerte, pero quisiera mejor volver a Chile: lo uno i lo otro es imposible».—«Que mis amigos, decia en otra carta, no me olviden porque he vuelto las espaldas: que no me tengan léjos del corazon porque me tienen léjos de la vista».

Su vida, en efecto, se apagaba por momentos, i tocó a su fin el 16 de octubre de 1855: el dia anterior, cumpleaños de su apreciable esposa doña Teresa Reyes, recibió todos los ausilios de la relijion, i se dispuso a emprender el camino de la eternidad. La muerte se llevó ese dia un buen ciudadano, un brillante escritor, un hábil jurisconsulto, un distinguido orador i un jeneroso político [3].

---

1. Esta biografía, de la que se hizo, como queda indicado, una tirada aparte, termina así:

«Dos palabras mas: consecuente García Reyes con las ideas que habian formado siempre sus convicciones, fué en la pasada crísis política uno de los mas activos defensores del principio conservador. Sostúvolo en la prensa i en la Cámara, lo representó en el Ministerio, i acompañando como secretario al jeneral en jefe del ejército espedicionario al sur, lo defendió en Loncomilla. Su intelijencia i su persona estuvieron siempre al servicio de aquella idea, sin que ni los peligros de la situacion, ni los aguijones del interes privado fuesen jamas causa bastante para contener los impulsos de su ardoroso espíritu.

«I bien; ¿se quiere saber cuál es el juicio que García Reyes ha merecido de sus mismos enemigos políticos? La siguiente carta escrita desde las playas de la proscripcion por el jóven don Manuel Bilbao. i que honra tanto a su autor como al ilustre finado, podrá espresarlo mejor que nosotros:

«*Lima, octubre* 26 *de* 1855.

«Señor don Santiago Lémus.

«Amigo querido: sin tener a que contestarle, le escribo para manifestarle mi sentimiento por la muerte del señor García Reyes, acaecida el 16 del

corriente. Murió bien, se le hicieron los honores de capitan jeneral; *todos los emigrados asistimos en cuerpo al entierro.*

«He hecho cuanto he podido por el señor García Reyes, que aun cuando nada ha sido, con todo el sentimiento i la voluntad han correspondido al aprecio que por él i sus méritos tenia.

«Su muerte es una pérdida para la patria».

«Hemos querido cerrar nuestro trabajo con la carta precedente, porque es ella, a nuestro juicio, el mas cumplido elojio que pudiera hacerse a García Reyes, en su calidad de hombre público. Cuando los enemigos políticos tributan espontáneas i señaladas manifestaciones de afecto i de respeto a la memoria de aquel mismo a quien vieron siempre combatiendo con infatigable decision en las opuestas filas, i cuando esas manifestaciones, sobre ser espontáneas, se rinden en el destierro, vivo todavía el recuerdo de la lucha i bajo la influencia de sus adversas consecuencias, bástale al historiador consignarlas, porque ellas hablan mui alto».

NOTA DEL COMPILADOR.

DON DIEGO ANTONIO BARROS

(1789-1853)



§ 14

APUNTES BIOGRAFICOS DE DON DIEGO ANTONIO BARROS,

ANTIGUO SENADOR I CONSEJERO DE ESTADO, ETC., ETC.

(1789-1853) [1].

La historia es el monopolio de los héroes i de los jenios. El hombre modesto, sin ambiciones de ninguna especie, que no salió de la vida privada mas que para servir a la nacion del mejor modo que ha estado en sus manos, o para hacer el bien a sus semejantes, rara vez alcanza un lugar en sus pájinas; pero el personaje de quien vamos a ocuparnos, sin pretender glorias ni honores de ningun jénero, prestó importantes servicios a la patria que lo vió nacer i a la humanidad doliente, i dejó trazado un sendero de altas virtudes que es difícil imitar.

1. Publicó el señor Barros Arana, sin su firma, esta necrolojía en *El Museo* (Santiago, 1853), haciendo despues una tirada aparte en un folleto de 39 pájinas, que contiene, ademas, algunas notas del gobierno i estractos de periódiços, que dan cuenta del fallecimiento de don Diego Antonio Barros.

NOTA DEL COMPILADOR.

Nació don Diego Antonio Bartos en la ciudad de Santiago el 5 de noviembre de 1789. Eran sus padres don Manuel Barros Andonaegui i su madre doña Agustina Fernández Leiva, hermana de don Joaquin, orador distinguido de las cortes españolas, de que fué diputado por Chile, i uno de sus miembros que formaron la famosa constitucion de Cádiz de 1812.

Criado bajola inmediata inspeccion de su padre, Barros tomó de él la gravedad de carácter, el espíritu recto i relijioso i la afabilidad i dulzura de modales que lo acompañaron hasta el último instante de su vida. Su probidad llegó a hacerse proverbial entre sus compañeros de escuela, a tal punto que don Joaquin Gandarillas, rico comerciante de Santiago, lo pidió a su padre, cuando solo tenia trece años de edad, para darle un puesto en su almacen: ántes de haber cumplido los dieciocho fué mandado al Perú a cargo de una crecida factura en que llevaba algun interes, pero que, por un conjunto de circunstancias, no dió para él ni para la casa grandes utilidades.

Sin embargo, este resultado alentó a su habilitador: Barros habia dado pruebas de una bien entendida actividad i de una escrupulosa honradez, i habria vuelto al Perú a no hallarse cortadas las relaciones comerciales que existian con aquel virreinato por los primeros avances de la revolucion de Chile. Sus miradas se dirijieron entónces a Buenos Aires: el señor Gandarillas, en compañía con don Ramon Valero, otro poderoso comerciante de Santiago, le confió en 1812 la cantidad de ochenta mil pesos, para que empleándolos en mercaderías en aquella plaza los trajese a Chile. En aquella época, Barros, sea por sí o por los servicios de su padre, habia merecido la confianza del gobierno revolucionario, que le encomendó la compra de armas en Buenos Aires para el ejército. Con estos dos objetos, emprendió su viaje a cordillera cerrada, en junio, i estuvo de vuelta a fines del mismo año, despues de haber desempeñado ámbas comisiones del modo mas satisfactorio: el gobierno le dió las gracias por el buen cumplimiento de su encargo; por lo que respecta a los efectos de comercio, fueron de tan fácil i ventajosa venta que en

febrero de 1814 volvió a ponerse en marcha para Buenos Aires, en busca de nuevas mercaderías.

Por entónces, Barros habia sabido captarse estensas e importantes relaciones en aquella ciudad. Durante su residencia, vivia en casa de un deudo suyo, vecino de los mas influyentes i acaudalados de Buenos Aires, i en este segundo viaje, contrajo matrimonio con una de sus hijas, la señora doña Martina Arana i Andonaegui. Con este enlace aumentáronse a tal punto sus relaciones que en 1814, cuando aun no cumplia veinticinco años, fué elejido rejidor de la municipalidad, honor que no habia tenido otro estranjero ántes que él i que no se repitió hasta la disolucion de aquella corporacion en tiempos posteriores. Allí obtuvo la amistad de los fundadores de la independencia arjentina, entrando de este modo en la carrera de los honores i distinciones, sin buscarlos i solo por el mérito que se descubrió en la fijeza de sus principios i en el buen sentido que habia sabido desplegar.

Disponíase a pasar de nuevo a Chile a fines de 1814, cuando la fatal jornada de Rancagua puso término a la patria que crearon los afanes de ese puñado de hombres a quienes la posteridad ha denominado padres de la independencia. Aquellos que pudieron sustraerse al despotismo asolador del jeneral realista Osorio, cruzaron las nevadas cumbres de los Andes para buscar un asilo a su proscripcion en el territorio arjentino. Entre estos iban tres hermanos de Barros, dos de los cuales habian combatido al lado del jeneral O'Higgins en la defensa de Rancagua. Por ellos supo que otros dos hermanos habian sido remitidos al presidio de Coquimbo por haber militado en las filas independientes i que se buscaba con empeño a su septuajenario padre para confinarlo a Juan Fernández. En tan angustiada situacion, Barros concibió el proyecto de socorrer a la emigracion por cuantos medios estaban a su alcance, para que, no saliendo de Buenos Aires, se organizase en ejército con que reconquistar a Chile, si las circunstancias favorecian tan arriesgada empresa. Tomó en alquiler una casa que fué la de todos los emigrados que en ella cupieron i compró una imprenta en compañía de su cu-

ñado don Felipe Arana, para darles una ocupacion lucrativa. El señor Arana, ministro, por largo tiempo, de relaciones esteriores del jeneral Rosas en Buenos Aires, conocia en aquella época a toda la juventud ilustrada de Chile, a donde habia pasado años atras para graduarse de doctor en la Universidad de San Felipe. Ahora iba a dar colocacion a sus compañeros de aula.

De este número era don Manuel José Gandarillas, el presbítero Pineda, don Diego José Benavente i muchos otros patriotas eminentes que debian cooperar mas tarde a la restauracion de la República. Todos ellos encontraron una ocupacion honrosa en aquel establecimiento, porque Barros hizo valer su influjo cerca del gobierno i obtuvo el encargo de hacer algunas impresiones, entre otras la publicacion del *Censor*, periódico oficial, cuya redaccion confió al ilustrado Camilo Henríquez, que sufria entónces todas las miserias i necesidades del emigrado. Aquella imprenta dió a luz el *Ensayo Histórico* del dean Fúnes, i varias otras obras de educacion que fueron de gran utilidad en los colejios de Buenos Aires i Chile.

Pero no son estos los únicos servicios que prestó a sus compatriotas en la proscripcion: léjos de eso, se podrian escribir muchas pájinas si se hubieran de enumerar todos ellos. Citaremos uno solo. Cuando se organizó la escuadrilla que debia espedicionar en corso en las costas del Pacífico a las órdenes del almirante Brown, Barros, que tenia con éste una estrecha amistad, obtuvo el mando de una de las naves para don Ramon Freire, simple capitan de caballería en aquella época.

Gobernaba en Buenos Aires a principios de 1816 don Cárlos María Alvear; pero medidas atentatorias contra la autoridad del cabildo le acarrearon el desprestijio i una viva oposicion, que fué apoyada por una parte del ejército a cargo del coronel Alvarez. La guardia civil sostuvo al cabildo enérjicamente i el supremo director Alvear, viéndose rodeado de enemigos por todas partes, se fugó a un buque ingles que se hacia a la vela para Rio de Janeiro. El ayuntamiento pasó a

subrogarlo interinamente, constituido en Junta Suprema, i Barros, siempre modesto, se halló creado vocal de aquel gobierno sin pedirlo i aun sin desearlo.

Pero la participacion de un hombre de su carácter era necesaria en aquel gobierno para reclamar imperiosamente la paz i la reconciliacion. Los partidarios de Alvear eran tenazmente perseguidos, i como en este número estaban los hermanos Carrera, que durante la emigracion, habian tomado un lugar en sus filas, fueron reducidos a estrecha prision. Barros era amigo personal de O'Higgins, i, a pesar del encono de los partidarios de éste contra aquéllos, pidió i obtuvo de sus colegas la órden de libertad.

Tratóse, en aquellos dias, de organizar el ejército de los Andes, empresa atrevida que no habria podido llevarse a efecto sin el jenio de San Martin i la decision de los emigrados. La opinion pública designaba al jeneral don Miguel Soler como el mas aparente para tan colosal trabajo, i en el cabildo mismo se hizo oir la voz de sus admiradores que lo reclamaban con empeño: pero Barros habia podido descubrir en el gobernador de Cuyo, don José de San Martin, algo de esa chispa magnética que le atraia partidarios, i espuso decididamente que en la campaña que se iba a abrir se necesitaba mas de la insinuativa, que de las altas prendas que se le atribuian a Soler i que él no queria negarle. «Las guerras nacionales, agregó, no se hacen solo con ejércitos; es preciso que cada hombre se haga soldado i pelee por su parte en la causa en que se le ha interesado con maña». Sus palabras dieron por resultado el nombramiento del jeneral San Martin como primer jefe del ejército restaurador, i le valieron a Barros los aplausos i abrazos de efusion i patriotismo de don José Miguel Infante, Henríquez, Pineda i otros ilustres patriotas.

Desde entónces, fué Barros el ajente del ejército en Buenos Aires: le encargaba San Martin los armamentos, municiones i vestuarios, i él lo proveia de ellos contribuyendo por su parte con algunas sumas de dinero. Al mismo tiempo que prestaba estos servicios, era miembro de varias sociedades

de beneficencia, a cuyo nombre le dieron las mas espresivas gracias los periódicos de aquella capital cuando resolvió definitivamente su vuelta a Chile, reconquistado ya por la espléndida victoria de Chacabuco. Esto sucedió en 1817, i como en este mismo año se creara la *Lejion de Mérito* de Chile, O'Higgins ofreció desde el sur a la Junta que lo subrogaba en Santiago para que se le concediese la medalla de oficial de ella, en recompensa de sus buenos servicios: Barros, fué, pues, condecorado con el distintivo de *Honor i premio al patriotismo,* por el mérito contraido en comisiones en que no buscó ni obtuvo sueldo ni ganancia alguna, i alcanzó, sin solicitarlas, sinceras distinciones por su desprendimiento i entusiasmo.

Pero estos no eran mas que los primeros servicios que debia prestar a la restauracion i adelantamiento de la República. En Buenos Aires habia podido proveerse de una considerable partida de libros elementales, en latin i frances, muchos de ellos, que juntó con algunas publicaciones de su imprenta, para obsequiar al Instituto que se restableció el mismo año. Los libros en aquella época tenian un valor subido, i su presente era mui importante. La junta suprema le dió las mas espresivas gracias por el decreto que se copia a continuacion:

Santiago, octubre 4 *de* 1817.

Acéptase este ofrecimiento, digna efusion del amor patrio que caracteriza a este buen ciudadano: se le dan las mas espresivas gracias a nombre de la patria, e imprímase en gaceta su oblacion para que la posteridad le reconozca por uno de los que han cooperado a su ilustracion.—*Pérez.—Cruz.—Astorga.—Zañartu.*

Dos meses despues obtuvo otro decreto tan honorífico como el anterior. Sabíase en Santiago el embarque de Osorio en el Callao al mando del ejército que mandaba el virrei Pezuela a reconquistar a Chile, i se hacian los aprestos de tropa para rechazarlo. Barros contribuyó entónces con algunos efectos de su negocio para vestuarios de los soldados i una cantidad de dinero. He aquí el decreto a que aludimos:

Santiago i diciembre 13 *de* 1817.

«Repítanse nuevas gracias al ciudadano don Diego Antonio Barros (despues de otras oblaciones que ha hecho) por la presente en que se incluye la de su padre don Manuel, segun enuncian los ministros de la tesorería jeneral en su informe, que con este decreto se copiarán en la gaceta para desengaño de los enemigos por los continuados ejemplos de estas virtudes cívicas republicanas.—*Cruz—Astorga— Pérez—Dr. Villegas*».

En aquella época, Barros era ya miembro de un batallon cívico con elevada graduacion militar. Este cuerpo fué uno de los pocos que quedaron en Santiago cuando San Martin marchó al sur a juntarse con O'Higgins para atacar al enemigo comun que avanzaba hácia Talca. Entónces tuvo lugar la desgraciada sorpresa de Cancha Rayada: llegada que fué la noticia a la capital, el delegado supremo don Luis de la Cruz, por encargo de San Martin, comisionó a Barros para que pasase inmediatamente a Mendoza a favorecer la emigracion en caso de una nueva desgracia i a aprestar i poner en diversos puntos de la cordillera i del camino, proporcionadas partidas de caballos i animales de carga para hacer fácil el tránsito de la tropa i el trasporte de equipajes.

Nada de esto tuvo lugar: la victoria de Maipo libertó al pais de enemigos i permitió al supremo director pensar en el ejército i escuadra libertadores del Perú. Barros contribuyó a esta empresa con crecidos donativos de dinero, i con un empréstito de veinticinco mil pesos sin el menor interes. El estado miserable de la hacienda pública, i la poca confianza que en ella se tenia, realza considerablemente el mérito de esta accion. O'Higgins le manifestó entónces la gratitud de la patria i dos años despues, cuando se creó la *Orden del Sol* del Perú, lo condecoró con la medalla de lejionario. Pasado algun tiempo, preguntando en el destierro aquel benemérito patriota por el estado de su pais, dijo: «Lo que hace falta en Chile es una veintena de hombres tan desinteresados como mi amigo don Diego».

En efecto, era amigo de corazon de O'Higgins, i uno de sus mas firmes i decididos partidarios. Barros fué toda su vida conservador por principios i enemigo tenaz de esa demagojia de libertades que ha levantado cadalsos i ensangrentado las calles donde ha obtenido influencia. Era partidario decidido i consecuente: jamas se le vió arredrarse por los peligros del partido ni se notó en él la mas mínima apariencia de un cambio de principios a influjo del viento de las circunstancias. Mas no por esto fué secuaz del rigor i despotismo: a su influjo cerca del director debieron muchas personas la revocatoria de órdenes de destierro i de prision; i él mismo habló a O'Higgins como amigo, reprobándole su conducta tirante i pintándole con vivos coloridos la excitacion de un pueblo que se cansaba de ese réjimen militar que habia introducido en la administracion. Mas tarde, en enero de 1823, cuando el pueblo se reunia en el consulado a pedir la renuncia del supremo director, Barros recibió la comision de acompañar a don Fernando Errázuriz i espresarle la voluntad de una reunion tan respetable.

Durante ese período de caos, que concluyó en 1830, Barros siguió siempre sostenido en sus principios conservadores. Era aquella una época de ensayos para la vida representativa en que se vejaba la lei con el nombre de la libertad, en que hollaban todos los derechos que aparentaba garantir un cartelon sin prestijio que llamaban constitucion. Los sucesos del año de 1830 pusieron un término a tanto mal: en ellos le tocó a Barros hacer un papel importante.

Su influencia como comerciante habia ido en aumento desde su vuelta de Buenos Aires. En 1819, fué nombrado juez especial del ramo, i cuando a fines de 1827 se creó un escuadron de caballería compuesto del comercio de Santiago, Barros fué nombrado por eleccion de todos sus miembros su comandante i don Felipe S. del Solar i don Manuel Huici sus capitanes: este escuadron se denominaba del *Orden*. En las elecciones de diputados de 1829, la primera que se hacia conforme a la constitucion del año anterior, fué elejido por Coelemu; pero Barros que distaba mucho de

pertenecer al partido que habia triunfado en la mesa electoral, se pronunció decididamente contra la legalidad de ella. Sin embargo, no quiso dejar de asistir a las sesiones del Congreso, i cuando éste se trasladó a Valparaiso, pasó tambien Barros a aquella ciudad; cobró sus viáticos i con ellos fundó una escuela de primeras letras en el departamento de Coelemu, que lo habia elejido.

Con las elecciones de 1829 cayó hecha trizas la constitucion jurada en 1828. Los intereses particulares de unos pocos, que se apoyaban en el honor militar de algunos jefes del ejército i en los cuerpos que mandaban, triunfaron en ella; pero por tan malos medios que el jeneral Pinto, que por esta eleccion debia tomar el mando supremo, se negó a aceptarlo alegando las tropelías con que se habia efectuado. Las provincias del sur se pronunciaron contra el gobierno jeneral de Santiago, en octubre, i una parte del ejército al mando del jeneral Prieto, se puso en marcha con ánimos de dar otro rumbo a las cosas. El partido opositor, denominado *pelucon* o *estanquero*, tenia por cabeza al primer jenio político de Chile, don Diego Portales, i contaba en sus filas hombres de talento, enerjía i patriotismo: éstos quisieron dar otra direccion a la nave del estado sin presentar batalla i sin derramar una gota de sangre, i ajitaron un pronunciamiento en la capital que decidiese al gobierno a hacer un avenimiento. En consecuencia, Barros fué encargado de apersonarse con el capitan jeneral Freire para que interpusiese su influjo cerca de la tropa de la capital, i proclamar en ella los mismos principios de la revolucion del sur. Freire accedió, i pocos dias despues, el 7 de noviembre, tuvo lugar la reunion popular del consulado en que se acordó la creacion de una junta suprema que debia subrogar al gobierno. Barros, en compañía de otros tres vecinos respetables, fué encargado de poner este acuerdo en noticias del presidente interino; pero éste, débil por carácter i embarazado aun mas por las circunstancias apremiantes, se trasladó a Valparaiso, queriendo siempre conservar el mando. Una batalla campal fué inevitable: el ejército del jeneral Prieto,

que se habia acampado en Ochagavía, sostenia a ese partido, i él debia hacer el último esfuerzo ya que se cerraban las vias pacíficas.

En vista de estos sucesos, Barros perdió completamente la esperanza de un avenimiento; i como se presentaba el ejército del sur como la única áncora de salvamento, comenzó a protejerlo con mayor decision que hasta entónces. Remitió, por conducto de sus dependientes, fuertes sumas de dinero para su sosten, que fueron de gran utilidad en aquellas circunstancias.

Los principios conservadores triunfaron al fin: el pais se comenzó a constituir, i, en sus primeros esfuerzos, necesitó el Gobierno de medidas restrictivas. Barros, cuyos importantes servicios le valieron un alto influjo cerca de los hombres que lo componian, fué entónces el mas entusiasta defensor de los perseguidos. Daba su fianza por ellos, los escondia en su propia casa i obtenia la suspension de un destierro o de una causa de morosas tramitaciones. A la época de la muerte del presidente Ovalle, acaecida en la casa de campo de Barros, tenia ocultos en la misma casa, separados solo por una pared de aquél, a dos de los hombres mas comprometidos en las intentonas revolucionarias de 1831. Habiendo descubierto el ministro Portales, en otra ocasion, que uno de los perseguidos de mayor importancia habia recibido asilo de Barros hasta que lo pudo dejar fuera del pais, no pudo ménos de decir:—«Si esto lo hiciera otro que mi tocayo, creeria que me traicionaba»,

Sin embargo, de este principio de contradiccion a ciertas órdenes del gobierno, Barros gozaba de un alto ascendiente. Entónces fué nombrado jefe del crédito público i administrador del hospital de San Juan de Dios. Por el primero de estos destinos tenia asignado un sueldo de 2,000 pesos anuales, que se negó a recibir en los dieciocho años que lo desempeñó: cuando en 1848, a consecuencia del mal estado de su salud, le fué forzoso dejar este cargo, el senado nombró una comision de su seno para darle las gracias por su desinteres i patriotismo.

La administracion del hospital fué para Barros la causa de mil afanes: sin renta de ninguna especie tenia que ejercitar allí la caridad, con una completa abnegacion, e imponiéndose ademas el duro sacrificio de consolar al paciente i ausiliar en persona al moribundo. Al dia siguiente de haber recibido su nombramiento, fué para él la asistencia al hospital una obligacion a que jamas faltó por un solo dia, cualquiera que fuese el estado de su salud o la intemperie de la estacion. Durante los dieciocho años de su administracion, no volvió a su casa un solo dia ántes de las diez de la noche. Si sus enfermedades o sus negocios lo llamaban fuera de la capital, su separacion era corta porque estaba persuadido de que se reclamaba con urjencia su vuelta.

Pero no era este desprendimiento de sí mismo lo principal de sus cuidados. El padre Guzman, que escribia en 1835 su historia de Chile, se ha espresado como sigue a este respecto: «Hoi es su administrador don Diego Antonio Barros, i está perfectamente asistido por el celo i suma dedicacion con que se ha consagrado dicho señor al desempeño de su cargo, quien con el ausilio de dos capellanes i treinta empleados, asiste cuidadosamente a los enfermos de todo cuanto les es necesario en lo espiritual i temporal». I mas adelante: «La pila, el jardin que se ve i alegra el primer patio i la sala de anatomía que últimamente se ha fabricado, son obras del actual administrador don Diego Antonio Barros, que sin perjuicio de su cuidadosa asistencia a los enfermos, ha sabido construir unas obras tan útiles como necesarias, principalmente la pila que al cabo de un año ahorra al hospital el crecido gasto que hacia el carguío del agua para las oficinas». Los mensajes de apertura del Congreso del presidente de la República, i las memorias del ministro del interior se han espresado en diversas ocasiones en términos semejantes a los del historiador Guzman. De estos documentos, citaremos uno solo, la memoria de 1839. «Al hospital de San Juan de Dios, que es el que cuenta con mas copiosas rentas i que tanto debe al infatigable celo de su administrador, despues de cubiertos todos sus gastos, le queda anualmente un sobrante,

que puesto a interes en buenas manos, servirá dentro de poco para darle el ensanche preciso, etc., etc.»

En efecto, los servicios de Barros eran mui importantes. El, cuya jenerosidad personal con el necesitado rayó en prodigalidad, se hizo avaro en el hospital, a tal punto que prohibió que en el parte diario que se le presentaba se gastase un pliego en vez de la tirilla de dos pulgadas de papel que se necesitaba para anotar su contenido. Con esta economía introdujo importantes reformas en la cocina i lavadero, i pudo fijar su atencion en el ornato del primer patio, que hasta su época habia sido el basural del establecimiento. A este fin, planteó de su propio capital, un hermoso jardin que rodeó con una estendida verja de fierro, i construyó una pila de agua potable, que sirvió en breve para los usos del establecimiento. Pero no contento con esto, creó la escuela de anatomía de que salieron distinguidos facultativos ántes de muchos años: a ésta la dotó, por medio de un regalo, del mejor instrumentaje de cirujía que haya existido en el pais, cuyo valor ascendia de dos mil pesos, de una Vénus anatómica, de un precioso esqueleto frances, cuyo cráneo tiene las indicaciones frenolójicas de Gall, i de una valiosa máquina electro-galvánica.

Miéntras hacia estos obsequios, habia reglamentado la mas perfecta economía. Por medio de este sistema compró dos casas, para acrecentar los bienes del hospital, ensanchó considerablemente la capacidad para contener doble número de enfermos i pudo sostener los gastos que fueron necesarios para el notable aumento de edificio que se hizo bajo su administracion. No satisfecho con estas mejoras, trabajó con empeño en suministrar vestuario a los pacientes para el tiempo de convalecencia, en construir catres de fierro en lugar de las tarimas que habia, en obtener del gobierno el tabaco necesario para los enfermos a quienes hiciese falta el uso del cigarro, en poner en buen pié la distribucion de alimentos i medicinas, i en reglamentar la asistencia profesional de los facultativos. Todos sus esfuerzos fueron coronados con el mas feliz resultado; i el vulgo perdió, al fin, el

horror que le inspiraba en épocas anteriores la curacion en el hospital.

Al mismo tiempo que Barros prestaba estos servicios, desempeñó por algun tiempo la administracion de la casa de huérfanos i fué tesorero del hospicio: en ámbos cargos se condujo con provechosa actividad, i en el último adelantó crecidas cantidades de dinero con mui pocas esperanzas de reembolso.

En 1831 se pensó en cicatrizar las llagas de la guerra civil, cimentando un órden estable; i se creyó absolutamente necesario un cambio de constitucion. En la asamblea constituyente elejida con este objeto, Barros tuvo un asiento, i, como miembro de ella, puso su firma en el código constitucional de 1833.

Estableciose, entónces, un nuevo sistema que Barros apoyó con todos sus recursos. Fué nombrado consejero de Estado, i elejido por unanimidad senador, diputado i rejidor de la municipalidad en diversas ocasiones, i en el desempeño de estos cargos fué el mas decidido sostenedor de la causa del órden. El socorria, entretanto, al gobierno con ausilio de dinero para el pago de empleados, miéntras se cimentaba la hacienda pública sobre las bases sólidas en que la dejó la administracion del jeneral Prieto, i a la época de la guerra del Perú prestó al Estado la suma de 40,000 pesos sin interes alguno.

Su situacion, es verdad, habia cambiado mucho. Barros era entónces uno de los hombres mas acaudalados del pais. Su fortuna lo ponia en circunstancias de tender la mano al menesteroso i esto lo hizo con tal desprendimiento, que privó a sus hijos de considerables bienes. Jamas desatendió la súplica del que le pedia su proteccion o fianza, a ménos que fuese para usarla en el garito del jugador; i lo que parece increible, si el hombre mismo que lo acababa de injuriar reclamaba de él un servicio, olvidaba sus rencores para protejerlo. Estos favores eran altamente desinteresados: cuando la mayor parte de los españoles mandados desde el Perú por el jeneral San Martin en 1821 habian encontrado una

ocupacion en Chile, el resto, que aun permanecia en el depósito, imploró su ausilio para obtener su libertad; pero Barros hizo mas que esto, pues los socorrió con dinero para que volviesen a su patria, obteniendo por único resultado de tan benéfica obra el sincero agradecimiento de hombres a quienes no debia ver en lo sucesivo. Como lo hemos dicho, fué pródigo en la proteccion que dispensó al que lo ocupaba: en 1834, el celoso ministro del tesoro don Ramon Várgas, tachó de mala la fianza de Barros que ofrecia un empleado porque, segun espuso, la habia dado en tantas ocasiones que su capital, por crecido que fuese, no alcanzaba a bastarlas. En efecto, su firma andaba en todas partes: mui raro fué el remate en que no se presentó un postor con su fianza, sin que las continuas i considerables pérdidas le obligasen a cambiar de conducta. Su fortuna habria sido mui superior en el doble a la que ha dejado a la época de su muerte, a no haber sido tan pródigo en protejer a personas que no quisieron corresponder a sus beneficios.

Este espíritu naturalmente franco i bondadoso, la dulzura de su carácter i trato i la suavidad de maneras no lo sometieron, sin embargo, a la voluntad de nadie. Ninguno de sus amigos pudo dominarlo, i él sí que dominó a la mayor parte de ellos, que lo consideraron siempre su consejero. Distinguíalo cierta entereza que lo hacia hablar con injenuidad a los hombres del gobierno cuando consultaban su parecer; mas no porque faltase en lo menor el respeto i consideraciones debidas al cargo. Estas cualidades le dieron tal importancia que en la eleccion de 1841 fué propuesto elector por dos de los partidos contendientes.

Tanta abnegacion, tanto desprendimiento i tan importantes servicios a la beneficencia pública fueron desatendidos cuando las pasiones mas pequeñas tuvieron eco en el ánimo del mas desprestijiado de los ministros que ha habido en Chile. Pidiósele por medio de una nota que renunciase el cargo de administrador, incluyéndole con ella la aceptacion de la renuncia, en que se le daban las gracias por sus servicios. En vista de esta conducta, Barros se negó a renunciar

i amenazó al ministro con un desmentido público si tal nota llegaba a darse a luz en el periódico oficial. Su separacion fué necesaria: ella causó en su ánimo un hondo sentimiento con motivo de no poder llevar a cabo las reformas que habia comenzado, i de verse separado de la beneficencia pública que durante largos años habia sido su elemento. Esto acaeció en 1848.

Ajitado el pais en los últimos años de su vida por una de las mas violentas convulsiones, Barros dió pruebas de su firmeza de carácter i de su elevacion de miras. En 1848 sufrió un terrible ataque de apoplejía, del que salvó perdiendo el entero uso de su pierna i brazo derechos, su antigua facilidad para espresarse i la dulzura de su jenio, que se convirtió en hipocondriaco i terco. A pesar de sus dolencias, él fué el primero de los conservadores que se presentó a ofrecer sus servicios en la lucha electoral de 1849, contra el ministerio de aquella época. Hizo valer, entónces, sus relaciones, i cuando en agosto del mismo año, habiendo caido ya aquel ministerio, se quiso hacer al jeneral Búlnes una manifestacion de los sentimientos pacíficos que animaban al partido conservador, Barros fué nombrado, en reunion de mas de mil personas, uno de los miembros de la comision que debia apersonarse al presidente. Atrozmente calumniado por la prensa, altamente comprometido en una causa que consideraba santa, dió ejemplo de la mayor enerjía en los momentos en que vacilaban los buenos principios por el grito atronador de las malas pasiones. Barros fué uno de los primeros que pensaron que la salvacion del pais estaba en la elevacion a la presidencia del señor don Manuel Montt i el primero quizas que lo proclamó. Hizo valer su influjo con todas sus relaciones para que sostuviesen la causa del órden, i pidió a todos los miembros de su larga familia, para quienes fué siempre un padre, que la apoyasen i sirviesen por cuantos medios estuviesen a su alcance. El mismo fué elejido elector de presidente en 1851, i cuando la revolucion, poderosa e imponente, hacia los mayores estragos en el norte i sur de la República, Barros, como hombre de con-

ciencia en la causa que defendia, no perdió por un momento la confianza, ni vaciló un instante en creer que seria la lei quien triunfase.

Durante ese período de justas i necesarias persecuciones, Barros fué, nuevamente, el defensor de los perseguidos. Los ocultaba en su casa, despues de comprometerlos a no servir en la causa de la desorganizacion, daba fianza de su conducta subsiguiente, i obtenia para ellos pasaportes i salvoconductos para dejar el pais. Entónces, como en 1831, tuvo lugar una rara coincidencia en las casas de su hacienda. El mismo dia en que el presidente esperaba en ellas al jeneral Búlnes que volvia vencedor de la rebelion del sur, estaba oculta allí una de las personas comprometidas en estos sucesos. Ni la exaltacion de sus palabras, ni la firmeza de sus principios pudieron separar de su ánimo las ideas de reconciliacion i perdon.

Despues de estas ocurrencias, Barros volvió a ocuparse de la beneficencia pública: fué nombrado uno de los administradores del hospital de locos, que se comenzaba a formar, i en tal cargo hizo cuanto estaba a su alcance por el mejoramiento de aquella utilísima institucion. El, en compañía con los otros directores, compró a su costa el terreno para ensanchar el local del establecimiento, fué su tesorero i contribuyó con algunos donativos para su mejor arreglo i adelanto. Las reformas que proyectaba realizar fueron el pensamiento de sus últimos dias: enfermo como estaba, no se arredró por la distancia que lo separaba del hospital para visitarlo con frecuencia, i distribuir allí algunas limosnas para mejorar los alimentos de los pacientes. Quince dias ántes de morir, dictaba desde el lecho en que se hallaba postrado, un informe que le pedia el ministro del interior sobre el estado de aquel establecimiento, en que acababa con las palabras que se copian en seguida: ellas forman el mayor elojio de esa singular abnegacion, superior a las dolencias físicas que no le impidieron dedicarse al servicio de la humanidad cuando los facultativos i sus deudos querian distraer su atencion por cuantos medios estaban a su alcance.—

«Debo aprovecharme, señor ministro, de esta oportunidad para hacer presente a US. el estado miserable a que está reducida una institucion de tanta importancia como es la casa de locos. Sin estension, sin edificios i hasta sin cocina, el local no presentaba comodidades de ninguna especie cuando los actuales administradores tomamos su direccion. A nuestras espensas hemos aumentado el terreno; pero los edificios demandan gastos considerables que no se pueden hacer a costa de unos pocos. Es urjente que el Supremo Gobierno provea a estas necesidades tanto mas imperiosas cuanto que en el estado actual la casa de locos no puede llenar los propósitos para que fué creada. La carencia de departamentos nos reduce a la triste precision de no poder separar los pacientes sino por sexos, lo que produce riñas repetidas e inevitables. La falta de un sitio aparente nos imposibilita para tener un lavadero cómodo. En todas partes, en fin, se notan necesidades que llenar i a que debiera atender prontamente el gobierno. Mui justa creo esta solicitud, i me persuado que US. la tomará en cuenta para presupuestar una partida capaz de dar fomento a una institucion de tanta utilidad i que en su actual estado casi no presenta ventajas».

Este era el modo como Barros se preparaba para dejar esta vida. Su enfermedad, caracterizada por los mas distinguidos facultativos como una pulmonía con complicaciones al corazon e hidropesía, iba en aumento progresivo, sin que los recursos médicos bastasen a contener el mal. El habia alcanzado a conocer su gravedad, a pesar de que se le ocultaba con empeño, i quiso hacer sus disposiciones espirituales. Jamas se mostró mas evidentemente la resignacion evanjélica i la confianza cristiana en un premio futuro a una vida sin mancha i casi sin culpas. El mismo consolaba a sus deudos, que veia con las lágrimas en los ojos, con palabras de dulzura i resignacion, recomendaba a sus hijos que no se apartasen del sendero del honor i de la virtud i se espresaba en términos de jovialidad i chanza en los momentos de espirar. «De nada me remuerde la conciencia, a nadie he hecho el

mal i sí el bien cuantas veces he podido», decia a los sacerdotes que lo acompañaban. Despues de haber recibido los sacramentos con toda la imponente suntuosidad de las ceremonias cristianas, despues de haber oido por mas de media hora al lado de su lecho los cánticos de la Iglesia, los médicos hallaron que su pulso estaba mas sereno i tranquilo i su cabeza mas despejada: para ellos era éste un fenómeno nuevo i estraordinario. Con esta entereza de espíritu, rindió el alma al Señor en la tarde del 12 de julio de 1853.

....

Si hubiéramos de caracterizar al señor don Diego Antonio Barros despues de lo que hemos escrito, solo agregaríamos unas pocas palabras.

Barros poseia una intelijencia clara i despejada en el concepto universal, un tino raro para herir la dificultad, i un conocimiento perfecto de las personas; pero, preciso es decirlo, no siempre hizo uso de la última de estas dotes, puesto que fueron millares los petardos que le dieron espíritus perversos que especularon con su jenerosidad i buenas intenciones. Dedicado desde su tierna edad a la carrera del comercio no hizo los estudios superiores del colejio, pero a fuerza de contraccion a la lectura adquirió una mediana ilustracion sobre todo en el derecho comercial, historia i estadística, de que sabia sacar bastante provecho: en repetidas ocasiones el gobierno consultó su opinion en asuntos de gran interes, i su firma se halla al pié de informes de alta importancia: entre éstos recordamos uno sobre colonizacion del Estrecho de Magallanes, otro sobre establecimiento de un banco nacional i finalmente un tercero sobre creacion de arbitrios para establecer un ferrocarril entre Santiago i Valparaiso. Su parecer en asuntos de comercio fué siempre respetado en los tribunales de justicia de que formaba parte, i su trato familiar abundaba en chistes escojidos i de buen gusto. Poseia ademas un tino práctico i un golpe de vista admirables para sus negocios que le dieron pingües ganancias i lo pusieron en posesion de una gran fortuna, a pesar del injente menoscabo que ella sufrió en el

lasto de fianzas, i todo esto sin separarse un pelo del sendero de la honradez i de la delicadeza. En un gran número de asuntos sus intereses se hallaban favorecidos por la lei, pero él desatendió este apoyo si en su conciencia pensaba de otro modo, porque «la lei, como él decia, es basura cuando está de por medio el honor». Guiado por este principio, rompió en perjuicio propio, en repetidas ocasiones, escrituras que comprometian injustamente, segun el fuero interno, a otros.

Don Diego Antonio Barros fué noblemente desinteresado: por sus servicios públicos i particulares no obtuvo nunca mas que simple manifestaciones de gratitud, que jamas buscó, i que aun quiso evitar, i si por alguno de sus empleos recibió sueldo, fué para destinarlo en alguna obra piadosa o benéfica. Este patriótico desprendimiento hizo que uno de los mas distinguidos senadores, el señor Benavente, pidiese en la cámara que se le tributasen los honores fúnebres que corresponden a sus miembros, sin embargo de hallarse separado de su seno desde mas de cuatro años ántes de su muerte. Los honores son, tambien, el premio de la virtud!

Barros no tuvo mas enemigos personales que los que lo fueron de la honradez i de la decencia, i sus enemigos políticos se convirtieron en admiradores cuando conocieron el fondo de su corazon. Sus amigos por el contrario, eran mui numerosos: desde muchos años atras no se veia un acompañamiento mas considerable i lucido que el que dejó sus restos mortales en el cementerio.

Su nombre vivirá en la memoria de los que lo trataron en vida i de los que conozcan sus hechos todo el tiempo que se aprecien el mérito personal, la jenerosidad, los principios de delicadeza i caballería i las mas elevadas virtudes.

DON MELCHOR DE SANTIAGO CONCHA

(1799-1883)



§ 15

RASGOS BIOGRÁFICOS DE DON MELCHOR DE SANTIAGO CONCHA [1]

(1799-1883)

I

El 26 de mayo de 1883 se ha estinguido en Santiago de Chile una noble i digna existencia. El señor don Melchor de Santiago Concha, despues de una vida de ochenta i cuatro años, ha desaparecido en medio del dolor de sus deudos i de sus amigos, i en medio del sentimiento público. Habia llegado al límite natural de la vida, cuando no era dado esperar de él nuevos servicios a la patria, i cuando debia comenzar a dejar de ser útil a su familia i a sus amigos. I sin embargo, su muerte ha sido llorada como una gran desgracia por todos los que tuvimos la fortuna de conocerlo, porque ese ilustre anciano fué en la vida política de nuestro pais el modelo perfecto de ciudadano de una República, i en la vida privada el tipo acabado del mas cumplido caballero.

1. Publicó el Sr. Barros Arana este estudio biográfico en un folleto de 48 pájinas. (Santiago, 1883, Imprenta Cervántes).

Nota del Compilador.

Don Melchor de Santiago Concha no ha desempeñado en los sucesos de su tiempo uno de esos papeles brillantes i prestijiosos que colocan a los hombres en los puestos mas culminantes entre sus compatriotas i que les permiten conquistarse una gran nombradía ante la historia. Mas aun, a consecuencia de sus convicciones políticas i de la derrota de su partido, estuvo alejado del gobierno i casi de toda intervencion en los negocios públicos, durante los treinta años en que por la madurez de su juicio i por el crédito que se habia granjeado en su juventud, habria debido ocupar mas altos puestos, i habria podido prestar los mas útiles servicios a su patria. Sin embargo, la rectitud de su carácter, la firmeza incontrastable de sus convicciones, la persistencia i la honradez con que siempre supo defender los principios liberales han tenido una verdadera influencia en los progresos políticos i sociales de nuestro país.

En este sentido creemos que los presentes rasgos biográficos, al paso que contribuirán a dar a conocer una importante i respetable personalidad de nuestras contiendas políticas en los primeros sesenta años de vida republicana, podrán consignar, aunque sea brevemente, algunos hechos que no dejarán de interesar a los historiadores futuros. Por nuestra parte, aunque amigos íntimos i apasionados de aquel egrejio ciudadano, creemos desempeñar leal i justicieramennuestro propósito, limitándonos a hacer una reseña breve i compendiosa de su vida i de sus servicios, i absteniéndonos de recargarla con esas jeneralidades i declamaciones con que suelen revestirse los elojios vulgares.



II

Nació el señor don Melchor de Santiago Concha i Cerda en esta ciudad de Santiago el 17 de marzo de 1799. Al paso que por el lado materno era el nieto de uno de los mas ricos i considerados propietarios del pais, era por la línea paterna vástago de una de las familias mas ilustres i de mas alto rango de esta parte de la América. Esa familia poseia en el Perú un valioso marquesado, habia dado oidores a algunas de las audiencias de estos paises, i a Chile un presidente interino que se ilustró por su actividad i por su rectitud. La majistratura habia llegado a ser de padres a hijos un cargo casi hereditario en aquella familia.

El padre de don Melchor era don José de Santiago Concha, entónces oidor decano de la audiencia de Chile, i mas tarde su rejente. Queriendo dar a su hijo la educacion que habia de habilitarlo para seguir la carrera forense, lo colocó en su primera niñez en una seccion preparatoria del real colejio carolino. Esa seccion tenia el nombre de academia, i era compuesta de una escuela de primeras letras, de una aula de matemáticas i de otra de gramática, esto es, una clase de latin. Aquella academia funcionaba en la calle de las Monjitas, en el sitio que hoi ocupa la casa tiene que nú-

mero 74. Don Melchor fué colocado en la clase de latin. Estaba ésta a cargo de frai José María Bazaguchascua, relijioso franciscano nacido en la provincia de Cuyo pero de oríjen vizcaino i considerado en esa época el primer latinista de Chile. Allí recibió las primeras lecciones: pero al abrirse el Instituto nacional en 1813, don Melchor pasó a continuar sus estudios en este establecimiento bajo la direccion del mismo profesor, i allí terminó en efecto el curso de latin que constituia el único ramo de instruccion preparatoria para emprender los estudios superiores. Los jóvenes que entónces aspiraban al título de abogado, no adquirian en el colejio la menor nocion de gramática castellana, de aritmética ni de jeografía. Mas tarde, cuando cursaban filosofía en latin, un profesor les enseñaba con el nombre de física, un centenar de axiomas mas o ménos faltos de sentido, sobre el equilibrio, la caida de los cuerpos, la luz, el sonido, etc, etc. Los estudiantes aprendian de memoria i en lengua latina estos axiomas.

Aquella educacion, como se comprenderá, no era mui a propósito para desenvolver la razon de los estudiantes ni para suministrarles conocimientos variados i útiles. Don Melchor de Santiago Concha, que fué desde entónces un jóven de rara seriedad i de mucha contraccion al cumplimiento de sus deberes, aprendió entónces lo único que se le enseñaba. Hasta sus últimos años traducia corrientemente el latin, no solo el de los comentadores de los códigos sino el de los clásicos de la literatura romana. En sus últimos años lo he visto verter al castellano con rara facilidad las pájinas latinas de un volúmen de Ciceron, en que buscaba consuelo para el dolor que le habia ocasionado la pérdida de un deudo querido.



III

En octubre de 1814, cuando don Melchor acababa de terminar su curso de latin, Chile, despues de cuatro años de gobierno propio, fué sometido de nuevo a la dominacion española. El Instituto nacional fué cerrado por los vencedores i la juventud que habia comenzado allí sus estudios, se dispersó en todas direcciones. La persecucion de muchos de los mas ilustres i caracterizados vecinos de Santiago, debia producir la dispersion de sus familias. El mayor número de aquellos jóvenes, en vez de volver a pensar en los libros, corrió mas tarde a enrolarse en las filas del ejército que debia afianzar nuestra independencia, Pero don Melchor de Santiago Concha se hallaba en una condicion mui diferente. Su padre pasó entónces a desempeñar las funciones de rejente de la real audiencia de Chile; por tanto entraba a ocupar uno de los puestos mas encumbrados de la nueva situacion. Resuelto a llevar a término la educacion profesional de su hijo, no pensó mas que en enviarlo a continuar sus estudios a la ciudad de Lima, cuyos establecimientos literarios i científicos gozaban de una inmensa reputacion en toda esta parte de América.

Esos cuatro años de revolucion habian hecho sumamente

raras las comunicaciones entre Chile i el Perú, de tal suerte que era difícil hallar en nuestros puertos un buque que pudiera emprender este viaje. Los jefes españoles, que acababan de consumar la reconquista de Chile, deseosos de hacer llegar a Lima la noticia de sus triunfos, tomaron en Valparaiso una miserable goleta llamada *Mercedes;* i a pesar de su mal estado, la despacharon para el Callao con el parte oficial de la victoria. Ese buque conducia tambien nueve oficiales del ejército vencedor, i las banderas ensangrentadas que los españoles habian recojido en Rancagua. La *Mercedes* zarpó de Valparaiso el 19 de octubre de 1814.

El rejente de la real audiencia habia conseguido que en ese barquichuelo se diera pasaje a su hijo. Don Melchor de Santiago Concha, recordaba hasta en sus últimos años los accidentes de aquel viaje emprendido en circunstancias tan tristes para su patria. Se creeria que como hijo de uno de los mas altos funcionarios del rei de España, sus relaciones de familia habrian hecho nacer en su corazon infantil los sentimientos de simpatía i de adhesion a la causa de los vencedores. Pero léjos de eso, el trato frecuente con sus camaradas de colejio, i el impulso eléctrico comunicado a los espíritus por el entusiasmo revolucionario, le habian inspirado un patriotismo ardoroso i una fe profunda en el triunfo futuro de la independencia nacional. Durante la navegacion, sufria cuanto puede imajinarse al oir a cada rato a los oficiales españoles recordar sus recientes triunfos en Chile i maldecir a los insurjentes de este pais. El buque, por otra parte, no ofrecia comodidades de ningun jénero, tenia averías considerables i llevaba una provision insuficiente de víveres. Por fortuna, el viaje, favorecido por los vientos del sur reinantes en esa estacion, fué corto i feliz. El domingo 6 de noviembre, la goleta *Mercedes* se halló enfrente del Callao, i desde temprano hacia señales a la plaza para anunciar el triunfo de las armas españolas.

Cuando se supo en Lima que estaba a la vista un buque de Chile, se produjo en todas partes una viva ajitacion. Se esperaban con ansiedad las noticias de este pais. Creíase con

fundamento que ellas tendrian una influencia trascendental en la suerte de la lucha jigantesca en que estaba empeñada toda la América. El virrei Abascal se trasladó inmediatamente al Callao. Desde allí despachó a su secretario el brigadier don Simon Rábago a tomar las noticias de que era portadora la goleta *Mercedes* que en esos momentos iba entrando al puerto.

El brigadier Rábago estaba casado en Lima con una hermana del oidor Concha, i era por tanto tio político del jóven estudiante que iba de Chile. Despues de recojer las comunicaciones que conducia la goleta *Mercedes*, Rábago bajó a tierra llevando consigo a su sobrino, i fué a comunicar al virrei la noticia de los grandes triunfos alcanzados por las armas del rei. Contaba don Melchor que aceptando como verdad todas las invenciones que las pasiones políticas de la época hacian circular en Chile, él estaba persuadido de que el virrei Abascal era una especie de monstruo intratable i sanguinario que no pensaba mas que en degollar a todos los partidarios de la independencia americana. En unos fuegos artificiales que se quemaron en la plaza de Santiago el 18 de setiembre de 1814, don Melchor habia visto arder en medio del mayor contento de la concurrencia, un maniquí de trapo i relleno de cohetes i de pólvora, con que se habia querido representar al despótico e inhumano virrei del Perú. Puede imajinarse su sorpresa cuando presentado por el brigadier Rábago, se halló delante de Abascal i cuando oyó a éste preguntarle con la mas sencilla bondad por su familia i por el estado en que quedaba el reino de Chile. El virrei, ademas empleando un tono afable i cariñoso, manifestó al mismo tiempo al jóven chileno su deseo de restablecer la mas absoluta tranquilidad en este pais i de volver la paz i el bienestar a las familias en nombre del rei de España. Pero si estas bondadosas palabras, que debian ser la espresion sincera de las aspiraciones del virrei, podian en cierta manera reconciliarlo con este potentado, don Melchor pasó en esos dias por largas horas de amargura que dejaron en su alma un recuerdo indeleble. Contra su voluntad i contra sus deseos, tuvo

que ser testigo de las fiestas militares i relijiosas que tuvieron lugar en Lima para celebrar los triunfos de los ejércitos del rei contra los independientes de Chile i el nuevo sometimiento de su patria al yugo español.



IV

A principios de 1815 comenzó don Melchor sus estudios superiores en Lima. Incorporóse al efecto en calidad de interno en el famoso seminario Santo Toribio que gozaba de una reputacion inmensa en todos estos paises, i que para la familia de don Melchor tenia el prestijio de haber sido allí donde habian hecho sus estudios muchos de sus antepasados. Segun el sistema de esa época, comenzó por estudiar teolojía i filosofía, i en seguida pasó a cursar jurisprudencia civil i canónica, para optar al grado de doctor en ámbos derechos. Todos esos estudios, como se sabe, debian hacerse en lengua latina.

En aquel establecimiento desplegó don Melchor desde el primer dia las dotes de carácter i de intelijencia por que se distinguió toda su vida. Fué un modelo de seriedad i de buena educacion, e hizo rápidos i sólidos progresos en todos sus cursos. Uno de sus profesores, el mas distinguido de todos ellos, fué un clérigo peruano llamado don José Antonio Fernandini, que desempeñaba el cargo de secretario del seminario, i que se distinguia de sus compañeros de profesorado por la mayor amplitud de sus conocimientos i por su espíritu mas libre de preocupaciones políticas i relijiosas. Este

profesor manifestó una predileccion particular por el estudiante chileno, le daba lecciones de materias que no se enseñaban en el seminario, ponia a su disposicion algunos libros en que el estudiante podia ensanchar sus conocimientos, i lo estimuló a aprender a traducir el frances. Gracias a este último estudio, don Melchor pudo entónces i mas tarde leer muchos libros que eran desconocidos de sus compatriotas i formarse ideas i convicciones que no eran las de los jóvenes que se educaban en esa época. Un hecho característico de aquel sistema de educacion es que don Melchor de Santiago Concha, a pesar de su gusto por la lectura, llegó a recibirse de bachiller en cánones i en leyes sin haber leido otro libro en español que las *Instituciones de derecho civil* de Asso i Manuel.

Su pasion por la lectura estuvo a punto de costarle caro. En la biblioteca particular del presbítero Fernandini existia un ejemplar del célebre libro de Hugo Grocio que lleva por tíulo *De jure belli ac pacis*. Don Melchor lo tomó inocentemente i comenzó su lectura. Esta obra capital, que puede considerarse el punto de partida del derecho de jentes moderno, contiene algunas proposiciones políticas mas que relijiosas, que han merecido que se la coloque en el índice de los libros prohibidos. Grocio condena allí categóricamente la guerra i la persecucion contra los idólatras i los herejes (Lib. II, cap. XX), lo que importa una condenacion terminante de la inquisicion i de la conquista de la América hecha en nombre de Dios i de la relijion. El ejemplar que leia don Melchor era mucho mas peligroso todavía. Estaba acompañado de las notas de uno de los numerosos comentadores de Grocio; i una de ellas. apoyándose en el testo mismo de la Biblia (lib. de Samuel, cap. VIII), sostenia que los reyes habian sido dados al pueblo hebreo por un castigo de Dios.

Se comprenderá fácilmente la alarma que debió producirse entre los profesores del real seminario de Santo Toribio cuando se supo que uno de los alumnos mas estudiosos del establecimiento estaba leyendo un libro que encerraba proposiciones de esa clase. Era rector del seminario a la vez que rector de la universidad de San Márcos, el doctor don Igna-

cio Mier, arcediano de la iglesia metropolitana de Lima, i examinador sinodal del obispado, eclesiástico de gran reputacion por su saber teolójico, i conocido ademas por su carácter adusto i severo. Por mas que profesara un sincero cariño al jóven estudiante, creyó que no podia eximirse de cumplir el doloroso deber de dar parte de aquel hecho al santo tribunal de la inquisicion, pero cuidó de hacer guardar la mas estricta reserva.

En otra época, don Melchor habria sido castigado con las penas severísimas que la inquisicion aplicaba al que leia libros prohibidos. Pero esto ocurria en 1819, cuando los principios de libertad minaban por todas partes el edificio colonial. En el segundo decenio del siglo XIX, el terrible tribunal habia perdido gran parte de su prestijio; i para conservar el que le quedaba, tenia necesidad de contemporizar con el mundo. El estudiante chileno por otra parte, pertenecia a una familia mui relacionada i mui influyente en Chile i en el Perú, i no era posible tratarlo como al comun de las jentes. Don Melchor fué llamado secretamente al tribunal. Uno de los inquisidores le afeó ásperamente el delito que habia cometido leyendo un libro que enseñaba proposiciones vituperables i condenadas; i despues de conminarlo con las penas que debian recaer sobre él en caso de reincidencia, se le hizo prometer que no comunicaria a nadie lo que acababa de ocurrir.

En el principio creyó don Melchor que aquello acabaria en esto solo; pero no sucedió así. El siguiente dia todos los estudiantes fueron convocados a la capilla del seminario. Habíanse instalado en ella tres inquisidores en torno de una mesa en que se hallaba un crucifijo, alumbrado por cuatro cirios. La capilla habia sido oscurecida cerrando todas las ventanas, para darle un aspecto lúgubre. Despues de recitar algunas oraciones, uno de los inquisidores pronunció un corto pero enérjico discurso que produjo una profunda impresion en todos los circunstantes. Dijo que uno de los alumnos del seminario habia cometido el crímen horrendo de leer un libro condenado por la iglesia, i que para que no cayera sobre

ese jóven el baldon de una perpetua infamia, el santo tribunal habia resuelto ocultar su nombre; pero que todos sus compañeros estaban en el deber de pedir a Dios en sus oraciones la remision de un pecado tan abominable. Referia don Melchor que aquella aparatosa ceremonia produjo en todos sus compañeros la mas profunda impresion; i que él mismo guardó sobre este asunto una obstinada reserva hasta 1821, época en que habiendo entrado a Lima el ejército libertador, el tribunal de la inquisicion se desplomó como un edificio ruinoso i fué suprimido para siempre.



V

Despues de mas de cinco años de permanencia en el seminario de Santo Toribio, don Melchor de Santiago Concha habia terminado sus estudios teolójicos [1] i jurídicos para optar al título de bachiller en ámbos derechos. Obtuvo este grado en la universidad de San Márcos de Lima el 6 de setiembre de 1820. Inmediatamente comenzó a iniciarse en el ejercicio de la práctica forense al lado del doctor don Manuel Pérez de Tudela que era considerado entónces una de las lumbreras del foro peruano.

Pero las circunstancias políticas eran poco propicias para

1. El estudio estenso i detenido de la teolojía era entónces indispensable para obtener el título de abogado i para entrar al ejercicio de esta profesion. Así, el señor don Melchor de Santiago Concha, en el curso de sus estudios superiores, rindió en Lima nueve exámenes de teolojía, distribuidos en la forma siguiente: 7 de diciembre de 1817, de lugares teolójicos i prolegómenos de teolojía: 10 de marzo de 1818, de los atributos divinos: 9 de julio del mismo año, del misterio de la Santísima Trinidad: 2 de setiembre, de la creacion; 4 de octubre, del pecado orijinal: 13 de diciembre, del misterio de la Encarnacion; 18 de marzo de 1819, de la gracia; 12 de mayo del mismo año, de los sacramentos en comun; i 3 de agosto, de todos los sacramentos en particular. Todos estos exámenes se rendian en latin. En todos ellos fué «aprobado por todos los votos», dice el libro del seminario.

continuar los estudios. En 8 de setiembre de 1820 desembarcaba en Pisco el ejército libertador que llevaba de Chile el jeneral San Martin, i comenzaba para Lima i para el Perú una serie de ajitaciones i de trastornos que por algun tiempo debian impedir el funcionamiento regular de la universidad i de los tribunales. Por otra parte, don Melchor de Santiago Concha, que se hallaba entónces en la edad de las mas ardientes espansiones del patriotismo, no podia permanecer tranquilo ante el espectáculo que en esos momentos ofrecia la lucha de la independencia americana. Los triunfos alcanzados en Chile por las armas independientes en 1817 i 1818, causa de grandes sinsabores en la corte de los virreyes i en el seno mismo de algunas de las familias con que don Melchor estaba mas relacionado, excitaron su entusiasmo juvenil i lo llenaron de esperanzas por la suerte que en un porvenir no lejano estaba reservada a su patria. Pero el arribo de San Martin i la proclamacion en 1821 de la independencia del Perú bajo el amparo de la bandera chilena, lo pusieron fuera de sí, i casi le hicieron olvidar sus estudios.

Sin embargo, le era forzoso pensar en ellos para atender a la subsistencia de su familia. Despues de la batalla de Chacabuco, en 1817, su padre habia tenido que dejar el puesto de rejente de la real audiencia de Chile. El carácter tranquilo i bondadoso de este majistrado, la probidad que siempre habia desplegado en el ejercicio de sus funciones, i la firmeza con que de ordinario habia combatido las medidas represivas adoptadas por los realistas, lo ponian fuera del alcance de las persecuciones que naturalmente debian seguirse al triunfo de los patriotas. Pero don José de Santiago Concha, privado de su destino, sin ocupacion alguna i sin espectativa de obtenerla, creyó un deber de consecuencia el trasladarse a España en 1820 i seguir la suerte de los mas fieles sostenedores de la causa del rei. Su esposa i sus hijos quedaron en Chile en una situacion precaria, mui parecida a la orfandad i a la pobreza. Don Melchor, impuesto de este estado de cosas, se apresuró a volver a Chile sin haber obtenido el título de abogado, i llegó a nuestro pais a principios de 1822.

Pocos meses mas tarde, la corte de apelaciones de Santiago le reconocia el título de bachiller en cánones i leyes i lo admitia al estudio de la práctica forense.



VI

Al pisar de nuevo el suelo de su patria, don Melchor de Santiago Concha contaba solo veinte i tres años de edad. No poseia siquiera el título de abogado, pero estaba revestido del prestijio de haber hecho con brillo sus estudios en la mas famosa universidad de toda esta parte de la América. Habia, por otra parte, adquirido en la lectura de libros franceses, conocimientos que entónces no se daban en las universidades americanas, i que por el contrario estaban proscritos de ellas. Esos estudios le habian permitido formarse un órden de ideas i de principios de libertad i de reforma que en Chile debian ser una novedad aun despues de asegurada nuestra independencia. En 1822, don Melchor de Santiago Concha era ya lo que fué siempre, un liberal verdadero, de convicciones arraigadas e indestructibles, libre de las preocupaciones de todo órden que entónces avasallaban todavía los espíritus de la inmensa mayoría de sus compatriotas, aun de aquellos que por su cultura relativamente superior, estaban destinados a figurar en la direccion de los negocios públicos.

En esa época (1822) debia reunirse en Santiago una convencion constituyente encargada de dar una constitucion a

la República. Como no estuviesen representados todos los departamentos, la misma asamblea se creyó autorizada para llenar esos vacíos. Por este medio, designó para representar a Valdivia al célebre patriota Camilo Henríquez como diputado propietario, i a don Melchor de Santiago Concha como suplente. Este último, sin embargo, no tomó parte alguna en los trabajos de la convencion. Camilo Henríquez, que ocupó en ella el puesto de secretario, i que en realidad fué el alma de esa asamblea, no faltó jamas a sus sesiones, i por tanto no dió entrada a su suplente.

En julio del año siguiente de 1823, obtenia don Melchor el título de abogado. Cada una de las pruebas a que eran sometidos los aspirantes a ese título, fué para él motivo de una honrosa recomendacion. Los abogados que lo examinaron, fueron el doctor don Bernardo Vera i los licenciados don Agustin Vial i don Modestò Antonio de Villegas. «Consideramos al examinando, dijeron éstos, no solo acreedor a ser admitido en el foro, sino que formamos la mejor esperanza en sus luces». La corte de apelaciones, por su parte, certificó que don Melchor habia contestado en su exámen «con la instruccion correspondiente a la aptitud de jurisprudencia práctica i demas puntos». Pero apénas habia entrado al ejercicio de la profesion, se vió distraido por el desempeño de diferentes cargos públicos. En octubre de ese mismo año fué nombrado por el cabildo de Santiago, asesor de los alcaldes que, como se sabe, tenian entónces a su cargo la administracion de justicia en primera instancia. Poco mas tarde, cuando la constitucion de 1823 creó los juzgados de letras que debian desempeñar abogados titulados, don Melchor de Santiago Concha, a propuesta de la corte suprema de justicia, fué nombrado, con fecha de 24 de abril de 1824, juez de letras del departamento de Coquimbo, que segun la division administrativa de esa época, comprendia todo el estenso territorio que hoi forman las dos provincias de Coquimbo i de Atacama.

Don Melchor de Santiago Concha tomó posesion del juzgado el 26 de mayo, pero no lo desempeñó sino un mes escaso. Se-

gun su renuncia, temia que el clima de la Serena comprometiese su salud; pero en realidad habian mediados motivos de otro órden. En un proceso criminal habia recibido bajo la mayor reserva ciertas confidencias secretas que lo ponian en la alternativa o de faltar a sus compromisos de caballero o a sus deberes de juez. En esa situacion halló mas espedito dejar el puesto. El ministro de gobierno, don Diego José Benavente, al aceptar la renuncia de don Melchor con fecha 7 de julio, emplea palabras i conceptos que revelan el aprecio que ya se hacia de su persona i de su carácter. «Satisfecho, decia, de la rectitud, integridad i celo público que caracterizan la persona de Ud., el supremo director siente profundamente privar a la patria de sus luces i desprenderse de un buen funcionario que ha sabido desempeñar sus deberes tan a satisfaccion del gobierno que la misma confianza que le manifiesta es el testimonio mas honroso de su conducta».



VII

Durante su corta residencia en la Serena, contrajo don Melchor una amistad que debia tener grande influencia en su carrera posterior. Era entónces gobernador-intendente del departamento de Coquimbo el jeneral don Francisco Antonio Pinto. Hombre culto i afable, ilustrado por una lectura abundante i variada i por sus viajes en Europa i en América, profesaba tambien los principios progresistas liberales, i estaba convencido de que la revolucion de la independencia no seria mas que un simple cambio de gobierno pero no de sistema político i social, si se dejaban en pié las antiguas instituciones i mas que todo las preocupaciones coloniales. Aunque catorce años mayor que don Melchor, el jeneral Pinto dispensó a éste su amistad i su confianza, i contribuyó sin duda alguna a fortificarlo en sus convicciones políticas i reformistas.

Casi al mismo tiempo regresaron ámbos a Santiago. Don Melchor volvia a mediados de julio a abrir su estudio de abogado, i el jeneral Pinto se habia venido poco ántes a hácerse cargo del ministerio de gobierno a que lo llamaba el supremo director don Ramon Freire. Suspendida entónces la constitucion de 1823, el gobierno pudo introducir numerosas

reformas en la administracion pública, una de las cuales fué el restablecimiento de un juzgado especial de comercio, conocido desde los tiempos de la colonia con el nombre de tribunal del consulado. Compuesto de comerciantes, debia sin embargo tener un asesor letrado encargado de ilustrarlo con su informe en los casos de derecho. Por decreto de 17 de agosto de 1824, que lleva la firma del director Freire i de su ministro Pinto, don Melchor fué nombrado asesor letrado i secretario del consulado de Santiago, funciones que desempeñó durante algunos años, sin que le impidiesen ejercer la abogacía ante los otros tribunales de la república.

Hasta entónces, don Melchor Santiago Concha no habia desempeñado papel alguno en la política. Durante las ajitaciones del año 1825, fué simple espectador, o si manifestó sus simpatías por el gobierno existente contra las tentativas de los o'higginistas fué solo en su carácter de simple ciudadano. Pero en mayo del año siguiente se hicieron en todo el pais las elecciones para un nuevo congreso que debia reunirse dos meses despues. En ellas cupo a don Melchor el puesto de diputado suplente por las delegaciones de Combarbalá i de Illapel. Se sabe que son mui escasas i deficientes las noticias que se tienen sobre los debates de aquellos antiguos congresos. Los periódicos del tiempo solian publicar reseñas mui sumarias de las sesiones que celebraban esas asambleas, pero esas cortas indicaciones, no bastan en manera alguna para darnos una nocion de sus trabajos ni para apreciar las ideas i los propósitos de sus hombres mas prominentes. Ignoramos por esta causa en cuáles de aquellas discusiones tomó parte don Melchor de Santiago Concha, pero sabemos que combatió entónces con grande enerjía i con buen resultado los enrolamientos forzosos con que se llenaban las bajas en el ejército, i que ademas en ese congreso de 1826 le tocó desempeñar un noble papel. Habia estallado en Chiloé una insurreccion preparada i ejecutada en nombre del jeneral O'Higgins. El presidente interino don Manuel Blanco Encalada, en el primer momento de exaltacion que tales sucesos debieron producir en su ánimo, ocurrió al congreso a princi-

pios de agosto de ese año para pedirle amplias facultades, i la adopcion de ciertas medidas que importaban la proscripcion de O'Higginis del suelo de la patria a que habia consagrado tanta abnegacion i tantos sacrificios. Este asunto dió lugar a largos debates i a complicados incidentes, despues de los cuales fué rechazada la proposicion del ejecutivo. Don Melchor de Santiago Concha, aunque alistado en las filas de los adversarios de O'Higgins, sostuvo entónces con toda entereza que los inmensos servicios prestados por éste a la causa de la independencia, debian declararlo inviolable; i que ningun diputado podia sin deshonra votar la proscripcion de tan ilustre i meritorio ciudadano. Cuando en años posteriores censuraba a O'Higgins por no haber planteado en Chile bajo su gobierno tales o cuales reformas proclamadas por la escuela liberal, don Melchor se sentia sin embargo satisfecho de haber contribuido con su palabra i con su voto a impedir que se sancionase una medida que a su juicio habria sido un baldon para el congreso que la hubiera votado.



VIII

La actitud decidida e independiente de don Melchor de Santiago Concha en el congreso del año de 1826, estableció su crédito i su personalidad política. Desde esa época se le ve figurar, a pesar de sus cortos años, entre los hombres mas caracterizados del pais i ocupar altos puestos públicos. Las dificultades entre el ejecutivo i el congreso de que hemos hablado, habian decidido la renuncia del jeneral Blanco en setiembre de ese año. Con el título de vice-presidente de la república fué elevado al gobierno el ciudadano don Agustin de Eizaguirre, cuya administracion fué tambien turbada con motines i embarazos de varias clases, que eran el resultado natural de la inesperiencia del pais en la práctica del gobierno libre. El nuevo mandatario ofreció a don Melchor el cargo de ministro de hacienda (17 de enero de 1827); pero aunque este puesto debia excitar la ambicion natural de un jóven de veintiocho años, no le fué posible aceptarlo. «Su excelencia el vice-presidente de la república, decia el ministro don Manuel J. Gandarillas al comunicar a don Melchor en 19 de enero la aceptacion de la renuncia, siente profundamente que sus circunstancias particulares no le permitan

desempeñar este destino a que habia sido llamado por sus luces, por su probidad i por su patriotismo».

Desempeñaba a la sazon don Melchor de Santiago Concha, ademas del puesto de asesor del consulado, el cargo municipal de procurador de ciudad. A fines de mayo i a principios de junio de 1827 ocurrieron en casi todo Chile lluvias torrenciales de varios dias que produjeron creces estraordinarias en los rios, i daños de la mayor consideracion en los campos i en las ciudades. En Santiago, el Mapocho tomó proporciones de que no habia recuerdo ni tradicion, salió de su cauce e inundó los barrios del norte dejando sin hogar a millares de familias, en su mayor parte de la clase mas pobre de la sociedad. La avenida, ademas, habia destruido varios molinos, i tanto en Santiago como en los campos vecinos, habia ocasionado la pérdida de algunos graneros i depósitos de víveres. En esta situacion,i ante la espectativa de una hambre pública, algunas personas caritativas, i el cabildo mismo, desplegaron gran celo para dar albergue, alimento i ropa a tantos infelices. Don Melchor de Santiago Concha mostró en esas circunstancias una actividad incansable. Recojió entre los vecinos erogaciones en dinero i en especies, excitó la caridad pública, se proporcionó los recursos mas indispensables para socorrer a tantos desgraciados, i consiguió asilar al mayor número de ellos en los conventos o en propiedades particulares.

En esas circunstancias, un anciano venerable que vivia alejado de la cosa pública, pero que volvia gustoso a ella cada vez que habia que proponer alguna medida de utilidad jeneral, don Manuel Salas, propuso al gobierno la adopcion de algunas medidas trascendentales para la reconstruccion de los barrios inundados. El jeneral Pinto, que en esos momentos gobernaba la república en el carácter de vice-presidente, nombró por decreto de 12 de junio una comision de vecinos ilustrados para estudiar el proyecto de Salas; i en ella dió un puesto al procurador de ciudad, cuyos servicios en aquella ocasion quedaban espresamente reconocidos. Desgraciadamente, la situacion económica del pais, la escasez de

las rentas nacionales, i la pobreza jeneral por la suerte precaria de casi todas las industrias de Chile en esa época, hacian infructuoso cualquier esfuerzo con que se pretendiese acometer obras de esa naturaleza.



IX

El congreso de 1826, en que habia hecho su estreno parlamentario don Melchor de Santiago Concha, se disolvia en junio del año siguiente sin haber dado al pais la constitucion que se le habia pedido, i sin haber resuelto ninguna de las cuestiones mas vitales de organizacion política i administrativa. Las porfiadas contiendas entre federales i unitarios ocuparon la mayor parte de su tiempo; i al fin, ese congreso, desprestijiado ante la opinion, fué disuelto al mismo tiempo que el vice-presidente de la república convocaba otro que debia reunirse el 12 de febrero del año siguiente.

Este es el famoso congreso constituyente de 1828, en que cupo a don Melchor de Santiago Concha el honor de desempeñar un papel mui distinguido. Gozaba entónces de tan gran prestijio entre los liberales, que en las elecciones verificadas en los dias 12 i 13 de enero de ese año, resultó designado representante de dos distintos departamentos, de Santiago i de Santa Rosa de los Andes. Don Melchor optó por este último; i se presentó al congreso lleno de ardorosas ilusiones sobre el resultado de la obra que se iba a emprender, i resuelto a poner de su parte todo el empeño imajinable para dotar a su pais de una constitucion verdaderamente liberal.

Abrió sus sesiones el congreso constituyente el 25 de febrero. Uno de sus primeros acuerdos fué la designacion de una comision que se encargase de preparar el proyecto de constitucion que debia servir de base a los debates de la asamblea. La eleccion de los congresales recayó en don Francisco Ramon Vicuña, don Francisco Ruiz Tagle, don José Maria Novoa, don Melchor de Santiago Concha i don Francisco Fernández. Comenzaron éstos sus trabajos designando para su presidente al primero de los nombrados, en cuya casa se reunian, i para secretario al último de ellos.

Habia en el seno de aquella comision la mas notable diverjencias de opiniones, sobre todo entre las ideas esencialmente conservadoras de Ruiz Tagle i los principios liberales i democráticos de Concha i de Fernández. Queriendo regularizar el debate, i que hubiese una base sobre la cual pudiese recaer la discucion, se acordó que cada uno de los cinco comisionados presentara en esqueleto un plan del código constitucional. Con pequeñas modificaciones, mereció la aprobacion el proyecto elaborado por don Melchor. Confiósele entónces el encargo de darle la forma dispositiva, de relacionar sus diversas partes i de introducir en los detalles las ideas dominantes en el seno de la comision. Don Melchor ejecutó este trabajo con toda actividad, i con todo el esmero que le fué dado poner; pero la redaccion definitiva que dió a su proyecto, si bien arreglada i bien dispuesta en su estructura i en su fondo, se resentia de graves defectos en su forma literaria. A consecuencia de la direccion dada a sus estudios, de la lectura constante de libros escritos en otros idiomas, sobre todo en frances, i a la ninguna práctica de leer libros españoles, don Melchor escribia con poca soltura nuestra lengua, incurria en frecuentes incorrecciones i daba a su pensamiento una redaccion defectuosa, i a veces oscura. La comision de que hablamos, encontrando quizá estos inconvenientes en el proyecto de constitucion presentado por don Melchor, i queriendo seguramente que ese código fuese revestido de una excelente forma literaria i de la mas esmerada claridad, acordó que su secretario don Francisco Fernández lo sometiese,

ántes de darlo a la prensa, a una nueva revision con el literato mas notable que habia entónces en Chile.

Era éste don José Joaquin de Mora, escritor español de conocimientos latos i variados, i de una admirable facilidad de estilo. Estrechamente unido al gobierno liberal de esa época, a quien servia de consejero en muchas ocasiones, Mora tomaba grande interes por los trabajos administrativos, i con frecuencia se encargó de la redaccion de algunas leyes i de importantes documentos públicos. Mediante un trabajo de pocos dias, dió al proyecto de constitucion una forma mucho mas literaria, una redaccion mucho mas correcta, i aquella precisa i sólida claridad que debe ser la primera condicion de un código de esa clase. Don Melchor, que nos referia estos incidentes, contaba que en esta revision se introdujeron en el proyecto dos artículos de los cuales no tuvo conocimiento sino despues que estuvo impreso, i que contenian disposiciones contrarias a sus principios políticos. A pesar de esto, el proyecto fué presentado al congreso el 30 de mayo de 1828 con una discreta esposicion que le sirve de proemio i de defensa de sus disposiciones. Dos meses despues, el 8 de agosto, sancionado por el congreso, era jurado como lei fundamental de la República.

No tenemos para qué hacer aquí el análisis de aquella constitucion ni para qué repetir los juicios que acerca de ella se han dado en otras ocasiones. Puede creérsela poco adaptable al estado político i social de nuestro pais en aquella época; pero no puede desconocerse que era inspirada por sentimientos perfectamente liberales, que era la espresion clara i precisa de esos principios, i que por su disposicion jeneral i hasta por su notable redaccion no se prestaba a ambigüedades ni a torcidas interpretaciones. Reconociendo la organizacion central i unitaria en el gobierno, aquel código conciliaba sin embargo ese sistema con las exijencias de los que pedian la federacion, dejando a las asambleas provinciales una lata libertad de accion. Obedeciendo a los principios liberales, fijaba límites estrictos a la autoridad del ejecutivo i sancionaba todas las bases fundamentales del siste-

ma democrático. Ante la de 1828, las otras constituciones que hasta entónces habia tenido Chile eran leyes restrictivas i anti-liberales por su fondo, i mas o ménos desordenadas e incorrectas en su forma.

El congreso constituyente continuó funcionando hasta fines de enero de 1829. En este tiempo sancionó dos leyes importantes, la de elecciones i la de imprenta, concebidas ámbas en un espíritu igualmente liberal i democrático. Don Melchor de Santiago Concha fué tambien el principal autor de la primera de ellas; pero su proyecto pasó por la revision de don José Joaquin de Mora, i de otras personas hasta recibir la forma en que fué sancionado. Desgraciadamente, todas aquellas reformas iban a quedar sin aplicacion. Los lejisladores se habian adelantado a la situacion política del pais creando instituciones que no podian plantearse en medio de la lucha de las pasiones i de los intereses que estaban en excitacion. Así, pues, las alarmas de revuelta i los motines militares no habian cesado de inquietar al gobierno durante los trabajos del congreso constituyente; i léjos de calmarse despues de la promulgacion del nuevo código, se hizo inmediatamente mucho mas grave i mucho mas difícil aquel estado de cosas.



X

Don Melchor de Santiago Concha, que habia abrazado la causa liberal con todo el ardoroso entusiasmo de la juventud, i que la servia con la mas jenerosa abnegacion, descuidaba casi por completo sus negocios particulares i su estudio de abogado. En esos momentos, no se preocupaba de otra cosa que de los asuntos políticos. Su incansable laboriosidad, la intelijencia que habia desplegado en aquellas luchas, la moderada entereza con que en toda ocasion defendia sus ideas, le habian granjeado un gran prestijio, i a pesar de su juventud, lo habian colocado en primera fila entre los mas distinguidos sostenedores de la causa liberal. Lo hemos visto, en efecto, desempeñar un papel mui importante en la formacion de la constitucion de 1828 i de las leyes orgánicas que la completaban; pero en esa misma época ocupaba tambien otros cargos que nos bastará enumerar para dar a conocer la consideracion que entónces merecia de sus correlijionarios políticos.

Antes que estuviera vijente la nueva lei sobre la prensa, don Melchor desempeñaba, segun el anterior réjimen legal, el cargo de protector de la libertad de imprenta. Era al mismo tiempo rejidor del cabildo de Santiago, de que habia sido

procurador un año ántes. En 18 de diciembre de 1828 fué nombrado miembro de la junta de educacion, i en 25 de febrero de 1829, se le llamó a desempeñar interinamente el alto cargo de fiscal de la corte suprema de justicia. El congreso constituyente, al disolverse, elijió la comision permanente que debia funcionar hasta la reunion del congreso lejislativo; i en ella dió a don Melchor el segundo lugar. En nuestro pais, como se sabe, no han sido numerosos los casos en que un hombre público haya alcanzado honores análogos al cumplir los treinta años de edad.

El congreso lejislativo se reunió en Valparaiso el 4 de setiembre de 1829. Don Melchor de Santiago Concha, que habia sido elejido diputado por la capital, fué designado por sus colegas para ocupar la presidencia de esta cámara. Pero, no fué ésta la única prueba de confianza que en esas circunstancias recibió del congreso. Segun la nueva constitucion, el nombramiento de miembros propietarios de la suprema corte de justicia, correspondia a las dos cámaras lejislativas, reunidas al efecto en una asamblea jeneral. Tuvo lugar esa reunion el 16 de setiembre; i en ella don Melchor fué confirmado en el puesto de fiscal de la corte suprema. La revolucion que ántes de muchos meses derrocó ese gobierno i trastornó todo aquel sistema, vino a dejar sin efecto este nombramiento.



XI

No tenemos para qué contar aquí las peripecias de aquella revolucion trascendental. Don Melchor de Santiago Concha asistió a aquellas ardorosas luchas en las filas liberales, i desplegó la entereza mas incontrastable en la defensa de sus principios junto con una moderacion caballeresca respecto de las personas de sus adversarios. Su patriotismo leal i desinteresado, le hizo concebir la ilusion de llegar a un avenimiento con el jefe de la insurreccion. Pensaba que aunque ese avenimiento trasfiriese el poder a manos de los revolucionarios, evitaria la efusion de sangre i dejaria en pié el réjimen planteado por la constitucion de 1828. Entró en negociaciones con algunos de los miembros mas influyentes del bando contrario; pero las pasiones estaban mui encendidas para que no fracasaran aquellas tentativas de avenimiento.

Asegurado el triunfo definitivo de la revolucion en abril de 1830, don Melchor quiso volver a la vida privada. Sus amigos, sin embargo, se ajitaban todavía tratando de mantener la resistencia por la prensa i por las elecciones, i aun algunos de ellos por medio de desacordadas tentativas de contra-

revolucion. Sus compromisos i sus convicciones arrastraron a don Melchor a tomar parte en esta nueva lucha, pero sin salir de las vias legales, en la redaccion de varios periódicos de esa época.

Aun en esas circunstancias, con fecha de 24 de noviembre de 1830, la corte de apelaciones lo nombraba vocal suplente; i por mas que contrariara a don Melchor el desempeñar estas funciones, no pudo desentenderse de ellas durante dos años, porque no se queria admitirle la renuncia. En esa misma época, el gobierno habia convocado a los pueblos a un congreso que debia reunirse el 1.º de junio de 1831. Por mas que las elecciones se hicieron bajo la presion de la victoria de los conservadores, algunos liberales prestijiosos fueron aclamados en varios pueblos de la República, i unos cuantos de ellos alcanzaron el triunfo en los comicios. Uno de éstos fué don Melchor de Santiago Concha, a quien cupo el honor de la diputacion por el departamento de Elqui. Sin embargo, no pudo tomar mas que una parte limitada en las deliberaciones de esa asamblea.

En el congreso de 1831 se discutieron con mucho calor algunos de los actos del nuevo gobierno, i sobre todo el haber dado de baja a los militares que no habian querido reconocerlo legalmente; pero la mas importante de sus resoluciones fué la declaracion de la necesidad de reforma inmediata de la constitucion de 1828, i la organizacion del congreso constituyente que debia llevar a cabo esta reforma. La revision de aquel código bajo la influencia de la reaccion conservadora, debia naturalmente hacerse en un sentido mucho ménos liberal que el que habia inspirado a los constituyentes de 1828. Los hombres de convicciones i de principios sinceramente liberales que figuraron en aquella asamblea, fueron desde el primer momento adversarios francos i resueltos de la reforma. Se comprende fácilmente que el congreso de 1831 al elejir a los individuos que debian componer la nueva constituyente, no diera lugar en ella a don Melchor de Santiago Concha ni a ninguno de los hombres que por la fijeza de sus principios liberales i por la entereza de su carácter, pu-

dieran embarazar la reforma constitucional. Así, pues, la clausura del congreso lejislativo de 1831 puso término por largos años a su carrera política.



XII

Hemos dicho que faltan los documentos para estudiar la historia de aquellas antiguas asambleas, i para apreciar el papel que en ellas desempeñaron tales o cuales hombres. Si no podemos conocer la participacion que don Melchor de Santiago Concha tuvo en todas las reformas que entónces se llevaron a cabo, sabemos sí que en la asamblea constituyente de 1828 i en los congresos lejislativos fué uno de los campeones mas resueltos de los principios liberales. En su defensa mostró la conviccion mas profunda i honrada unida a la mas perfecta moderacion en la forma. A su iniciativa se debieron muchas de las garantías liberales consignadas en la constitucion de 1828 i en diversas leyes de esa época; pero en los debates sostuvo ademas otros principios que debian abrirse camino mas tarde o mas temprano. Contábanse entre éstos la supresion de la pena de muerte por delitos políticos, la abolicion de la pena de azotes [1], la abolicion de la prision por deudas, i el establecimiento de la tolerancia relijiosa.

---

1. La primera tentativa que en Chile se hizo para abolir la pena de azotes fué una mocion presentada por Camilo Henríquez en 9 de agosto de 1822 a la convencion constituyente de ese año. Esa pena fué suprimida

Referia don Melchor que en el seno de la comision encargada de preparar el proyecto de constitucion de 1828, él se avanzó a proponer el reconocimiento esplícito i terminante de este último principio. Esta indicacion, sin embargo, aunque contó con el apoyo de don Francisco Fernández, fué ardorosamente combatida por don Francisco Ruiz Tagle i por don Francisco Ramon Vicuña. Convencido al fin de que ese principio no seria aprobado jamas, don Melchor se contentó con dejar sancionado el artículo 4.º en la forma siguiente: «Nadie será perseguido ni molestado por sus opiniones privadas». Pero, en el informe con que fué pasado a la asamblea el proyecto de constitucion, cuidó ademas de dejar consignada la interpretacion que debia darse a ese artículo. «Los pueblos chilenos, decia, quieren la relijion de sus padres que es la católica, apostólica, romana, i no quieren otra; pero no propenden a una intolerancia feroz, como la que señaló los dias del yugo colonial. El proyecto de constitucion ofrece suficiente garantía a los estranjeros de otras creencias, prohibiendo toda especie de persecucion por opiniones privadas».

---

por un senado consulto de junio del año siguiente, pero fué restablecida mas tarde. Don Melchor la combatió en toda ocasion con una tenacidad incontrastable.



XIII

La caida del partido liberal, su separacion absoluta de la direccion de los negocios públicos, alejaron por cerca de treinta años a don Melchor de los puestos en que podia hacer oir su voz i ejercitar la lejítima influencia de su prestijio. Durante quince años, vivió consagrado casi esclusivamente al ejercicio de la abogacía, conquistándose a la vez que la reputacion de la mas sólida e inalterable probidad, una de las posiciones mas ventajosas del foro chileno. En 1842, al crearse la universidad de Chile, el gobierno le dió uno de los puestos en la facultad de leyes i ciencias políticas, al lado de los jurisconsultos mas distinguidos que entónces tenia el pais.

Si el ejercicio de la abogacía daba en esos años este prestijio, producia en cambio utilidades pecuniarias que no guardaban relacion con el trabajo i con las fatigas que imponia. En 1846, don Melchor, en posesion de una modesta fortuna, cerró su estudio i se hizo agricultor en una hermosa hacienda del departamento de Melipilla. Catorce años de tarea continua e intelijente le permitieron labrarse una posicion regularmente holgada, i buscar en el seno de la familia el

descanso que reclamaba su edad, i a que era justamente merecedor.

Durante este período de cerca de treinta años, desde 1831 hasta 1859, en que estuvo alejado de toda intervencion directa en la política, don Melchor no dejó de seguir con el mas vivo interes la marcha de los sucesos que interesaban al engrandecimiento i a la prosperidad de la patria, o que importaban un progreso de las ideas liberales. Al acercarse la renovacion de presidente de la República en 1841 i en 1851, su nombre volvió a aparecer entre los que se afanaban por llevar al poder un candidato liberal. Pero don Melchor tuvo ademas otra esfera en que prestar sus servicios a sus correlijionarios políticos. Se sabe que durante esos treinta años, fueron frecuentes los procesos por el delito verdadero o imajinario de conspiracion. Bajo el primer decenio del gobierno conservador, don Melchor fué el defensor obligado del mayor número de los procesados, i esa defensa debió atraerle un penoso trabajo i los mas amargos sinsabores.



XIV

Su verdadera reaparicion en las luchas políticas data, como ya dijimos, de una época mui posterior. En marzo de 1858, don Melchor de Santiago Concha habia sido elejido diputado por Melipilla. Pero no hizo su aparicion en el congreso sino el año siguiente, en circunstancias bien difíciles. El gobierno acababa de sofocar una revolucion, i se empeñaba en reprimir con mano firme todos los jérmenes de insurreccion. El 18 de setiembre de 1859 habia estallado en Valparaiso un sangriento motin popular que fué vencido fácilmente por la tropa, pero en que pereció el intendente de la provincia. Estos sucesos habian provocado la mas rigorosa represion, prisiones, procesos, destierros, fusilamientos. Los pocos liberales que tenian entónces un asiento en el congreso, casi en su totalidad estaban presos o desterrados; i todo dejaba ver que era mui peligroso el contrariar por cualquier medio la accion o las intenciones del gobierno. Don Melchor, sin embargo, se presentó valientemente al congreso a sostener los principios de toda su vida, i a dar a los gobernantes los consejos mas sanos i prudentes para salir de aquella situacion.

En la sesion que la cámara de diputados celebró el 22 de

setiembre, don Melchor presentaba un estenso i bien elaborado proyecto de reforma de la constitucion política. Proponíase demostrar que las revoluciones no se sofocan con los fusilamientos i los destierros, sino con la remocion franca i resuelta de las causas que la producen. A su juicio, la libertad era el único remedio contra los males que se lamentaban. La mocion de reforma constitucional fué rechazada en medio de las ardientes imprecaciones i de las mas esplícitas muestras de disgusto, pero el tiempo vino en breve a dar la razon a don Melchor de Santiago Concha. Mui poco mas tarde, una provechosa esperiencia demostraba prácticamente que la reforma liberal de nuestras instituciones, no solo no ofrecia ningun peligro, sino que debia poner término definitivo a las revueltas i perturbaciones.

El año siguiente don Melchor sostuvo en la cámara, en compañía con otros tres diputados liberales, una valiente i honrosa campaña. El gobierno habia presentado al Congreso un proyecto revestido con el nombre de lei de responsabilidad civil, pero en el cual se establecia propiamente la confiscacion por delitos políticos. Don Melchor de Santiago Concha salió resueltamente a combatir aquel proyecto, i sin ser un orador en toda la estension de la palabra, alcanzó un verdadero triunfo parlamentario. En los discursos que pronunció con este motivo no es posible dejar de admirar la sinceridad de sus convicciones liberales, la elevacion de sus propósitos i la rectitud de su juicio. Don Melchor i sus compañeros en aquel debate, salieron derrotados ante la votacion de la cámara; pero vencedores ante la opinion nacional. La lei de responsabilidad civil, aunque modificada en el congreso, en un sentido ménos violento, nació muerta. Fué derogada ántes de mucho tiempo; i su recuerdo se conserva como el de uno de los mas deplorables errores que la pasion haya hecho cometer a los partidos políticos de Chile.



XV

El cambio ocurrido en la direccion de los negocios públicos de Chile desde 1861, encontró a don Melchor de Santiago Concha invariable en las opiniones que habia sostenido con tan profunda conviccion treinta años atras. Pero su edad ya bastante avanzada, no habia de permitirle tomar una parte principal en la política activa militante.

En este último período de su vida, don Melchor ocupó, sin embargo, los puestos de diputado, senador i de consejero de estado. Diputado por Santiago en 1864, tres años despues era elejido por Valparaiso. En virtud de las elecciones de 1870, pasó a ocupar un asiento en el senado, i perteneció a este cuerpo hasta que se hizo su renovacion completa en 1876 a consecuencia de la reforma de la constitucion. Desde 1874, hasta 1881 no cesó de formar parte del consejo de estado, por nombramiento del presidente de la República durante los dos primeros años, i por eleccion del senado los cinco siguientes. En este tiempo, ademas, ejerció, por eleccion de sus colegas, la vice-presidencia del consejo de estado.

A pesar de su edad avanzada, i de las dolencias consiguientes a ella, don Melchor de Santiago Concha conservaba

su intelijencia i su enerjía moral, tomaba parte en las discusiones, las ilustraba con sus estudios i con su esperiencia, i ejercia sin aparato i sin pretenderlo, una noble i lejítima influencia en la direccion de los negocios públicos. Firme e inamovible en sus antiguas convicciones, don Melchor estuvo hasta sus últimos dias al lado de toda reforma liberal. En su venerable vejez les prestó el apoyo que podia darles el alto prestijio de su nombre, así como en su juventud les prestó la colaboracion de su ardorosa actividad i de su ilustrada iniciativa. Mas feliz que todos los que con él se hicieron en los primeros tiempos de la República, los iniciadores de las reformas liberales, don Melchor de Santiago Concha alcanzó a ver convertida en lei una buena parte de las innovaciones que él habia defendido en su juventud, i que por largos años fueron combatidas por los partidos vencedores.



XVI

Las dotes de carácter que distinguian a don Melchor de Santiago Concha no tenian nada de artificial ni de aparatoso. Era imposible hallar un hombre mas sincero en sus afecciones i mas convencido en sus propósitos. Llevando a la vida privada la misma rectitud de miras, la misma suavidad de trato, la misma induljencia para con los demas, habia formado en torno suyo un hogar tranquilo i placentero en que reinaba sin interrupcion la mas perfecta felicidad doméstica.

Contribuian a este resultado la intelijencia clara i penetrante i las altas virtudes de una esposa admirable. En octubre de 1833, don Melchor habia contraido matrimonio con la señora doña Damiana Toro, i habia formado en seguida una familia ejemplar por el cariño i por la union. Durante cincuenta años, su casa fué el centro de reunion de sus deudos i de sus numerosos amigos; i allí se deslizaban tranquilos los años del ilustre anciano. Todo parecia contribuir a mantener ese bienestar. Si su edad avanzada no le permitia ya el libre ejercicio de sus miembros, i le impedia andar con soltura i desembarazo, don Melchor, como los hombres de espíritu cultivado, encontraba en la lectura el mas agradable pasatiempo. Hasta un mes ántes de su muerte, fué un lector asiduo de la *Revue des deux mondes*. Era agradable

observar el vivo interes con que en sus últimos años seguia el movimiento político europeo.

Una serie de súbitas desgracias vino a acelerar el fin natural de su existencia. A mediados de marzo de 1883, don Melchor perdia un yerno querido, don Pedro García de la Huerta, caballero dotado de las mas nobles i estimables prendas de carácter. «Yo habia creido, decia con los ojos bañados de lágrimas, que mis ochenta i cuatro años me habrian libertado de esta situacion. Nunca creí que a esta edad tendria que llorar la pérdida de mis hijos». Sin embargo, logró sobreponerse en parte a su afliccion, i mes i medio mas tarde parecia haberse tranquilizado un poco.

Pero entónces recibia mas inesperadamente todavía un nuevo golpe que debia afectarle mas profundamente. Su distinguida esposa, la excelente compañera de cincuenta años de inalterable felicidad doméstica, fallecia casi repentinamente el dia 2 de mayo, de resultas de un violento ataque apoplético. Don Melchor pareció recibir con alguna resignacion ese golpe fatal. Conservó cierta aparente tranquilidad durante unos pocos dias, si bien se le veia reconcentrado i silencioso. Sin embargo, un pesar amargo i desgarrador agobiaba su espíritu i aniquilaba su salud. Una fiebre lenta consumia sus fuerzas sin que ni la ciencia de los médicos, ni los cuidados de sus hijos fuesen capaces de contenerla. Por fin, el 26 de mayo de 1883, poco ántes de la nueve de la mañana, el ilustre anciano espiraba tranquilamente rodeado de sus hijos i de las personas que le eran mas queridas. Las circunstancias todas de su muerte revelaban la grandeza i la ternura de su alma.



XVII

Hubiéramos querido terminar esta reseña biográfica consignando en seguida los rasgos distintivos del carácter de don Melchor de Santiago Concha para dejar trazado en pocas líneas su retrato moral. Ese retrato ha sido bosquejado con singular maestría en un discurso majistral que con palabra conmovida pronunciaba don Miguel Luis Amunátegui el 27 de mayo al borde del sepulcro del viejo servidor de la causa liberal. Ese notable discurso es el mejor epílogo con que podríamos poner término a estas pájinas.

Helo aquí:

«Concededme, señores, el honor, el alto honor de ser el intérprete fiel, aunque conmovido, del duelo público que aquí nos ha congregado.

«No podemos separarnos en silencio de una sepultura como ésta.

«Asistimos a los funerales de un patriota egrejio, cuya vida perfectamente empleada, encierra provechosas lecciones que nos importa mucho retener.

«Don Melchor de Santiago Concha ha sido uno de los patriarcas de la libertad en Chile: i por eso no debemos entre-

gar a la tierra su ataúd sin que una voz amiga recuerde, siquiera someramente, sus relevantes prendas.

«El ilustre ciudadano que acabamos de perder ha prestado al pais entero servicios valiosos i eminentes con una abnegacion de que hai pocos ejemplos.

«Aunque pertenecia a una de las familias mas encumbradas de la América, patrocinó con celo i entusiasmo el establecimiento de las instituciones democráticas.

«Sus entronques i conexiones le vinculaban al réjimen antiguo; pero su jenerosidad nativa, i su instruccion le llevaron desde temprano a alistarse entre los mas ardientes propaadores de las innovaciones políticas i sociales.

«A pesar de ser un hombre pudiente de posicion holgada, abrazó la causa de los pobres i de los desheredados.

«Durante su prolongada existencia, fué uno de los campeones mas denodados de la libertad, peleando por ella i para ella reñidos combates.

«Dotado de una intelijencia perspicaz i exenta de preocupaciones añejas, promovió sin tregua ni reposo la reforma de nuestro código fundamental; i tomó una parte importantísima en esta laboriosa tarea.

«En su concepto, la constitucion escrita de un pueblo debia asemejarse a la toga viril, que permite el conveniente desenvolvimiento i el fácil ejercicio del cuerpo, i no a la camisa de fuerza, que lo comprime i paraliza.

«Con el mismo ahinco, trabajó en que se derogasen o modificasen todas las leyes opresivas, que menoscababan en algo las garantías individuales, o la dignidad humana.

«Don Melchor de Santiago Concha sirvió al sistema liberal no solo en la prensa i en el congreso, sino tambien en el hogar doméstico, donde era consultado amenudo por sus corelijionarios, que tributaban acatamiento a su sagacidad i prudencia.

«Era un estadista de criterio seguro i de corazon bien puesto, cuyos consejos merecian ser escuchados i adoptados.

«Consecuente con los severos principios que guiaban su conducta, siguió siempre la línea recta, sin esos estravíos i

esas variaciones a que la pasion o el interes arrastran con frecuencia.

«Personas entendidas i esperimentadas en la materia, pregonan que la política es una especie de carbon hecho ascua, que, de ordinario, tizna o quema a los que se mezclan en ella.

«El señor Concha, que, desde su primera juventud hasta su muerte, ha tenido una injerencia inmediata i activa en la política, ha salido no obstante, ileso e inmaculado.

«Creo fácil esplicar un resultado tan honroso para él.

«El señor Concha defendia con calor sus convicciones, pero respetaba siempre la lei, i no hacia jamas de la cosa pública ni indigna farsa, ni infame granjería.

«El mejor de los elojios que pueda hacérsele es el de haber proporcionado un modelo de buen ciudadano en una república verdadera.

«Desde remoto tiempo, ha venido repercutiendo de edad en edad como un eco destemplado, un pensamiento amargo consignado en un famoso verso griego, recien traducido por un poeta español.

«¡Dichoso aquel que cuando jóven muere!

«Esa triste esclamacion del desaliento seria por cierto harto estemporánea en las presentes circunstancias.

«El anciano venerable que, como el señor Concha llega al término natural de la existencia, cargado de años i de merecimientos, es cien veces mas feliz.

«¡Corta vida, corta lucha, corta cuenta! es el grito del miedo i de la pusilaminidad; no el del deber valientemente cumplido, ni el de la probidad justamente orgullosa de su pureza.

«La suerte envidiable es la del varon preclaro que ha intervenido en gran número de sucesos, i solo deja recuerdos gratos i saludables a sus deudos, a sus amigos, a sus compatriotas; que ha vivido muchos años, i, a pesar de ello, no tiene un solo acto que ocultar, ni de qué avergonzarse.

«El nombre de don Melchor de Santiago Concha está ligado a los anales de Chile, i no podrá ser arrancado de sus pájinas.

«El ha muerto para la tierra; pero vive para la historia.

«El olvido no le sepultará bajo su espesa sombra.

«El recuerdo indeleble de sus incesantes servicios fulgurará sin intermitencia en la memoria de todos, a pesar de su fallecimiento, como se percibe en el cielo la luz radiante de una estrella de primera magnitud durante millares de años, aun cuando el astro de que emanaba haya cesado de existir».

DON JOSÉ JOAQUIN PÉREZ
(1801-1889)



§ 16

DON JOSÉ JOAQUIN PÉREZ [1]

(1801-1889)

Acaba de bajar a la tumba, cargada de años, de méritos i de servicios, una de las personalidades mas relevantes i distinguidas de nuestra historia política de nacion libre e independiente. El señor don José Joaquin Pérez, que desempeñó los mas altos cargos de la República, ha fallecido a la avanzada edad de ochenta i ocho años; i aunque conservaba siempre la entereza i la elevacion de su carácter, i la claridad de su intelijencia, su alejamiento sistemático de los negocios públicos desde largo tiempo, lo tenia definitivamente segregado del movimiento político de nuestros dias. Sin embargo, su muerte ha sido lamentada en todas partes como una desgracia pública. En Santiago i en las provincias la prensa periódica, rindiendo el debido homenaje a su nombre i a sus virtudes, ha recordado con palabras de sentida simpatía, los servicios que el señor Pérez prestó a la patria, i sus altas cualidades de estadista i de gobernante. Hoi que este diario consagra un nuevo recuerdo a la memoria de este distingui-

1. Se publicó en la *Libertad Electoral*, núm. del 15 de junio de 1889.

NOTA DEL COMPILADOR.

do servidor de la nacion, vamos a destinarle este rápido bosquejo biográfico.

Nació el señor José Joaquin Pérez en la ciudad de Santiago el 6 de mayo de 1801. Sus padres, don Santiago Pérez i Salas i doña María de la Luz Mascayano i Larrain, formaban parte de la alta aristocracia colonial, i estaban relacionados por los vínculos de la sangre con muchas de las familias que tenian entónces mas encumbrada posicion i que mas parte tomaron en el movimiento revolucionario de 1810. El padrino de bautismo del futuro presidente de la República, fué su tio don Joaquin Larrain i Salas, entónces fraile mercenario, secularizado mas tarde, presidente del primer congreso de Chile, i uno de los mas ardorosos i resueltos promotores de la revolucion, i de todas las reformas que proclamó en sus principios.

Entre los mas distinguidos parientes de don José Joaquin Pérez, debe recordarse especialmente el nombre de su abuelo paterno, que fué el fundador de esta familia en la sociedad chilena. Llamábase don José Pérez García. Español nacido en la villa de Colindres, en el señorío de Vizcaya, establecido en Chile en 1750, formó en el comercio una fortuna considerable, i se conquistó por su probidad i por la rectitud de su juicio una ventajosa posicion en la colonia. Fué todo lo que en esa época podia ser en Chile un hombre de bien i un hombre distinguido, miembro del cabildo, miembro del tribunal de comercio, teniente coronel de milicias; i mereció la confianza de alguno de los presidentes de Chile. Aunque en su juventud no habia recibido una educacion literaria, se apasionó aquí, por el estudio de nuestras tradiciones i de los papeles viejos que guardaban los archivos, i reunió los materiales para componer una historia jeneral de Chile.

En 1804, cuando contaba ochenta i tres años de edad, don José Pérez García dió la última mano a sus trabajos preparatorios, i emprendió la redaccion definitiva de su obra, que vió terminada seis años despues. Aquella historia que hasta hoi permanece inédita, incompleta por la deficiencia de los materiales de que el autor pudo disponer, imperfecta

por la escasa preparacion literaria de éste o mas propiamente por su desconocimiento de los modelos del arte histórico, i mas imperfecta todavía por su redaccion incorrecta i descuidada, es sin embargo un monumento de perseverancia i en muchas ocasiones de sagacidad para esclarecer algunos puntos dudosos. Don José Pérez García, padre de una numerosa familia, mui respetado por sus contemporáneos i estimado por cuantos han podido consultar su libro, falleció en Santiago, en noviembre de 1814, cuando contaba noventa i tres años de edad, por efecto del pesar que le causó el saber que el mayor i el mas querido de sus hijos, don Francisco Antonio Pérez García, habia sido confinado al presidio de Juan Fernández por el gobierno español de la reconquista. Como su ilustre nieto, aquel anciano venerable falleció en el pleno goce de sus facultades intelectuales.

Debe tambien recordarse entre los antepasados de don José Joaquin Pérez a don Manuel Jerónimo de Salas, vizcaino, orijinario tambien de la villa de Colindres, i padre de doña María del Rosario Salas i Ramírez, que fué la esposa de don José Pérez García. Don Manuel Jerónimo de Salas, comerciante acaudalado de Santiago a mediados del siglo último, tuvo la idea filantrópica de fundar un enterratorio para los pobres que no podian comprar sepultura en las iglesias, i construyó a sus espensas la capilla de la Caridad que prestó ese servicio durante cerca de tres cuartos de siglo. Aquel buen caballero (que sea dicho entre paréntesis, no tenia parentesco alguno con el ilustre don Manuel Salas i Corvalan), i los ediles que fueron sus contemporáneos, no hallaron el menor inconveniente en que ese cementerio popular se hubiese situado a cuadra i media de la plaza central de la ciudad. Era aquel el tiempo en que en Madrid mismo, segun cuenta el historiador de Cárlos III (Ferrer del Rio, tomo IV, páj. 64), una comision de médicos informaba a los ministros de ese soberano que no convenia remover i retirar las basuras de la ciudad, porque ellas eran un elemento de salubridad.

Don José Joaquin Pérez nació bajo aquel réjimen de preocupaciones i de ignorancia, pero le tocó en suerte ver en su

primera juventud la aurora de un nuevo dia, i alcanzar en seguida una época de luz i de cultura para el espíritu. Incorporado desde mui temprano en la academia de San Luis que habia fundado en Santiago don Manuel Salas, hizo allí don José Joaquin Pérez sus estudios primarios, i cursó en seguida los primeros elementos de matemáticas hasta la jeometría, bajo la direccion delpadre franciscano frai Francisco de la Puente (español de nacimiento), que mas tarde fué por un corto tiempo rector del Instituto nacional i canónigo de la Catedral de Santiago. Cerrada esa academia en 1813, al abrirse el Instituto, pasó el señor Pérez a este último establecimiento, i allí estudió el latin, teniendo por profesor a frai José María Bazabuchiascuad, fraile franciscano, orijinario de San Juan de Cuyo, que con razon era tenido por el mas insigne latinista de todo el reino de Chile. En el Instituto nacional, tuvo el señor Pérez por condiscípulos a don Diego Portales, don Melchor de Santiago Concha, don Pedro Palazuelos, don Pedro Godoi i otros hombres que en la política, en el foro o en la milicia adquirieron poco mas tarde alguna celebridad.

Clausurado el instituto en diciembre de 1814, don José Joaquin Pérez pasó a continuar sus estudios al convento de San Agustin. Tuvo allí por profesor a un fraile apellidado Figueroa, que como los demas maestros de la época, enseñaba la filosofía en el latin macarrónico de las escuelas i de las sacristías. Toda aquella enseñanza habria sido de la mas escasa utilidad para el señor Pérez, si éste no hubiera podido disponer de algunos libros en qué ensanchar sus conocimientos, si no hubiese conocido i tratado entónces mismo a muchos de los hombres mas distinguidos de Chile, i si no hubiese viajado en el estranjero recorriendo los paises mas cultos i avanzados del nuevo i del viejo mundo. En la propia casa de su familia vivia su tio i padrino don Joaquin Larrain, en cuya sala se reunian noche a noche don Manuel Salas, el doctor don Bernardo Vera, don Francisco Antonio Pérez i Salas, Camilo Henríquez, desde que regresó de Bue-

nos Aires, i otros caballeros que con justo motivo eran contados entre los hombres mas distinguidos de Chile.

Hablaban allí principalmente de los acontecimientos políticos del dia; pero la conversacion versaba tambien sobre algunos paises estranjeros, i los mas ilustrados entre los tertulianos daban noticia acerca de la historia i de las instituciones de esos pueblos. Don José Joaquin Pérez, que conservó hasta sus últimos años una memoria prodijiosa, que referia con perfecto órden i con admirable colorido los sucesos de la revolucion de la independencia que pudo presenciar en su niñez i en su juventud, describia con toda claridad el carácter de aquellos hombres en cuya conversacion habia recibido los primeros conocimientos de un órden mas elevado que los que se adquirian en las escuelas i en los colejios. En las apreciaciones que hacia del carácter, de la intelijencia i de la ilustracion de aquellos hombres, don José Joaquin Pérez daba la preferencia a don Manuel Salas.

El gobierno de Chile estaba entónces empeñado en entrar en relaciones diplomáticas con algunas potencias estranjeras para obtener que fuese reconocida la independencia nacional. A este propósito habia correspondido el envío de una legacion a Roma i de otra a Inglaterra. En 1826 se resolvió enviar un ministro diplomático a los Estados Unidos i a Méjico, i se confió este encargo a don Joaquin Campino que acababa de desempeñar el puesto del ministro de interior. Don José Joaquin Pérez, que acababa de cumplir veintiseis años, fué honrado con el cargo de secretario de esa legacion. Con ese carácter residió cerca de dos años en Estados Unidos; i como los trabajos diplomáticos i de oficina fuesen mui escasos, empleaba su tiempo en recorrer las ciudades mas notables de la gran república, en visitar los establecimientos útiles, i en estudiar las instituciones i las costumbres políticas formadas allí bajo el réjimen de la libertad i de la democracia. El señor Pérez, que habia comenzado en Chile el estudio del ingles, i que lo habia continuado en la navegacion, llegó no solo a leerlo sino a hablarlo corrientemente. Esta circunstancia, así como su pasion por la lectura, le permi-

tieron ensanchar considerablemente el círculo de sus conocimientos.

En 1829 regresaba a Chile don Mariano Egaña, que habia desempeñado durante algun tiempo la legacion que la república mantenia en Inglaterra. Aunque ninguna nacion europea reconocia aun nuestra independencia, quedaba allí su último secretario don Miguel de la Barra con el título de cónsul jeneral en Lóndres i en Paris, i con poderes de encargado de negocios para presentarlos cuando fuera oportuno.

Por órden del gobierno, don José Joaquin Pérez fué trasladado a Europa con el cargo de secretario de aquella legacion[1], i residió allí hasta fines de 1833. En ese tiempo le tocó ser testigo de grandes i trascendentales acontecimientos, la caida de los Borbones del trono de Francia por la revolucion de julio de 1830, i la primera aparicion del cólera morbus en Europa en 1832, acontecimientos que referia con notable amenidad i con una estraordinaria abundancia de detalles que conservaba su memoria prodijiosa. En Europa conoció ademas i trató con mucha intimidad al jeneral don José de San Martin i a algunos otros americanos ilustres que despues de haber cooperado a la independencia de sus paises respectivos, habian sido arrojados de ellos por la ola de las revoluciones interiores, i buscaban la paz i la tranquilidad en el estranjero.

Los trabajos de esta segunda legacion eran mui limitados; pero los emolumentos eran casi nulos. A consecuencia de la

1. El ajente de Chile que recibió la comunicacion de la cancillería francesa sobre reconocimiento de la independencia de los nuevos Estados hispanos americanos, fué don José Joaquin Pérez que de secretario de la legacion chilena en Washington, habia sido trasladado a Paris con el título de cónsul. En ese carácter le tocó entablar relaciones con el gobierno frances; pero como hubiera anunciado su propósito de regresar a Chile, el gobierno nombró en enero de 1831 encargado de negocios en Francia, a don Miguel de la Barra, que desempeñaba el consulado chileno en Lóndres. En octubre siguiente se confió a este último igual representacion en Inglaterra. Véase *Hist. Jen. de Chile* (190?) t. XVI, páj. 163.

NOTA DEL COMPILADOR.

pobreza i del desconcierto de nuestros primeros gobiernos, aquellas legaciones eran pagadas con tanta irregularidad que se pasaban a veces muchos meses sin que recibiesen un solo peso por el sueldo de sus empleados. Los padres de don José Joaquin Pérez, que poseian una fortuna considerable, suplian esa deficiencia, i enviaban a éste los recursos necesarios para que llevase en los Estados Unidos i despues en Europa una vida libre de cuidados de ese órden.

Esta circunstancia, unida a su conocimiento del ingles i del frances, le permitió viajar por diversos paises, i ensanchar así el caudal de los conocimientos que adquiria en la lectura, a que habitualmente consagraba algunas horas cada dia. Al regresar a Chile a principios de 1834, i despues de una navegacion que habia durado cinco meses, don José Joaquin Pérez, por la estension i variedad de nociones que habia adquirido en sus viajes, en el trato con algunas personas distinguidas i en los libros, era uno de los hombres mas ilustrados de nuestro pais. En la renovacion de congreso efectuada ese mismo año, fué elejido diputado suplente por dos departamentos, por Santiago i por Itata.

En esas condiciones, i contando ademas con el valimiento de su familia i de algunos de sus amigos de infancia que ahora se hallaban cerca del gobierno, no era raro que se le ofreciesen puestos públicos de mas o ménos consideracion. Pero el señor Pérez vió al partido dominante fraccionado en dos matices, uno de los cuales, el llamado «filopolita» pedia la cesacion de todo réjimen de coaccion i de violencia, i la iniciacion de algunas reformas liberales. La templanza de su carácter, el recuerdo de lo que habia visto en los paises libres, i hasta algunas de sus relaciones de familia, lo arrastraban hácia este bando, que desgraciadamente no alcanzó a ejercer una influencia decisiva en la marcha de los negocios públicos. El señor Pérez vivió así cerca de tres años, en buenas relaciones con los hombres de gobierno, pero sin aceptar cargo alguno de carácter administrativo.

Acontecimientos inesperados, lo hicieron desistir de esa prescindencia. En esa época se venia preparando un rompi-

miento entre Chile i la Confederacion Perú-boliviana recientemente organizada por el jeneral Santa Cruz. En la prensa i en los consejos de Gobierno se trataban estos negocios con grande ardor. El señor Pérez escribió sobre este asunto algunos artículos que fueron publicados en *El Araucano*, el periódico oficial de la época, i que llamaron la atencion. Al fin, en diciembre de 1836, despues de estériles negociaciones para evitar un rompimiento, el gobierno de Chile declaró la guerra a la Confederacion.

Deseando buscarse aliados entre los otros pueblos americanos, resolvió enviar una legacion a la República Arjentina con ese objeto; i la confió a don José Joaquin Pérez. Esta mision dió el resultado mas completamente feliz que podia esperarse. El gobierno arjentino pactó en un tratado solemne la alianza con Chile, organizó en las provincias del norte un cuerpo de ejército, i lo hizo avanzar sobre la frontera boliviana.

Si bien es verdad que estas operaciones fueron mucho ménos eficaces de lo que habria convenido, ellas sirvieron al ménos para distraer la atencion del enemigo, i para obligarlo a destinar una porcion de sus tropas a la defensa de esa parte de su territorio. El señor Pérez, obligado a permanecer en Buenos Aires por estas jestiones, solo regresó a Chile a principios de 1840.

Por entónces pareció de nuevo dispuesto a vivir alejado de los cargos públicos, o a desempeñar sólo el de diputado a que fué llamado en las elecciones jenerales de 1840 i de 1843. El señor Pérez acababa de contraer matrimonio con la distinguida señora doña Tránsito Flores, i se sentia inclinado a consagrarse a los trabajos agrícolas. Sin embargo, habiendo caido gravemente enfermo el ministro de hacienda don Manuel Renjifo, fué llamado el señor Pérez por decreto de 12 de setiembre de 1844 a desempeñar este cargo en calidad de interino; i en 17 de abril del año siguiente, por fallecimiento de aquel ilustre hacendista, fué nombrado ministro propietario. Desempeñó estas funciones hasta la terminacion del primer período de la presidencia del jeneral Búlnes; i en ellas

demostró las dotes que siempre lo distinguieron entre los hombres públicos de Chile, la claridad de intelijencia, la admirable seguridad de su juicio, i la imperturbable moderacion que lo alejaba de todas las exajeraciones i de todas las violencias. En la ajitacion política que se hizo sentir en esos años, aunque fué señalada por la destemplanza de la prensa, ésta respetó la persona del señor Pérez, que ya desde entón ces se diseñaba como un símbolo de concordia i de conciliacion.

Poseedor de una regular fortuna hereditaria, desprovisto de ambicion, exento de odios i de entusiasmos, el señor Pérez, amando a su patria e interesándose por su bienestar i su progreso, no aspiraba entónces a tomar otra parte en la direccion de los negocios públicos que la que le correspondia como miembro caracterizado del congreso en que volvió a tomar asiento en el nuevo período como diputado por Santiago. Sin embargo, los ruidosos acontecimientos políticos de 1849, la caida del ministerio que encabezaba don Manuel Camilo Vial, i el principio de una gran evolucion que ajitaba todos los ánimos, puso al presidente de la República en el caso de buscar nuevos consejeros. El jeneral don Manuel Búlnes, hombre sagaz i prudente, creyó posible tranquilizar los ánimos i salvar la situacion por los medios conciliatorios; i al efecto llamó al ministerio del interior a don José Joaquin Pérez, i confió los de justicia i de hacienda a dos abogados jóvenes, don Manuel Antonio Tocornal i don Antonio García Reyes, que gozaban de un alto prestijio, por el brillo del talento, por la honorabilidad de sus antecedentes i por la moderacion de sus caractéres i de sus principios políticos, que los hacian enemigos francos i resueltos de toda violencia.

Ese ministerio quedó organizado el 12 de junio de 1849; pero solo duró hasta abril del año siguiente. Aquellos hombres, animados de los propósitos mas levantados que es posible llevar al gobierno, fueron sin embargo mal comprendidos por sus adversarios i por sus propios amigos. En esos diez meses de constante lucha, en que tenian quebatirse en el congreso con una mayoría sistemáticamente hostil, en

que cada sesion era una ruidosa batalla que excitaba la opinion pública con una gran violencia, el señor Pérez i sus compañeros desplegaron las mas altas dotes de patriotismo i de entereza; pero no consiguieron imponer sus propósitos de conciliacion i de templanza. Sus adversarios, a quienes la pasion no les permitia entónces comprender claramente la situacion, conocieron mas tarde que, si hubieran prestado a esos hombres un apoyo mas o ménos franco, o si siquiera hubieran hecho ménos agresivas i violentas las hostilidades, habrian conseguido ver planteadas muchas de las reformas que los preocupaban, i evitado la reaccion anti-liberal que parecia inminente.

El señor Pérez i sus colegas se retiraron del gobierno fatigados de la lucha, disgustados por aquel choque de pasiones que los habia envuelto, pero convencidos de haber hecho en favor de la paz i de la conciliacion todo lo que era humanamente posible. La crísis política, como se sabe, se desenlazó con la elevacion de don Manuel Montt a la presidencia de la República en 1851, i con una tremenda revolucion que solo fué sofocada despues de las mas sangrientas i dolorosas batallas que se han empeñado en los campos de Chile. El señor Pérez que habia previsto estos desastres, i que habria querido evitarlos, vivió en cierto modo alejado de estos acontecimientos; pero fué llamado a prestar su cooperacion al nuevo gobierno en los cargos de senador i de consejero de estado. Su personalidad durante todo ese período de diez años trascurridos hasta 1861, solo se hizo sentir en algunas discusiones de aquellos altos cuerpos; pero esa misma actitud, estraña a los ardores de las luchas políticas, fria i moderada en los momentos de mayor exaltacion, sirvió particularmente para señalarlo a la opinion pública como el hombre llamado a devolver la tranquilidad a los espíritus.

En 1861, en efecto, al terminarse el período de la administracion Montt, el pais sacudido por dos violentas revoluciones, contando por millares las víctimas inmoladas en la guerra civil i por millares tambien los presos i los desterra-

dos políticos, sometido por largos años ademas al réjimen escepcional i riguroso de las facultades estraordinarias i de los estados de sitio, el pais, repetimos, necesitaba de tranquilidad i de reposo. El gobierno, dueño en esa situacion de imponer la candidatura que hubiese querido para la presidencia de la República, se sintió sin embargo fatigado con la lucha, i buscó un presidente de conciliacion. Don José Joaquin Pérez fué señalado entónces por la opinion jeneral del pais como un símbolo de paz, de moderacion i de templanza. La oposicion lo habia proclamado ya en ese carácter, cuando el gobierno, empleando todas las formas legales de una eleccion, puso en manos del señor Pérez el mando supremo de la República.

La administracion del señor don José Joaquin Pérez, que se estiende diez años, desde 1861 hasta 1871, es uno de los períodos mas interesantes i mas útiles de nuestra historia política, i mereceria por esto mismo ser prolijamente estudiada. La historia de ese decenio, recordada solo por la tradicion, o mas o ménos desfigurada en los escritos apasionados de polémica, debe escribirse como una leccion para el presente i el porvenir. En un artículo de periódico, solo nos es permitido recordar breve i sumariamente los rasgos jenerales.

Aunque acusada de falta de actividad, esa administracion ha sido, sin lugar a duda, una de las mas laboriosas que ha tenido nuestro pais, i lo que es mas, una de las mas discretamente laboriosas. Su accion se estendió a todos los ramos del servicio, i en todos ejecutó obras duraderas de mayor o menor importancia. Algunas de ellas, que vamos a recordar, hacen época en nuestra historia.

Al gobierno del señor Pérez se debe el avance de nuestra frontera sobre el territorio araucano, o mas propiamente la resolucion de un problema planteado hace trescientos años, que costaba rios de sangre i rios de dinero, i cuya subsistencia era una mengua para la República, en cuyo seno se mantenia la barbarie de las tribus salvajes, con todos sus peligros i con todos sus horrores. Las operaciones militares

pacientemente practicadas durante esos diez años, han dado por resultado la ocupacion definitiva de la Araucanía.

Se debe a ese gobierno el reconocimiento legal de la tolerancia relijiosa en nuestro pais.

Se le deben igualmente progresos sólidos i seguros en el ramo de instruccion pública, la construccion de la universidad, la fundacion de numerosos liceos, i sobre todo la reglamentacion ordenada e intelijente de estos establecimientos para sacar de ellos el provecho que correspondiese a los sacrificios que costaban.

Aunque esa administracion no pudo disponer de abundantes recursos, acometió numerosas obras públicas de la mas reconocida utilidad. El ferrocarril del norte, que solo llegaba a Quillota, fué traido a Santiago; i se comenzó ademas el ramal de Aconcagua. El ferrocarril del sur, que alcanzaba a Rengo, fué llevado a Curicó, iniciándose en seguida el ramal de la Palmilla. Por fin, a la administracion del señor Pérez se debe el ferrocarril entre Chillan i Talcahuano, como se le debieron los telégrafos tendidos en toda la República, i muchos otros trabajos públicos cuya sola enumeracion nos llevaria demasiado léjos. Nos bastará solo indicar aquí que la administracion que consiguió realizar con escasos recursos i con la mas estricta economía, las obras que recordamos, no puede ser acusada de falta de actividad.

Pero lo que caracteriza propiamente el gobierno de don José Joaquin Pérez, i lo que constituye su importancia i su grandeza, es el espíritu nuevo que supo imprimir a la marcha política del pais. Rompiendo con todas las prácticas de recelo i de represion que habian abrigado los antiguos gobiernos creyendo afianzar con ellas el mantenimiento del órden público, el señor Pérez demostró esperimentalmente que era el ejercicio de esas prácticas lo que hasta entónces habia impedido en Chile el afianzamiento definitivo de la mas absoluta tranquilidad. Mostrando una admirable moderacion en el desempeño dcl poder público, i un constante respeto por todas las opiniones, el señor Pérez dejó prácticamente a la prensa la mas completa i la mas ilimitada libertad, i per-

mitió que en todas partes se formasen asambleas populares para discutir los asuntos públicos i para censurar, si así lo querian, los actos del gobierno. Desde el 18 de setiembre de 1861 no se volvió a hablar en Chile de prisiones i de destierros por delitos políticos, ni volvieron a juntarse los consejos de guerra para juzgar el crímen de conspiracion. Don José Joaquin Pérez, con pleno conocimiento de la excelencia de su sistema de gobierno, i con mano firme i segura, borró de nuestro derecho público las palabras «estados de sitios» i «facultades estraordinarias», que habian sido la causa de tantas violencias injustificables, de tantos atropellos de la lei i de todas las garantías.

Nada bastó para inclinar al señor Pérez a desviarse de ese plan de gobierno que se habia trazado. Jamas las discusiones de las cámaras, los escritos de la prensa i los discursos de los meetings fueron mas ardorosos i violentos contra el gobierno; i sin embargo, siempre hallaron a éste tranquilo, inalterable en su moderacion para oir sin inmutarse las provocaciones mas audaces. Hubo momentos en que por un motivo o por otro parecian reunirse en un núcleo poderoso e irresistible todos los elementos de oposicion. Seria preciso recorrer hoja por hoja la prensa de esos años, para trasladarse por la imajinacion a aquella época, i apreciar el peligro de conflagracion jeneral que parecian envolver aquellas manifestaciones.

El partido que habia apoyado la anterior administracion, poderoso, no por su número sino porque era dueño absoluto de los tribunales de justicia i de una gran porcion de los poderes públicos, mantenia una guerra implacable contra el gobierno. El partido conservador, que habia recibido con contento el advenimiento del señor Pérez al poder, i que le habia ofrecido su apoyo, se manifestó en muchas ocasiones retraido i hasta hostil, aun en momentos mui difíciles para esa administracion. En el mismo seno del partido liberal se formaba el partido radical que exijia al gobierno no ya las libertades prácticas i efectivas que éste habia dado, sino reformas de las instituciones que los demas partidos conside-

raban prematuras o peligrosas. La resistencia al gobierno parecia tomar los caractéres mas alarmantes. La prensa tomó un tono que parecia anunciar una próxima rebelion. Mas de una vez se llegó a creer amenazado el órden público. El gobierno del señor Pérez, que podia disponer de las mismas leyes de que usaron los gobiernos anteriores para reprimir los desmanes de la prensa, para cerrar las asambleas populares, i para reprimir con la fuerza pública toda amenaza de desórden, permaneció siempre inalterable en la confianza que le inspiraba el réjimen de absoluta libertad, i desarmó esas tempestades sin tomar jamas medida alguna de coaccion o de violencia.

En el seno del gobierno, en sus relaciones con sus ministros i consejeros, el señor Pérez observó la misma moderacion i la misma templanza que han hecho de él el presidente constitucional por excelencia. Interesándose por todo lo que se relacionaba con la jestion de los negocios públicos, e imprimiendo a éstos la direccion jeneral, evitando medidas inconsultas o que no correspondian a su sistema de gobierno, el señor Pérez guardaba a sus ministros la mas alta consideracion, les dejaba el derecho de iniciativa i una amplia libertad de accion, i se abstenia cuidadosamente de desautorizarlos directa o indirectamente. Uno de sus ministros nos decia en una ocasion que así como nunca se vió a aquel distinguido mandatario injerirse en los asuntos de gobierno que eran del resorte de sus ministros o de otros funcionarios, la posteridad no podria hallar documento alguno, ni siquiera una carta familiar, en que apareciese aquel mezclándose en lo que estrictamente no formaba parte de su esfera de accion. Jamas, nos agregaba, se vió a don José Joaquin Pérez pedir en cuestion alguna el voto tal o cual a un senador o a un diputado.

Al bajar del poder despues de diez años de gobierno, el señor Pérez, que en el mando supremo habia observado la sencillez del mas modesto ciudadano, volvió a la vida privada sin pesar, sin odios i sin remordimientos, seguro de no haber hecho mal a nadie, i satisfecho de haber cumplido su

deber. Sin pretender influjo ni valimiento en el gobierno de su sucesor, manteniéndose sistemáticamente alejado de las luchas de la política, prestó todavía sus servicios como senador i como consejero de estado durante cinco años mas. Despues de éstos, su alejamiento de los negocios públicos fué absoluto i definitivo.

Pero un espíritu cultivado como el suyo no podia olvidarse un solo dia de los intereses de la patria i de la sociedad en que vivia. El señor Pérez, que por un prodijio de solidez de juicio, conservó hasta los últimos dias de su vida el goce completo de sus facultades intelectuales, pasaba largas horas entregado a las mas variadas lecturas, amenas unas, serias otras, gustaba sobre manera estar al corriente de los acontecimientos públicos, i sin dejarse arrastrar por ninguna pasion, daba su parecer sobre ellos con aquella tranquila serenidad i con aquel profundo e incontrastable buen sentido que constituyeron las más sobresalientes de sus grandes dotes morales. En el seno de la familia, en el trato con sus amigos, conservó hasta esos últimos años la igualdad inalterable de su carácter, la moderacion en todas sus opiniones i la viveza de espíritu que le permitia sembrar su conversacion de conceptos injeniosos i ordinariamente de un grande alcance. El señor Pérez fué hasta los últimos dias de su larga vida lo que habia sido en su juventud i en su edad madura, un hombre notable por la solidez de su intelijencia, i mas notable aun por la solidez de su carácter, que no conoció nunca la ficcion ni la doblez.

Las pasiones de partido, las exajeraciones de la prensa, los estravíos de la opinion popular tan frecuentes en las luchas políticas, pudieron estraviar durante algunos años el concepto de muchas jentes sobre el ilustre personaje que ha servido de tema a este artículo. La accion reparadora del tiempo, habia hecho ya completa justicia al señor don José Joaquin Pérez; i el 1.º de junio del corriente año, al anunciarse su muerte despues de una lijera enfermedad, que su avanzada edad no le permitió dominar, se hizo sentir en todo el pais la esplosion del dolor público. La posteridad que se

ha abierto para él, habrá de contarlo entre los mas preclaros hijos de la patria chilena, i como el iniciador del réjimen verdaderamente liberal en nuestras costumbres políticas.

NECROLOJÍA
DE DON JOSÉ FRANCISCO VERGARA



§ 17

NECROLOJIA DE DON JOSE FRANCISCO VERGARA[1]

La noticia del repentino fallecimiento del señor don José Francisco Vergara ha producido en toda la República una esplosion de dolor. En la capital i en las provincias los periódicos han enlutado sus columnas, i han tributado a la memoria de este ilustre patriota artículos necrolójicos que reflejan bastante bien la intensidad del sentimiento público.

En esos artículos, en que se ha tratado de trazar los rasgos distintivos de la fisonomía moral del señor Vergara, se han recordado principalmente los servicios que prestó a Chile en la pasada guerra contra la alianza Perú-boliviana. Abandonando sus cuantiosos intereses, olvidando las comodidades que procura la posesion de una crecida fortuna, el señor Vergara acudió de los primeros a tomar su puesto en-

---

1. Artículo editorial escrito por don Diego Barros Arana para el número especial que en homenaje a la memoria del ilustre político públicó *El Heraldo* de Valparaiso, en febrero de 1889, i reproducido en la *Revista del Progreso*, (Santiago, 1889) t. II, pájs. 262-266 i en la *Corona fúnebre de Vergara* (Santiago, 1890, pájs. 375-379).

NOTA DEL COMPILADOR.

tre los defensores de la patria. Simple voluntario al iniciarse la campaña, fué llamado a ocupar el puesto de secretario particular del jeneral en jefe, i por su prudencia i su discrecion consiguió hacer oir su opinion en el consejo, i desarmar dificultades que amenazaban romper la armonía en la direccion superior de las operaciones. Encargado en seguida de algunas esploraciones de reconocimiento, el señor Vergara, junto con una incansable actividad, desplegó en los combates de avanzadas, aquel valor resuelto i sereno i aquella pericia militar que le valieron el ser nombrado en poco tiempo comandante jeneral de la caballería. Llamado, por último al ministerio de la guerra, el señor Vergara decidió al gobierno a llevar a cabo la campaña a Lima, en cuya preparacion i en cuya ejecucion tomó una parte directa e inmediata. En solo dos años de servicios activos i afortunados, el señor Vergara habia recorrido con el mas raro lucimiento todas las escalas de la carrera de las armas. El recuerdo de estos hechos demuestra superabundantemente que pocas veces se habrá visto la improvisacion mas rápida i feliz de un verdadero militar.

Pero la personalidad moral del señor Vergara, realzada sin duda alguna por sus brillantes servicios en aquella guerra, tenia ya una valiosa situacion en las otras esferas de nuestra vida política i social. El rango que en ellas ocupaba, i que conservó cuando, terminada la campaña activa, abandonó todo cargo militar, hacia del señor Vergara uno de los hombres mas justamente prestijiosos de nuestro pais. En las luchas políticas empeñadas por los partidos liberales para alcanzar la reforma de nuestras instituciones, en los grandes trabajos industriales que dirijia con tanta intelijencia, i en el ejercicio de la filantropía ilustrada i discreta, el señor Vergara desplegó las dotes de un gran ciudadano; i sin dejarse tentar por aspiraciones inmoderadas, usando siempre una noble franqueza i una invariable rectitud, se conquistó la adhesion decidida i sincera de sus numerosos amigos, i la estimacion de cuantos tuvieron ocasion de acercarse a él o de combatir en las mismas filas. Si en la batalla de

la vida no es posible dejar de sostener choques i de sembrar simpatías i antipatías, el señor Vergara fué singularmente afortunado; i sus mismos adversarios que en vida respetaron la elevacion de su carácter i la honradez de sus propósitos, hoi tributan sentidos i desinteresados elojios a su memoria.

Hai, sin embargo, una faz de la personalidad moral del señor Vergara que solo ha sido recordada vagamente, con una o dos plumadas en los artículos necrolójicos que hemos leido en estos dias. Nos referimos a su pasion ardiente por el estudio que hizo de él uno de los hombres mas sólidamente instruidos de nuestro pais. Creemos conveniente el insistir en este punto para llamar sobre él la atencion de quien se proponga en un trabajo mas completo i desarrollado, dar a conocer la fisonomía verdadera del hombre distinguido cuya pérdida ha sido lamentada como una desgracia pública.

El señor Vergara hizo sus estudios entre los años de 1845 i 1853, en una época en que la enseñanza comenzaba a regularizarse; pero en que los cursos de matemáticas no habian recibido un conveniente desarrollo ni la necesaria reglamentacion. Incorporado a estos cursos, aspirando a poseer el título de agrimensor, el señor Vergara, sin embargo, asistió a las clases de gramática, de historia i de frances, i en la Universidad fué alumno en 1851 i 1852 de las de física i química que dirijia al señor Domeyko. Cursaba topografía i estaba a punto de terminar sus estudios, cuando en 1853 el gobierno pidió a la Universidad dos jóvenes que pudiesen ser agregados al cuerpo de injenieros que comenzaba el trazo i construccion del ferrocarril entre Valparaiso i Santiago. Por eleccion de los profesores fueron designados don José Francisco Vergara i don Paulino del Barrio. El último, que falleció en edad temprana, cuando comenzaba a conquistarse un nombre científico, prefirió continuar en la Universidad los estudios de jeolojía i de metalurjia para hacerse injeniero de minas. El señor Vergara, por su parte, aceptó el cargo que se le ofrecia para continuar sus estudios de injeniería civil; i durante cinco años sirvió en aquella obra bajo las órdenes de maestros laboriosos i competentes que le sumi-

nistraron buenos conocimientos i que le inspiraron el espíritu ordenado de constancia i de regularidad en el trabajo.

En ese trabajo i mas tarde en la esplotacion industrial de la hacienda de Viña del Mar, el señor Vergara halló siempre tiempo para consagrarse a la lectura con su pasion habitual.

Poseedor de una gran fortuna, viviendo rodeado de todas las comodidades apetecibles, el señor Vergara daba un cuidado particular a la formacion e incremento de su biblioteca, en que pasaba algunas horas cada dia. Sin desatender la amena lectura, gustando mucho de los estudios gramaticales i filolójicos, preferia, sin embargo, la historia, la jeografía i las ciencias naturales; i en estas materias llegó a adquirir conocimientos tan estensos como sólidos.

Tuve la fortuna de tratar mui de cerca i con la mayor intimidad al señor don José Francisco Vergara. Viví con él meses enteros, sin que durante algunos dias consecutivos tuviésemos otro compañero que interrumpiese nuestras conversaciones. En ellas pude apreciar en su justo valor el poder intelectual i la variedad i alcance de los conocimientos que habia logrado atesorar este hombre distinguido. En las largas noches de invierno en que con cualquier motivo caia nuestra conversacion sobre los tiempos pasados, el señor Vergara recordando las nociones adquiridas en la lectura de las mas notables obras históricas, señalaba los hechos con una rara precision, i emitia sobre ellos juicios perfectamente madurados. Su preparacion científica, reforzada con la lectura de muchas de las mejores obras modernas de ciencias exactas i naturales, le permitia estar al corriente del movimiento científico jeneral de nuestra época, i profundizar ciertos ramos a que habia prestado mas contraccion. Así, el señor Vergara, que habia estudiado prolijamente muchas cuestiones de física, matemática, i que tenia sólidas nociones teóricas i prácticas de topografía, era tambien un botanista de mérito. Aunque habia hecho estos estudios para satisfacer una noble inclinacion de su espíritu, sin propósito de lucro i sin esperar utilizarlos en la enseñanza o en algunos escritos, ellos

le permitieron dar a muchos de sus trabajos industriales una direccion mas práctica i mas segura.

El señor Vergara estaba dotado de un vigoroso talento de escritor. Vaciaba su pensamiento con elegancia i nitidez; i cuando era conveniente, lo revestia de formas animadas por un brillante colorido o por un sarcasmo estigmatizador. Desgraciadamente, el señor Vergara parecia desconocer su poder de escritor; i él, que manejaba la pluma con una rara facilidad, casi no escribió mas que algunas docenas de artículos políticos que hicieron grande impresion en la época que se dieron a luz, i que serán recordados i leidos como verdaderos modelos en su jénero.

Hace pocos meses leia Vergara un libro de Víctor Hugo que acababa de publicarse en Paris. Ese libro titulado *Choses vues* (Cosas vistas) era formado por una coleccion de notas o fragmentos hallados entre los papeles del insigne poeta. En ellas habia consignado Víctor Hugo su primera impresion sobre muchos sucesos o accidentes de su tiempo de que le tocó ser testigo presencial, o sus recuerdos de una visita o de una conversacion con un personaje mas o ménos distinguido. La lectura de esas pájinas escritas al correr de la pluma, pero llenas de vida i de color local, inspiraron a Vergara la idea de reunir en un libro recuerdos personales que conservaba grabados en su memoria, i que referia con el mas animado interes. Los que conocimos el poder de su pluma, sabemos cómo habria desempeñado esa tarea. La sola campaña de 1879-1881 a que habia asistido tomando parte principal en todos los actos decisivos, en las resoluciones del consejo i en todas las grandes batallas, le habria dado materia para una obra de la mas incuestionable utilidad. La enfermedad que habia comenzado a enervar su vigor físico, i que al fin determinó su muerte prematura, le impidió acometer ese último trabajo que indudablemente habria asentado su nombre de escritor, dándole un puesto de honor entre nuestros mas distinguidos literatos.

La vida del señor Vergara, su fisonomía moral i el bosquejo de sus acciones, no pueden ser la obra de un artículo de

diario. Estos lijeros apuntes pueden talvez ser utilizados por el que acometa ese trabajo en un escrito mas estenso. [1]

1. Este trabajo fué emprendido por el mismo señor Barros Arana, i es el que figura en el presente volúmen, a continuacion de esta reseña necrólojica.

NOTA DEL COMPILADOR.

DON JOSÉ FRANCISCO VERGARA

(1833-1889)



§ 18

DON JOSE FRANCISCO VERGARA [1]

(1833-1889)

El nombre de don José Francisco Vergara, querido por sus deudos i por sus numerosos amigos, ligado a la historia de nuestro desenvolvimiento político por la participacion que tomó en las nobles luchas en favor de la causa liberal, i de nuestros progresos industriales por su intelijente iniciativa i por trabajos tan bien concebidos como pacientemente ejecutados; adquirió mas tarde una gran notoriedad por brillantes servicios prestados a la República en una guerra esterior, i ha merecido en los anales de Chile un puesto de honor al lado de los mas preclaros patriotas que ellos recuerdan. Corazon sano i abierto a todas las emocioncs jenerosas, espíritu elevado, intelijencia privilejiada, Vergara mereció en vida el afecto de sus conciudadanos i merecerá en la historia el respeto i el aplauso de la posteridad.

Don José Francisco Vergara nació el dia 10 de octubre de 1833 a pocas leguas de Santiago, en una hacienda del valle

1. Biografía colocada como introduccion a sus *Discursos i escritos políticos i parlamentarios.* (Santiago, 1890.)

NOTA DEL COMPILADOR.

de Colina. Su hogar distinguido i honrado, distaba mucho de ser opulento. Su madre, la señora doña Cármen Echevers, vástago de una antigua familia, i heredera de sólidas virtudes sociales, habia tenido un escaso patrimonio; i su padre don José María Vergara i Albano, era un militar retirado entónces del servicio que vivia consagrado a los trabajos agrícolas en un predio de campo que arrendaba i que le suministraba solo los recursos necesarios para el mantenimiento de sus hijos i para procurarles la educacion mas esmerada que entónces se podia dar en nuestro pais.

Hombre de juicio claro i recto, de acrisolada probidad, i dotado del sentimiento del deber, don José María Vergara se habia alistado durante la guerra de la independencia en las milicias movilizadas de caballería del ejército de la patria. El jeneral O'Higgins que durante su niñez habia vivido al lado de los abuelos maternos del jóven oficial, tomó a éste un particular cariño i lo hizo su ayudante en los dias mas penosos de la campaña de 1818. Vergara, sin embargo, abandonó el servicio militar con el grado de sarjento mayor al terminarse aquella campaña, i vivió por muchos años ajeno a los destinos públicos. El presidente don Manuel Búlnes, que habia sido su compañero de armas, lo llamó mas tarde al servicio, i le confió el cargo de intendente de Colchagua, con residencia en la ciudad de San Fernando, a donde acababa de trasladarse la capital de la provincia. Vergara desempeñó ese destino con prudencia i moderacion hasta principios de 1847, en que despues de repetidas renuncias, fundadas en el deplorable estado de su salud, se le permitió volver a la vida privada.

La muerte de ese estimable caballero, ocurrida en abril del año siguiente, dejó a su familia en una situacion precaria. La señora viuda, sin embargo, desplegó una grande entereza de carácter i, a pesar de la limitacion de sus recursos, atendió con tanto celo como prudencia a la educacion de sus hijos.

Don José Francisco Vergara contaba entónces poco mas de catorce años, habia hecho sus estudios primarios i cursa-

ba humanidades en un colejio particular de Santiago. Desde su primera edad habia demostrado intelijencia i una aplicacion sostenida; pero la situacion creada a su familia por el fallecimiento de su padre, fué un nuevo estímulo para redoblar sus esfuerzos. Inclinado por naturaleza al trabajo i al estudio, i convencido ahora de que su porvenir dependia de ellos, Vergara solicitó de su madre que lo colocara en el Instituto nacional; i en efecto fué incorporado en este establecimiento como alumno esterno el 10 de mayo de 1848, en los cursos de matemáticas, por los cuales mostraba una decidida aficion.

En esos años, en que aun no existian las diversas carreras de injenieros, creadas segun indicacion de don Ignacio Domeyko i con acuerdo del consejo de la universidad, por decreto de 7 de diciembre de 1853, los estudios de matemáticas, reducidos a los ramos mas esenciales conducian solo a la posesion de título de agrimensor. Pero la instruccion pública habia comenzado ya a entrar en una via de progreso, i a los aspirantes a este título se les exijian algunos estudios de carácter literario, gramática, historia i un idioma vivo, junto con el conocimiento de la física i de la química. Vergara cursó todos estos ramos con lucimiento, manifestando ademas desde aquellos años una marcada pasion por la lectura, i un espíritu serio i reflexivo que no escluia la viveza de injenio, el buen humor en la conversacion i los demas signos distintivos de la juventud i de un carácter franco i abierto. Sus condiscípulos lo estimaban con particular simpatía, i casi todos ellos fueron sus amigos íntimos hasta el fin de sus dias.

Cursaba en 1853 los últimos ramos de estudio exijidos entónces para obtener el título de agrimensor. Su aplicacion i la seriedad de su carácter habian llamado la atencion de sus profesores, i fueron causa de que se le llamara a los diversos puestos públicos que desempeñó. El 12 de abril de ese año fué nombrado inspector de internos del Instituto nacional e iba a ser nombrado profesor del curso preparatorio de matemáticas, cuando se le destinó a otro cargo que podia ser-

virle de escuela práctica de injeniería. Como se sabe, el año anterior se habian iniciado los trabajos de construccion del ferrocarril entre Santiago i Valparaiso. Queriendo el gobierno que se formasen algunos injenieros nacionales, pidió a la Universidad que designase dos estudiantes del curso superior de matemáticas para que sirviesen como injenieros ayudantes.

Don Ignacio Domeyko, entónces delegado universitario i profesor de física i química, i don Francisco de Borja Solar, profesor de topografía presentaron a don Paulino del Barrio i a don José Francisco Vergara como los mejores alumnos de sus cursos. El primero de ellos, que tenia una inclinacion decidida por las ciencias naturales, no aceptó el puesto que se le ofrecia, para consagrarse a los estudios de mineralojía i de jeolojía en que alcanzó a preparar algunas memorias que dejaban ver el jérmen de un sabio, i que fueron motivo para que su temprana muerte, ocurrida dos años mas tarde, fuera sentida como una desgracia pública.

Vergara, que veia en los trabajos del ferrocarril un ancho campo de estudio i de actividad, aceptó ese cargo el 16 de junio de 1853, i en consecuencia, se trasladó a Valparaiso a ponerse a disposicion de sus jefes.

Vergara no contaba entónces veinte años. Era un jóven de hermosa presencia, de facciones delicadas i simpáticas, i de una gran suavidad de carácter. La claridad de su intelijencia, su actividad en el trabajo i su modestia habitual, le ganaron desde luego la voluntad i la estimacion de sus jefes. Fueron éstos Mr. Maughan, distinguido injeniero ingles llamado a Chile para dirijir esos trabajos, i muerto desgraciadamente ese mismo año; don Agustin Verdugo, que lo reemplazó interinamente, i por último don Guillermo Lloyd, que llevó a término la direccion científica de esa obra. Vergara, colocado bajo la dependencia inmediata de un injeniero segundo, Mr. Paddisson, trabajó con éste en varios puntos de la seccion entre Valparaiso i Quillota, i tuvo en él un maestro i luego un amigo de toda su estimacion. Habiéndose

dado a contrata algunas de las obras del camino, Vergara tomó una de ellas, i la ejecutó con gran puntualidad.

La construccion del ferrocarril entre Valparaiso i Santiago, dadas las dificultades que presentaban los medios de ejecucion conocidos hasta entónces, la inesperiencia consiguiente a la primera obra de esa clase i lo limitado de los recursos de que se podia disponer, era una empresa colosal que mas de una vez se creyó irrealizable. Así se comprende que la sola seccion entre Valparaiso i Quillota tardara ocho años en quedarconcluida, que mas de una vez se modificaran los planos abandonando trabajos hechos con costo crecido i que aun despues de algunos años de iniciados, se pensara en hacer estudios para terminarlos, llevando la via por otros puntos. El fin, en 1861 se entregó la obra a un contratista tan emprendedor como entendido, que le dió remate dos años despues.

Todas estas perturbaciones habian producido numerosos cambios en el personal de los injenieros. Don José Francisco Vergara se sintió fatigado por esos aplazamientos, i renunció aquel puesto cuando hubo hallado otro campo en que ejercitar su actividad. Fué éste el arriendo de la estensa hacienda de Viña del Mar, situada a las puertas de Valparaiso, atravesada por el nuevo ferrocarril, i cuya produccion limitada entónces, debia tomar un gran desarrollo dirijida por un hombre dotado como Vergara de intelijente iniciativa i de poderosa voluntad.

Como arrendatario, i despues como poseedor por su enlace con la distinguida señora doña Mercedes Alvarez, nieta i heredera de la señora propietaria de esa valiosa propiedad, don José Francisco Vergara desplegó una gran capacidad industrial, e hizo de ella por el trabajo i por especulaciones hábilmente dirijidas, la base de una crecida fortuna. Aplicando a la industria los sólidos conocimientos de injeniería que habia adquirido, suplió la escasez de agua que habia en esa hacienda con la construccion de grandes represas que le permitian recojer en el invierno las aguas pluviales i hacerlas servir en el riego en los restantes meses del año. Pudo

así estender los cultivos, ejecutar grandes plantaciones i hermosear los campos haciéndolos mas productivos. Despues, cuando entró en posesion de aquella propiedad, organizó i facilicitó, como veremos mas adelante, la formacion de uno los pueblos mas pintorescos i amenos que existen en toda la República.

En medio de estos trabajos, Vergara conservaba su pasion por el estudio. En 1856 hizo un viaje a Santiago para rendir las últimas pruebas i obtener el título de agrimensor. Solo rara vez ejerció esta profesion en servicio de particulares, pero la hizo servir en sus propios trabajos industriales. En su residencia de campo fué formando una numerosa i escojida biblioteca en que hallaba su solaz en las horas de descanso.

Lector infatigable, con una excelente preparacion adquirida en el colejio, i dotado de una intelijencia metódica i ordenada, i de una feliz retentiva, Vergara pudo adquirir conocimientos estensos i variados que hicieron de él al cabo de algunos años uno de los hombres mas sólidamente instruidos de nuestro pais. Tenia un gusto particular por la lectura de historia, devoró con una constancia sostenida las obras mas notables de este jénero así antiguas como modernas, i llegó a poseer una idea jeneral i luminosa de toda ella i una notable erudicion sobre muchos puntos. Como corolarios de la historia, estudió la jeografía en los mejores libros de viajes, i adquirió nociones fundamentales de política i de economía política. No descuidaba entre tanto los estudios de carácter científico; i teniendo que plantar i cultivar uno de los mas estensos i hermosos jardines que haya habido en nuestro pais, se consagró con una paciencia incontrastable a la lectura de los libros de botánica, acabando por poseer conocimientos notables de esta ciencia i por estar al corriente de sus progresos mediante las publicaciones periódicas que hacia venir de Europa. La circunstancia de vivir ordinariamente retirado en el campo, i mas que eso todavía, la modestia que le era habitual, fueron por mucho tiempo causa de que solo sus amigos íntimos conocieran que el hacendado

de Viña del Mar era un hombre que por su ilustracion hacia honor al pais. Era preciso conocerlo de cerca, oirlo en el trato familiar, para saber con cuánta facilidad i con cuánto agrado esponia en la conversacion las nociones con que habia enriquecido su espíritu.

Aunque Vergara poseia una rápida viveza de injenio, i aunque sabia espresar sus ideas con claridad, con precision i con colorido, no se habia imajinado que tenia las dotes de un escritor, ni habia intentado nunca escribir para el público. Un dia, sin embargo, tuvo la ocurrencia de escribir para un diario de Valparaiso un artículo en que con motivo del aniversario de la salida de la espedicion libertadora del Perú (20 de agosto de 1820) demostraba que ese hecho era el mas atrevido de nuestra revolucion, i, dadas las condiciones del pais en esa época, el mas glorioso de nuestra historia. La aprobacion sincera que ese artículo mereció de algunos de sus amigos, lo estimuló a escribir algunos otros sobre diversas materias, i ántes de mucho su pluma habia adquirido la firmeza que caracterizó sus producciones subsiguientes. Aunque Vergara no utilizó sino algunos años mas tarde sus grandes dotes de escritor, preparó entónces diversos trabajos de corto aliento, es verdad, pero que reflejaban a la vez que un saber sólido, un notable arte de esposicion. Recordaremos entre éstos algunas conferencias sobre diversas cuestiones científicas hechas ante las escuelas libres de Valparaiso, que poseian un mérito real i que con razon merecieron el aplauso de las personas aficionadas a ese órden de estudios.

En ese tiempo, las luchas de la política interior, aunque ardientes i apasionadas, habian entrado desde 1861 en una era de tranquilidad i de libre discusion mediante la absoluta libertad de la prensa i el reconocimiento del derecho de reunion. El periodismo cobró mucha mayor animacion, i en todas partes se organizaron asociaciones populares destinadas a la discusion i a la propagacion de principios políticos. Esas asociaciones, precursoras de las reformas que ellas pedian, i que una tras otra se fueron incorporando en nuestro dere-

cho público, encontraron en don José Francisco Vergara un decidido i entusiasta cooperador.

Afiliado en el partido radical, el mas avanzado de los que entraban en la contienda, Vergara se hizo por su talento, por su carácter, por su prestijio i hasta por su raro desprendimiento, el verdadero jefe del radicalismo en Valparaiso, i uno de sus mas conspicuos caudillos en toda la República. Alentaba con su palabra i con sus esfuerzos los trabajos reformadores de su partido, i contribuia jenerosamente con su bolsillo a sostener las publicaciones que los defendian. En 1875 fundó a sus espensas en Valparaiso un diario titulado *El Deber*, que fué por algunos años el órgano del radicalismo i de los principios reformistas que éste proclamaba.

Hai un documento público escrito i firmado por Vergara en aquellos dias que deja ver la nocion correcta que éste tenia de la accion de los bandos políticos en el gobierno. El radicalismo, organizado léjos del gobierno, habia sido hasta entónces un partido de lucha. En abril de 1875 fué llamado por primera vez a tener una intervencion mas definida en la direccion de los negocios públicos con la entrada de don José Alfonso al ministerio de relaciones esteriores. «Eres tú, le decia Vergara en una notable carta que entónces vió la luz pública, el primer radical que llega al poder; i espero confiadamente que no tardarás en probar al pais que nuestra escuela no tanto enseña a demoler instituciones caducas i en desacuerdo con las necesidades de la época, como a rendir culto a la lei, a respetar i ensanchar los derechos de los hombres, a guardar la equidad i la justicia con todos, sin distincion de parciales ni de adversarios». Esas palabras honradas eran la espresion sincera de sus aspiraciones.

La actividad de Vergara se ejercitó tambien en otro órden de trabajos de interes público. Fué el promotor i el mas empeñoso cooperador de la fundacion de escuelas libres, debidas a la iniciativa i a las erogaciones de los particulares, sin buscar i sin necesitar la proteccion o el ausilio del gobierno. Concurrió a esta obra con su trabajo i con su dinero, se hizo visitador de esos establecimientos, i no se desdeñó de dar en

ellos, como dijimos ántes, lecciones i conferencias sobre asuntos científicos espuestos en su forma mas elemental i sencilla para ponerlos al alcance de oyentes de escasa preparacion. Esas escuelas subsisten todavía, i sus anales recuerdan el nombre de don José Francisco Vergara como uno de sus fundadores.

Por este mismo tiempo inició don José Francisco Vergara la formacion del pueblo de Viña del Mar, comprendiendo con tanta intelijencia como franqueza la union que habia entre su interes particular i el interes público. La poblacion de Valparaiso encerrada dentro de un recinto que cada dia se hacia mas estrecho, necesitaba estenderse en sus contornos; i ningun punto ofrecia para ello mejores ventajas que la hacienda de Viña del Mar, situada casi a las puertas de aquella ciudad, unida a ella por el ferrocarril, i favorecida por el clima benigno i templado que domina en casi toda la rejion de la costa de Chile. Vergara acometió la empresa de convertir en una ciudad de recreo i de salubridad la parte baja i llana de la hacienda. Comenzó por trazar plazas i calles, por apartar los terrenos que debia ceder para el servicio público, i en seguida vendió lotes para casas i quintas en condiciones i con plazos ventajosos para el comprador. Antes de mucho tiempo, la localidad fué cubriéndose de casas pintorescas i de jardines hermosísimos que hicieron de ella una residencia apetecida por numerosos habitantes de Valparaiso que buscaban la comodidad, la estension i el agrado. Los terrenos subieron considerablemente de valor, a tal punto que los sitios comprados en un principio a precios relativamente bajos, valian ántes de mucho dos i tres veces mas.

Vergara habia previsto este resultado, i su ojo certero le habia hecho comprender que este cambio de valor era en realidad un beneficio directo para él, pues miéntras mas subiera el de los terrenos vendidos, mayor seria el de los que quedaban en su poder. Merced a su iniciativa i al empeño que puso en fomentar esta poblacion, Viña del Mar adquirió la importancia en que hoi está colocada. Vergara, que habia establecido su residencia en este lugar, se habia reservado

para sí i su familia una hermosa quinta, donde mantenia un espacioso jardin al cual consagraba un cuidado personal tan intelijente como asiduo, i el desembolso anual de algunos miles de pesos. Su espíritu emprendedor i progresista fué mas léjos todavía. Procurando el adelanto de ese pueblo, i queriendo dar facilidades a los individuos i familias que quisieran residir en él durante una temporada, construyó con gasto considerable un suntuoso hotel, que luego pasó a procurarle una crecida entrada.

A principios de 1879 se hallaba Vergara en su residencia de Viña del Mar de vuelta de un viaje que acababa de hacer a Europa i los Estados Unidos, cuando ocurrieron el rompimiento con Bolivia, i las complicaciones subsiguientes que produjeron la guerra entre Chile i la alianza Perú-boliviana. Todo aquello anunciaba una situacion azarosa i sembrada de peligros para la República. Sumida en una crísis económica que habia producido una disminucion en las entradas públicas, con un ejército de línea que no alcanzaba a contar tres mil hombres, sin armas para equipar nuevos batallones i enteramente desprevenida para la guerra, tenia sin embargo que hacer frente a ella o que someterse a la humillacion que pretendian inflijirle sus arrogantes enemigos. Se sabe cómo contestó el patriotismo chileno a ese reto. El gobierno i el pueblo aceptaron la guerra sin la menor vacilacion; i de todo el ámbito del pais acudieron presurosos millares de voluntarios de todas condiciones a formar el ejército que nos dió la victoria en las batallas mas considerables que se hayan empeñado en la América del Sur.

En esas circunstancias, don José Francisco Vergara, abandonando las comodidades de que vivia rodeado, i descuidando la jestion de sus valiosos intereses, se presentó entre los primeros a pedir un puesto entre los combatientes que iban a entrar en lucha en defensa del honor i del prestijio de la patria. Sin antecedentes militares, pero conocido ya por la entereza de su carácter i por las dotes de su intelijencia,

Vergara recibió el nombramiento de secretario del jeneral en jefe de nuestras tropas junto con el título de teniente coronel de guardias nacionales. En este carácter partió casi inmediatamente para Antofagasta, donde debia organizarse el ejército chileno con los continjentes de voluntarios que se enviarian de todos los puntos de la República.

La historia de esa guerra ha sido contada con bastante prolijidad por uno i otro lado. La publicacion subsiguiente de documentos que permanecian reservados, ha venido a arrojar nueva luz sobre los hechos, i permitirá formar sobre ellos un juicio definitivo. Aunque Vergara desempeñó en esos acontecimientos un papel de primera importancia, no es este el lugar de referirlos de nuevo en toda su estension i desarrollo, pero sí debemos recordar en sus rasgos jenerales la parte que tomó en la direccion jeneral de la defensa del pais i la intervencion personal que tuvo en muchos de sus accidentes.

En los primeros aprestos para la lucha, se hicieron sentir las dificultades consiguientes a la falta de preparacion del pais para emprenderla. El campamento de Antofagasta necesitó algunos meses para regularizarse, i así el gobierno como los jefes militares, tardaron en acordar i combinar un plan de campaña efectiva. El ministro de la guerra don Rafael Sotomayor se trasladó a esos lugares, i poniendo en ejercicio una voluntad persistente e inflexible i un notable sentido práctico, se empeñó en dar cohesion i solidez a los elementos de defensa, en desarmar las contrariedades que se suscitaban, armonizando las ideas i propósitos de todos, i tuvo la intelijencia i la fortuna para salir airoso en esos trabajos. Vergara que, impuesto de cuanto pasaba en Antofagasta, habia venido a Santiago a informar de ello al gobierno i reclamar la presencia del ministro de la guerra, volvia con éste a esos lugares el 15 de julio, i pasó a ser su confidente, su consejero íntimo i su mas decidido cooperador. Desde entónces, los aprestos fueron mui rápidos i ordenados, se dió un impulso mas eficaz a las operaciones navales, i la captura del acorazado peruano *Huáscar* vino a coronar esos esfuerzos

i a permitir preparar la ejecucion de las operaciones contra el territorio enemigo.

En efecto, veinte dias mas tarde el ejército chileno partia de Antofagasta, i despues de un heroico combate, desembarcaba en Pisagua i tomaba posesion de sus contornos. Pero existia en la rejion vecina un ejército numeroso de tropas peruanas i bolivianas cuya concentracion habria podido frustrar todos los planes de los jefes chilenos, Fué necesario acelerar las operaciones para impedir la reunion de esas fuerzas' colocadas al norte en Tacna i al sur en Iquique. Siendo necesario despachar destacamentos de avanzada para esplorar el terreno i para observar cualquier movimiento del enemigo, Vergara se ofreció para dirijir ese reconocimiento. A la una de la mañana del 5 de noviembre partia para el interior, acompañado por el teniente coronel de injenieros don Arístides Martínez, i a la cabeza de ciento setenta i cinco cazadores acaballo.

Dos dias consecutivos anduvo Vergara en el desierto con rumbo hácia el sureste, sin divisar un solo enemigo, i sin tomar mas que cortos momentos de descanso en los establecimientos u oficinas de elaboracion de salitre donde podia procurarse agua para su tropa i para sus caballos. Al acercarse a la oficina de Jermania, el 6 de noviembre, se dejó ver de repente un grueso destacamento de caballería peruana mandado por el coronel Sepúlveda, resuelto evidentemente a empeñar un combate en que vista su superioridad numérica, debia esperar una victoria segura. Vergara se replegó un momento para organizar el ataque i para sacar al enemigo al campo llano, i cayendo en seguida impetuosamente sobre éste lo destrozó completamente en poco rato, persiguiéndolo largo trecho, causándole la muerte de cerca de sesenta hombres i entre ellos el jefe del destacamento, i tomándole unos veinticinco prisioneros. Este combate que solo costó a los vencedores la pérdida de tres soldados, i en que Vergara recibió un golpe en la cabeza, asentó el prestijio de la caballería chilena, i asentó igualmente la reputacion de aquel como militar tan discreto como valeroso. «Su acierto i esforzado

arrojo en el desempeño de tan difícil i arriesgada comision, decia el jeneral en jefe don Erasmo Escala al dar cuenta al gobierno de este combate, ha venido a aumentar los importantes servicios que desde el principio de la campaña ha prestado con toda intelijencia i abnegacion al ejército, i que dan un relevante testimonio de su desinteresado patriotismo que ha comprometido altamente la gratitud del supremo gobierno i del que suscribe». El parte dado por Vergara acerca de esta operacion es notable por su excesiva modestia. «Estos resultados, decia, son fáciles de obtener cuando se mandan tropas como las de los cazadores a caballo».

Miéntras tanto, habia avanzado al interior una gruesa division del ejército chileno, que fué a estacionarse en el sitio denominado Dolores. A su regreso a ese campamento, Vergara fué destinado a una nueva comision. Anunciábase que el ejército boliviano mandado por el presidente Daza se acercaba por el norte. A la cabeza de un destacamento de granaderos a caballo, marchó Vergara hácia ese lado, recorrió una gran estension de territorio, i despues de soportar con entereza las privaciones i las fatigas consiguientes a estos movimientos en el desierto, regresaba a Dolores el 18 de noviembre sin haber hallado mas enemigos que algunos montoneros que se dejaban ver a lo léjos i que se dispersaban apresuradamente tan pronto como divisaban las tropas chilenas.

Vergara regresaba a ese campamento en el momento preciso en que su presencia era indispensable. Esa misma tarde llagaba allí la noticia de que las fuerzas aliadas venian avanzando de Iquique a las órdenes del jeneral peruano Buendía, en número de cerca de doce mil hombres, i de que ya se encontraban a corta distancia. La division chilena que solo tenia la mitad de esa fuerza, iba a hallarse en inminente peligro. El jefe de ella, coronel don Emilio Sotomayor, pensó por el momento cambiar de posicion. Vergara, por su parte, sostuvo las ventajas del lugar ocupado para defenderse contra el ataque que se esperaba, i consiguió hacer triunfar su parecer. La batalla se verificó en la tarde del 19 de

noviembre, i ella fué una gloriosa victoria de las armas chilenas. «El señor don José Francisco Vergara, decia el jeneral en jefe en el primer parte oficial de esta jornada, se ha desempeñado como el mejor de los militares, encontrándose en lo mas recio del combate». I ampliando poco despues sus informes al gobierno, decia: «Es un deber de mi parte hacer especial mencion del secretario jeneral señor Vergara que con sus acertados conocimientos influyó poderosamente en la disposicion de las medidas que se tomaron para batir con éxito al enemigo, i que durante el combate ayudó personalmente a su ejecucion».

Aquella primera campaña de la guerra contra las repúblicas aliadas, terminó como se sabe, con una jornada tristemente sangrienta, que sin ser una victoria de aquéllas, costó a Chile dolorosas pérdidas. Las tropas peruanas, dispersadas despues de sus anteriores desastres, se habian reconcentrado en número de cerca de cinco mil hombres en el estrecho valle de Tarapacá, i se disponian a continuar su retirada hácia Arica i Tacna. Los jefes chilenos, sin acertar a comprender toda la importancia de los triunfos que habian conseguido, se abstuvieron de empeñarse en el primer momento en una persecucion que podia ser causa de un descalabro. Vergara i otros oficiales tan animosos como él, insistian en perseguir al enemigo; i alentados por el éxito maravillosamente feliz de las primeras operaciones, i sin tener noticia exacta del número considerable de tropas peruanas que se habian reconcentrado en Tarapacá, resolvieron con el consentimiento del jeneral en jefe ir a atacarlas en aquella posicion. Organizóse una division de cerca de dos mil doscientos hombres cuyo mando en jefe tomó el coronel don Luis Arteaga, i ella fué a estrellarse el 27 de noviembre contra fuerzas superiores en mas del doble.

No tenemos para qué referir en sus incidentes aquel tremendo combate que ha sido contado prolijamente en otras ocasiones. Las tropas chilenas se batieron con un vigor heroico, perdieron casi la cuarta parte de su número, i despues de cerca ocho horas de pelea, se vieron forzadas a dejar el

campo en poder del enemigo. Pero éste, rudamente quebrantado, no podia conservarlo; i en la misma noche emprendia su retirada hácia el norte, dejando abandonados a sus heridos que no podia cargar. Si a Vergara se le podia reprochar el haber contribuido con su consejo a precipitar aquella empresa, su conducta en el combate, el valor que allí desplegó, la serenidad i el acierto con que contribuyó a salvar la tropa que pudo retirarse, a procurarse los socorros necesarios para atender a los heridos, i a restablecer con las medidas subsiguientes la organizacion de las tropas, le merecieron los mas calurosos aplausos del jeneral en jefe. «En esa delicada i difícil situacion, decia éste en su parte oficial, el coronel Arteaga fué poderosamente secundado por el señor secretario don José Francisco Vergara que una vez mas ha espuesto su vida con inminente riesgo ante los fuegos enemigos. Sus conocimientos especiales, la prudencia i acierto que ha desplegado en todos los encuentros a que ha concurrido personalmente, contribuyeron en mucho a las acertadas medidas cuya realizacion procuraba personalmente».

Este sangriento combate, como decimos mas arriba, puso término a la primera campaña. Toda la provincia de Tarapacá quedaba en poder de los chilenos, al mismo tiempo que en el mar habian cimentado éstos su superioridad aniquilando casi completamente la escuadra peruana. Tanto en el Perú como en Bolivia habia estallado la revolucion interior, deponiendo a los gobiernos respectivos, a quienes se acusaba de haber dirijido la guerra sin concierto i sin prevision. Todo hacia presumir que ámbas repúblicas, desilusionadas a la vista de tantos desastres, querrian desistir de una empresa que no parecia prometerles muchas esperanzas de triunfo. El gobierno de Chile llegó a comprenderlo así; i aunque conservándose siempre sobre las armas, i aun engrosando sus elementos de guerra, se mantuvo durante cerca de dos meses en una actitud espectante. Vergara aprovechó esa situacion para regresar a Valparaiso llamado por la jestion de sus negocios particulares que necesitaban su inspeccion personal. Allí en Santiago fué objeto de parte del gobierno i del

público de manifestaciones de simpatía i de aplauso por la abnegacion con que habia servido a su patria en aquella crísis, renunciando a su reposo i a sus comodidades i comprometiendo su persona en espediciones i combates en que esponia su vida a cada momento.

Resuelta la continuacion de la guerra, i acordada por el gobierno de Chile la campaña que debia llevarse al territorio de Tacna i Arica, Vergara fué llamado de nuevo al servicio. En los primeros dias de febrero de 1880 se embarcaba en Valparaiso con rumbo a Pisagua, donde se reunia el ejército espedicionario. Esta segunda campaña, mas lenta que la primera, por las grandes dificultades del terreno, por las distancias que era preciso recorrer i por la escasez de recursos de todo jénero del pais en que se operaba, fué no ménos gloriosa i decisiva en favor de las armas de Chile.

Desembarcado el ejército en Pacocha el 25 de febrero, despues de un reconocimiento de los campos inmediatos, en que Vergara tomó una parte principal, avanzó al interior una division chilena a cargo del jeneral Baquedano. Esa division ocupó la ciudad de Moquegua, i batió en las alturas de los Anjeles el 22 de marzo las fuerzas peruanas que se habian reunido en este distrito. Vergara, que habia desplegado en estas primeras operaciones su actividad acostumbrada, demostrando, junto con un valor a toda prueba, las dotes militares de un esperimentado veterano, fué promovido por el ministro de la guerra en campaña al rango de coronel de guardia nacionales, i recibió ademas el nombramiento de jefe de toda la caballería chilena. Esta designacion, recibida al principio con marcado descontento por algunos oficiales del ejército, estaba fundada en las cualidades que Vergara habia demostrado en la campaña anterior, i fué justificada por la conducta posterior de éste.

En efecto, Vergara desplegó en el desempeño de ese alto cargo las mismas condiciones militares con que ya se habia distinguido, A la cabeza de cuatrocientos cincuenta soldados de caballería partia de Moquegua el 7 de abril, i avanzando al sur en direccion a Tacna, donde se hallaba recon-

centrado el grueso del ejército de la alianza perú-boliviana, batió en Buenavista el 18 de abril la division de avanzada que aquel tenia para esplorar los movimientos de los chilenos. Ese combate en que el enemigo tuvo mas de cien muertos i en que dejó veinticinco prisioneros, no costaba a la columna de Vergara mas que la pérdida de tres hombres, i produjo tal terror en el campamento de los aliados, que desde ese dia no volvió a salir de él partida alguna de esploracion.

Libre, pues, de estas atenciones, pudo consagrarse Vergara a reconocer el terreno para la mas fácil conduccion de la artillería gruesa, que no podia avanzar en los arenales del desierto, i halló que el mejor medio de trasportarla hasta Tacna era hacerla desembarcar en la caleta de Ite, ahorrando así algunas leguas del penoso i casi invencible camino de tierra. Despues de una campaña de doce dias en que habia conseguido este doble resultado, Vergara regresaba a reunirse al grueso del ejército, i recibia las felicitaciones del ministro de la guerra i de los demas jefes, como recibió en seguida las del gobierno de Santiago.

Durante el resto de esta campaña, en que las operaciones militares eran ejecutadas por el grueso del ejército, el papel de Vergara fué ménos marcado. Tomó, sin embargo, parte en un reconocimiento hecho con una sólida division sobre el campamento de los aliados el 22 de mayo, asistió a la batalla de Tacna el 26 del propio mes, i en la tarde de ese mismo dia ocupó militarmente la ciudad de este nombre donde se habia tratado de oponer una desordenada e inútil resistencia. El empeño que entónces puso porque se despachasen tropas a la montaña en persecucion de los últimos restos del enemigo, fué considerado temerario; i así, creyendo que la situacion lo dejaba libre para trasladarse a Santiago a dar cuenta al gobierno de los últimos sucesos de la campaña, se embarcó en el puerto de Ite en la tarde del 27 de mayo con destino a Valparaiso.

Se ha acusado a Vergara de haber trasmitido al gobierno en esa ocasion desde Iquique noticias telegráficas del carácter mas alarmante. Se ha dicho que ofendido en su vanidad

por no haberse adoptado en Tacna el plan de batalla que proponia, i que consistia en dar un rodeo para atacar al enemigo por el flanco o por la espalda para cortarle toda retirada, Vergara se empeñaba en demostrar, el escaso resultado de esa costosa victoria, i la importancia de las fuerzas aliadas que habian logrado retirarse. Nosotros que conocimos la seriedad i la rectitud de don José Francisco Vergara, le oimos esplicar este accidente de una manera que justifica su conducta. Referíanos que en los momentos en que se embarcaba en Ite, llegaban allí algunos oficiales que le merecian entera confianza, los cuales le informaron que las reducidas partidas de tropa que se habian internado en la montaña en persecucion de los fujitivos, habian vuelto contando que éstos, en número considerable, se reconcentraban en esos lugares; i como se sabia que marchaba en ausilio de ellos una division de refresco despachada de Arequipa, era de temerse que se organizara allí otro ejército, lo que haria nuevamente crítica la situacion de las fuerzas chilenas, si éstos no se apoderaban prontamente de Arica. Estos informes, que tenian un fondo de verdad, pero que el rumor público exajeraba, pudieron estraviar a Vergara; pero el hecho cierto es que sólo despues del heroico asalto i toma de Arica el 7 de junio se pudo dar por definitivamente asegurado el triunfo de las armas chilenas en esa comarca.

Se creyó entónces de nuevo, i con mayor fundamento que despues de la primera campaña, que la guerra habia llegado a su término, i que las dos repúblicas aliadas en contra de Chile, convencidas al fin que no podian continuarla con probabilidades de triunfo, pedirian la paz. Estas espectativas, perfectamente fundadas, detuvieron por uno o dos meses los aprestos del gobierno chileno, sin descuidar sin embargo el mantenimiento del ejército i de la armada en pié de guerra en prevision de que fuera necesario continuar las hostilidades.

En estas circunstancias se operó en el gobierno de Chile una completa modificacion ministerial. El ministro de la guerra don Rafael Sotomayor habia muerto en la campaña

de resultas de un ataque del apoplejía pocos dias ántes de la batalla de Tacna. En el nuevo ministerio, Vergara fué llamado a ocupar ese puesto por decreto de 15 de julio. Este nombramiento fué objeto de ardientes discusiones en el congreso. Sin negar nadie la importancia de los servicios prestados por Vergara, sin poner en duda las honorables condiciones de su carácter, la elevacion de su patriotismo, ni su reconocida intelijencia, se creia que por las dificultades anteriores, por las diverjencias de pareceres con el jeneral en jefe del ejército, i por las parcialidades i banderías que podian aparecer en éste, ese nombramiento seria talvez causa de perturbaciones. La conducta de Vergara en el congreso contestando esas observaciones i en seguida esponiendo su plan de operaciones militares, sin hacer sin embargo revelaciones indiscretas, mereció la aprobacion de la mayoría, como mereció el aplauso de casi toda la prensa.

Habia entónces en el pueblo chileno dos corrientes de opinion respecto de la marcha futura de la guerra. Querian unos que nuestro ejército se mantuviera en posesion de los territorios ocupados al enemigo, i que se dejara a éste perder su tiempo i sus recursos en insensatos aprestos militares que no habian de servirle para recuperar aquellas provincias, hasta que convencido de su impotencia pidiera la paz. Los que sustentaban esta opinion tenian plena confianza en el poder que habia desplegado la República, i sabian que, fuera que nuestro ejército espedicionase en Lima, o que se limitase a ocupar la provincia peruana de Arequipa, habia de alcanzar la victoria. Pero creian que cualesquiera de estas espediciones costaria pérdidas de sangre i desembolsos de dinero que no serian compensados con la gloria alcanzada en una nueva campaña. Otros, i éstos eran los mas, sostenian que la guerra no tendria otro término que la espedicion a Lima, porque solo allí, i bajo la presion de las bayonetas chilenas, se someteria el enemigo a aceptar la paz. Esta última opinion sostenida con grande ardor en el congreso i en la prensa, encontró en Vergara un patrocinante tan resuelto

como convencido ante los consejos de gobierno i se impuso al fin como un hecho ineludible.

Decidida la campaña sobre Lima, i miéntras se hacian los grandes aprestos que ella reclamaba, se combinó una espedicion atrevida a los puertos del norte del Perú, destinada a obligar al gobierno de ese pais, a repartir su atencion i sus recursos por varias partes, i a demostrarle su impotencia para defender su territorio haciéndole entender así que le habia llegado la hora de solicitar la paz. Esa espedicion sembrada de peligros de todo jénero, necesitaba un jefe de la mas decidida intrepidez i de una verdadera intelijencia. Vergara no se engañó en su eleccion. Halló al hombre que buscaba en el capitan de navío don Patricio Lynch, que hasta entónces habia desempeñado en esta guerra cargos secundarios, en que sin embargo mostró una rara sagacidad. Contra las previsiones de muchas jentes, Lynch correspondió dignamente a la confianza del gobierno, dejando ver en toda esa campaña las grandes dotes políticas i militares que hicieron de él uno de los hombres mas prominentes en todo el resto de la guerra.

Miéntras tanto, se continuaban con el mas decidido empeño los aprestos para la espedicion a Lima. Se creaban nuevos batallones, se engrosaban los existentes i se reunian en Arica i Tacna todos los elementos necesarios para poner en un brillante pié de guerra un ejército de veinticinco a treinta mil hombres. La prevision del gobierno atendia a los mas menudos detalles de la organizacion i del equipo de esas tropas. Ahora, como se habia hecho en las dos campañas anteriores, se prepararon en Santiago mapas topográficos i descripciones claras i precisas del territorio en que se iba a espedicionar, i se repartian a los oficiales para ponerlos al corriente de este órden de noticias. En los almacenes del ejército se acumulaban en cantidades casi increibles, armas, municiones, medicinas, vendajes, víveres, vestuarios, calzados, i todas las herramientas necesarias para recomponer el armamento, para montar telégrafos, para reparar ferrocarriles i para ejecutar cualquier trabajo que pudieran

reclamar las operaciones. Cuando comenzaban a hacerse estos grandes aprestos, Vergara se embarcó en Valparaiso el 2 de octubre con algunos jefes i oficiales para ir a Arica a activar la organizacion del ejército i a disponerlo todo para la partida de la espedicion.

En esas circunstancias el gobierno del Perú, creyendo demorar los aprestos militares de Chile i darse tiempo para preparar su defensa, finjió aceptar la mediacion pacífica que ofrecia el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Lima. El gobierno chileno, por su parte, pensando que no le era dado el negarse a oir proposiciones de paz, aceptó el ofrecimiento de aquel diplomático, fijando, sin embargo, las condiciones ventajosas que sus triunfos le permitian exijir, i declarando que miéntras durasen las negociaciones continuaria haciendo sus aprestos militares, i ejecutando las operaciones que convenian a sus planes i a sus propósitos. Las conferencias entre los comisionados del Perú, de Bolivia i de Chile se verificaron en el puerto de Arica, a bordo de un buque de guerra norte-americano. Vergara, asociado con don Eulojio Altamirano i con don Eusebio Lillo, propuso las únicas bases de paz que el gobierno de Chile podia aceptar; i como éstas no fueron aceptadas por los representantes de los gobiernos aliados, las negociaciones quedaron rotas despues de dos conferencias. Todo aquello no habia retardado los aprestos militares, ni producido otro resultado que la pérdida de unas cuantas horas en una discusion estéril, que los representantes de Chile supieron simplificar reduciéndola a su forma mas clara i mas correcta.

La presencia de Vergara en los campamentos de Arica i Tacna comunicó una actividad prodijiosa a los aprestos militares que allí se hacian. Ampliamente autorizado por el gobierno para dirijir ese movimiento, instado ademas por éste para acelerar la partida de la espedicion sin detenerse en gastos ni en sacrificios de ningun jénero, i desplegando unas enerjía en el trabajo que no se doblegaba ante ningun obstáculo, Vergara allanaba todas las dificultades, impartia una tras otras las órdenes mas premiosas, i velaba personalmente

por su ejecucion. Esas órdenes lastimaron mas de una vez las susceptibilidades de los jefes militares; pero la voz del patriotismo se sobrepuso a todo; i sobre las rencillas que tan fácilmente nacen en esas situaciones, se hizo sentir en todo el campamento un espíritu levantado de sacar airosa la bandera nacional en aquella empresa, El jeneral en jefe don Manuel Baquedano, lastimado alguna vez en estos arreglos de detalle, manifestó, sin embargo, una notable rectitud de juicio, i haciéndose superior a las dificultades que habrian podido crear talvez serios embarazos, correspondió dignamente a la confianza que en él habia depositado el gobierno.

La espedicion comenzó a ponerse en movimiento a mediados de noviembre. El 15 de ese mes zarpaba de Arica la primera division, i cuatro dias mas tarde iba a desembarcar en las cercanías de Pisco; pero, por las dificultades consiguientes al trasporte de cerca de treinta mil hombres, de un inmenso material de guerra, i de grandes repuestos de víveres, el ejército chileno no se halló reunido sino un mes mas tarde. No es este el lugar de referir una campaña que ha sido contada prolijamente en los libros especiales, e ilustrada ademas con la publicacion de sentenares de documentos que han dado completa luz sobre aquellos hechos. Aquella campaña, decidida en las mas grandes batallas que se han empeñado en la América del sur, se terminó con una maravillosa rapidez. El 16 de enero de 1881, el ministro de guerra don José Francisco Vergara, que habia concurrido con su intelijencia i con sus esfuerzos a toda la campaña, esponiendo valientemente su vida en las dos grandes batallas i en numerosos accidentes parciales, comunicaba al gobierno desde el campamento de Chorrillos el siguiente telegrama:

«Gran batalla i brillante victoria a la altura de Chorrillos el dia 13. Otro rudo combate el 15, mas glorioso que el anterior, en el campo de Miraflores. El ejército enemigo totalmente estinguido con enormes pérdidas de vidas. Mas de dos mil prisioneros i completa dispersion del resto. Lima entregada sin condiciones, será ocupada mañana. Piérola ha de-

saparecido, i la ciudad no tiene mas autoridades que la municipalidad. El corazon se ensancha cuando se dan al pais noticias de tales hechos.—*Vergara*».

Este primer boletin de la victoria, que luego comenzó a ser ampliado con nuevas i nuevas noticias, dejaba completamente satisfechas las aspiraciones de Chile.

Vergara, que intervino en todos los accidentes militares de esa campaña, i que a la vez tuvo que entender en las negociaciones que mediaron con los ministros diplomáticos estranjeros para la entrega de Lima, permaneció en el Perú hasta los primeros dias de abril empeñado en regularizar la administracion provisoria de los vencedores. Recorrió los distritos vecinos a la capital colocando guarniciones chilenas, i en todas partes dió garantías de seguridad a las jentes de paz i a los que depusieran las armas. Al fin, el 5 de abril se embarcaba en el Callao, i despues de un viaje singularmente rápido, llegaba a Valparaiso el 10 de ese mismo mes, Recibido con el aplauso popular a que lo hacian acreedor sus grandes servicios, Vergara iba a hallarse desgraciadamente mezclado en las evoluciones de la política interior que luego le procuró sinsabores mas amargos todavía que las fatigas soportadas en la guerra con tanta entereza i abnegacion.

En esos dias tocaba a su término la administracion de don Aníbal Pinto. Caracterizada por la probidad i por la moderacion del presidente, ella habia soportado rudos ataques en las dificultades políticas que al fin consiguió dominar con la prudencia i la tolerancia, i habia hecho frente a las mas serias complicaciones esteriores que resolvió con las brillantes victorias que acabamos de recordar. Se trataba entónces de elejir un sucesor para el primer puesto del gobierno, i la lucha estaba próxima a empeñarse con un grande ardor. En vez de mantenerse estraño a la contienda, Vergara, que volvia a asumir el puesto de ministro de guerra, cometió el error de tomar parte activa en ella, comprometiendo el prestijio alcanzado por sus anteriores servicios i

por la rectitud de los principios políticos que siempre habia sostenido. Si bien es verdad que no cometió violencias ni atropellos, sino hizo intervenir la autoridad oficial, puso al servicio de esa lucha la autoridad moral de su puesto, i contribuyó a crear una nueva situacion de que no tardaria en separarse, comprendiendo así el error cometido, i llevando en su corazon honrado la amargura del desengaño i del arrepentimiento. Recordando estos hechos en un brillante discurso que pronunció en el senado en agosto de 1885, Vergara esplicó su conducta con una noble franqueza, i aceptando como una severa leccion los reproches que se le dirijian por los mismos que se beneficiaron con aquellos actos, hacia votos porque ella sirviera de ejemplo en lo futuro.

Vergara sirvió el ministerio del interior durante los primeros meses de la nueva administracion. Disgustado de la marcha que se imprimia a la política, se retiró del gobierno, sin tener por entónces otra injerencia en los negocios públicos que la que podia darle su puesto de senador por la provincia de Coquimbo a que habia sido llamado en las elecciones de 1882. La publicacion que entónces se hizo de su memoria como ministro de la guerra durante la última campaña, suscitó polémicas i controversias que debieron causarle no pocos desagrados. Estas luchas, sin embargo, no agriaron su carácter, ni lo apasionaron hasta ser injusto con sus impugnadores. Si en los escritos a que dió oríjen esa polémica hubo ataques destemplados, cargos duros i violentos, Vergara conservó la rectitud de espíritu, i entónces i mas tarde referia a sus amigos los acontecimientos de la guerra con juicio tranquilo, sin vanidad personal, apreciando los actos ajenos con templanza i tributando con frecuencia elojios sinceros a los que creian ver en él un implacable contradictor. En sus confidencias, Vergara manifestaba que la victoria habia sido alcanzada por la unidad de los esfuerzos, i por el patriotismo jeneral del pais, pero no desconocia el mérito contraido por los directores de la guerra ni el valor de los servicios de éstos.

Retirado en 1882 a la vida privada, consagrado al cuida-

do de sus intereses que habia desatendido completamente desde los primeros dias de la guerra en febrero de 1879, Vergara no apareció por entónces en la escena política sino tomando parte en algunas discusiones en el senado. Solo en su carácter de ministro de estado habia intervenido poco ántes en las discusiones parlamentarias, i por tanto no habia adquirido todavía esa facilidad de palabra i esa posesion segura que de ordinario no se adquieren sino despues de un largo ejercicio. Sin embargo, la variedad i la estension de sus conocimientos, la fijeza de sus ideas i el buen gusto literario formado en muchos años de lectura, dieron solidez i claridad a sus palabras, que con frecuencia revestia de formas elegantes, e hicieron de Vergara casi desde su estreno, un orador distinguido, que se dejaba oir con agrado i que sabia producir el convencimiento, i en muchas ocasiones arranques de emocion. Ilustraba las materias de la discusion; i cualquiera que fuese el calor del debate, siempre mantuvo la moderacion en el tono del discurso, i las conveniencias de la oratoria parlamentaria. El presente volúmen[1] en que se han recopilado los principales discursos de don José Francisco Vergara, bastará para dar a conocer esta faz de su personalidad política; pero debemos advertir que separados del cuerpo del debate, sin conocer bien los antecedentes que los provocaban, el lector no puede apreciar con exactitud toda su oportunidad i todo su alcance, aunque las notas que a este respecto ha puesto el editor a muchos de ellos, llenan en lo posible ese vacío. De todas maneras, aun en la forma en que hoi se publican, desligados del resto del debate, i sin poder apreciarse debidamente los accidentes de las circunstancias, i por tanto su oportunidad, esos discursos merecen ser conservados i conocidos por mas de un motivo. Ellos son el fruto de una intelijencia clara i serena, de una sólida preparacion adquirida en el estudio atento i prolijo de los asuntos que se tratan, i de un espíritu recto i

1 Estos discursos figuraron en el volúmen *Escritos i Discursos parlamentarios*, al cual sirvió de Introduccion la presente biografía.

Nota del Compilador.

franco, inclinado a las soluciones resueltamente liberales, i a todo lo que significa respeto a la lei i a los deberes que imponen el honor, la probidad i el verdadero patriotismo. Esos discursos, que trataban una gran variedad de materias, dieron la voz de alarma sobre la situacion política del pais, señalaron los errores del gobierno i produjeron una gran impresion en la opinion pública.

Pero Vergara no pudo empeñarse en esa campaña parlamentaria con todo el vigor a que en otras circunstancias lo habria arrastrado la entereza de su carácter. Su salud estaba minada por una enfermedad que le impedia todo exceso de trabajo, i el hablar largo rato lo fatigaba sobre manera. Como consecuencia de la vida de campaña, de los trabajos i penalidades soportadas con toda abnegacion, de las violentas transiciones de temperatura entre el dia i la noche en los desiertos del litoral del Perú, ora bajo un sol abrasador, ora envuelto en neblinas frias i penetrantes, Vergara habia contraido una enfermedad al corazon que comenzó a manifestarse por ataques de anjina que poco a poco fueron haciéndose mas graves i alarmantes. Por consejo de los médicos, se vió obligado a retirarse a su hacienda de Viña del Mar, i a buscar en el estudio i en las ocupaciones tranquilas de la industria, un descanso relativo, ya que el descanso absoluto era incompatible con la actividad de su espíritu i con el cultivo de su intelijencia. Sin embargo, aun en esas circunstancias, haciéndose superior a sus dolencias físicas, volvia frecuentemente a Santiago i mostraba un vivo interes por la marcha de los negocios públicos.

Hasta esa época, Vergara habia escrito pocas veces para el público. Solo algunos de sus amigos sabian que poseia una notable facilidad, i que podia manejar una pluma vigorosa en las polémicas mas ardientes del periodismo. Esta circunstancia creaba para él una situacion escepcional: la facilidad de guardar un incógnito impenetrable. La situacion política del pais cada vez mas inquietante, le sujirió la idea de darla a conocer i de condenar la marcha de la administracion pública en una serie de artículos en que se proponia examinarla

bajo sus diversas fases. Esos escritos, dados a luz con el título de *Cartas políticas*, produjeron desde el primer momento una impresion indescriptible, fueron reproducidas por muchos diarios i leidas en todas partes con la mayor avidez. Bajo formas literarias verdaderamente irreprochables, uniendo la censura vehemente e indignada a un sarcasmo estigmatizador, las cartas políticas de Vergara provocaban alternativamente la irritacion del patriotismo herido, i la hilaridad mas espontánea.

Continuando en esta tarea, i manteniendo el mas rigoroso incógnito, las cartas políticas de Vergara fueron una poderosa palanca para mover la opinion i para preparar la gran ajitacion que se hizo sentir en todo el pais en los últimos meses de 1885.

Se trataba entónces de la eleccion presidencial que debia verificarse el año siguiente. Los miembros mas conspicuos i prestijiosos del partido liberal se habian separado del gobierno, i en torno de ellos se habia agrupado un numeroso concurso de hombres de decision i de voluntad que en la prensa, en el Congreso i en los meetings populares levantaban la voz con grande enerjía i constituian una oposicion formidable por su número i por su calidad. El partido conservador, igualmente hostil al gobierno, llevaba a esa oposicion un continjente poderoso de opinion en Santiago i en las provincias.

Los debates de las cámaras tomaron un calor que robustecia la resistencia popular a la imposicion de una candidatura oficial. Vergara, desde su puesto de senador i con el prestijio de su nombre, conquistado con brillantes servicios a la patria, era uno de los caudillos mas caracterizados, mas animosos i resueltos de aquel movimiento. Su actitud tan franca como bien dirijida, le granjeó en esas circunstancias una popularidad poderosa que lo señalaba a los pueblos como el símbolo de la resistencia.

No tenemos para qué contar aquí todos los accidentes de esa lucha, referidos en muchos de sus pormenores en los escritos reproducidos en este volúmen. Debemos sí recordar

que cuando la oposicion liberal quiso presentar un candidato a la presidencia de la República designado por una convencion, Vergara fué elejido por una gran mayoría.

Estos acontecimientos, verificados en medio de una gran excitacion de la opinion, parecian ser los precursores de una lucha ardiente i de la mas obstinada resistencia del pais a la imposicion de una candidatura oficial.

Vergara, sin embargo, no queria entrar en la lucha en las condiciones que le creaba aquella designacion. Conocia mui bien que su salud estaba seriamente comprometida, i que lo imposibilitaba para el trabajo asiduo que se le queria imponer. Sabia ademas que la inflexibilidad de principios políticos que habia mantenido toda su vida, era un serio inconveniente para que pudieran agruparse en torno suyo todos los elementos de oposicion, sin cuya union sólida e incontrastable seria imposible el triunfo de una candidatura popular contra los elementos administrativos de que podia disponer la intervencion. Creia i habia sostenido que el candidato de la convencion liberal, debia ser un hombre de otras condiciones que por sus principios moderados i por el temple de su carácter no suscitase resistencias en ninguno de los círculos que formaba la oposicion.

Sus amigos tuvieron que hacer valer todo órden de razones para reducirlo a aceptar la candidatura que se le ofrecia. Vergara se sometió despues de larga discusion al parecer de éstos, pero sin fe en el resultado de la campaña que se iba a emprender bajo su nombre.

Las previsiones de don José Francisco Vergara eran perfectamente fundadas, i se realizaron con la mas puntual exactitud. Las agrupaciones que formaban la oposicion, poderosas para trabar unidas una lucha formidable, movidas por las causas que Vergara habia previsto, no se mostraron uniformes en el apoyo que necesitaba la candidatura de la convencion liberal; i despues de algunos trabajos que demostraron lo posible que habria sido alcanzar el triunfo en otras condiciones, renunciaron a un trabajo efectivo i resuelto contra la candidatura oficial.

Estos acontecimientos que habríamos contado con mas estension si escribiéramos una historia completa de la vida de don José Francisco Vergara en lugar de un simple bosquejo biográfico, fueron los últimos en que su nombre figura en la escena pública. La enfermedad que lo minaba, habia hecho su primera aparicion con carácter alarmante en 1884, pero desde 1886 los síntomas de gravedad comenzaron a hacerse mas frecuentes.

Los médicos le recomendaban sin cesar un descanso casi absoluto, i la residencia habitual en el clima benigno i templado de Viña del Mar. El mismo Vergara conocia el decaimiento gradual de su salud por la fatiga que le causaba todo trabajo que lo obligara a salir de sus hábitos tranquilos, i hasta el ejercicio inmoderado. Su espíritu se conservaba, sin embargo, entero i en plena actividad, i en el trato con sus amigos conservaba la suavidad, la esquisita cultura i el injenio vivo i chispeante que hacia tan amena su conversacion. Era verdademente doloroso el contemplar a ese hombre, jóven todavía por los años i por el alma, en el pleno goce de sus facultades morales e intelectuales, doblegado por una dolencia persistente e incurable, cuya gravedad habian caracterizado los médicos, i que él presentia claramente, pero conservando siempre la entereza i la enerjía de su carácter. Los que lo trataron de cerca en este período de su vida, no podrán borrar jamas de su memoria el recuerdo de las altas virtudes i de la grandeza de alma que Vergara desplegó en medio de las molestias incesantes que eran consiguientes al debilitamiento de su salud.

En esos años de forzado retiro, en que se vió obligado a abandonar casi completamente la jerencia de sus negocios, Vergara encontró un solaz para su espíritu en el estudio i en el cuidado intelijente del magnífico jardin que habia creado. Rodeado de los libros que formaban la abundante biblioteca que habia reunido en su casa de campo, pasaba largas horas consagrado a la lectura, se interesaba con el mas vivo anhelo por todo cuando se relaciona con la literatura i con las ciencias, i se complacia en conversar sobre estas materias

con aquellos de sus amigos que tenian gustos análogos. El cuidado de sus jardines, la introduccion i cultivo de nuevas plantas, la estension i mejoramiento dados a sus parques, formaban otras de las distracciones a que consagraba tanto celo como intelijencia. Interesándose siempre por la cosa pública, escribiendo de vez en cuando en los diarios sobre algun asunto de actualidad, Vergara vivia tranquilo en su retiro cuando su enfermedad lo amenazaba casi cada dia con síntomas mas i mas inquietantes.

Vergara se esforzaba en llevar en lo posible la vida ordinaria de un hombre que goza de buena salud. Sometiéndose a las reglas hijiénicas que le recomendaban los facultativos, alimentándose con sencillez i con estremada moderacion, absteniéndose de todo trabajo prolongado, montaba sin embargo a caballo, hacia paseos a pié, i recibia con particular agrado a los amigos i relaciones que frecuentaban su hogar hospitalario. En la tarde del 15 de febrero de 1889, despues de un dia en que habia gozado de un relativo bienestar de salud, habia salido a caballo, cuando se sintió repentinamente acometido de un ataque anjinoso que en pocos instantes le causó la muerte. Las circunstancias de esa catástrofe fueron referidas con todos sus pormenores en los diarios de esa época, cuyos artículos se hallan reproducidos al fin de este volúmen.

La noticia de la muerte de don José Francisco Vergara, trasmitida por el telégrafo, se estendió rápidamente en toda la República. Una impresion de dolor jeneral se hizo sentir en todas partes ante un acontecimiento que desde el primer instante fué deplorado como una desgracia nacional. Numerosos diarios enlutaron sus columnas; i todos, sin distincion de colores políticos, consagraron a su memoria artículos necrolójicos en que se tributaba el merecido elojio a las grandes virtudes del egrejio ciudadano que acababa de desaparecer. Sus funerales, solemnes por la inmensa concurrencia de jente que asistió a ellos, i mas todavía por el hecho de haber reunido en torno de su féretro a hombres de todas las opiniones, i por los discursos en que se hizo el recuerdo de

sus servicios públicos i de sus cualidades de caballero, fueron, a la vez que la manifestacion del dolor, la digna apoteósis con que la opinion del pais honraba la memoria del valiente i entendido ministro de la guerra en campaña durante una crisis sembrada de peligros para la patria, i del denodado defensor de las ideas liberales i progresistas en nuestras contiendas políticas.

«Cuando los hombres superiores desaparecen de la tierra, decia Condorcet, al primer estallido del entusiasmo, aumentado por el pesar, i a los últimos gritos de la envidia espirante, sucede pronto un silencio temible, durante el cual se prepara con lentitud el juicio de la posteridad». El nombre de don José Francisco Vergara saldrá incólume de esa prueba. Sus contemporáneos lo recordarán con estimacion i simpatía; i la posteridad lo colocará en el rango de los mas ilustres hijos de la patria chilena, a cuya gloria i a cuya prosperidad consagró toda la intelijencia de una cabeza privilejiada, i toda la entereza i toda la actividad de un gran carácter.

APÉNDICE

DOÑA JERTRÚDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

(1814-1873)



DOÑA JERTRÚDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA [1]

(1814-1873)

«Nadie, sin hacerle agravio, puede negar a la señorita de Avellaneda la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en éste como en los pasados siglos.»

DON JUAN NICASIO GALLEGO

La literatura hispano-americana acaba de perder a uno de sus mas altos representantes. El 2 de febrero del año corriente (1873) ha fallecido en Madrid la señora doña Jertrúdis Gómez de Avellaneda, escritora tan popular en América como en España, i considerada con justicia la poetisa mas insigne que ha tenido nuestra lengua. Sus poesías líricas, sus dramas, sus comedias i sus novelas la colocan en la fila de los mas distinguidos escritores castellanos de nuestra época, i le han asegurado una pájina duradera en los anales literarios de América.

---

1. Se publicó en la *Revista de Santiago*, 1873, t. II, pájs. 597-612.

NOTA DEL COMPILADOR.

No nos proponemos en este artículo hacer el análisis de la obras de la señora Gómez de Avellaneda, sino solo consignar algunas noticias biográficas i bibliográficas de que conviene dejar constancia en una revista que aspira dar a conocer de algun modo el movimiento literario de los pueblos hispano-americanos.

Doña Jertrúdis Gómez de Avellaneda nació en la ciudad de Puerto Príncipe en la isla de Cuba, el 23 de marzo de 1816 [2]. Eran sus padres el teniente de navío don Manuel Gómez de Avellaneda, natural de Constantina, cerca de Sevilla, que era entónces comandante de matrículas del distrito, i doña Francisca Arteaga de Betancour, orijinaria de Cuba, e hija de una de las familias mas antiguas de aquella poblacion. La señora Gómez de Avellaneda perdió a su padre cuando solo contaba seis años de edad. Su madre pasó poco mas tarde a segundas nupcias contrayendo matrimonio con don Gaspar Escalada, segundo jefe del rejimiento de Leon que guarnecia a Puerto Príncipe.

Desde sus primeros años manifestó la jóven una pasion singular por el estudio. En su ciudad natal faltaban establecimientos de educacion convenientemente montados. Ella suplió este vacío leyendo cuanto libro caia a sus manos; i luego que supo escribir corrientemente, comenzó a componer versos que rompia, desesperando alcanzar a hacer algo que se acercase siquiera a los grandes modelos que habia estudiado.

Su natural despejo i su entusiasmo por las obras literarias, atrajeron luego la atencion pública sobre su persona mediante una circunstancia que no han conocido o que no han recordado algunos de sus biógrafos. Como las familias de Puerto Príncipe estaban obligadas a mandar a sus hijos

---

2. La Avellaneda nació realmente en 23 de marzo de 1814, «aunque ella tenia la debilidad de quitarse dos años, por lo cual la fecha está equivocada en casi todas las biografías», segun MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de la poesía hispano-americana*, (Madrid, 1911). t. I, p. 271.

NOTA DEL COMPILADOR.

a hacer sus estudios a la Habana o al estranjero, algunos vecinos promovieron una suscripcion popular cuyo producido debia de invertirse en la fundacion de un colejio. Entre otros arbitrios a que se apeló para colectar fondos, fué uno el de dar algunas representaciones dramáticas de aficionados. La jóven Avellaneda se ofreció gustosa a contribuir con su talento a esa obra de patriotismo i de ilustracion, i desempeñó con jeneral aplauso el papel de primera dama en la representacion de dos comedias de Moratin i en una trajedia francesa que algunos años ántes habia traducido al castellano el primer poeta de Cuba, don José María Heredia. Estos aplausos produjeron en el espíritu de la poetisa el efecto de comunicarle nuevo ardor para seguir cultivando las letras, con las cuales habia estado a punto de romper en sus dias de desaliento.

A los pocos dias de haber alcanzado estos triunfos, la señora Avellaneda abandonó la isla de Cuba. Su padrastro, fatigado por los largos años de servicio militar, acababa de obtener una cédula de retiro, i queria pasar sus últimos años en la provincia de Galicia en España, de donde era orijinario.

Al embarcarse para Burdeos en el puerto de Santiago de Cuba, en 1836, compuso su excelente soneto *Al partir*, que por ser la primera de sus obras que no quiso destruir, fué colocada al frente de sus poesías líricas. Ese soneto, que a juicio de un crítico mui exijente, don Juan Nicasio Gallego, puede competir con los mejores del parnaso español, es, pues, la obra de una jóven que apénas contaba veinte años de edad.

En esa época, las provincias del norte de España estaban ocupadas por el ejército carlista, que interceptaba toda comunicacion por la via de tierra entre la península i la Francia.

La familia de la señora Avellaneda se vió forzada a permanecer dos meses en Burdeos, al cabo de los cuales se trasladó por mar a la ciudad de la Coruña, donde debia establecerse definitivamente. Allí nacieron en breve algunos

disgustos domésticos, a los cuales puso término doña Jertrúdis, yendo en 1838 a reunirse a la familia de su padre, que habitaba la Andalucía. No siendo posible hacer este viaje al traves de las provincias que eran entónces teatro de una espantosa guerra civil, la jóven poetisa acompañada por su hermano don Manuel Gómez de Avellaneda, se embarcó en Vigo con direccion a Lisboa, i desde allí se trasladó a Cádiz i luego a Sevilla i Constantina, donde residian sus parientes.

En estos lugares, cuya naturaleza ardiente le hacia recordar de algun modo el suelo de su patria, dió rienda suelta a su inspiracion, publicando en diversos diarios sus primeras poesías bajo el seudónimo de la *Peregrina*, i haciendo representar en Sevilla en 1840 un drama titulado *Leoncia*, que aunque fué mui aplaudido, no quiso dar a la prensa. La carrera literaria, a que la arrastraba una vocacion irresistible, se abrió para ella en aquel año en medio de los aplausos con que era saludada cada una de sus producciones.

Entónces llegaba tambien a la mayor edad. Emancipada de toda tutela, poseedora de una corta fortuna que habia heredado de su padre, i contando sobre todo con el probable beneficio que habia de producirle su pluma, doña Jertrúdis se trasladó en ese mismo año a Madrid, donde, a pesar de la intranquilidad producida por la guerra civil, existia un notable movimiento literario en que tomaban parte algunos poetas mui distinguidos.

La señora Avellaneda, que ya habia recibido los consejos literarios del famoso maestro don Alberto Lista, cultivó en Madrid la amistad de muchos otros literatos no ménos célebres, como el duque de Frias, don Juan Nicasio Gallego, don Manuel José Quintana, Espronceda, Zorrilla, Roca de Togores, Pastor Díaz, Breton de los Herreros i Hartzembusch. «La aparicion de la señorita Avellaneda en el círculo literario de la capital, ha dicho uno de esos escritores (don Nicomédes Pastor Díaz), le señaló desde luego el verdadero lugar que le correspondia... Habíase creido encontrar en ella una distinguida poetisa: no era eso nuestra escritora: fué

colocada desde luego en el primer rango de nuestros mejores poetas. Uno de los mas célebres i justamente populares injenios (Breton de los Herreros), dijo de ella, al oir una de sus composiciones:—*Es mucho hombre esta mujer.* I aunque las no comunes gracias i atractivos personales que tan privilejiadamente adornan a la ilustre cubana, hiciesen brotar en derredor suyo sentimientos e impresiones harto distintos que los que supone el dicho agudo del poeta cómico, la verdad es que en el círculo de la literatura se olvidó su sexo hasta para realzar la admiracion i el mérito».

Alentada por el aplauso de jueces tan competentes, la jóven escritora se determinó a publicar en 1841 un volúmen de poesías líricas. Salió a luz en Madrid precedido de un prólogo escrito por don Juan Nicasio Gallego, que termina con las mismas palabras con que nosotros encabezamos este artículo. Ese volúmen de poesías es popular en Chile, porque fué reproducido por don Juan María Gutiérrez en la *América poética;* fué reimpreso en España, en 1850, junto con otras composiciones escritas posteriormente, i constituyen ahora el primer tomo de sus *Obras literarias,* publicado en Madrid en 1869.

En medio de los numerosos volúmenes que cada año se publicaban en España con el título de poesías líricas, el libro de la poetisa cubana llamó particularmente la atencion no solo por ser la obra de una mujer, sino porque poseia un mérito mas real que el de la mayor parte de las producciones de este jénero. La prensa lo recibió con elojios unánimes. «No vacilamos en asegurar, decia una revista literaria mui aplaudida en esa época, *El Conservador,* en su número de 23 de enero de 1842, en un estenso artículo destinado a analizar el libro de la señora Avellaneda, que esta preciosa coleccion puede sostener ventajosamente el parangon con las colecciones de mayor mérito que han dado a luz en este último tiempo los poetas masculinos. Ninguno de ellos le excede en imajinacion, en talento, en jenio. Ninguno, en la grandeza, elevacion i orijinalidad de los pensamientos; ninguno, en la robustez i valentía de la espresion; ninguno, en

la facilidad, pureza i armonía del lenguaje, en la riqueza del colorido, en la brillantez i propiedad de las imájenes; ninguno, en la belleza i variedad de las formas; ninguno, en la espontaneidad de la inspiracion; mui pocos i contados, en la filosofía i profundidad de sus conceptos, en la estension i trascendencia de sus ideas». Lo que mas llamó la atencion de los críticos españoles fué el vigor varonil de algunas de sus composiciones. «No es la Avellaneda poetisa, sino poeta», decia algun tiempo mas tarde el ilustrado escritor don Antonio Ferrer del Rio.

El mismo año de 1841 dió a luz la poetisa cubana un libro en prosa que dedicó a su distinguido amigo i consejero don Alberto Lista. Era una novela titulada *Sab*, en que ha descrito la exuberante riqueza de Cuba, la sociedad de su pueblo natal i los dolores de la esclavitud, pintando la pasion noble i jenerosa de un infeliz esclavo que se enamora de la hija de sus amos. Aunque esta novela fué recibida con grandes elojios por la prensa periódica, la señora Avellaneda la creyó mas tarde indigna de ser incluida en la coleccion de sus obras.

La señora Avellaneda no se limitó a conservar la posicion que se habia conquistado en la literatura española con la publicacion de estos dos libros. Léjos de eso, consagrándose con mayor entusiasmo al cultivo de las letras, alcanzó en breve nuevos i mas preciados laureles.

Al mismo tiempo que daba a luz en diversas publicaciones periódicas, algunas poesías nuevas, preparaba otras obras que solo vieron la luz tres años mas tarde, en 1844. Figuran entre éstas dos novelas, *La Baronesa de Joux*, leyenda en prosa, fundada sobre una tradicion del Franco Condado, del siglo XII, i *Espatolino*, interesante novela histórica cuya escena pasa en Nápoles i en Roma a principios de este siglo. En ámbas obras, la poetisa cubana manifiesta conocimientos históricos superiores a los que podrian exijirse a una mujer educada por sí sola en una oscura ciudad de América, i despliega todo el poder de un estilo bien formado, lleno de naturalidad i de firmeza. La segunda de estas nove-

las debe ser conocida de muchos lectores chilenos, porque fué reimpresa en Valparaiso en 1853.

En el mismo año de 1844, la señora Avellaneda dió al teatro dos composiciones suyas que le aseguraron un puesto distinguido entre los mas ilustres dramaturgos españoles.

La primera de ellas por órden cronolójico, i tambien la mejor de sus obras dramáticas, es *Alfonso Munio,* drama correjido i reimpreso mas tarde con el nombre de *Munio Alfonso.* La señora Avellaneda ha sacado el asunto de esta pieza de un hecho conservado en las crónicas de su familia paterna. Munio Alfonso es un jeneral castellano mui famoso en las luchas contra los sarracenos en el siglo XII, que alcanzó el alto título de alcaide de las fortalezas de Toledo bajo el reinado de Alfonso VII. Habiendo sorprendido a su hija Fronilde en conversacion amorosa con el infante don Sancho de Castilla, la traspasa con su espada, sin saber que estaba concertado el matrimonio de esa hija única e idolatrada con el heredero del trono. Por mas que esta pieza haya sido llamada drama trájico, no puede considerarse sino como uno de esos dramas caballerescos, de la escuela de *García del Castañar* de Rojas Zorrilla, en que se enaltece la lealtad i el honor castellano por medio de violentas situaciones dramáticas. Pero cualesquiera que sean los defectos que en el fondo o en el desarrollo de la accion puedan encontrarse en el drama de la señora Avellaneda, no es posible dejar de ver en él escenas de un alto interes, i una versificacion fácil i vigorosa. La narracion de un combate que hace Alfonso Munio en la última escena del primer acto, podria tener cabida en una epopeya heroica, i no desmereceria al lado de los mejores pasajes de Ercilla, el príncipe de los poetas épicos españoles.

El segundo drama trájico de la señora Avellaneda, representado a fines de ese mismo año de 1844, se titula *El príncipe de Viana.* Aunque mui inferior al primero, tiene sin embargo escenas interesantes, i esa versificacion vigorosa i fluida que son el distintivo de todas las producciones poéticas de esta autora. Mas tarde, cuando ella hizo la edicion definitiva de sus obras, condenó este drama a la pena de esclusion.

Fueron necesarias las instancias de una amiga suya, la célebre novelista doña Cecilia Bohl de Faver, mas conocida con el seudónimo de Fernan Caballero, para que lo salvara del olvido.

Un año mas tarde, en 1845, la señora Avellaneda dió a luz otra novela titulada *La velada del helecho i el donativo del diablo*, interesante leyenda basada sobre una tradicion suiza.

Pero en este mismo año alcanzó un triunfo literario que reveló su gran superioridad sobre muchos de los poetas españoles de ese tiempo. Los duques de Villahermosa acababan de abrir en su palacio un liceo o sociedad literaria de que formaban parte los mas notables injenios de Madrid. Habiéndose descubierto una conspiracion, la reina Isabel indultó al coronel Renjifo i a los otros conspiradores que habian sido condenados a la pena capital. El liceo abrió un certámen literario con el objeto de premiar las dos mejores composiciones poéticas que se presentaran para cantar la clemencia de la reina. La señora Avellaneda escribió dos odas, una titulada *La clemencia* i otra *La gloria de los reyes*. En uno de los pliegos cerrados que acompañaban a esas piezas escribió su nombre, i en el otro puso el de un hermano suyo, llamado Felipe Escalada, que seguia en Madrid sus estudios para injeniero militar. El jurado que debia informar sobre el mérito de las numerosas composiciones presentadas al certámen, declaró por unanimidad que las dos que dejamos mencionadas eran las que merecian el premio. Ya podrá comprenderse la admiracion que se produjo entre los asociados cuando se supo que ámbas piezas eran la obra de la ilustre poetisa. El liceo acordó celebrar una sesion solemne para que la jóven cubana fuese coronada con dos coronas de laurel por la mano del infante don Francisco de Paula.

Cuando se conocen las miserias de la corte de Madrid, la degradacion de la familia real, i las pasiones que jerminaban en el palacio, se siente un verdadero dolor de que una poetisa de tanto talento como la señora Avellaneda, nacida en el suelo que tantas veces han manchado con sus matanzas i rapiñas los soldados de esos reyes, haya perdido su inspiracion

en cantar en esa i en otras odas a Isabel II. Pero, debe decirse en su disculpa que como mujer, jóven i educada en las ideas españolas, casi no era posible exijir a su musa esos acentos de condenacion de los reyes opresores de su patria, que han hecho la gloria de Olmedo, de López, de Lafinur, de Vera i de otros poetas de la América libre. Por otra parte, la poetisa cubana escribia esas odas en una época en que tanto en España como en las colonias todos los corazones jenerosos abrigaban grandes esperanzas en una reina de quince años a quien se pintaba como un conjunto armonioso de todas las virtudes i de todas las bondades.

En 1869, cuando el trono de Isabel se habia hundido bajo el peso de sus faltas, i cuando la poetisa incluia esos cantos en el tomo I de la coleccion de sus obras, recordaba como sonrojada esta circunstancia atenuante, para merecer la induljencia de sus lectores. «Espero, decia con este propósito, que no sea motivo de impopularidad para este libro la circunstancia de aparecer en algunas de sus pájinas el nombre de una reina que toda España miraba, en la época en que la canté, como el símbolo de sus libertades».

La gloria de la ilustre poetisa habia llegado entónces a su mayor auje. Anteriormente habia publicado algunos artículos en la *Revista de Madrid*, [1] el mejor periódico literario español de aquella época.

En los meses que se daba descanso habia visitado varios lugares de España i algunos paises de Europa; i en sus viajes, en la lectura i en el roce con los literatos habia adquirido conocimientos raros en una mujer i mui poco comunes aun en los hombres que en aquel pais cultivan la amena literatura. Sus escritos le proporcionaban los medios de llevar una vida holgada, i de tener en el mundo la representacion que dan los bienes de fortuna. Tenia entrada en palacio, i era convidada a los bailes de corte con las grandes señoras de la antigua nobleza castellana. Su casa, ménos modesta que la del comun de los literatos, atraia muchos visitantes que

1. Fué uno de ellos una biografía de la condesa de Merlin i análisis de su *Viaje a la Habana*, i otro una biografía del jeneral español Narváez.

festejaban en ella a la poetisa insigne i a la mujer adornada de todas virtudes de su sexo, i que si no era precisamente hermosa, no carecia tampoco de esa belleza arrogante de las mujeres de la raza española de las Antillas, ojos grandes i negros, rostro animado i una gracia que cautivaba las simpatías de los que a ella se acercaban.

Uno de éstos era don Pedro Sabater, jóven de distinguido talento, aficionado a la poesía, diputado a cortes i jefe político de Madrid en esa época. «Tocada del tierno interes i de la pasion profunda que ese jóven le habia consagrado, dice uno de los biógrafos de la señora Avellaneda, se resolvió a darle su mano a principios de 1846. Fué de parte de nuestra escritora, mas bien que la recompensa de un encendido amor, una compasion delicada, un consuelo con que quiso endulzar los últimos dias de su buen amigo». En efecto, a pesar de las apariencias de una salud robusta, Sabater sufria una larinjítis peligrosa, que obligó a la poetisa americana a hacer el papel de enfermera los pocos meses que aquél sobrevivió a su matrimonio. Inútil fué que los esposos pasaran a Paris a consultar a los mas afamados médicos de Europa: en agosto de este mismo año, hallándose en viaje para España, Sabater murió en Burdeos dejando a su viuda sumida en la mayor afliccion. En su dolor, la señora Avellaneda buscó consuelo en el sentimiento relijioso, i se asiló en el monasterio de Loreto de esa ciudad, donde permaneció dos meses. Solo a fines de aquel año volvió a Madrid a recibir las manifestaciones de simpatía de sus amigos, i donde pasó muchos meses absorbida por sus pesares i sin escribir cosa alguna para el público.

Sin embargo, en el tiempo que la señora Avellaneda permaneció casada compuso un drama bíblico titulado *Saul*, que solo se representó tres años mas tarde, en 1849, mereciendo una acojida lisonjera, pero inferior a la que habian recibido sus otras obras dramáticas.

En los primeros dias de ese mismo año de 1846, i en vísperas de contraer matrimonio, habia dado a la prensa una novela histórica americana, *Guatimozin, último emperador de*

Méjico, en cuatro pequeños volúmenes, que constituye la mas estensa de todas sus obras. Con un regular conocimiento de la historia de la conquista [de Méjico, adquirida en la lectura de las cartas de Hernan Cortés i de las historias de Bernal Díaz del Castillo, Solis, Clavijero i Robertson [1], la señora Avellaneda pudo narrar en forma novelesca los principales sucesos de aquella heroica epopeya, realzando los caractéres históricos, e introduciendo pormenores romanescos de su invencion, pero jeneralmente inverosímiles. Aunque esta obra dista mucho de cumplir con todos los requisitos de retrato fiel de los hombres i de las costumbres del tiempo pasado que se exijen en las novelas del jénero que creó i llevó a la perfeccion Sir Walter Scott, se lee con verdadero interes, da una idea aproximativa de los sucesos que consigna, marcha i se desenvuelve con cierta naturalidad, i constituye una de las mejores novelas históricas que se hayan escrito sobre cualquier pais de la América española [2]. *Guatimozin* fué favorablemente recibido por la prensa española: en América se leyó con mucho gusto i fué reimpreso en Valparaiso en 1847, i segun creemos en Méjico.

La autora, sin embargo, no quedó satisfecha de su libro. En 1871, cuando publicaba el 5.º tomo de la edicion definitiva de sus obras, habria querido revisarlo i correjirlo por entero, i no pudiendo hacer esto por el mal estado de su salud, prefirió escluirlo de esta coleccion, conservando solo algunos fragmentos en que está referido el suplicio i muerte

1. La señora Avellaneda no conoció la famosa historia de Prescott, que habria podido serle de gran utilidad en la composicion de su novela. La obra del célebre historiador norte-americano habia sido publicada en Nueva York en 1843, pero solo en 1847 se empezó a publicar en Madrid la traduccion castellana de Beratarrechea, que solo se acabó de imprimir en 1850. En cambio, la traduccion hecha en Méjico por don Joaquin Navarro, mas fiel que la de Madrid, habia sido publicada en los años 1844 i 1845, pero era desconocida en España.

2. De las novelas históricas americanas que conozco, solo dos pueden competir en estension i en interes con la de la señora Avellaneda, *Mercedes de Castilla* por Fenimore Cooper, e *Ismael ben Kaisar o el descubrimiento del nuevo mundo,* por M. Ferdinand Denis; ámbas referentes a la historia de Cristóbal Colon.

de Guatimozin, bajo el título de *Una anécdota de la vida de Hernan Cortés.*

Despues de la representacion de *Saul* que, como hemos dicho, tuvo lugar en 1849, la señora Avellaneda volvió con nuevo estusiasmo al cultivo de las letras, que le habia proporcionado tantos lauros i le proporcionó en seguida el consuelo de sus penas. En octubre de 1850 hizo representar otra pieza, *Recuerdo,* drama en tres actos i en variedad de metros; en enero de 1852, *La verdad vence apariencias,* drama histórico en verso, en dos actos i un prólogo; en octubre del mismo año, *La hija de las flores o todos están locos,* comedia orijinal en tres actos i en verso, que ocasionó el mas brillante triunfo dramático que haya alcanzado la autora, pues esta comedia se representó noche a noche durante mas de dos meses; i en mayo de 1853, *La aventurera,* comedia en cuatro actos i en verso, imitada con mucha libertad de otra composicion que tiene el mismo título, del dramaturgo frances Emilio Augier. Al lado de esta obra es casi inútil recordar *El donativo del diablo,* drama sacado de una de sus leyendas en prosa, *La sonámbula* i *Los tres amores,* dramas ámbos que fueron desfavorablemente recibidos por el público madrileño, talvez a consecuencia de intrigas i rivalidades, i que la autora no quiso coleccionar mas tarde con sus otras obras.

El amor propio de la ilustre poetisa recibió otra herida en ese mismo año de 1853. La muerte de don Juan Nicasio Gallego acababa de dejar vacante un sillon en la real academia de la lengua. Varios miembros de esta sabia corporacion, el duque de Rivas, don Joaquin Francisco Pacheco, don Nicomédes Pastor Díaz, don Fermin de la Puente i Apecechea i algunos otros, instaron a la poetisa cubana a presentarse como candidato para ocupar el lugar vacante. La señora Avellaneda vaciló un momento; pero instada con particular empeño, aun por los otros candidatos que aspiraban al mismo puesto i que querian darle esta prueba de galante caballerosidad i de acatamiento a sus méritos literarios, aceptó a proposicion que se le hacia. La ilustre escritora, sin em-

bargo, no fué feliz en esta campaña; la academia reconoció plenamente sus títulos para formar parte de aquella docta sociedad; pero declaró, por una débil mayoría, que por el espíritu de sus estatutos no podia dar lugar a una mujer. Este rechazo indirecto, no habria ofendido en lo menor a la señora Avellaneda; pero se dijo entónces que la real academia no habia querido llevar a su seno a una mujer que algunos pintaban dotada de una altividad i de una irritabilidad de carácter que habrian podido ocasionar embarazos desagradables en las sesiones de la corporacion. Sea de esto lo que se quiera, la verdad es que la poetisa cubana guardó un profundo desagrado por este contratiempo i que en algunos escritos posteriores dejó sentir la desdeñosa altanería con que miraba a los que creia sus injustos adversarios.

Se hace notar particularmente este sentimiento en una comedia en cinco actos i en verso que con el título de *Oráculos de Talia o los duendes en palacio,* hizo representar en Madrid el 15 de marzo de 1855. Tomando por campo de la accion la corte de España bajo la menor edad del rei Cárlos II, hace aparecer un poeta víctima de mil intrigas, que al fin merece el premio a que lo hacian acreedor su talento i la grandeza de su alma. En ese mismo año, la señora Avellaneda hizo representar otro drama en verso i en un acto, *La hija del rei René*, arreglado del teatro frances, que obtuvo como el anterior una favorable acojida del público de Madrid.

Un triunfo mucho mayor alcanzó la poetisa cubana al año siguiente. El 25 de marzo de 1855 se celebró en aquella capital una fiesta espléndida preparada por la admiracion de un pueblo i en homenaje de uno de los mas grandes poetas que haya producido la España, de don Manuel José Quintana. En la sala del Senado, la reina colocó sobre las sienes del insigne poeta i del gran ciudadano una corona de laurel de oro discernida por el pueblo. Entónces, la señora Avellaneda, poniéndose de pié, leyó con voz fuerte i segura una de las mejores odas que haya inspirado su musa, i tambien una de las mas notables a que diera oríjen la corona-

cion del venerable pceta. El público entero manifestó su entusiasmo por el inspirado canto de la ilustre poetisa cubana. «Estimo, como mi primera gloria, le dijo Quintana, el haber inspirado tan magníficos versos».

Aparte de esa i de otras composiciones líricas de un mérito sobresaliente que la autora ha reunido despues en la coleccion definitiva de sus poesías, la señora Avellaneda siguió trabajando para el teatro. Escribió para un teatrillo de aficionados una comedia en prosa i en dos actos, titulada *El millonario i la maleta*, que solo dió a luz en 1870, refundió en verso castellano el drama frances *Catilina* de los señores Dumas i Maquet, que no se representó nunca, i que solo se publicó en 1869, e hizo representar en marzo de 1858, una comedia orijinal en prosa titulada *Tres amores*, en tres actos i un prólogo.

Pero su verdadero triunfo de este año fué la representacion del drama bíblico *Baltasar*, en cuatro actos i en verso, que se estrenó en el mes de abril ccn un éxito comparable al que catorce años ántes habia alcanzado *Alfonso Munio*. La prensa aplaudió esta obra como una de las mas preciadas joyas del teatro español moderno. Se la comparó con el *Sardanápalo* de Byron, del cual se creia una imitacion; i los críticos madrileños lo hallaron superior al drama del famoso poeta ingles. Aunque no sea posible exijir de todos los lectores que participen de esta admiracion, no se puede dejar de reconocer en el drama de la señora Avellaneda una accion bien concebida i desenvuelta, caractéres notables i una versificacion digna de sus mejores obras.

Una gran desgracia doméstica vino a perturbar la satisfaccion que este triunfo debia producir en el ánimo de la ilustre escritora. Despues de cerca de nueve años de viudez, habia contraido segundas nupcias en 1855 con el coronel de artillería don Domingo Verdugo Massieu, edecan del rei don Francisco de Asis. Este matrimonio, que tuvo por padrinos a los mismos reyes, se inauguró bajo los mas felices auspicios; pero la prosperidad no fué de larga duracion. Verdugo estaba afiliado en el partido vicalvarista o de la Union Liberal,

que tenia por jefe al jeneral O'Donnell, i llegó a ser diputado a cortes. Pero a la caida de ese caudillo en octubre de 1856, perdió los destinos que desempeñaba en el palacio. En abril de 1858, al dirijirse a medio dia al Congreso, donde combatia ardorosamente al ministerio Nocedal, tuvo un altercado en la puerta de su casa en la calle del Cármen, en que recibió una herida de puñal que lo puso en el acto en las puertas del sepulcro. «La circunstancia de pertenecer Verdugo a un bando apartado entónces del poder i de suponerse a su adversario del bando contrario, dice uno de los biógrafos de la señora Avellaneda, don Jacobo de la Pezuela, dió lugar a que algunos i aun la misma Avellaneda supusieran haber sido ocasionado el lance por alguna venganza política. Aunque solo fué casual i puro efecto de provocaciones, miéntras duró el peligro de Verdugo, que estuvo por espacio de muchos dias a las puertas de la muerte, su casa estuvo constantemente concurrida por todas las notabilidades del partido vicalvarista». Al fin, el esposo de la señora Avellaneda se repuso un tanto, pero guardó en su cuerpo el jérmen del mal que lo llevó al sepulcro pocos años mas tarde.

La Union Liberal reconquistó el poder en junio de 1858. El coronel Verdugo volvió a gozar del favor del ministerio; pero, necesitando reparar sus fuerzas, emprendió en compañía de su esposa un viaje a los Pirineos franceses en busca de las aguas medicinales que los facultativos le habian recomendado para su restablecimiento. De vuelta de esta escursion veraniega, i a su tránsito por Barcelona, la señora Avellaneda fué hospedada por el capitan jeneral de Cataluña, don Domingo Dulce, i recibió de las diferentes sociedades literarias i artísticas de esa ciudad, ovaciones ostentosas i conmovedoras. Poco mas tarde, la ciudad de Valencia, a donde la poetisa cubana fué a pasar el invierno buscando un clima templado que favoreciera la convalecencia de su marido, le prodigó aplausos i manifestaciones no ménos ardorosos i entusiastas.

Pero, la salud de Verdugo no logró restablecerse. La herida que recibió en Madrid, le habia lastimado sériamente un

pulmon, i a pesar de la mejoría que habia alcanzado, estaba reducido a llevar una vida valetudinaria i llena de cuidados. La señora Avellaneda se acordó entónces de Cuba, la patria de los bosques de plácida verdura, de que habia vivido ausente durante veintitres años. El ministerio acababa de nombrar capitan jeneral de la isla al jeneral don Francisco de la Torre, i éste ofreció al coronel Verdugo llevarlo consigo dándole un puesto en la administracion. Esta proposicion fué aceptada, i a fines de 1860 la señora Avellaneda se embarcó para la Habana, donde le esperaban nuevos aplausos i nuevos triunfos.

En esa ciudad existe una asociacion que con el título de Liceo, propende al fomento i desarrollo de las bellas letras. Esa sociedad, imitando la fiesta celebrada en Madrid para coronar a don Manuel José Quintana en 1855, acordó otorgar tambien una corona de laurel de oro al injenio mas notable que habia producido la isla, a la poetisa mas insigne que cuenta la literatura española. La coronacion tuvo lugar en la noche del 27 de enero de 1860. El grandioso teatro de Tacon, lujosamente adornado, alumbrado con profusion, concurrido por todo lo que la Habana tenia de notable, fué el lugar designado para esta solemnidad. Celebróse un concierto en que se hizo oir el piano de Gotschalk, representóse una de sus piezas dramáticas, la mas corta de todas, *La hija del rei René*, i en seguida apareció el escenario majestuosamente decorado, i ocupado por el capitan jeneral de la isla i por todas las personas notables que habian promovido esta fiesta. En medio de los discursos, i de las poesías compuestas para este acto, la ilustre poetisa fué coronada por el capitan jeneral; i en seguida, adelantándose al proscenio, con voz conmovida por aquel triunfo de que era objeto, pronunció cinco cuartetos endecasílabos que por el sentimiento i por el vigor poético pueden figurar al lado de sus mejores cantos.

Ovaciones análogas a estas recibió en las otras ciudades de la isla que visitó en seguida. Este espléndido recibimiento

que le acordaba su patria, la estimularon a volver de nuevo i con mayor entusiasmo a la vida literaria.

En la Habana fundó i dirijió una revista de literatura, publicó en el *Diario de la Marina*, el periódico mas acreditado i popular de la isla, una serie de artículos titulados *Mi última escursion a los Pirineos*, de que solo ha querido conservar algunos episodios i fragmentos; i otra coleccion de artículos sobre *La mujer*, o consideraciones jenerales sobre la influencia civilizadora del bello sexo, i cuál debe ser su rol en la literatura. Escribió ademas dos novelas, *Dolores*, basada en la historia de Castilla durante la primera mitad del siglo XV, i *El artista barquero*, en que hace intervenir a Madama de Pompadour con caractéres mas simpáticos que los que le presta la historia de Francia del siglo XVIII. Esta última es considerada una de las mejores novelas de la señora Avellaneda.

La insigne poetisa no pudo residir largo tiempo en la Habana. Su marido fué nombrado teniente gobernador del distrito de Cienfuegos, i en seguida del distrito de Cárdenas, i le fué forzoso acompañarle a estos lugares. En el último pueblo se trataba de erijir una estatua a Cristóbal Colon, primer descubridor de la isla de Cuba. La señora Avellaneda prestó a esta idea todo su prestijio literario i toda la influencia del gobernador local. La estatua fué inaugurada el 25 de diciembre de 1862 en medio de una gran fiesta, para la cual la poetisa compuso un himno precioso, que sin embargo empañan sus sentimientos demasiado españoles que la llevaban hasta celebrar la momentánea incorporacion de la república dominicana a la corona de Castilla, que acababa de consumarse en esa época. En ese año tambien la ciudad de Cárdenas vió terminarse un hospital, en cuya obra la señora Avellaneda hizo intervenir toda su influencia.

Nuevas desgracias domésticas aguardaban a la poetisa en aquella residencia en que contaba con tantas simpatías. Allí recibió la noticia del fallecimiento de su madre, muerta en España, i cuando todavía estaba agobiada por este dolor, vió desaparecer a su marido el 3 de octubre de 1863, víctima de

los daños causados por la herida que recibió en Madrid cinco años ántes.

En los primeros momentos de angustia que le causó este doble pesar, la señora Avellaneda determinó retirarse a un convento para pasar allí sus últimos dias bajo la éjida de la relijion. La familia de su padre, que, como hemos dicho, residia en Sevilla, la llamó a su lado con instancias tan cariñosas que no le fué posible resistirse. Su hermano, el compañero de sus primeras peregrinaciones en España, pasó a buscarla a Cuba; i en su compañía se embarcó a principios de mayo de 1864 para hacer un largo viaje que habia de servirle de distraccion en sus aflicciones. Recorrió una gran parte de los Estados Unidos, visitó la catarata del Niágara, que saludó con inspirados acentos como todos los poetas que han contemplado esa espléndida maravilla de la naturaleza; i dirijiéndose en seguida a Inglaterra, llegó a Sevilla a fines de ese año, despues de haber atravesado de nuevo la Francia i la España. La vida de familia i el cultivo tranquilo de las letras iban a ser el consuelo de sus últimos dias.

De este tiempo data la última obra de la señora de Avellaneda. En su residencia de Sevilla compuso un *Devocionario* en verso, que fué publicado en Madrid i del cual solo conocemos algunas piezas elejidas por ella misma, i colocadas en el primer tomo de la edicion definitiva de sus obras. A juzgar por estas muestras, i por los elojios que le ha tributado la prensa española, el *Devocionario* poético de la poetisa cubana es una de las mejores obras que con este título ha producido la literatura española, la cual cuenta, sin embargo, un libro notable por el sentimiento poético i por la elegancia de la versificacion en el *Ejercicio cotidiano i novísimo devocionario* por don Miguel Agustin Príncipe, que fué publicado en Madrid en 1844.

Pero el trabajo mas importante a que se contrajo la señora Avellaneda durante su residencia en Sevilla, fué la revision de sus obras para hacer de ellas una edicion correjida i definitiva. Su plan era publicar seis volúmenes en 8.º, i de cuatrocientas a quinientas pájinas i en una forma bastante

compacta. En efecto, en 1869 se publicó en Madrid por la imprenta de don Manuel Rivadeneira el primer volúmen que contiene las poesías líricas, precedidas de la biografía de la señora Avellaneda, por don Nicomédes Pastor Díaz; en 1869 i 1870 se dieron a luz los tomos II i III con las obras dramáticas; i en 1870 i en 1871 los tomos IV i V que encierran las novelas i obras en prosa. El segundo de éstos, que es el último de la coleccion, contiene algunos juicios críticos publicados en diversas épocas acerca de las obras de la autora. Pero a pesar del rubro de *Coleccion completa*, que lleva cada uno de los cinco volúmenes de esta edicion, la señora Avellaneda ha eliminado de ellos los materiales para formar uno o dos volúmenes mas. Enfermiza i achacosa durante sus últimos años, harta de aplausos i de gloria, aunque contrariada en algunas de las mas nobles aspiraciones de su vida, la ilustre poetisa sometió sus escritos a una severa revision, corrijió o rehizo algunos de ellos; i cuando su salud no le permitió hacer lo mismo con otros, prefirió proscribirlos de la coleccion de sus obras, o limitarse a utilizar algun fragmento, un simple episodio. En ella faltan dos novelas, *Sab* i *Guatimozin*, i algunos dramas como *Leoncia*, *Ejilona*, *Errores del corazon*, la *Sonámbula* i *Simpatía i antipatía*. En cambio de estas obras, la señora Avellaneda recopiló muchas leyendas en prosa, publicadas en diversos periódicos, i que ella creia dignas de salvarse del olvido. La mas estensa de éstas, i quizá la mejor es *El cacique de Turmequé*, interesante novelita basada en la historia de los primeros años de la dominacion española en Nueva Granada.

La ilustre poetisa cubana pasó en Sevilla, ocupada en estos trabajos, los últimos ocho años de su vida.

Cada verano hacia una escursion a Madrid, i aun algunas veces llegó hasta Francia. En 1872 determinó quedarse en aquella capital para someterse a una larga curacion i reparar su salud destruida casi por completo. La muerte la sorprendió allí el 2 de febrero de 1873.

El fallecimiento de la señora Avellaneda ha producido bien poca impresion en España. La opinion estaba ocupada

preferentemente con las ajitaciones políticas; i la muerte de una escritora, aunque fuese una escritora de gran mérito, no ha podido atraer la atencion pública. Sin embargo, el recuerdo de estas luchas pasará en breve; i los libros de la insigne poetisa vivirán miéntras haya quien hable la lengua de Castilla i quien tenga amor a los buenos versos, i a lo bello en literatura. La posteridad, estamos seguros de ello, aceptará un juicio dado por M. Villemain en un estenso estudio sobre la poesía lírica que sirve de introduccion a las obras de Píndaro. «La señora Avellaneda, ha dicho M. Villemain, es la heredera de la lira de frai Luis de Leon». *

* Sobre esta ilustre poetisa véanse: PIÑEYRO, *El romanticismo en España* (Paris, 1904); M. ARAMBURO I MACHADO, *La Avellaneda: su personalidad literaria* (Madrid, 1898); i LORENZO CRUZ DE FUENTES, *La Avellaneda: autobiografía i cartas* (Huelva, 1907), con datos mui interesantes para la psicolojía de la poetisa.

NOTA DEL COMPILADOR.

ERRATAS I CORRECCIONES

Pájina	Línea	Dice	Léase
8	1	hubiese	hubiesen
13	30	sesenta	setenta
22	35	mas e	mas el
35	15	discusso	discurso
49	16	póblicos	públicos
76	10	Manuel Encalada	Manuel Escalada
103	13	prouto	pronto
105	9	mastelero de gabia	mastelero de gavia
110	25	empañaron	empeñaron
133	16	las patriotas	los patriotas
149	18	*Gaiería*	Galería
167	16	*Tria Lingua*	*Tria Linguae*
167	18	*Ferrocerril*	*Ferrocarril*
178	20	otra parte	i otra parte
190	8	Ballrana	Ballarna
194	31	alguna voz	alguna vez
201	29	tanto	tantos
223	14	tenia	temia
224	20	necesiba	necesitaba
229	17	3	1
234	1	Bartos	Barros
234	7	bajola	bajo la
258	2	Bazaguchascua	Bazabuchiascúa
264	17	tíulo	título
312	13	Bazabuchiascuad	Bazabuchiascúa



INDICE

Estudios Biográficos

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

APÉNDICE

